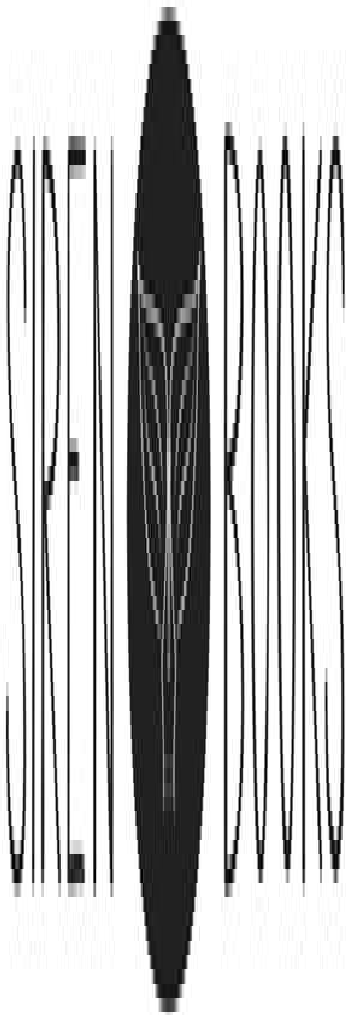
SCARLETT ST. CLAIR
la
CARICIA
de la
RUINA
SIREN BOOKS

SCARLETT ST. CLAIR

la CARICIA de la RUINA

Traducción
de Patricia Garcia Trapero



This edition is published by arrangement with Sourcebooks LLC through Yañez, part of International Editors' Co.

A Touch of Ruin 2. Hades X Persephone – © 2020 by Scarlett St. Clair
© de la traducción: Patricia Garcia Trapero, 2022
© de la corrección: Ligia Boga
© diseño de cubierta: Regina Wamba, ReginaWamba.com
© imágenes de cubierta: Anna_blossom/Shutterstock, Amanda Carden/Shutterstock, Bernatskaia Oksana/Shutterstock
© adaptación de cubierta: Patricia Rouco
© de las ilustraciones: Lossik/Shutterstock
© de la presente edición: Editorial Siren Books, S.L., 2022
info@sirenbooks.es
https://sirenbooks.es/

ISBN: 978-84-126043-4-4
IBIC: FMR
Impreso en España

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 917021970/932720447).

Aviso de contenido

suicidio y acoso sexual

Para los lectores de «La caricia de la oscuridad».
Gracias por vuestro entusiasmo y vuestro amor por Hades y Perséfone.

PARTE I

«La flecha del destino, cuando se espera, viaja lenta».
—DANTE ALIGHIERI, *Paraíso*

I

DUDAS

Perséfone caminaba por la orilla del río Estigia. Las olas irregulares rompían contra la superficie oscura y la piel se le puso tirante al recordar su primera visita al Inframundo. Había intentado atravesar la ancha masa de agua sin saber que había muertos habitando en las profundidades. La habían arrastrado hacia abajo, desgarrándole la piel con sus cadavéricos dedos, y los deseos de acabar con la vida era lo que provocaba sus ataques.

Creyó que se ahogaría, pero Hermes la rescató.

A Hades nada de eso le había hecho gracia, y la llevó a su palacio y le curó las heridas. Más tarde, entendió que los muertos del río eran antiguos cadáveres que habían llegado al Inframundo sin ninguna moneda con la que pagar a Caronte, por lo que se les condenó a pasar una eternidad en el río. Esa es solo una de las muchas medidas que Hades toma para proteger las fronteras de su reino de los vivos que desean entrar y de los muertos que quieren escapar.

A pesar de la inquietud que le causaba estar cerca del río, el paisaje era hermoso. El Estigia se extendía durante kilómetros hasta un horizonte sombreado por negras montañas. Los blancos narcisos crecían en racimos a lo largo de la orilla y brillaban como fuego blanco en contraste con la superficie negra. Frente a las montañas, el palacio de Hades hechizaba el horizonte elevándose como los puntiagudos bordes de su corona de obsidiana.

Yuri, una joven alma con una espesa melena rizada y piel color oliva, caminaba a su lado. Llevaba un vestido rosa y sandalias de piel, un conjunto que contrastaba con las oscuras montañas y el agua negra. El alma y Perséfone se habían hecho amigas muy rápido y a menudo iban a pasear juntas por los Campos Asfódelos, pero ese día Perséfone convenció a Yuri de desviarse de su camino habitual.

Ahora miraba a su acompañante, cuyo brazo estaba agarrado al suyo.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí, Yuri? —le preguntó.

Perséfone intuyó que el alma llevaba bastante tiempo en el Inframundo basándose en el peplo tradicional que vestía.

Las finas cejas de Yuri se juntaron sobre sus grises ojos.

—No lo sé. Mucho tiempo.

—¿Te acuerdas de cómo era el Inframundo cuando llegaste?

Perséfone tenía muchas preguntas sobre cómo había sido el Inframundo en la antigüedad, esa versión del Inframundo que todavía se aferraba a Hades, la que hacía que se avergonzara, la que lo hacía sentir que no se merecía la adoración y los elogios de su pueblo.

—Sí. Creo que nunca me olvidaré. —Ofreció una risa incómoda—. No era como ahora.

—Cuéntame más —la animó Perséfone.

A pesar de tener curiosidad por el pasado de Hades y la historia del Inframundo, no podía negar que a una parte de ella le daba miedo saber la verdad.

¿Y si no le gustaba lo que descubriría?

—El Inframundo era… lúgubre. No había *nada*. Todos estábamos apagados y estaba todo abarrotado. No había día ni noche, simplemente un gris monótono, y nosotros vivíamos en él.

Así que realmente habían sido *sombras*; sombras de ellos mismos.

Cuando Perséfone visitó el Inframundo por primera vez, Hades la había llevado a su jardín y ella se había enfadado con él. La había desafiado a crear vida en el Inframundo tras perder al póker con él. Ella ni siquiera fue consciente de las consecuencias de invitarlo a jugar, no se dio cuenta de que Hades había aceptado jugar con ella con la intención de hacerle aceptar un contrato. Ese desafío la enfadó aún más cuando vio su jardín, un bonito y exuberante oasis repleto de coloridas flores y vivaces sauces. Luego él le reveló que todo era una ilusión. Bajo el *glamour* había tierra de cenizas y fuego.

—Eso suena como un castigo —dijo Perséfone, pensando que era terrorífico existir sin un propósito.

Yuri ofreció una débil sonrisa y se encogió de hombros.

—Era nuestra sentencia por vivir vidas mundanas.

Perséfone no se sorprendió. Sabía que en tiempos antiguos los héroes eran los únicos que podían aspirar a una exultante vida en el Inframundo.

—¿Qué ha cambiado?

—No estoy segura. Hubo rumores, por supuesto. Algunos decían que una mortal, alguien a quien Hades amaba, murió y vino a vivir

aquí.

Perséfone puso cara de confusión. Se preguntó si había algo de verdad en ello, ya que Hades también cambió de opinión cuando ella escribió sobre sus ineficaces tratos con los mortales. Su crítica lo había motivado tanto que comenzó el proyecto Alcíone, un plan que incluía la construcción de un centro de rehabilitación de tecnología avanzada especializado con atención gratuita a los mortales adictos a cualquier cosa.

Sintió cómo por su columna vertebral y por su cuerpo entero subía una desagradable sensación que se extendió como una plaga. Tal vez ella no era la única amante que había inspirado a Hades.

—Por supuesto, suelo pensar que… decidió cambiar. Lord Hades observa el mundo. Cuanto menos caótico se volvía, también lo hacía el Inframundo —continuó Yuri.

Perséfone no pensaba que fuera tan simple. Había intentado que Hades hablara de ello, pero evitaba el tema. Ahora se preguntaba si su silencio no era tanto por vergüenza como por mantener en secreto los detalles de sus anteriores amantes. Rápidamente entró en un bucle, sus pensamientos se volvieron desordenados, como un torbellino que recogía incertidumbre y duda. ¿A cuántas mujeres había amado Hades? ¿Todavía tenía sentimientos por alguna de ellas? ¿Las había llevado a la cama que ahora compartía con ella?

Estos pensamientos le revolvieron el estómago. Por suerte, un grupo de almas en un embarcadero cerca del río la sacaron de su ensimismamiento.

Perséfone se detuvo y señaló la multitud con la cabeza.

—¿Quiénes son, Yuri?

—Nuevas almas.

—¿Por qué están asustadas a orillas del Estigia?

De todas las almas con las que Perséfone se había encontrado, estas eran las que parecían más… *muertas*. Tenían los rostros demacrados y la piel, pálida y cenicienta. Estaban apiñadas, con las espaldas encorvadas, los brazos cruzados sobre el pecho y temblando.

—Porque tienen miedo —dijo Yuri. Su tono implicaba que su miedo era obvio.

—No lo entiendo.

—A la mayoría les han dicho que tanto el Inframundo como su rey son terribles. Así que cuando mueren lo hacen con miedo.

Perséfone odiaba eso por muchas razones. Principalmente porque el Inframundo no era un lugar al que temer, pero también se frustraba con Hades, que no hacía nada por cambiar la percepción sobre su reino o sobre sí mismo.

—¿Nadie las consuela una vez que llegan a las puertas?

Yuri la miró extrañada, como si no entendiera por qué alguien intentaría aliviar o dar la bienvenida a las almas recién llegadas.

—Caronte las lleva a través del Estigia, y ahora deben ir a juicio —dijo Yuri—. Después, las llevan a un lugar de descanso o de tortura eterna. Siempre ha sido así.

Perséfone frunció los labios y tensó la mandíbula con irritación. Le asombraba que alardearan de lo mucho que había evolucionado el Inframundo y, sin embargo, siguieran siendo testigos de prácticas arcaicas. No había ninguna razón para dejar a estas almas sin una bienvenida ni consuelo. Se liberó del brazo de Yuri y se dirigió hacia el grupo que esperaba, pero dudó cuando vio que las almas seguían temblando e intentaban evitarla.

Sonrió, con la esperanza de que les calmara la ansiedad.

—Hola. Me llamo Perséfone.

Las almas seguían estremecidas. Debía haber sabido que su nombre no las calmaría, no significaba nada. Su madre, Deméter, la diosa de la cosecha, se había asegurado de ello. La encerró en una prisión de cristal durante casi toda su vida por miedo, privándola de la adoración e, inevitablemente, de sus poderes.

Sintió cómo una mezcla de emociones se arremolinaba en su estómago: frustración por no poder ayudar, tristeza por ser débil y rabia porque su madre había intentado desafiar al destino.

—Deberías enseñarles que eres divina —sugirió Yuri, que había seguido a Perséfone cuando se acercó a las almas.

—¿Por qué?

—Las reconfortaría. Ahora mismo no eres más diferente que cualquier alma del Inframundo. Como diosa, eres alguien a quien tienen profundo respeto.

Perséfone comenzó a protestar. Estas personas no conocían su nombre, ¿cómo podría su forma divina aliviar sus temores?

—Adoramos a los divinos. Tú les darás esperanza —añadió Yuri.

A Perséfone no le gustaba su forma divina. Antes de tener poderes, le resultaba difícil sentirse como una diosa, y este sentimiento no había cambiado ni cuando su magia cobró vida alentada por la adoración de Hades. Enseguida aprendió que una cosa era tener magia y otra usarla correctamente. Aun así, para ella era importante que estas nuevas almas se sintieran bienvenidas en el Inframundo, que vieran el reino de Hades como un nuevo comienzo, y sobre todo, quería asegurarse de que sabían que a su rey le importaban.

Perséfone se liberó de su *glamour* humano. Sintió la magia como si fuera seda deslizándose por su piel y apareció ante las almas con un

resplandor etéreo. En su forma verdadera, sus blancos cuernos de kudú se sentían más pesados. Su cabello ondulado pasó de un intenso dorado a un amarillo pálido y sus ojos ardían de un verde botella sobrenatural.

Volvió a sonreír a las almas.

—Soy Perséfone, diosa de la primavera. Estoy muy feliz de que estéis aquí.

La reacción de las almas a su resplandeciente semblante fue inmediata. Pasaron de estar estremecidas, a posarse sobre las rodillas y adorarla a sus pies. A Perséfone se le encogió el estómago y se le aceleró el pulso cuando se inclinó hacia delante.

—Oh, no, por favor.

Se arrodilló frente a una de las almas, una anciana mujer con el pelo blanco y corto y la piel fina. Le acarició la mejilla y se encontró con unos ojos de color azul cielo.

—Por favor, ponte de pie, conmigo —dijo Perséfone. Y ayudó a la mujer a levantarse.

Las otras almas seguían arrodilladas, con las cabezas levantadas y la mirada absorta.

—¿Cómo te llamas?

—Elenor —carraspeó.

—Elenor. —Perséfone dijo su nombre con una sonrisa—. Espero que encuentres el Inframundo tan tranquilo como yo.

Sus palabras fueron como una cuerda que levantó los hombros caídos de la mujer. Perséfone se dirigió a la siguiente alma y después al resto, hasta que hubo hablado con todas ellas y estuvieron de nuevo de pie.

—Quizás deberíamos ir hacia los Campos del Juicio —sugirió.

—Oh, no va a hacer falta —interrumpió Yuri—. ¡Tánatos!

El alado dios de la muerte apareció al instante. Era hermoso de una manera oscura: la piel pálida, labios rojos como la granada y el cabello rubio platino le caía por los hombros. Sus ojos azules eran tan llamativos como un relámpago en el cielo nocturno. Su presencia inspiraba una sensación de calma que Perséfone sentía en lo más profundo de su pecho. La hacía sentirse ligera, como si no pesara.

—Milady. —Tánatos hizo una reverencia. Su voz sonaba melódica e intensa.

—Tánatos. —Perséfone no pudo disimular una gran sonrisa.

Tánatos había sido el primero en ofrecerle a Perséfone su visión sobre el precario papel de Hades como dios de los muertos durante una visita a los Campos Elíseos. Gracias a su perspectiva, Perséfone pudo entender el Inframundo un poco mejor y, siendo sincera, fue lo

que necesitó para entregarse totalmente a Hades.

Les hizo un gesto a las almas y les presentó al dios.

—Ya nos hemos conocido —dijo, con una leve pero sincera sonrisa.

—Oh. —Perséfone se sonrojó—. Lo siento mucho. Me había olvidado.

Como segador de almas, Tánatos era el último rostro que veían los mortales antes de acabar en la costa del Estigia.

—Estaba a punto de escoltar a las nuevas almas a los Campos del Juicio —dijo Perséfone.

Notó que Tánatos abrió un poco los ojos y luego miró a Yuri.

—Necesitan a lady Perséfone en palacio. Tánatos, ¿podrías acompañarlas tú? —dijo Yuri rápidamente.

—Por supuesto —contestó, llevándose la mano al pecho—. Será un placer.

Perséfone se despidió de las almas y Tánatos se volvió hacia la multitud, abrió sus alas y se desvaneció con las almas.

Yuri pasó su brazo por el de Perséfone alejándola de la orilla del Estigia, pero ella no se movió.

—¿Por qué has hecho eso? —preguntó.

—¿El qué?

—No me necesitan en palacio, Yuri. Podría haber llevado a las almas a los Campos.

—Lo siento, Perséfone. Tenía miedo de que tuvieran peticiones.

—¿Peticiones? —La miró confundida—. ¿Qué iban a querer pedir?

—Favores —explicó Yuri.

Perséfone soltó una risita al pensarlo.

—No estoy en condiciones de conceder favores.

—Pero ellas no lo saben —dijo Yuri—. Tan solo ven a una diosa que podría ayudarlas a tener una audiencia con Hades o a devolverlas al mundo de los vivos.

—¿Por qué crees eso? —preguntó angustiada.

—Porque yo fui una de ellas.

Yuri volvió a agarrarse a su brazo y esta vez Perséfone la siguió. Entre ellas se asentó un silencio incómodo.

—Lo siento, Yuri. A veces me olvido…

—¿Que estoy muerta? —Sonrió. Pero Perséfone se sentía pequeña y tonta—. No pasa nada. Esta es una de las razones por las que me gustas tanto.— Se calló un momento y añadió—: Hades ha escogido bien a su consorte.

—¿Consorte? —Perséfone enarcó las cejas.

—¿No es obvio que Hades pretende casarse contigo?

Perséfone se rio.

—Estás haciendo muchas conjeturas, Yuri.

Excepto que Hades *sí* que había manifestado sus intenciones.

«Serás mi reina. No necesito que las Moiras me lo digan».

Perséfone sintió una opresión en el pecho y se le hizo un nudo en el estómago.

Esas palabras deberían haberle derretido el corazón, pero el hecho de que no le molestaran quizá tenía que ver con su reciente ruptura. ¿Por qué sentía tanto recelo cuando Hades parecía estar tan seguro sobre su futuro juntos?

—¿Por qué no querría lord Hades escogerte como reina? Eres una diosa soltera y no has tomado voto de castidad —dijo Yuri, ajena a la guerra interna de Perséfone.

El alma miró a Perséfone con una complicidad que la hizo ruborizarse.

—Ser una diosa no me cualifica para ser reina del Inframundo.

—No, pero es un comienzo. Hades nunca escogería a una mortal o una ninfa para ser su reina. Créeme, ha tenido *muchas* oportunidades.

Una descarga de celos recorrió la columna de Perséfone, como una cerilla cayendo sobre un charco de queroseno. Su magia se disparó exigiendo salir. Era un mecanismo de defensa, y le llevó un momento calmarse.

«Contrólate», se ordenó.

No ignoraba el hecho de que Hades había tenido otras amantes durante su vida, una de ellas Mente, la ninfa pelirroja que había transformado en una planta de menta. Aun así, nunca había pensado que el interés de Hades por ella podría ser, en parte, debido a su sangre divina. Algo oscuro se abrió paso en su corazón. ¿Cómo podía permitirse pensar así de Hades? Él la animó a abrazar su divinidad, la adoró para que pudiera reclamar su libertad y poder, y le había dicho que la amaba. Si iba a hacerla su reina, sería porque se preocupaba por ella, no porque fuera una diosa.

¿Verdad?

Perséfone pronto dejó de lado sus pensamientos cuando llegaron a los Campos Asfódelos, donde una tropa de niños le pidieron que jugara con ellos. Después de jugar un rato al escondite, Ophelia, Elara y Anastasia se la llevaron para preguntarle sobre vinos, pasteles y flores para la inminente celebración del solsticio de verano.

El solsticio marcaba el inicio del nuevo año y significaba que quedaba un mes para los Juegos Panhelénicos, y las almas se emocionaban tanto que ni la muerte las podía apaciguar. Con una celebración tan grande a la vuelta de la esquina, Perséfone le había preguntado a Hades si podían organizar una fiesta en el palacio, y él

aceptó. Tanto ella como las almas tenían ganas de volver a estar en el salón del palacio.

Cuando Perséfone volvió al palacio, aún se sentía inquieta. La oscuridad de su duda creció, presionándole la cabeza, y su magia latía bajo su piel haciéndola sentir adolorida y agotada. Pidió té y se dirigió a la biblioteca con la esperanza de que la lectura la distrajera de su conversación con Yuri.

Se acurrucó en una butaca que había cerca de la chimenea y empezó a hojear *Hechicería y caos*, un libro que le prestó Hécate. Era una de las tareas que le había impuesto la diosa de la magia, quien la estaba ayudando a aprender a controlar su imprevisible poder.

No estaba avanzando tan rápido como ella quería.

Perséfone había esperado mucho tiempo a que sus poderes se manifestaran, y cuando lo hicieron, fue durante una intensa discusión con Hades. Desde entonces, consiguió hacer florecer las flores, pero tenía problemas con canalizar la debida cantidad de magia. También descubrió que su habilidad para teletransportarse fallaba, lo que significa que no siempre acaba donde ella quería. Hécate dijo que era cuestión de práctica, pero aun así hacía que Perséfone sintiera que estaba fracasando. Por estos motivos decidió no utilizar magia en el mundo de los mortales.

Al menos no hasta que pudiera controlarla.

Así que, para preparar su primera lección con Hécate, hincó los codos. Estudió historia de la magia, alquimia y los diversos y aterradores poderes de los dioses, anhelando el día en que pudiera utilizar su poder tan fácil como el respirar.

De repente, el calor se extendió por su piel erizándole el vello de la nunca y los brazos. A pesar del calor, sintió escalofríos, y su respiración se volvió superficial.

Hades estaba cerca y su cuerpo lo sabía.

Quiso gemir cuando un dolor empezó a descender por su abdomen.

Dioses. Era insaciable.

—Pensaba que te encontraría aquí. —La voz de Hades venía desde arriba, alzó la mirada y lo vio de pie detrás de ella. Sus ojos ahumados se encontraron con los de ella cuando se inclinó para besarla, y su mano acarició la mandíbula de Perséfone. Fue un agarre posesivo y un beso apasionado que le dejó los labios en carne viva cuando se apartó —. ¿Cómo ha ido tu día, cariño? —Su encanto la dejó sin aliento.

—Bien.

Hades crispó la comisura de los labios y, antes de decir nada, bajó la mirada hasta su boca.

—Espero no estar molestándote. Parece que estás muy ocupada con

tu libro.

—No —dijo rápidamente y se aclaró la garganta—. Quiero decir… es una cosa que Hécate me ha encargado.

—¿Puedo? —preguntó. La soltó y con la mano alcanzó el libro.

Sin decir ni una palabra, se lo dio y miró cómo el dios de los muertos rodeaba la butaca y hojeaba el libro. Había algo increíblemente diabólico en su aspecto, como una tormenta de oscuridad vestida de pies a cabeza de negro.

—¿Cuándo has empezado a entrenar con Hécate? —preguntó.

—Esta semana —respondió ella—. Me ha puesto deberes.

—Mmm… —Se quedó en silencio durante un rato, con los ojos clavados en el libro y dijo—: He oído que hoy has recibido a las nuevas almas.

Perséfone se enderezó, incapaz de saber si estaba enfadado con ella.

—Estaba caminando con Yuri cuando las vi, estaban esperando en la orilla del Estigia.

Hades levantó la vista con los ojos encendidos como el fuego.

—¿Has llevado un alma fuera de los Campos Asfódelos? —Había una pizca de sorpresa en su voz.

—Se trata de Yuri, Hades. Además, no sé por qué las tienes apartadas.

—Para que no causen problemas.

Perséfone soltó una risita, pero se detuvo al ver la mirada de Hades. Estaba entre ella y la chimenea, iluminado como un ángel. En realidad era magnífico: pómulos altos, barba bien cuidada y labios carnosos. Llevaba su negro y largo pelo recogido detrás de la cabeza. A ella le gustaba así, le gustaba soltárselo, peinárselo con los dedos, le gustaba agarrarlo cuando él estaba dentro de ella.

El aire se volvió intenso y se dio cuenta de que el pecho de Hades creció con una inhalación brusca, como si pudiera sentir el cambio de sus pensamientos. Perséfone se humedeció los labios y se obligó a concentrarse en la conversación.

—Las almas en los Campos Asfódelos nunca dan problemas —dijo Perséfone.

—Crees que lo estoy haciendo mal. —No era una pregunta, sino una afirmación. Y no parecía sorprendido. Su relación había empezado porque Perséfone creía que estaba actuando mal.

—Creo que no te das suficiente crédito por haber cambiado y por eso tampoco se lo das a las almas por reconocerlo.

El dios se quedó en silencio un largo momento.

—¿Por qué has saludado a las almas?

—Porque estaban asustadas y no me gustó.

Hades hizo una mueca.

—Algunas deberían tener miedo, Perséfone.

—Y esas almas lo tendrán, sin importar si les doy la bienvenida o no.

«Los mortales saben lo que los lleva al encarcelamiento eterno en el Tártaro», pensó Perséfone.

—El Inframundo es hermoso y te preocupa la vida de tu gente, Hades. ¿Por qué las buenas almas deberían temer este sitio? ¿Por qué deberían temerte a ti?

—Digamos que aun así me temen. *Tú* eres la que les dio la bienvenida.

—Podrías saludarlos conmigo —propuso Perséfone.

Hades mantuvo su sonrisa, y su expresión se suavizó.

—Por mucho que te desagrade el título de reina, te apresuras a actuar como tal.

Perséfone se quedó helada durante un segundo, atrapada entre el miedo a la ira de Hades y la ansiedad de que la llamara reina.

—¿Te… molesta?

—¿Por qué debería molestarme?

—No soy reina —dijo Perséfone, levantándose de su silla y acercándose a él, arrancándole el libro de las manos—. Tampoco puedo entender cómo te sientes sobre mis acciones.

—Serás mi reina —dijo Hades ferozmente, como si estuviera tratando de convencerse que era verdad—. Las Moiras así lo han dicho.

Perséfone se enfureció y los pensamientos de antes volvieron rápidamente. ¿Cómo iba a preguntarle a Hades por qué la quería como su reina? O peor, ¿por qué sentía que necesitaba que él respondiera a esa pregunta? Se dio la vuelta y desapareció entre las pilas de libros para ocultar su reacción.

—¿Te molesta? —preguntó Hades y apareció delante de ella, bloqueándole el paso como una montaña.

Perséfone se sobresaltó, pero se recompuso rápidamente.

—No —respondió, empujándolo y abriéndose paso.

Hades la siguió de cerca.

—Aunque… preferiría que me quisieras como reina porque me amas, no porque las Moiras lo hayan sentenciado —dijo, y devolvió el libro a la estantería.

Hades esperó a que ella estuviera cara a cara para contestarle. Parecía frustrado.

—¿Dudas de mi amor?

—¡No! —Perséfone abrió los ojos de par en par al escuchar su

conclusión, y luego bajó los hombros—. Pero… supongo que no podemos evitar lo que los demás dicen de nuestra relación.

—¿Y qué es lo que dicen exactamente? —Estaba tan cerca de ella que podía sentir el olor de especias y humo con un toque de aire invernal. Era el aroma de su magia.

—Que estamos juntos solo porque lo decretaron las Moiras. Que me escogiste solamente porque soy una diosa —dijo Perséfone encogiendo los hombros.

—¿Te he dado algún motivo para que pienses eso?

Lo miró fijamente, incapaz de responder. No quería decir que Yuri le había metido esa idea en la cabeza. Ese pensamiento ya había estado ahí antes, como una semilla ya plantada. Yuri simplemente la había regado y ahora estaba creciendo tan salvajemente como las vides negras que brotaban de su magia.

—¿Quién te está haciendo dudar? —dijo Hades con más rapidez, como exigiéndolo.

—Estaba empezando a pensar sobre…

—¿Mis motivos?

—No…

Hades entornó los ojos.

—Pues es lo que parece.

Perséfone dio un paso hacia atrás, la estantería le presionaba la espalda.

—Siento haber hablado.

—Es demasiado tarde para eso.

Perséfone lo fulminó con la mirada.

—¿Me vas a castigar por decir lo que pienso?

—¿Castigar? —Hades inclinó la cabeza hacia un lado y se acercó a Perséfone apoyando sus caderas contra las de ella, sin dejar espacio entre los dos—. Me gustaría escuchar cómo crees que podría castigarte.

Esas palabras la hirieron fuertemente, y a pesar del calor que emanaban consiguió mirarlo.

—Y a mí me gustaría que respondieras a mis preguntas.

Hades tensó la mandíbula.

—Recuérdame tu pregunta.

Perséfone parpadeó. ¿Le estaba preguntando si solo la había escogido porque era una diosa? ¿Le estaba preguntando si la amaba?

Respiró profundamente y lo miró a través de sus pestañas.

—Si las Moiras no existieran, ¿seguirías queriéndome?

No entendía la mirada de Hades. Sus ojos eran como un láser que le derretía su pecho, su corazón y sus pulmones. Mantuvo el aliento

esperando a que él hablara…, pero no lo hizo. En su lugar, le sujetó la mandíbula con una mano. Su cuerpo tembló, Perséfone pudo sentir la violencia que había debajo, y por un momento se preguntó qué pretendía desatar el rey del Inframundo.

Su agarre se relajó y sus dedos se extendieron por su mejilla, bajando la mirada a sus labios.

—¿Sabes cómo supe que las Moiras te hicieron para mí? —Su voz era como un susurro ronco, un tono que utilizaba en la oscuridad de su habitación tras hacer el amor.

Perséfone negó con la cabeza lentamente, atrapada en su mirada.

—Podía saborearlo en tu piel, y la única cosa de la que me arrepiento es de haber vivido tanto tiempo sin ti.

Sus labios recorrieron la mandíbula de Perséfone y luego la mejilla. Contuvo la respiración, deleitándose en su caricia, buscando su boca, pero en vez de besarla, se apartó.

Su repentina distancia la dejó temblorosa, y se respaldó contra la estantería.

—¿Qué ha sido eso? —preguntó con tono exigente, mirándolo con furia.

El dios ofreció una risita oscura levantando la comisura de la boca.

—Preliminares.

Luego él se acercó, la cogió entre sus brazos y se la puso sobre el hombro. Perséfone soltó un pequeño aullido de sorpresa.

—¿Qué estás haciendo? —exigió.

—Demostrarte que te deseo.

Salió de la biblioteca y entró en el vestíbulo.

—¡Bájame, Hades!

—No.

Perséfone tenía la sensación de que él estaba sonriendo. Sus manos subieron por los muslos de la diosa, abriéndole los labios, y hundiéndose dentro de ella. Agarró un trozo de su chaqueta para no caerse de sus hombros.

—*¡Hades!* —gimió.

El dios se rio entre dientes y ella lo odió por eso. Deslizó sus manos hasta su pelo y tiró de él, empujándole la cabeza hacia atrás, buscando sus labios. Con un gesto amable Hades la apoyó contra la pared más cercana, ofreciéndole un beso violento antes de apartarse para gruñirle al oído.

—Te castigaré hasta que grites, hasta que te corras tan fuerte alrededor de mi polla que no te quede ninguna duda de mi afecto.

Esas palabras le robaron el aliento y su magia despertó, calentándole la piel.

—Cumple tus promesas, lord Hades —dijo contra su boca.

Entonces la pared de detrás de Perséfone cedió y ella soltó un grito mientras Hades se tropezaba. Consiguió evitar que ambos se cayeran al suelo, y cuando se estabilizaron, la ayudó para que se pusiera de pie. Ella agradeció cómo la cogía; de una manera protectora, con un brazo alrededor de sus hombros. Estiró el cuello y descubrió que estaban en el comedor. En la mesa de banquetes estaba todo el personal de Hades, incluyendo a Tánatos, Hécate y Caronte.

La pared contra la que se habían apoyado era una puerta.

Hades se aclaró la garganta y Perséfone hundió la cabeza en el pecho de Hades.

—Buenas tardes —dijo Hades.

La diosa se sorprendió de lo calmado que sonaba cuando habló. Ni siquiera le faltaba el aliento, aunque podía escuchar su fuerte latido.

Pensaba que Hades se excusaría y desaparecería.

—Lady Perséfone y yo estamos muertos de hambre y deseamos estar solos —dijo Hades.

Se quedó helada y le dio un golpe en el costado.

«¿Qué está haciendo?».

Todo el mundo empezó a moverse al mismo tiempo, llevándose los platos, los cubiertos y grandes bandejas con comida sin probar.

—Buenas tardes, milady. Milord.

Salieron del comedor con los ojos brillantes y anchas sonrisas. Perséfone mantuvo su mirada baja, con un rubor constante en sus mejillas mientras el personal de Hades desfilaba hacia el pasillo para comer en otro sitio.

Cuando estuvieron solos, Hades no tardó en inclinarse hacia ella, guiándola hacia atrás hasta que sus piernas chocaron con la mesa.

—¿Vas en serio?

—Muy en serio —respondió.

—¿En el… comedor?

—Tengo bastante hambre, ¿tú no?

«Sí».

Pero no tuvo tiempo de responder. Hades la puso sobre la mesa, se colocó entre sus piernas y se arrodilló como lo haría un sirviente ante su reina. Cuando sus manos subieron por sus gemelos, se le levantó el vestido. La tentó con los labios rozándole el interior de los muslos antes de que su boca encontrara su centro.

Perséfone se arqueó sobre la mesa y su respiración se entrecortó cuando Hades atacó con su despiadada lengua y con su corta barba creó una deliciosa fricción contra su sensible carne. Se inclinó hacia él, enredando los dedos en su pelo, retorciéndose bajo su toque.

Hades la sujetó con más fuerza, clavó los dedos en su carne para mantenerla en su sitio. Un sonido gutural se le escapó cuando sus labios se centraron en su hendidura y sus dedos sustituyeron su ambiciosa lengua, llenándola y estirándose hasta que el placer estalló en todo su cuerpo.

Estaba segura de que estaba rebosante.

Esto era placer. Euforia. Éxtasis.

Y todo se interrumpió por un golpe en la puerta.

Perséfone se heló e intentó incorporarse, pero Hades la mantuvo en el sitio y gruñó, mirándola desde su lugar entre las piernas.

—Ignóralo. —Lo dijo como una orden, sus ojos encendidos como ascuas.

Continuó moviéndose más profundo, más fuerte, más rápido; sin piedad. Perséfone apenas podía mantenerse sobre la mesa, apenas podía respirar. Se sentía como si estuviera escarbando de nuevo su camino hacia la superficie del Estigia, desesperada por aire, pero contenta de saber que sería una muerte feliz.

Pero los golpes siguieron.

—¿Lord Hades? —dijo una voz vacilante en voz alta.

Perséfone no pudo adivinar quién estaba al otro lado de la puerta, pero sonaba nervioso y tenía razón para estarlo, porque Hades tenía una mirada asesina.

«Así es como se ve cuando se enfrenta a las almas en el Tártaro», pensó.

Hades se sentó sobre sus talones.

—¡Lárgate! —gritó.

Hubo un momento de silencio.

—Es importante, Hades —dijo la voz.

Incluso Perséfone notó el tono de alarma en la voz de esa persona. Hades suspiró y se levantó cogiendo la cara de la diosa entre sus manos.

—Un momento, cariño.

—No le harás daño, ¿verdad?

—No demasiado.

No sonrió cuando entró en el pasillo.

Perséfone se sintió ridícula sentada en el borde de la mesa, así que se puso de pie, se ajustó la falda y se encaminó hacia el extravagante comedor. Su primera impresión de esa habitación fue que estaba demasiado recargada. El techo estaba adornado con varias e innecesarias lámparas de cristal, las paredes estaban adornadas con oro y la silla de Hades en la cabecera de la mesa parecía un trono. Para colmo, rara vez comía en esta sala, ya que a menudo prefería

hacerlo en otra parte del palacio. Esa era una de las razones por las que Perséfone había decidido utilizarlo durante la Celebración del Solsticio: no quería desperdiciar toda esta belleza.

Hades volvió. Parecía frustrado, tenía la mandíbula tensa y sus ojos brillaban con una intensidad diferente. Se paró a unos cuantos centímetros de ella con las manos en los bolsillos.

—¿Va todo bien? —preguntó.

—Sí —dijo—. Y no. Ilias me ha informado de un problema que debería resolver lo antes posible.

Ella lo miró fijamente, esperando, pero él no le contó más.

—¿Cuándo volverás?

—En una hora. Quizá dos.

Perséfone lo miró decepcionada y Hades le levantó el mentón para que sus ojos estuvieran al mismo nivel.

—Créeme, cariño, dejarte aquí es la decisión más difícil que hago cada día.

—Entonces no te vayas —dijo ella, colocando las manos alrededor de su cintura—. Iré contigo.

—Eso no sería inteligente.

Su voz era áspera y Perséfone arrugó las cejas.

—¿Por qué no?

—Perséfone…

—Es una pregunta muy fácil —interrumpió.

—No lo es —espetó, y luego suspiró, pasándose los dedos por el pelo suelto.

Ella lo miró fijamente. Nunca había perdido los nervios como ahora. ¿Qué lo había puesto tan nervioso? Pensó en que podría intentar sonsacarle una respuesta, pero sabía que no llegaría a ninguna parte, así que cedió.

—Está bien. —Dio un paso hacia atrás, aumentando la distancia entre ellos—. Estaré aquí cuando vuelvas.

Hades la miró con compasión.

—Te recompensaré.

Perséfone levantó una ceja:

—Júralo —le ordenó.

Los ojos de Hades ardían bajo el resplandor de las luces de cristal.

—Oh, cariño. No necesitas un juramento. Nada me impedirá follarte.

II

DUPLICIDAD

El cuerpo de Perséfone temblaba caliente por la chispa que Hades había encendido. La llama se había extendido sin previo aviso, consumiendo todo su cuerpo. Buscó una distracción y salió a caminar por el jardín, consumida por el olor de la tierra húmeda y las dulces flores. Acarició los pétalos y las hojas a su paso hasta que llegó al límite del terreno, donde bailaba un salvaje campo de hierba amarillenta animada por una suave brisa.

Empezó a correr con las flores anaranjadas floreciendo a sus pies mientras atravesaba el campo. No tuvo que concentrarse en usar su magia. Salía de ella, sin filtro y sin control. Los dóberman de Hades se unieron a ella, persiguiéndose mutuamente hasta que se detuvo en el borde del prado de Hécate.

La diosa estaba sentada con las piernas cruzadas y los ojos cerrados fuera de su cabaña. Perséfone no estaba segura de si estaba meditando o conjurando un hechizo. Si tuviera que adivinar, hubiera dicho que la diosa de la brujería probablemente estaba maldiciendo a algún mortal en el mundo de los vivos por algún acto atroz contra las mujeres.

Cerbero, Tifón y Ortro no siguieron a Perséfone cuando se acercó a la diosa.

—¿Ya te han satisfecho? —preguntó Hécate con los ojos cerrados.

Perséfone nunca perdonaría a Hades por la escena que habían causado delante de sus empleados.

—¿Lo parece? —refunfuñó.

La frustración sexual la ponía de mal humor.

Hécate abrió un ojo y luego el otro.

—Ah —dijo—. ¿Te importa si en cambio entrenamos?

—Solo si puedo hacer estallar algo.

Hécate dibujó una pequeña sonrisa con sus labios de color frutos

del bosque.

—Vas a meditar.

—¿Meditar?

Lo último que quería Perséfone era estar a solas con sus pensamientos coléricos. Hécate dio unas palmadas en el suelo, Perséfone suspiró y se sentó. Su cuerpo se sentía rígido, tenía las manos calientes y sudorosas.

—Tu primera lección, diosa. Controla tus emociones.

—¿Eso es una lección? —preguntó Perséfone.

Hécate le lanzó una mirada cómplice.

—¿Quieres hablar de lo que ha pasado antes? Las puertas se vinieron abajo por tu magia. No las abrió nadie de la habitación.

Perséfone apretó los labios y desvió la mirada. Supuso que alguien había abierto las puertas, no su magia. De alguna manera, eso la hizo sentirse más humillada.

—No te avergüences, querida. Nos pasa a todos.

Esas palabras intrigaron a Perséfone.

—¿Incluso a ti?

Hécate rio.

—No, querida, a mí no me gusta la gente.

Perséfone la miró incrédula.

Sabía que sus emociones estaban ligadas a sus poderes. Las flores brotaban cuando se enfadaba, y en momentos de pasión, y sin previo aviso, las enredaderas se enroscaban alrededor de Hades. Luego estaba Mente, cuyos insultos provocaron que la transformara en una planta de menta, y Adonis, a quien había amenazado en el Jardín de los Dioses convirtiendo sus extremidades en lianas. Por no hablar de la destrucción del invernadero de su madre.

—Vale, pues tengo un problema —admitió Perséfone—. ¿Cómo lo controlo?

—Practicando —dijo Hécate—. Y mucha meditación. Cuanto más lo hagas, más os vais a beneficiar tú y tu magia.

Perséfone no estaba muy entusiasmada.

—Odio meditar.

—¿Al menos lo has probado?

—Sí, y es aburrido. Solo te… sientas.

Hécate crispó la comisura de los labios hacia arriba.

—Lo estás viendo desde la perspectiva equivocada. El objetivo de la meditación es gestionar el control, ¿no tienes ganas de saber controlarte, Perséfone?

Hécate bajó su tono de voz con un matiz sensual. Perséfone no podía negar que le apetecía lo que la diosa le estaba ofreciendo.

Quería controlarlo todo: su magia, su vida, su futuro.

—Te escucho —dijo Perséfone.

Hécate ofreció una sonrisa pícara y prosiguió.

—Meditar significa centrar toda tu atención momento a momento en lugar de atraparte en las cosas que te molestan: lo que te ahoga, lo que hace que tu magia cree un escudo a tu alrededor.

Hécate la condujo a través de varias meditaciones, guiándola para centrarse en su respiración. Perséfone imaginó que sería una sensación pacífica poder evitar que su mente pensara en Hades. En dos ocasiones hubiera jurado que estaba detrás de ella. Podía sentir su aliento en el cuello, el suave roce de su barba contra su mejilla mientras le susurraba contra su piel.

«Llevo todo el día pensando en ti».

Le recorrió un escalofrío y sintió su corazón en un puño.

«Tu sabor, la sensación de mi polla deslizándose dentro de ti, cómo gimes cuando te follo».

Perséfone se mordió el labio, y el calor le subió por las piernas.

«Quiero follarte tan fuerte que tus gemidos llegarán hasta el mundo de los vivos».

Soltó el aliento con un duro jadeo y abrió los ojos. Cuando miró a Hécate, la diosa arqueó una ceja y se levantó.

—Pensándolo mejor, vamos a hacer estallar algo —dijo.

—¡Voy a llegar tarde! —Perséfone se quitó las sábanas de encima y saltó de la cama.

Hades gimió, estirando los brazos sobre las sábanas, intentando alcanzarla.

—Vuelve a la cama —dijo soñoliento.

Perséfone lo ignoró. Corría por todo el dormitorio buscando sus cosas. Encontró su bolso en una silla, sus zapatos bajo la cama y su ropa enmarañada en las sábanas. Las sacó y, cuando lo hubo hecho, Hades se las arrebató.

—Hades… —gruñó, lanzándose contra él.

El dios aferró el cuerpo de Perséfone con sus manos y se giró, inmovilizándola debajo de él.

Ella se rio, intentando liberarse.

—¡Hades, para! Voy a llegar tarde y va a ser por tu culpa.

Él cumplió su promesa y regresó al Inframundo sobre las tres de la mañana. Cuando se deslizó dentro de la cama, le dio un beso de buenas noches y no se detuvo. Después, ella se sumió en un profundo sueño, y cuando sonó la alarma del teléfono, apretó el botón de

repetición.

—Te llevo yo —dijo, inclinándose para besarle el cuello—. Puedo dejarte allí en segundos.

—Mmm… —dijo, apretando las palmas de las manos contra su pecho—. Gracias, pero prefiero el camino largo.

Hades arqueó una ceja y le dirigió una mirada amenazadora antes de moverse. Ella volvió a levantarse sosteniendo su ropa arrugada con un poco de fastidio.

—Déjame ayudarte —dijo Hades y chasqueó los dedos. Apareció un vestido negro y tacones.

Perséfone lo miró, alisando la tela que tenía un tenue brillo.

—No suelo llevar negro —dijo.

Hades mostró una sonrisa de satisfacción.

—Qué graciosa —dijo.

Cuando se hubo arreglado, él insistió en que ella aceptara que la llevara su chófer, así que acabó en la parte trasera del Lexus negro de Hades. Antoni, un cíclope y sirviente del dios de los muertos, estaba en el asiento del conductor silbando una canción que Perséfone reconoció del álbum de Apolo, *White Raven*. Aunque no era muy fan de su música, había pasado la noche del viernes celebrando el cumpleaños de su mejor amiga, Lexa Sideris, en el club del dios, donde su música sonaba en bucle. Estaba segura de que ahora se conocía todas las canciones de memoria, lo que hacía que le disgustara todavía más.

Hizo lo mejor que pudo por intentar ignorar el incesante falsete de Apolo y pronto se distrajo con una serie de mensajes de Lexa. El primero decía: «Eres famosa oficialmente».

Una oleada de ansiedad se apoderó de ella cuando su mejor amiga le envió varios enlaces con noticias de última hora de medios de toda Nueva Grecia, y todas eran sobre ella y Hades.

Hizo clic sobre el primer enlace, luego el siguiente, y luego el siguiente. La mayoría de los artículos volvían a hablar sobre los detalles de su encuentro con Hades e incluían fotos incriminatorias. Al ver los recuerdos de ese día se sonrojó. No había esperado que el Rey de los muertos apareciera en el mundo de los vivos, y cuando lo vio pensó que su corazón iba a explotar. Corrió hacia él saltando a sus brazos y lo abrazó como si perteneciera a ese lugar. Las manos de Hades presionaron sus nalgas y sus labios se unieron en un beso que aún podía sentir.

Debería haber previsto toda la tormenta mediática, pero después del cumpleaños de Lexa, Perséfone pasó el fin de semana en el Inframundo, aislada en el dormitorio de Hades, explorando,

provocando, entregándose. Cuando se fue no pensó en lo que estaría pasando en el mundo de los vivos. Con imágenes como esta, era difícil negar las especulaciones sobre su relación.

El último mensaje que recibió fue el que la asustó más: «Todo lo que tienes que saber sobre la amante de Hades».

Era su peor pesadilla.

Ojeó el artículo, y se sintió aliviada al ver que no había ningún dato que la desvelara como la hija de Deméter o como diosa, pero aun así era espeluznante. En el artículo se decía que era de Olimpia, que hace cuatro años empezó a estudiar en la Universidad de Nueva Atenas, que empezó a estudiar botánica, pero acabó graduándose en periodismo. Había algunas citas de estudiantes que afirmaban *conocerla*, algunas perlas como: «se veía que era muy inteligente», y «siempre era muy reservada», y «leía mucho».

El artículo también mostraba una cronología detallada de su vida, incluyendo sus prácticas en el *Diario de Nueva Atenas*, sus artículos sobre Hades y su reconciliación fuera de The Coffee House.

Los mirones dicen que no estaban seguros de por qué Hades estaba en el mundo de los vivos, pero parece ser que estaba allí para hacer las paces con la periodista Perséfone Rosi, lo que nos lleva a preguntarnos: ¿cuándo empezó su romance?

Perséfone reconoció la ironía de la situación; ella era periodista de investigación. Amaba investigar. Amaba llegar al fondo del asunto, exponer hechos y salvar a los mortales de la ira de los dioses, semidioses y de ellos mismos.

Pero esto era diferente.

Era su vida privada.

Sabía cómo trabajaban los medios; ella ahora era un misterio que había que resolver, y los que investigaban su pasado eran una amenaza para todo por lo que había trabajado tan duro.

Una amenaza para su libertad.

«Sé que ahora mismo estás flipando», dijo Lexa por mensaje. «Para».

«Para ti es fácil decirlo. Tu nombre no está en todos los titulares».

«Técnicamente no es tu nombre, sino el de Hades», respondió su amiga.

Perséfone puso los ojos en blanco. No quería ser la posesión de nadie. Quería su propia identidad, que la reconocieran por su trabajo duro, pero salir con un dios te quitaba todo eso.

Le vino otro pensamiento: *¿qué diría su jefe?*

Demetri Aetos era un gran jefe. Creía en la verdad y en contarla sin importar las consecuencias. Había despedido a Adonis por llamar puta

a Perséfone y robarle su trabajo. Se había dado cuenta del estrés al que estaba sometida cuando tenía que escribir sobre Hades y le había dicho que no tenía que seguir escribiendo sobre él si no quería…, pero eso fue antes de que supiera que estaba saliendo con el dios de los muertos.

¿Habría consecuencias?

Dioses, tenía que dejar de pensar en ello.

Se concentró en su teléfono y respondió a Lexa.

«Deja de intentar evitar las MEJORES noticias del día. ¡Felicidades por tu primer día!».

Habían contratado a Lexa como organizadora de eventos en la Fundación Ciprés, la fundación sin ánimo de lucro de Hades. Perséfone supo esto poco después del anuncio del proyecto Alcíone.

El día de su cumpleaños le habían ofrecido el trabajo.

—Hubiera conseguido el trabajo igualmente —había dicho Hades cuando Perséfone le preguntó si había sido cosa suya—. Encaja perfectamente.

«¡Gracias, amor! ¡Estoy muy emocionada!», escribió Lexa.

—Hemos llegado, milady.

Las palabras de Antoni devolvieron su atención a la Acrópolis.

Al mirar hacia fuera, Perséfone abrió los ojos de par en par y se le hizo un nudo en el estómago.

Alrededor del edificio de ciento un pisos se había reunido una gran multitud. La seguridad había intervenido para controlar la situación, formando una barrera. Varios empleados confundidos se abrieron paso hacia el interior en medio de la multitud que gritaba. Perséfone sabía que estaban allí por ella, y se alegró de que las ventanas del coche de Hades fueran prácticamente negras, lo que hacía imposible que nadie viera el interior. Aun así, se hundió en su asiento con un quejido.

—Oh, no.

Antoni alzó una ceja, mirándola por el espejo retrovisor.

—¿Pasa algo, milady?

Perséfone lo miró, confundida por su pregunta.

«¡Pues claro que pasa algo!».

Los medios, la multitud… Estaban amenazando todo por lo que había trabajado tan duro.

—¿Puedes dejarme a la vuelta del edificio? —preguntó Perséfone.

Antoni frunció el ceño.

—Lord Hades me dio instrucciones de dejarte en la Acrópolis.

—Lord Hades no está aquí, y como puedes ver no es ideal —dijo, rechinando los dientes. Luego tomó una bocanada de aire para relajarse—. ¿Por favor?

El cíclope disminuyó la velocidad e hizo como ella dijo. En el tiempo que tardaron en llegar, Perséfone se puso unas gafas de sol con su *glamour* y se hizo un moño. No era un disfraz muy bueno, pero la llevaría más lejos que enseñar su cara a los peatones.

Antoni la volvió a mirar.

—Puedo acompañarte hasta la puerta —le ofreció.

—No, no pasa nada, Antoni. Gracias.

El cíclope se retorció en su asiento claramente incómodo.

—A Hades no le va a gustar esto.

Perséfone miró a Antoni por el espejo.

—No se lo contarás, ¿verdad?

—Sería lo mejor, milady. Lord Hades podría asignarte un chófer para llevarte y recogerte del trabajo, una égida para tu protección.

No necesitaba ni un chófer ni un escolta.

—Por favor —le suplicó a Antoni—. No se lo cuentes a Hades.

Necesitaba que él lo entendiera. Se sentiría como una prisionera, algo de lo que había intentado escapar durante más de dieciocho años.

Al cíclope le llevó un rato ceder, pero finalmente asintió.

—Si así lo deseas, milady, pero a la primera que algo vaya mal llamo al jefe.

«Vale». Le parecía bien. Le dio una palmadita a Antoni en el hombro.

—Gracias, Antoni.

Dejó la seguridad del coche y mantuvo la cabeza baja mientras caminaba en dirección a la Acrópolis. El clamor de la multitud se hacía más ruidoso a medida que se acercaba, y se detuvo cuando lo vio: ahora había incluso más gente.

—Dioses —suspiró.

—Te has metido en un buen lío —dijo una voz por encima de su hombro. Se giró y se encontró a un magnífico dios de ojos azules detrás de ella.

«Hermes».

En los últimos meses se había convertido en uno de sus dioses favoritos. Era guapo, divertido y animado. Hoy iba vestido como un mortal. Bueno, gran parte. Seguía pareciendo hermoso de una manera poco natural, con sus rizos dorados y la piel radiante y bronceada. El atuendo que había escogido era un polo rosa y vaqueros oscuros.

—¿Un… lío? —preguntó, confundida.

—Es una expresión que utilizan los mortales cuando están en problemas. ¿No la habías escuchado?

—No —respondió. Pero no era ninguna sorpresa, se había pasado dieciocho años en una cárcel de cristal. No había aprendido

demasiadas cosas—. ¿Qué haces aquí?

—He visto las noticias —dijo sonriendo—. Lo de tu yogurín y tú ya es oficial.

Perséfone lo fulminó con la mirada.

—¿Tu madurito? —le propuso.

Lo iba a matar.

—Venga, vale. Tu dios, entonces.

Perséfone se dio por vencida y suspiró, hundiendo la cara en las manos.

—No voy a poder ir a ninguna parte nunca más.

—Eso no es verdad —dijo Hermes—. Simplemente no vas a poder ir a ninguna parte sin que te acosen.

—¿Alguna vez te han dicho que no eres de ayuda?

—La verdad es que no. Quiero decir, soy el mensajero de los dioses y tal.

—¿No te han cambiado por el correo electrónico?

Hermes hizo una mueca.

—¿Quién es la que no es de ayuda ahora?

Perséfone se volvió a asomar por la esquina del edificio. Sintió que Hermes apoyaba la barbilla sobre su cabeza y seguía su mirada.

—¿Por qué no te teletransportas dentro? —preguntó.

—Estoy intentando mantener mi fachada mortal, por lo que nada de magia en la Tierra.

No tenía ganas de explicar que estaba aprendiendo a controlar su magia.

—Eso es ridículo. ¿Por qué no querrías caminar por esa tentadora pasarela?

—¿Qué es lo que no entiendes de una vida normal y mortal?

—¿Todo?

Por supuesto que no lo entendía. Al contrario que ella, Hermes siempre había sido un olímpico. De hecho, había empezado su vida de la misma manera en que la vivía ahora: haciendo travesuras.

—Mira, si no vas a ayudar…

—¿Ayuda? ¿La estás pidiendo?

—No si eso significa que te debo un favor —respondió rápidamente.

Los dioses lo tenían todo: riqueza, poder, inmortalidad… Su moneda era la moneda de los favores, que eran, en esencia, un contrato cuyos términos se decidían en el futuro y no podías escapar.

Preferiría morirse.

—Entonces nada de favores —dijo—. Una cita.

Le dirigió al dios una mirada de disgusto.

—¿Quieres que Hades te mate?

—Quiero irme de fiesta con mi amiga —replicó Hermes, cruzando los brazos sobre el pecho—. Así que que me mate.

Perséfone lo miró fijamente, simulando sospecha.

—Hecho —dijo con una sonrisa.

El dios esbozó una deslumbrante sonrisa.

—¿Qué tal el viernes?

—Méteme en ese edificio y miraré mi agenda.

Hermes sonrió.

—Vamos, Sefi.

Hermes se teletransportó hasta el centro de la multitud, y sus fans gritaron como si se estuvieran muriendo. Hermes disfrutó del momento firmando autógrafos y posando para las fotos. Mientras tanto, Perséfone se arrastró a lo largo de la pasarela y entró en la Acrópolis sin ser vista. Se dirigió hacia los ascensores manteniendo la cabeza baja mientras esperaba junto a un grupo de personas. Sabía que la estaban mirando, pero no importaba. Estaba dentro, había evitado la multitud y ahora podía ponerse a trabajar.

Cuando llegó a su planta, la nueva recepcionista, Helena, la saludó. Sustituía a Valerie, quien se había mudado unas plantas más arriba para trabajar para Oak & Eagle Creative, la empresa de publicidad de Zeus. Helena era más joven que Valerie y aún iba a la universidad, lo que significaba que era alegre y estaba ansiosa por complacer a todo el mundo. También era preciosa, tenía los ojos azules como el zafiro, un pelo rubio que caía en cascada y unos perfectos labios rosas. Pero, sobre todo, era muy simpática. A Perséfone le gustaba.

—¡Buenos días, Perséfone! —dijo con una voz cantarina—. Espero que no te haya costado mucho llegar hasta aquí.

—No, para nada. —Consiguió mantener su voz firme. Probablemente esa era la segunda peor mentira que había dicho después de la que le prometió a su madre que se mantendría alejada de Hades—. Gracias, Helena.

—Esta mañana ya has recibido algunas llamadas. Si eran sobre alguna historia que creo que te pudiera interesar, las he enviado a tu contestador, pero si llamaban para entrevistarte, te lo he dejado apuntado. —Enseñó una pila de post-its ridículamente grande—. ¿Quieres alguno?

Perséfone miró la pila de post-its.

—No, gracias, Helena. Eres la mejor.

Helena sonrió.

—Oh, y antes de que te vayas, Demetri quiere verte —dijo Helena en voz alta, justo cuando Perséfone se dirigía hacia su escritorio.

Un temor pesado y duro se formó en su estómago, como si alguien hubiera dejado caer una piedra por su garganta. Tragó y consiguió dirigirle una sonrisa.

—Gracias, Helena.

Perséfone cruzó la oficina flanqueada por unos escritorios perfectamente alineados, guardó sus cosas y tomó una taza de café antes de acercarse al despacho de Demetri. Se quedó en la puerta sin querer llamar la atención. Su jefe estaba sentado detrás de su escritorio mirando su *tablet*. Demetri era un hombre apuesto, de mediana edad, con el pelo entrecano y una perpetua barba. Le gustaba vestir de colores y las corbatas estampadas. Hoy llevaba una camisa roja y una pajarita azul con lunares blancos.

En el escritorio frente a él había una pila de periódicos con titulares como:

«¿Tiene lord Hades una relación con una mortal?»

«Periodista pillada besando al dios de los muertos»

«¿La mortal que difamó al rey del Inframundo está enamorada?»

Demetri debió notar que lo miraba porque finalmente levantó la vista de la *tablet*. El artículo que estaba leyendo se reflejaba en sus gafas de montura negra. Se fijó en el título. Era otro artículo sobre ella.

—Perséfone. Por favor, entra. Cierra la puerta.

De repente sintió que la piedra de su estómago pesaba todavía más. Encerrarse en el despacho de Demetri fue como volver a entrar en el invernadero de su madre: la ansiedad se apoderó de ella y sintió miedo ante la idea de ser castigada. Sintió calor en la piel y estaba incómoda, su garganta se estrechó, su lengua se espesó… Se iba a ahogar.

«Ya está», pensó. «Va a despedirme».

Se sintió frustrada porque él estaba alargando la situación. ¿Por qué invitarla a sentarse? ¿Actuar como si tuviera que ser una conversación?

Respiró profundamente y se sentó en el borde de la silla.

—¿Qué has hecho? —preguntó, mirando a la pila de periódicos—. ¿Coger uno de cada bloque?

—No he podido evitarlo —dijo sonriendo—. La historia es fascinante.

Perséfone le lanzó una mirada asesina.

—¿Necesitabas algo? —preguntó finalmente, con la esperanza de cambiar de tema, con la esperanza de que el motivo de por qué la había llamado no tuviera nada que ver con los titulares de esa mañana.

—Perséfone —dijo Demetri, y ella se encogió ante el tono suave que había adoptado su voz. Fuera lo que fuera lo que iba a decir, no era bueno—. Tienes mucho potencial y has demostrado que estás dispuesta a luchar por la verdad, y lo agradezco.

Hizo una pausa y el cuerpo de Perséfone seguía tenso, preparándose para lo que venía.

—Pero… —dijo, suponiendo el rumbo que iba a tomar la conversación.

Demetri pareció aún más compasivo.

—Sabes que no te lo pediría si pudiera —dijo.

Perséfone parpadeó y lo miró con extrañeza.

—¿Pedir el qué?

—Una exclusiva. De tu relación con Hades.

El temor le subió por el estómago y se extendió, sofocando su pecho y pulmones, y sintió cómo se le quedaba la cara helada.

—¿Por qué tienes que pedirlo? —Su voz era firme, e intentó estar calmada, pero las manos le temblaban y estaba apretando la taza de café.

—Per…

—Has dicho que no lo pedirías si pudieras —lo interrumpió. Estaba cansada de que dijera su nombre. Cansada de cuánto tardaba en ir al grano—. ¿Entonces por qué lo pides?

—Viene de arriba —contestó—. Me han dejado muy claro que o nos ofreces tu historia o ya no trabajarás más aquí.

—¿De arriba? —repitió, y se detuvo un momento, intentando recordar un nombre. Le vino a la cabeza poco después—. ¿Kal Stavros?

Kal Stavros era un mortal. Era el CEO de Epik Communications, dueño del *Diario de Nueva Atenas*. Perséfone no sabía mucho sobre él excepto que era uno de los favoritos de la prensa amarilla. Especialmente porque era guapo, su nombre literalmente significaba «coronado como el más bello».

—¿Por qué iba el CEO a pedir una exclusiva?

—No ocurre cada día que la novia del dios de los muertos trabaje para ti —dijo Demetri—. Todo lo que toques se convertirá en oro.

—Entonces déjame escribir sobre otro tema —dijo—. Tengo el contestador y el correo llenos de información.

Era cierto. Los mensajes habían empezado a salir en masa cuando publicó su primer artículo sobre Hades. Poco a poco los fue clasificando en carpetas dependiendo de a qué dios criticaban. Podría escribir sobre cualquier olímpico, incluso sobre su madre.

—Puedes escribir cualquier otra cosa —dijo Demetri—. Pero me

temo que vamos a necesitar esa exclusiva de todas maneras.

—No puedes hablar en serio —fue todo lo pensó en decir, pero la expresión de Demetri le decía que así era. Volvió a intentarlo—. Es mi vida privada.

Los ojos de su jefe bajaron hasta la pila de papeles de su escritorio.

—Pero ahora es pública.

—Creí que habías dicho que lo entenderías si quería dejar de escribir sobre Hades.

Notó que Demetri dejaba caer los hombros, y que eso le derrotara la hacía sentir mejor.

—Tengo las manos atadas, Perséfone —contestó.

—¿Y ya está? ¿Ni siquiera puedo decir nada? —preguntó, tras un largo silencio.

—Tienes dos opciones. Necesito el artículo para el próximo viernes.

Y después de esas palabras, Demetri la despachó.

Perséfone se levantó, se fue hacia su escritorio y se sentó.

La cabeza le daba vueltas mientras pensaba cómo podía salir de esta situación, aparte de escribir el artículo o dimitir. Trabajar para el *Diario de Nueva Atenas* había sido su sueño desde que en su primer año de universidad decidió dedicarse al periodismo. Creía completamente en su lema de decir la verdad y sacar a la luz las injusticias.

Ahora se preguntaba si todo eso realmente significaba algo.

Se preguntó qué diría Hades si le dijera que el CEO de Epik Communications había exigido una historia sobre ellos, pero también tenía que reconocer que no quería que Hades luchara sus batallas. Sentía desprecio porque sabía que escucharían a Hades por su condición de olímpico antiguo y no a ella, una mujer a la que creían mortal.

No, lo resolvería por sí misma, y estaba segura de una cosa: Kal se arrepentiría de esta amenaza.

Perséfone no levantó ni un momento los ojos de su ordenador tras salir del despacho de Demetri. A pesar de que parecía muy concentrada, era consciente de las miradas curiosas. Se sentían como arañas corriendo por su piel. Se concentró aún más, escudriñando los cientos de mensajes de su bandeja de entrada y escuchando los mensajes de la gente que tenían una historia para ella. La mayoría eran sobre cómo Zeus y Poseidón habían transformado a sus madres-hermanas-tías en lobos-cisnes-vacas por razones viles, y Perséfone se preguntó cómo era posible que Hades fuera familia de esos dos.

Lexa le envió unos mensajes durante la hora de la comida.

«¿Estás bien?».

«No, ha ido a peor», respondió Perséfone.

«¿¿¿???».

«Te cuento más tarde. Sería demasiado por escrito».

«¿Quieres emborracharte?», preguntó Lexa.

Perséfone rio.

«Mañana trabajamos, Lex».

«Estoy intentando ser una buena amiga».

«Vale, podemos emborracharnos un poco. Además, tenemos que celebrar TU PRIMER DÍA en la Fundación Ciprés. ¿Cómo vas?», contestó Perséfone sonriendo.

«Es genial», respondió Lexa. «Hay mucho que aprender, pero va a ser fantástico».

Perséfone consiguió evitar a Demetri durante el resto de la jornada. Helena fue la única persona que le habló y fue para decirle que tenía correo, incluyendo un sobre de color rosa. Cuando Perséfone lo abrió, lo encontró lleno de papeles recortados de manera irregular con forma de corazón.

—¿Has visto quién lo ha dejado en el buzón? —le preguntó a Helena. No había remitente ni sello. Quienquiera que lo hubiera dejado, no lo había enviado por correo.

La chica negó con la cabeza.

—Estaba aquí esta mañana.

«Qué raro», pensó, tirando el revoltijo de papeles a la basura.

Al acabar la jornada, Perséfone tomó el ascensor hasta la primera planta y vio que la multitud seguía fuera. Pensó en las opciones que tenía. Podría simplemente salir a través de la puerta principal y enfrentarse a la muchedumbre. La seguridad la escoltaría, pero solo hasta la acera, a menos que llamara a Antoni para que la llevara. Sabía que el cíclope estaría encantado, pero su lealtad hacia ella menguaría si veía que la seguían esperando a que saliera del trabajo, y ella no quería una égida *para nada*. También existía la pequeña posibilidad de que su magia respondiera si la desafiaban, y no estaba dispuesta a arriesgarse y exponerse, y por eso también descartó teletransportarse. Solo le quedaba una opción: buscar otra forma de salir del edificio.

Había otras salidas, tan solo era cuestión de encontrar una que no estuviera vigilada por los fans. Sonaba paranoica, pero se había informado. Los admiradores de los dioses harían cualquier cosa por un vistazo, un toque, un bocado de los divinos, y eso incluía a sus parejas.

Se giró y caminó por el pasillo alejándose de la aglomeración buscando una salida.

Pensó en salir por el *parking*, pero no le gustaba la posibilidad de

que un grupo de extraños la acorralaran en un sitio que era oscuro y que olía a gasolina y pis.

«Quizá una salida de emergencia», pensó, aunque hiciera saltar la alarma. No se podía acceder a las puertas desde fuera, por lo que era improbable que hubiera alguien esperando allí.

Aceleró el paso. Después de este estresante día, le emocionaba la idea de llegar a casa y pasar la tarde con Lexa. Al doblar la esquina, chocó con un cuerpo. No levantó la vista para ver quién era, tenía miedo de que la reconociera.

—Lo siento —murmuró, y se alejó apresurándose hacia la salida.

—Si fuera tú, no saldría por esa puerta.

Una voz la frenó justo cuando sus palmas tocaron la maneta de metal. Se giró y se encontró con un par de ojos grises. Estaban enmarcados en una delgada y bonita cara de un hombre con el pelo revuelto, pómulos afilados y labios carnosos. Iba vestido con un mono gris de conserje. Nunca lo había visto.

—¿Porque la puerta tiene una alarma? —preguntó.

—No —contestó—. Porque acabo de entrar por esa puerta y, si eres la mujer que durante los últimos tres días ha estado en las noticias, creo que los que están fuera te están esperando.

Perséfone suspiró frustrada.

—Gracias por la advertencia —añadió con un tono desolador.

Empezó a caminar por el pasillo contiguo.

—Si necesitas ayuda, puedo sacarte de aquí —le dijo el hombre de repente.

Perséfone se mostró escéptica.

—¿Exactamente cómo?

El hombre crispó la comisura de los labios, pero era como si hubiera olvidado cómo sonreír.

—No te va a gustar.

III

INJUSTICIA

Tenía razón. Lo *odiaba*.

—No me voy a meter en esa cosa.

Esa cosa era un contenedor basculante lleno de basura. Se equivocó cuando dijo que no quería el olor a gasolina y pis. Ahora lo aceptaría, siempre y cuando no significara bañarse en basura rancia.

El conserje la condujo al sótano, una excursión que la hizo sentir inquieta y agarró con fuerza las llaves de su apartamento.

«Así es como asesinan a la gente», pensó, pero luego se recordó que veía demasiado *true crime*.

El sótano estaba repleto de cosas: muebles, obras de arte, un lavadero, una cocina industrial y un cuarto de mantenimiento que era donde estaban. Miraba su «vehículo de huida», que era como el hombre había empezado a referirse a él.

Parecía divertirse mucho.

—Es esto o sales por la puerta —dijo—. Tú eliges.

—¿Cómo sé que no me vas a lanzar a la multitud?

—Mira, no tienes que meterte en el contenedor. Solo pensé que te gustaría llegar a casa en algún momento de esta noche. En cuanto a mí, que te esté ayudando, la verdad es que no me interesa ver que alguien sale herido por su relación con los dioses.

Algo en la manera en cómo hablaba le hizo pensar que los dioses le habían fallado, pero no lo presionó. Lo miró durante un momento, mordiéndose el labio.

—Vale, está bien —refunfuñó.

El hombre la ayudó a subirse al contenedor y se acomodó en el espacio que le había dejado. La miró con curiosidad mientras sostenía una bolsa de basura en lo alto.

—¿Preparada?

—Como nunca lo he estado —dijo Perséfone.

Colocó las bolsas sobre ella y de repente todo estaba oscuro, y el contenedor se movió. El crujido del plástico chirriaba contra sus oídos y contuvo la respiración para no tener que respirar el olor a podrido y moho. El contenido de las bolsas se clavaba en su espalda y cada vez que pasaban sobre una grieta en el suelo, el contenedor se sacudía y el plástico la rozaba como la piel de una serpiente. Tenía ganas de vomitar, pero se contuvo.

—Esta es tu parada. —Escuchó que decía el conserje al levantar las bolsas que había utilizado para esconderla. Una ráfaga de aire fresco la recibió al levantarse del foso oscuro.

El hombre la ayudó a salir agarrándole torpemente la cintura para ponerla en pie. El contacto la hizo estremecerse y se apartó, vacilante.

La había llevado al final de un callejón que daba a la calle Pegaso. Desde aquí, en unos veinte minutos podía llegar a su apartamento.

—Gracias… —dijo—. Ehm… ¿cómo te llamabas?

—Pirítoo —le dijo y extendió la mano.

—Pirítoo. —Le tomó la mano—. Soy Perséfone… Supongo que eso ya lo sabías.

Ignoró su comentario.

—Encantado de conocerte, Perséfone.

—Te debo una, por el vehículo de huida.

—No me debes nada —dijo rápidamente—. No soy un dios. No intercambio un favor por otro.

«Definitivamente algo le ha pasado con los dioses», pensó con intriga.

—Quería decir que te llevaré galletas.

El hombre ofreció una sonrisa deslumbrante, y en ese momento, bajo el cansancio y la tristeza, creyó ver al hombre que solía ser.

—¿Nos vemos mañana? —preguntó.

Él la miró con extrañeza y soltó una risita.

—Sí, Perséfone. Te veré mañana.

Cuando Perséfone llegó a casa, el apartamento olía a palomitas y la música de Lexa resonaba por doquier. No era algo que pudieras bailar, sino un sonido que evocaba nubes y lluvia y oscuridad. La música lanzaba su propio hechizo, atrayendo sus pensamientos más oscuros, como la venganza contra Kal Stavros.

Lexa esperaba en la cocina. Ya se había puesto el pijama, uno que dejaba al descubierto sus tatuajes: las fases de la luna en su bíceps, una llave envuelta en cicuta en su antebrazo izquierdo, una preciosa

daga en su cadera derecha y la rueda de Hécate en la parte superior del brazo izquierdo. Llevaba el grueso pelo negro recogido en la parte superior de su cabeza. Tenía una botella de vino en la mano y dos vasos vacíos esperaban.

—Aquí estás —dijo Lexa, clavando sus penetrantes ojos azules en Perséfone. Señaló la botella de vino—. He cogido tu favorito.

Perséfone sonrió.

—Eres la mejor.

—Pensaba que tendría que ir a denunciar tu desaparición.

Perséfone puso los ojos en blanco.

—Solo llego treinta minutos tarde.

—Y no contestas al teléfono —señaló Lexa.

Perséfone se había distraído tanto al intentar salir de la Acrópolis y llegar a casa sin que la vieran, que no se había molestado en mirar su teléfono. Lo sacó y vio cuatro llamadas perdidas y varios mensajes de Lexa. Su mejor amiga había empezado preguntando si estaba de camino, si estaba bien, y finalmente había enviado varios emojis para llamar su atención.

—Si de verdad creyeses que estaba en peligro, dudo que me hubieras enviado miles de emoticonos.

Lexa mostró una risita al descorchar el vino.

—O quizás, inteligentemente, pensé en molestar a tu secuestrador.

En la cocina, Perséfone se sentó frente a Lexa y dio un sorbo a su vino. Era un Cabernet exquisito y rico de sabor que le quitó los nervios al instante.

—Pero, en serio, tienes que ir con mucho cuidado. Ahora eres famosa.

—No soy famosa, Lex.

—Uy, ¿es que no has leído ninguno de los artículos que te he enviado? La gente está obsesionada.

—Hades es famoso, no yo.

—Y tú por asociación —afirmó Lexa—. En el trabajo hoy solo querían hablar de ti: quién eres, de dónde eres…

Perséfone resopló.

—No has dicho nada de mí, ¿verdad?

No era ningún secreto que Lexa era la mejor amiga de Perséfone.

—¿Quieres decir que sé que llevas acostándote con Hades unos seis meses y que eres una diosa disfrazada de mortal?

El tono de Lexa era ligero.

—No llevo seis meses acostándome con Hades.

Perséfone sentía la necesidad de defenderse. Ahora fue Lexa quien entrecerró los ojos.

—Vale, cinco meses pues.

Perséfone la fulminó con la mirada.

—Mira, no te culpo. Pocas mujeres dirían que no a acostarse con Hades.

—Gracias por recordármelo —espetó Perséfone, poniendo los ojos en blanco.

—No es que vaya a irse con otra. De todas maneras, es su culpa que vuestra relación sea noticia, que la prensa sepa que eres su primera relación seria.

Excepto que la realidad era muy diferente, y mientras Perséfone sabía que había habido otras mujeres en la vida de Hades, no conocía los detalles. Y no estaba segura de querer saberlos. Pensó en Mente y se estremeció.

Perséfone bebió un trago de su vino.

—Quiero hablar de ti. ¿Cómo ha ido tu primer día?

—Oh, Perséfone —dijo con entusiasmo—. Es como un sueño. ¿Sabías que se estima que el proyecto Alcíone trate a cinco mil personas durante el primer año?

No lo sabía, pero era genial.

—Y Hades me enseñó el lugar y me presentó a mis compañeros.

Perséfone no sabía cómo se sentía, pero no era bueno. La mejor manera de explicarlo era que… estaba avergonzada. Debería haber sabido que Hades estaría allí para el primer día de Lexa, pero cuando esa mañana el dios de los muertos la ayudó a arreglarse, no le dijo nada.

—Eso ha sido muy amable por su parte —comentó distraídamente.

—Por lo visto lo hace con cada empleado nuevo. Quiero decir, sabía que Hades no era como los otros dioses, ¿pero dar la bienvenida a sus empleados como lo hizo? —Lexa sacudió la cabeza—. Es tan evidente que te ama.

Perséfone levantó la vista para encontrarse con la de Lexa.

—¿Por qué dices esto?

—Donde fuera que mirara podía ver cómo lo has inspirado.

Perséfone la miró confundida.

—¿Qué quieres decir?

Lexa se encogió de hombros.

—Es difícil de explicar. Hades utiliza algunas de las palabras que tú usas cuando habla de ayudar a la gente. Dices cosas sobre la esperanza, el perdón y las segundas oportunidades.

Cuanto más hablaba Lexa, más presión sentía Perséfone en su pecho: un tinte familiar de celos le apretaba los pulmones.

Su mejor amiga soltó una risita.

—Y luego está… lo físico.

Perséfone enarcó una ceja y Lexa estalló en una carcajada.

—¡No, *eso* no! Físico como en… fotos.

—¿Fotos?

Ahora era Lexa quien parecía confusa.

—Sí. En su despacho tiene fotos de ti. ¿No lo sabías?

No, no sabía que Hades tenía un despacho en la Fundación Ciprés, y mucho menos una foto suya. ¿De dónde había sacado fotografías de ella? Perséfone no tenía ninguna de él. De repente ya no quería hablar más de este tema.

—¿Puedo preguntarte algo? —dijo Lexa.

Perséfone esperó, con miedo a lo que le iba a preguntar.

—Siempre has querido que te reconocieran por tu trabajo, así que, ¿cuál es el problema con toda esta atención?

Perséfone suspiró.

—Quiero ser respetada en mi campo —dijo—. Ahora me siento como si fuera propiedad de Hades. Cada artículo es Hades esto y Hades lo otro. Casi nadie dice mi nombre. Me llaman *mortal*.

—Dirían tu nombre si supieran que eres una diosa —añadió Lexa.

—Y tendría ese reconocimiento por mi divinidad, no por mi trabajo.

Perséfone no podía explicar por qué era importante para ella que la conocieran por escribir, simplemente se sentía así. Toda su vida había sido horrible en la única cosa para la que había nacido ser, y a pesar de que no era su culpa, en la universidad se había esforzado mucho. Quería que alguien viera ese trabajo duro, y no solo porque escribía sobre Hades y salía con él.

—Si fuera tú, dejaría esta vida sin pensarlo dos veces —dijo Lexa.

Perséfone palideció, sorprendida.

—Es más complicado que eso, Lex.

—¿Qué es tan complicado de la inmortalidad, la riqueza y el poder?

«Todo», quiso decir Perséfone.

—¿Tan mal está querer vivir una vida modesta y mortal? —preguntó.

—No, excepto que también quieres salir con Hades —señaló Lexa.

—Puedo tener ambas cosas —afirmó. Hasta hace unos días tenía ambas cosas.

—Eso era cuando Hades era tu secreto —dijo Lexa.

Y aunque ni Perséfone ni Hades habían confirmado o desmentido las especulaciones de los medios, tendría que hacer pública su relación si quería mantener su trabajo.

Perséfone parecía angustiada.

—Oye —dijo Lexa, sirviéndole más vino a Perséfone—. No te preocupes tanto. Muy pronto se obsesionarán con otro dios y otro mortal. Quizá Sibila decidirá que de verdad ama a Apolo.

Perséfone no estaba segura de esto. La última vez que hablaron de ello, Sibila había manifestado que no estaba interesada en una relación con el dios de la música.

—Voy a ducharme —dijo Perséfone.

La idea del agua caliente cada vez sonaba mejor. Quería quitarse de la piel la sensación de ese día, por no mencionar que aún se sentía como si estuviera rodeada de basura porque ese olor seguía incrustado en su nariz.

—Cuando acabes vemos una película —dijo Lexa.

Perséfone cogió el vino y su bolso y se los llevó al dormitorio. Dejó el bolso sobre la cama, se dirigió al baño y abrió la ducha. Mientras el agua se calentaba, volvió a su cuarto, tomó un trago del vino y dejó la copa para poder desabrocharse el vestido.

Se detuvo al sentir cómo la rodeaba la magia de Hades. Era una sensación distinta: como una nota de invierno en el aire. Cerró los ojos y se preparó para desaparecer. No sería la primera vez que Hades la llevaba al Inframundo sin previo aviso, pero en su lugar, una mano la tocó bajo la barbilla y unos labios se cerraron sobre los suyos. La besó como si durante las primeras horas del día no hubieran hecho el amor, y cuando él se apartó, Perséfone estaba sin aliento, olvidando el estrés del día.

La palma de Hades se sentía caliente contra su mejilla, le rozó los labios con el pulgar y la buscó con sus oscuros ojos.

—¿Estás preocupada, cariño?

Abrió los ojos solo para entrecerrar la mirada, desconfiada.

—Hoy me has seguido, ¿verdad?

Hades ni siquiera pestañeó.

—¿Por qué lo piensas?

—Esta mañana insististe en que Antoni me llevara al trabajo, probablemente porque ya sabías lo que los medios estaban diciendo.

Hades se encogió de hombros.

—No quería preocuparte.

—¿Así que dejaste que me metiera en medio de la multitud?

Hades levantó una ceja con complicidad.

—¿Te metiste en la multitud?

—¡*Estabas* ahí! —lo acusó—. Creía que teníamos un acuerdo. Nada de invisibilidad.

—No lo estaba —respondió—. Pero sí Hermes.

«Maldito Hermes».

Se había olvidado de sacarle una promesa al dios de las travesuras: no decirle a Hades lo de la muchedumbre. Probablemente se había paseado hasta el Nevernight con una sonrisa en la cara para informar de lo sucedido.

—Podrías teletransportarte —le propuso Hades—. O te podría proporcionar una égi…

—No quiero una égida —lo cortó—. Y preferiría no utilizar magia, no en… el mundo de los mortales.

—¿A menos que sea una venganza?

—Eso no es justo. Sabes que mi magia se está volviendo más y más impredecible. Y no tengo ganas de que me descubran como diosa.

—Diosa o no, eres mi amante.

No pudo evitar ponerse rígida, pero no le entusiasmaba esa palabra. Y supo por cómo Hades entrecerró los ojos que se había dado cuenta.

—Es cuestión de tiempo de que alguien que quiera vengarse de mí te haga daño. Te voy a mantener a salvo —siguió Hades.

Perséfone se estremeció. No había pensado en eso.

—¿De verdad crees que alguien trataría de hacerme daño?

—Cariño, he juzgado a la naturaleza humana durante miles de años. Sí.

—Y no puedes, no sé, ¿borrarles la memoria? Que se olviden de todo esto. —Agitó su mano entre ellos.

—Es demasiado tarde para esto. —Se detuvo un momento y luego preguntó—: ¿Por qué es tan malo que sepan que eres mi amante?

—Nada —contestó rápidamente—. Es… esa *palabra*.

—¿Qué hay de malo con «amante»?

—Es que suena tan efímero. Como si fuera tu esclava sexual.

Hades crispó la comisura de los labios.

—¿Y cómo debería llamarte, entonces? Me has prohibido el uso de «mi reina» y «milady».

—Los títulos me hacen sentir *incómoda* —dijo.

No estaba segura de cómo explicar por qué le había pedido que no la llamara «mi reina» o «milady», pero esto se sumaba al hecho de que eran dos etiquetas a las que podría acostumbrarse, y eso significaba que se estaba preparando para una potencial decepción. Esos pensamientos la hacían sentir culpable, pero los ecos del sufrimiento que había experimentado cuando estuvieron separados la hacían ser prudente.

—No es que no quiero que me conozcan como tu amante, pero tiene que haber una palabra mejor.

—¿Novia? —sugirió Hades.

No pudo reprimir la carcajada que le salió de la garganta.

—¿Qué hay de malo con novia? —preguntó, fulminándola con la mirada.

—Nada —dijo rápidamente—. Es que parece tan insignificante.

Su relación era demasiado intensa, demasiado apasionada, demasiado antigua para simplemente ser su novia.

Hades destensó los músculos de la cara, y llevó un dedo bajo la barbilla de ella.

—Cuando se trata de ti, nada es insignificante —dijo.

Se miraron fijamente; ahora el aire era pesado. Perséfone quería acercarse a él, acercarse a sus labios, saborearlo. Lo único que tenía que hacer era cerrar el espacio que había entre ellos y estallarían en llamas, caerían tan profundamente en su pasión que no existiría nada más allá de su piel.

Un golpe en la puerta la sacó de sus pensamientos y su corazón se puso a cien.

—¡Perséfone! Voy a pedir pizza. ¿Quieres alguna en especial? —preguntó Lexa.

La diosa se aclaró la garganta.

—N-no. Lo que pidas estará bien —respondió a través de la puerta.

—Entonces con piña y anchoas.

El corazón de Perséfone aún martilleaba en su pecho. Hubo una larga pausa al otro lado de la puerta y, por un momento, Perséfone pensó que Lexa se había ido.

—¿Estás bien? —preguntó de repente.

Hades se rio y se inclinó, presionando sus labios contra su piel. Perséfone exhaló y echó la cabeza hacia atrás.

—Sí.

Otra larga pausa.

—¿Has escuchado al menos lo que voy a pedir?

—¡Pídela de queso, Lexa!

—Vale, vale. Estoy en ello.

Perséfone podía decir por su tono de voz que estaba sonriendo. Empujó el pecho de Hades y se encontró con su mirada.

—No deberías reírte.

—¿Por qué no? Puedo escuchar cómo late tu corazón. ¿Tienes miedo de que te pillen con tu novio?

Perséfone puso los ojos en blanco.

—Creo que prefería amante.

Su risa era como un profundo estruendo.

—No eres fácil de complacer.

Ahora le tocaba a ella sonreír.

—Te daría la oportunidad, pero me temo que no tengo tiempo.

Los ojos de Hades se oscurecieron y su agarre sobre ella se hizo más fuerte.

—No necesito mucho tiempo —dijo, enredando las manos en su vestido como si quisiera arrancárselo—. Podría hacer que te corrieras en segundos. Ni siquiera tendrás que desvestirte.

Perséfone estuvo a punto de morder el anzuelo y desafiarle a que lo demostrara, pero entonces recordó cómo el día anterior la había dejado en el comedor. Y a pesar de haber regresado y compensarla, quería castigarlo.

—Me temo que unos segundos no serán suficientes —dijo—. Me debes placer, horas de placer.

—Déjame mostrarte un avance, entonces.

La abrazó con fuerza, su excitación presionaba contra la suavidad de ella, pero ella mantuvo la distancia, con las palmas presionadas contra su duro pecho.

—Quizá más tarde —propuso.

Él sonrió.

—Lo tomaré como una promesa.

Y dicho esto desapareció.

Perséfone se duchó y se cambió. Cuando salió de la habitación, Lexa estaba acurrucada en el sofá. Perséfone se sentó a su lado, compartiendo la manta de Lexa y las palomitas.

—¿Qué película vemos?

—*Píramo y Tisbe* —respondió.

Era una película que ya habían visto muchas veces, una antigua historia sobre el amor prohibido pero contado en la actualidad.

—Me alegra que no dijeras *Titanes después del anochecer*.

—¡Eh! Ese programa me gusta.

—Cómo representan a los dioses es tan equivocado.

—*Lo sabemos* —dijo Lexa—. No le hacen justicia a Hades, pero si tiene algún problema con ello, dile que es su culpa. Es él el que se niega a que le fotografíen… Bueno, hasta hace poco.

Empezaron la película, y en la primera escena se introducía a las familias enemistadas enzarzadas en una guerra por el territorio. Píramo y Tisbe eran jóvenes y con ganas de divertirse. Se conocieron en un club, y bajo esas feroces e hipnóticas luces, se enamoraron; más tarde descubrirían que sus familias eran enemigas acérrimas. La película estaba en medio de una tensa escena entre las familias por la muerte del hermano de Tisbe, asesinado por disparo por Píramo, cuando de pronto sonó el timbre sorprendiendo a Perséfone y Lexa.

Intercambiaron miradas.

—Debe ser el chico de la pizza —dijo Lexa.

—Ya voy yo. —Perséfone ya se había deshecho de la manta—. ¡Para la película!

—¡Pero si la has visto cientos de veces!

—¡Que la pares! O te convierto en una albahaca —amenazó con tono de broma.

Lexa soltó una carcajada, pero paró la película.

—Pues sería bastante guay.

Perséfone abrió la puerta.

—¡Sibila! —Mostró una amplia sonrisa, pero el entusiasmo pasó rápidamente a ser sospecha.

Algo iba mal.

Incluso vestida con un pijama y con un moño alto, la chica rubia era una belleza. Sibila estaba bajo la pálida luz del porche con aspecto agotado y como si hubiera estado llorando; se le había corrido el rímel por la cara.

—¿Puedo entrar? —Parecía como si tuviera la garganta atorada.

—Claro que sí.

—¿Es la pizza? —preguntó Lexa, caminando hacia ellas—. ¡Sibila!

Entonces la chica rompió a llorar.

Lexa y Perséfone intercambiaron una mirada y rápidamente la arroparon entre sus brazos mientras lloraba.

—No pasa nada —susurró Perséfone, intentando calmarla.

Creyó que podía adivinar el dolor y la confusión de Sibila, emociones que nunca había sentido en una persona. Eran como sombras que le raspaban la piel, aleteos de tristeza, golpes de celos y un frío infinito.

«Qué raro», pensó Perséfone. Apartó los sentimientos, sofocándolos para centrarse en Sibila.

Las tres permanecieron así durante un rato, abrazándose hasta que Sibila empezó a recomponerse. Lexa fue la primera en romper las formas y le sirvió a Sibila una copa de vino mientras Perséfone la llevó a la sala de estar y le dio una caja de pañuelos.

—Lo siento mucho —consiguió decir Sibila, aceptando el vino con las manos temblorosas—. No tenía dónde ir.

—Siempre eres bienvenida —dijo Perséfone.

—¿Qué ha pasado? —preguntó Lexa.

A Sibila le tembló la boca y tardó unos momentos en hablar.

—Yo… ya no soy un oráculo.

—¿Qué? —preguntó Lexa—. ¿Cómo puede ser que ya no seas uno?

Sibila había nacido con ciertos dones proféticos, incluyendo la

adivinación y la profecía. Perséfone también sabía que podía ver los hilos del destino, a los que se refirió como «colores» cuando le dijo a Perséfone que ella y Hades estaban destinados a estar juntos.

Sibila se aclaró la garganta e inspiró profundamente, pero incluso mientras hablaba se le rompía la voz.

—Me dije a mí misma que ya no lloraría más por esto.

—Sibila. —Perséfone le cogió la mano.

—Apolo me ha despedido y me ha quitado mi don de la profecía —explicó. Se rio sin ganas, secándose los ojos mientras más lágrimas le resbalaban por las mejillas—. Resulta que no puedes seguir rechazando a un dios sin consecuencias.

Perséfone no se podía creer lo que estaba escuchando. Se acordó de los comentarios de Sibila sobre su relación con Apolo. Todos, incluso sus amigos Jerjes y Aro habían dado por hecho que eran amantes, pero Sibila les había dicho a ella y Lexa que no le interesaba tener una relación con el dios de la música.

—Quería más que una amistad conmigo, y yo lo rechacé. Había escuchado sobre sus anteriores relaciones y todas ellas acabaron en desastre: Dafne, Casandra, Jacinto…

—Deja que lo entienda —dijo Perséfone—. ¿Este… *niñato divino* ha cogido una rabieta porque no querías salir con él y te ha quitado tus poderes?

—¡Shhh! —Sibila miró alrededor, con miedo de que Apolo apareciera y las aniquilara—. ¡No puedes decir eso, Perséfone!

La diosa se encogió de hombros.

—Que intente vengarse.

—Tú no tienes miedo porque tienes a Hades, pero te olvidas de que los dioses tienden a castigar a los que más te importan —dijo.

Las palabras de Sibila la hicieron hacer una mueca, y de repente se sintió menos confiada.

—¿Así que ya no tienes trabajo? —preguntó Lexa.

Por sus dones, Sibila había asistido a la Facultad de la Divinidad. Allí, aprendió a dominar su poder y Apolo la escogió para ser su directora de relaciones públicas. Sin su don, Sibila no podía llevar a cabo el trabajo para el que se había estado entrenando durante cuatro años. Incluso si hubiera conservado sus poderes, Perséfone no estaba segura de que alguien contratara a un oráculo deshonrado, especialmente uno al que había despedido Apolo. Apolo era el dios de oro. Durante siete años seguidos lo nombraron Dios del año de *El oráculo de Delfos*, y solo había perdido una vez, cuando Zeus arremetió contra el edificio de la revista con un rayo en forma de protesta.

—¡No puede hacer eso! —Perséfone estalló. No le importaba cuán

querido era el dios de la música, no se merecía ese respeto si castigaba a la gente simplemente porque no querían salir con él.

—Puede hacer lo que quiera —dijo Sibila—. Es un dios.

—Pero eso no hace que esté bien —le refutó.

—Bien, mal, justo, injusto… El mundo en el que vivimos no es así, Perséfone. Los dioses castigan.

Esas palabras la estremecieron, y lo peor era que sabía que era verdad. Los dioses utilizaban a los mortales como sus juguetes y los desechaban cuando se enfadaban o se aburrían. La vida no era nada para ellos porque tenían una eternidad.

—Ni siquiera me importa que me despida, pero ¿quién me va a contratar ahora? —dijo Sibila, con la voz desolada—. No sé qué hacer. No puedo volver a casa. Mi madre y mi padre me deshonraron cuando pedí entrar en la Facultad de la Divinidad.

—Puedes trabajar conmigo —le ofreció Lexa, mirando a Perséfone como preguntándole «¿verdad?».

—Le preguntaré a Hades —le prometió Perséfone—. Seguro que necesitan más ayuda en la fundación.

—Y puedes quedarte con nosotras —añadió Lexa—. Hasta que te repongas.

Sibila parecía escéptica.

—No quiero molestaros.

Lexa se rio.

—No eres una molestia. Así me haces compañía cuando Perséfone esté en el Inframundo. Por dios, hasta puedes quedarte con su habitación. No es que pase muchas noches aquí, la verdad.

Perséfone la empujó juguetonamente y Sibila se rio.

—No quiero tu habitación.

—Puedes dormir allí. Lexa tiene razón.

—Pues claro que tengo razón. Si yo me estuviera acostando con Hades, tampoco estaría en mi habitación.

Perséfone cogió una almohada y le dio a Lexa con ella.

Fue un error.

Lexa chilló como una banshee, cogió un cojín y se giró violentamente. Perséfone esquivó el golpe y Sibila recibió la peor parte.

Lexa dejó el cojín.

—Oh, dioses, Sibila, lo siento…

Pero Sibila también cogió una almohada y la estampó contra un lado de la cara de Lexa.

No pasó mucho tiempo antes de que las tres se enzarzaran en una batalla, persiguiéndose por la sala de estar, recibiendo golpes de

almohada hasta que se dejaron caer sobre el sofá, sin aliento y riéndose.

Incluso Sibila parecía estar pasándolo bien, durante ese rato se había olvidado de las últimas horas de su vida.

—Ojalá todos los días fueran tan felices —dijo, y suspiró.

—Lo serán —dijo Lexa—. Ahora vives con nosotras.

Cuando las almohadas volvieron a su sitio, la pizza ya había llegado. El repartidor se deshizo en disculpas y explicó que había mucho tráfico por las protestas.

—¿Protestas? —preguntó Perséfone.

—Son los Impíos —dijo—. Protestan contra los próximos Juegos Panhelénicos.

—Oh.

Los Impíos eran un grupo de mortales que rechazaban a los dioses y escogían la justicia, el libre albedrío y la libertad por encima de la adoración y el sacrificio. A Perséfone no le sorprendió que se manifestaran contra los juegos, pero fue algo inesperado, ya que los Impíos habían mantenido un perfil bajo durante los últimos años. Esperaba que se limitaran a protestar pacíficamente y no se intensificara porque había mucha gente de un lado para otro por las celebraciones, incluyendo a Perséfone, Lexa y Sibila.

Las chicas se sentaron para acabar de ver la película, comieron pizza y evitaron hablar de temas que incluían a Apolo, aunque esto no hizo que Perséfone dejara de pensar en cómo podía ayudar a Sibila.

Las acciones de Apolo eran inadmisibles, y ¿no tenía ella la obligación de exponer las injusticias a sus lectores? Sobre todo, si eran sobre dioses. Y quizá, si la historia era lo suficientemente buena, no tendría que escribir esa exclusiva.

Horas más tarde, Perséfone seguía despierta e incapaz de moverse. Sibila tenía la cabeza sobre su regazo, y Lexa roncaba; se había quedado profundamente dormida en el sofá de enfrente.

Después de un rato, Sibila se movió y habló en un susurro.

—Perséfone, quiero que me prometas que no escribirás sobre Apolo.

Perséfone se quedó paralizada por un momento conteniendo la respiración.

—¿Por qué no?

—Porque Apolo no es Hades —respondió—. A Hades no le importaba lo que la gente pensaba de él y estaba dispuesto a escucharte. Apolo no es así. Apolo codicia su reputación. Es tan importante para él como la música.

—Entonces no debería haberte castigado —contestó Perséfone.

Sintió que Sibila enroscaba sus manos en la manta que las rodeaba.

—Te estoy pidiendo que no luches en mi nombre. Promételo.

Perséfone no contestó. El problema era que le estaba pidiendo una promesa, y cuando un dios hacía una, era vinculante, irrompible.

No importaba que Sibila no supiera que Perséfone era una diosa.

No podía hacerlo.

Al cabo de un rato, Sibila la miró, encontrando su mirada.

—¿Perséfone?

—No hago promesas, Sibila.

Sibila suspiró.

—Temía que dijeras eso.

IV

ADVERTENCIA

Perséfone estaba despierta escuchando los ronquidos superficiales de Lexa y la respiración entrecortada de Sibila. Eran las tres de la madrugada y tenía que levantarse dentro de cuatro horas, pero no podía dejar de pensar en todo lo que había pasado. Consideró los pros y los contras de escribir la exclusiva que Demetri y Kal querían. Suponía que era una manera de controlar la información que publicaba, excepto que se estaba viendo obligada a ofrecer detalles de su vida personal. Peor, le habían quitado la posibilidad de escoger, y lo odiaba.

¿Pero podía dejar su trabajo soñado? Había llegado a Nueva Atenas con deseos de libertad, éxito y aventura. Lo había saboreado todo, y justo cuando se había liberado de las cadenas de la custodia de su madre, volvía a estar encadenada. ¿Es que el ciclo no terminaría nunca?

Y luego estaba Sibila.

Perséfone no podía permitir que Apolo se saliera con la suya por cómo había tratado a su amiga. No podía entender por qué Sibila no quería que escribiera sobre el dios de la música. Tenía que responder por su comportamiento.

Perséfone suspiró. Tenía la cabeza tan llena de pensamientos… Las palabras se amontonaban tanto que parecía que le apretaban el cráneo. Se levantó en silencio, se teletransportó al Inframundo y entró en la habitación de Hades. Si alguien le podía aliviar la tensión, era el dios de los muertos.

No había esperado encontrarlo durmiendo. Había empezado a sospechar que apenas dormía, excepto cuando estaba con ella. Yacía parcialmente cubierto con las sábanas de seda, y su musculado pecho estaba contorneado por la luz del fuego de la chimenea. Tenía los

brazos sobre la cabeza, como si se hubiera quedado dormido haciendo estiramientos. Perséfone se acercó para tocarle la cara y se sorprendió cuando la agarró por la muñeca.

Ella gritó, más por sorpresa que por dolor. Hades abrió los ojos.

—Mierda —maldijo. Se levantó a la velocidad de la luz, aflojó el agarre de la muñeca y la atrajo hacia él—. ¿Te he hecho daño?

Podría haber contestado, pero él le estaba besando la piel, y cada beso le hacía temblar el cuerpo.

—¿Perséfone? —la miró fijamente, una infinidad de emociones le nublaban los ojos. Era casi como si estuviera abatido, su respiración era superficial y tenía las cejas fruncidas.

Ella sonrió, apartándole un mechón de pelo de la cara.

—Estoy bien, Hades. Solo me has asustado.

El dios le besó la palma de la mano y la estrechó contra él mientras se acostaba.

—Pensaba que esta noche no vendrías conmigo.

Perséfone descansó la cabeza sobre su pecho. Estaba caliente y firme, y se sentía bien.

—No puedo dormir sin ti —admitió, sintiéndose completamente ridícula, pero era verdad.

Las palmas de Hades se relajaron y ahora le recorrían la espalda de arriba abajo. De vez en cuando se detenía para apretarle el trasero. Ella se movió contra él, y su erección cada vez era más dura.

—Eso es porque te mantengo despierta hasta tarde.

Ella se sentó a horcajadas sobre él y entrelazó los dedos con los suyos.

—No todo es sexo, Hades.

—Nadie ha dicho nada sobre el sexo, Perséfone —señaló.

Ella alzó una ceja y movió las caderas.

—No necesito las palabras para saber que estás pensando en sexo.

Él se rio entre dientes y deslizó las manos hasta sus pechos. A Perséfone se le atoró el aliento en la garganta, y enroscó los dedos alrededor de sus muñecas como si fueran grilletes.

—Quiero hablar, Hades.

Arqueó su perfecta ceja.

—Habla —dijo—. Puedo hacer varias cosas a la vez… ¿O es que te has olvidado?

Se incorporó y con los dientes le mordisqueó un pezón, provocándola a través de su camiseta. Ella quería dejarse llevar y dejar que explorara. Sus manos, *unas manos traicioneras*, se deslizaron por su cuello y se enredaron en el pelo. Él olía a especias calientes y prácticamente podía saborear su lengua, que sabía a *whisky*.

—No creo que esta vez puedas hacerlo —dijo ella—. Conozco esa mirada.

Hades se apartó.

—¿Qué mirada? —preguntó.

Le agarró la cabeza con las manos. Intentó evitar que la distrajera con su boca, pero sus manos se estaban moviendo bajo su camiseta, sobre su piel, y le provocaban escalofríos.

—Esa *mirada* —dijo, como si eso lo explicara todo—. La que tienes ahora. Tus ojos están oscuros, pero hay algo vivo detrás de ellos. A veces pienso que es pasión, a veces, violencia. A veces pienso que son todas tus vidas.

Le brillaron los ojos y sus manos cayeron sobre sus muslos.

—*Hades* —siseó su nombre, y cubrió su boca con la de él, moviéndose para estar debajo de él. Su lengua se deslizó en su boca. Había acertado en cómo sabía: ahumado y dulce. Ella quería más, y entrelazó los brazos con sus hombros y sus piernas en su cadera.

Sus labios abandonaron los de ella para explorar las proximidades de su cuello y pechos. Perséfone lo agarró fuerte de la cintura para evitar que se moviera hacia abajo.

—Hades —susurró—. Dije que quería hablar.

—Habla —volvió a decir.

—Es sobre Apolo —exhaló.

Hades se heló y gruñó. Fue un sonido antinatural y Perséfone notó cómo le recorría un escalofrío por la columna. El dios se separó completamente; ya no la tocaba.

—¿Por qué el nombre de mi sobrino ha salido de tus labios?

—Es mi próximo proyecto.

Hades parpadeó, y Perséfone estuvo segura de haber visto violencia en sus ojos.

Se apresuró en continuar.

—Ha despedido a Sibila, Hades. Por no querer ser su amante.

Él la miró fijamente, su silencio era de enfado. Tenía los labios apretados y una vena palpitaba en su frente. Salió de la cama completamente desnudo. Durante un momento, ella lo observó alejarse con su trasero bien musculado y todo lo demás.

—¿A dónde vas? —preguntó, como exigiendo.

—No puedo quedarme en nuestra cama mientras hablas de Apolo.

Se dio cuenta de que había dicho «nuestra» cama y no «mi» cama. Eso la hizo sentir cálida por dentro, excepto que lo había jodido todo al mencionar a Apolo.

Salió detrás de él.

—¡Estoy hablando de él porque quiero ayudar a Sibila!

Hades se sirvió una bebida.

—Lo que está haciendo está mal, Hades. Apolo no puede castigar a Sibila porque lo haya rechazado.

—Pues parece que puede —dijo Hades, tomando un lento sorbo de su vaso.

—¡Le ha quitado su sustento! ¡No tiene nada y no tendrá nada a menos que expongan a Apolo!

Hades vació su vaso y se sirvió otro.

—No puedes escribir sobre Apolo, Perséfone —dijo Hades, tras un tenso silencio.

—Ya te lo dije, no puedes decirme sobre quién puedo escribir, Hades.

El dios del Inframundo dejó su vaso con un sonoro chasquido.

—Entonces no deberías haberme dicho tus planes —dijo.

Ella adivinó su próximo pensamiento: «y tampoco deberías haber mencionado a Apolo en mi dormitorio».

Sus palabras alimentaron su ira y sintió su poder moviéndose por sus venas.

—¡No se va a salir con la suya, Hades!

No añadió que realmente necesitaba esta historia, que le proporcionaría una distracción para lo que su jefe realmente quería. Hades debió sentir el cambio en su poder, porque cuando volvió a hablar, sus palabras fueron cuidadosas y calmadas.

—No estoy discrepando contigo, pero no vas a ser tú la que sirva justicia, Perséfone.

—¿Quién si no? Nadie más quiere enfrentarse a él. El público lo adora.

No entendía cómo podían amar a Apolo y temer a Hades.

—Razón de más para ser estratégica —razonó Hades—. Hay otras maneras de obtener justicia.

Perséfone no estaba segura de que le gustara lo que Hades estaba insinuando.

Lo miró fijamente.

—¿De qué tienes tanto miedo? Escribí sobre ti y mira todo lo bueno que salió de ello.

—Yo soy un dios razonable —dijo—. Por no decir que tú me intrigabas. No quiero que Apolo se intrigue por ti.

A Perséfone no le importaba si a Apolo le intrigaba ella o no, el dios de la música no llegaría a ninguna parte con ella.

—Ya sabes que iré con cuidado —dijo—. Además, ¿realmente Apolo se metería con algo que es tuyo?

Los labios de Hades se afinaron y le tendió la mano para que la

tomara.

—Ven —dijo, sentándose en una silla delante del fuego.

Se acercó como si sus palabras fueran magnéticas y ella de acero. Los dedos de Hades se enredaron en los suyos y la atrajo hacia él, con las rodillas de la diosa flanqueando sus muslos. Cada curva se fundía con su erección. Ella mantuvo su oscura mirada mientras él hablaba.

—No entiendes a los divinos. No puedo protegerte de otro dios. Es una lucha que tendrías que ganar por tu propia cuenta.

La confianza de Perséfone titubeó. Había muchas reglas en cuanto a los dioses —promesas y contratos y favores— y todas tenían una cosa en común.

Eran irrompibles.

—¿Estás diciendo que no lucharías por mí?

Hades suspiró y le acarició la mejilla con el dedo.

—Cariño, quemaría este mundo por ti.

La besó ferozmente, con violencia, dejándole los labios en carne viva. Cuando se separó, ella estaba sin aliento, y sus manos presionaban su piel tan firmemente que era como si le estuviera sujetando los huesos.

—Te lo *suplico*, no escribas sobre el dios de la música.

Estaba asintiendo, absorta por la mirada vulnerable de los oscuros ojos de Hades. Él no había estado tan desesperado por evitar que ella escribiera sobre él.

—¿Y qué hay de Sibila? —preguntó—. Si yo no lo expongo, ¿quién la va a ayudar?

La mirada de Hades se suavizó.

—No puedes salvar a todo el mundo, querida.

—No estoy tratando de salvar a todo el mundo, solo a los que son tratados injustamente por los dioses.

La observó durante un momento y luego le apartó un mechón de pelo de la cara.

—Este mundo no te merece.

—Sí que me merece —contestó—. Todo el mundo merece misericordia, Hades. Incluso en la muerte.

—Pero tú no estás hablando de misericordia —dijo, acariciándole la mejilla con el pulgar—. Esperas rescatar a los mortales del castigo de los dioses. Es tan vanidoso como prometer devolver los muertos a la vida.

—Porque así lo has juzgado —afirmó.

Hades desvió la mirada tensando la mandíbula. Le había tocado la fibra sensible. La culpa le revolvió el estómago. Sabía que estaba siendo injusta. El Inframundo tenía reglas y un equilibrio de poder que

no acababa de entender.

No había querido enfadarlo, pero realmente quería hacer un cambio. Se acercó a él, guiando sus ojos hacia los de ella.

—No escribiré sobre Apolo —dijo.

Él se relajó un poco, pero su cara aún estaba tensa.

—Sé que deseas impartir justicia, pero créeme con esto, Perséfone.

—Te creo.

Su expresión era vacía, y parecía casi como si no la creyera. Ese pensamiento despareció rápido cuando la levantó en sus brazos, manteniéndole la mirada y la llevó a la cama.

La sentó en el borde, la ayudó a quitarse la ropa y la tumbó. Se arrodilló entre sus piernas, y su boca descendió, lamiendo el manojo de nervios del vértice de sus muslos. Perséfone se arqueó sobre la cama, su cabeza se clavó en el colchón y sus manos se enredaron en el mar de sábanas a su alrededor. Se esforzaba por recobrar el aliento.

—¡Hades!

Sus gritos parecían no tener ningún efecto en él, ya que seguía con su ritmo lánguido y torturador. Pronto sus dedos apartaron la cálida carne y su lengua se unió. La acariciaba y la estiraba, moviéndose al ritmo de su respiración hasta que ella encontró la liberación.

Cuando acabó, se sentó sobre sus talones, se llevó los dedos a los labios y se los lamió.

—Eres mi sabor favorito —dijo—. Podría beber de ti todo el día.

Hades la agarró de las caderas y la atrajo hacia él, deslizándose dentro de ella con una suave embestida. Perséfone lo sintió en su sangre, en sus huesos, en su alma.

La fricción aumentó en su interior, y pronto sus gemidos se convirtieron en gritos.

—Di mi nombre —gruñó Hades.

Perséfone se aferró a la seda debajo de ella. Las sábanas estaban pegadas a su piel y su cuerpo caliente por el sudor.

—¡Dilo! —ordenó.

—¡Hades! —dijo con la voz entrecortada.

—Otra vez.

—Hades.

—Suplícame —ordenó—. Ruégame que haga correrte.

—Hades. —No tenía aliento, apenas podía pronunciar las palabras —. Por favor.

Embestida.

—Por favor, ¿qué?

Otra.

—Haz que me corra.

Otra.

—¡Hazlo! —chilló.

Se corrieron juntos y Hades se desplomó sobre ella, besándola profundamente, con el sabor de ella aún en sus labios. Después de un momento, la recogió en sus brazos y la teletransportó a los baños, donde se ducharon y se volvieron a adorar.

Perséfone se acostó para dormir cuando le quedaba una hora para tener que levantarse. Hades se estiró junto a ella, abrazándola.

—¿Perséfone? —dijo Hades, los pelos sueltos de su barba le hacía cosquillas en la oreja.

—¿Mmm? —Estaba muy cansada como para utilizar palabras, los ojos le caían del sueño.

—Di otro nombre en esta cama y te prometo que su alma irá al Tártaro.

Abrió los ojos. Quería mirarlo, ver la violencia en su mirada y perseguirla. ¿Por qué le había molestado tanto? Es que el dios del Inframundo, el Rico, el Receptor de muchos, ¿temía a Apolo?

Tras su advertencia, Hades se relajó y su respiración se volvió regular. Reacia a perturbar su paz, Perséfone se acurrucó cerca de él y se quedó dormida.

V

TRATAMIENTO REAL

Al día siguiente, durante la comida, Perséfone le contó a Lexa la desastrosa conversación con Hades. Habían escogido un reservado al fondo de su cafetería favorita, The Yellow Daffodil, lo que les daba relativa privacidad. A pesar del murmullo del restaurante, Perséfone se sentía paranoica al hablar de Hades en público. Se inclinó sobre la mesa hacia Lexa, susurrando.

—Nunca lo he visto tan…

Inflexible. Tan terco. Normalmente estaba dispuesto al menos a escucharla, pero desde el momento en que el nombre de Apolo salió de su boca, Hades había terminado la conversación.

—Hades tiene razón —dijo Lexa, recostándose en la silla y cruzando las piernas.

Perséfone miró a su mejor amiga, sorprendida por que se pusiera del lado del dios de los muertos.

—Quiero decir, ¿de verdad crees que puedes tocar la reputación de Apolo? Es el chico dorado de Nueva Atenas.

—Un honor que no se merece. Viendo como trata a los hombres y mujeres que «ama».

—Pero… ¿y si la gente no te cree, Perséfone?

—No puedo preocuparme por si la gente me cree o no, Lex.

Solo pensar en que se ignoran a las víctimas de Apolo por su popularidad la ponía furiosa. Pero lo que le enfadaba más era que sabía que Lexa tenía razón. Existía la posibilidad de que nadie la creyera.

—Lo sé. Solo que… puede ser que no salga como tú crees.

Perséfone levantó las cejas, confundida por las palabras de su amiga.

—¿Y tú qué crees?

Lexa dobló los dedos sobre la mesa y se encogió de hombros. Finalmente miró a Perséfone. Hoy, su mirada parecía más viva, probablemente porque llevaba maquillaje de ojos ahumados.

—No lo sé. Quiero decir, literalmente estás esperando que un dios que no puede soportar el rechazo entre en razón. Es como si pensaras que puedes cambiar mágicamente el comportamiento de Apolo solo con algunas palabras.

Perséfone se estremeció y notó que Lexa desvió la mirada hacia su hombro. De reojo vio algo verde, y cuando miró, un hilo de enredadera había brotado de su piel. Perséfone la tapó con la mano. De todas las veces que su magia había respondido a sus emociones, nunca se había manifestado así. Tiró de la enredadera con un dolor punzante, y le empezó a salir sangre que le cayó por el brazo.

—¡Oh, dioses! —Lexa le dio un fajo de servilletas y Perséfone se las apretó contra el hombro—. ¿Estás bien?

—Sí.

—¿Te había pasado antes?

—No —dijo, retirando las servilletas para mirar la herida que había dejado la enredadera. El corte era pequeño, como si le hubieran arañado con una espina, y el sangrado era mínimo.

Necesitaba seguir sus clases con Hécate.

—¿Esto es cosa de diosas? —preguntó Lexa.

—No lo sé.

Nunca había visto que los poderes de su madre se manifestaran así, o los de Hades. Tal vez era solo otro ejemplo de lo terrible que era como diosa.

—¿Se lo dirás a Hades?

La pregunta sorprendió a Perséfone y le lanzó una mirada a Lexa.

—¿Por qué se lo tendría que decir?

Lexa enumeró las razones.

—¿Porque nunca te había pasado, porque se ve doloroso, porque puede tener algo que ver con que seas la diosa de la primavera?

—O no es nada —Perséfone respondió rápidamente—. No te preocupes, Lex.

Hubo un silencio entre ellas hasta que Lexa alargó una mano por la mesa para llamar la atención de Perséfone.

—Sabes que solo estoy preocupada por ti, ¿verdad?

La diosa de la primavera suspiró.

—Lo sé. Gracias.

Hubo más silencio y luego Lexa se encogió de hombros.

—Supongo que nada de esto importa. Le has prometido a Hades que no escribirías sobre Apolo, ¿verdad?

Perséfone evitó mirar a Lexa.

—Perséfone…

—¿Y qué hay de Sibila? ¿Se supone que tenemos que dejar que sufra? —preguntó Perséfone.

—No, se supone que tenemos que ser sus amigas —dijo Lexa.

—Lo que quiere decir que debería hacer todo lo posible para asegurarme de que se expone a Apolo.

—Quiere decir que deberías hacer lo que Sibila quiere que hagas.

Perséfone arrugó las cejas. Sibila quería que Perséfone olvidara esa situación, pero el silencio era parte del problema. ¿A cuánta gente había herido Apolo y no se habían defendido?

—¿Es que todos los divinos son vengativos por naturaleza? —Lexa planteó la pregunta casualmente, como retóricamente, pero a Perséfone no le sentó bien.

—¿Qué quieres decir?

Lexa se encogió de hombros.

—Todos queréis *castigar*. Apolo quiere castigar a sus amantes, así que tú quieres castigarlo a él, y probablemente él te castigará a ti por esto. Es de locos.

—No quiero castigarlo —dijo a la defensiva.

Lexa enarcó una ceja.

—¡Que no! Quiero que la gente sepa que no debería confiar en él.

—¿Al igual que querías que la gente no confiara en Hades?

—Es diferente.

Era cierto que Perséfone había comenzado sus artículos sobre Hades con la intención de exponer sus tratos injustos con mortales. Con el tiempo, sin embargo, aprendió que sus intenciones eran mucho más honorables de lo que ella había asumido originalmente.

Lexa suspiró.

—Quizás, ¿pero no era lo que te decía Hades? Apolo está dispuesto a castigar sin pensarlo dos veces.

Perséfone desvió la mirada, frustrada, y la mano de Lexa cubrió la suya.

—Solo quiero que vayas con cuidado. Sé que Hades te protegerá todo lo que pueda, pero también sé lo que te cuesta pedir ayuda.

Perséfone logró mostrar una pequeña sonrisa. Sabía que Lexa solo hablaba porque estaba preocupada, pero su mejor amiga no conocía toda la historia. Todavía no le había contado lo del ultimátum de su jefe. Se sentía como si volviera a estar en un contrato con Hades, enfrentada a perder las dos cosas que más valoraba. Tal vez si se lo explicaba, Lexa lo entendería, pero cuando empezó a hablar, una voz le interrumpió.

—Eres la novia de Hades, ¿no?

La voz las sobresaltó, y la pregunta hizo que Perséfone se encogiera. Una joven apareció junto a su mesa. Llevaba una camisa larga, medias y botas. Tenía el teléfono en la mano, y estaba tirando de la goma que le sujetaba el moño.

—¿Puedo pedirte una foto? —le preguntó la chica mientras se soltaba el pelo y se lo alisaba sobre el hombro.

—No, lo siento —dijo Perséfone—. Estoy comiendo.

—Será solo un segundo. —Se inclinó para sacarse un *selfie*, con la cámara ya encendida. Perséfone se apartó, extendiendo las manos para parar a la chica.

—He dicho que no.

—Solo una. —La chica intentó negociar.

—¿Qué es lo que no entiendes de «no»? —preguntó Perséfone.

La chica se enderezó y parpadeó, mirando a Perséfone.

Luego, entrecerró los ojos.

—No hace falta que seas una zorra. Solo es una foto.

La chica levantó su teléfono y sacó una foto. Su arrebato había llamado la atención, y mientras Perséfone observaba a la chica irse hecha una furia, se dio cuenta de que varios clientes tenían sus teléfonos que apuntaban en su dirección. Se cubrió la cara con la mano.

Lexa se inclinó sobre la mesa.

—Este sería un gran momento para utilizar tus poderes por razones viles.

—¿No acabas de criticar mi uso de la magia como castigo?

—Sí, pero se lo merece. Ha sido una imbécil.

—Creo que es hora de irnos —dijo Perséfone, cogiendo su bolso.

Dejaron dinero en la mesa para cubrir la cuenta. Lexa se enganchó al brazo de Perséfone mientras salían de la cafetería. Las aceras estaban repletas de empleados que volvían al trabajo, turistas y vendedores ambulantes. Era un día caluroso pero nublado, y el aire olía a castañas asadas, cigarros y café.

—¿Tienes un rato para acercarte a la oficina? —preguntó Lexa—. ¡Te puedo dar un *tour* y explicarte todo sobre el proyecto en el que estoy trabajando!

Perséfone miró su reloj. Aún le quedaban treinta minutos antes de tener que ir a la Acrópolis.

—Me encantaría.

Quería ver dónde trabajaba Lexa y, si era sincera, quería explorar. Se sintió avergonzada cuando Lexa le enumeró datos sobre el proyecto Alcíone, ya que no conocía ninguno.

Lexa tenía su oficina en un edificio llamado Torre de Alejandría. Era todo lo contrario al Nevernight, el exterior era de cristal y estaba revestido de mármol blanco. Lexa mantuvo la puerta abierta para Perséfone. Como todos los lugares de Hades, el interior era lujoso. Los suelos eran de mármol veteado, el mostrador de la recepcionista una planicie de obsidiana negra y los oscuros muebles acentuados en oro. Perséfone se sentía como en casa.

Detrás del mostrador de recepción había una ninfa y cuando vio a Perséfone se levantó rápidamente. Como todas las de su especie, era hermosa: ángulos pronunciados y grandes ojos. Era una ninfa del bosque, una dríade; era evidente por su pelo color almendra, sus ojos verde musgo y el tenue tono verdoso de su piel. Eran el tipo de ninfa con el que Perséfone había pasado más tiempo en el invernadero mientras crecía. En su momento no lo había pensado, pero ahora se preguntaba si habían sido tan prisioneras de su madre como ella.

—Lady Perséfone. —La mujer del mostrador hizo una pequeña reverencia—. Nos honra con su presencia.

Lexa se rio por lo bajo y Perséfone se sonrojó.

—He traído a Perséfone para darle un *tour*, Ivy.

La dríade abrió los ojos de par en par, y Perséfone tuvo la impresión de que no le gustaban las sorpresas.

—Oh, por supuesto, lady Perséfone. Primero… ¿puedo ofrecerle algo? ¿Quizá una copa de champán o vino?

—Oh, no, gracias, Ivy. Después tengo que volver al trabajo.

—Voy a hacer unas llamadas —dijo—. Me gustaría que estuviera todo perfecto antes de que subáis.

—No pasa nada, Ivy —dijo Lexa con una risa divertida—. A Perséfone no le importa.

La dríade palideció. Hace unos meses este comportamiento hubiera incomodado a Perséfone. Aún le daba ansiedad, pero sabía por qué lo hacía: era una sirviente de Hades deseando complacerle, y Perséfone no se lo quería quitar, así que cedió.

—Tómate tu tiempo, Ivy —dijo Perséfone—. Mientras, un poco de agua estaría bien.

La dríade sonrió.

—Enseguida, milady.

Perséfone se alejó unos pasos del mostrador y examinó el espacio. Le encantaba el carácter del edificio. No era tan moderno como el Nevernight, que podía presumir de antigüedades como pomos de cristal, rejillas de calefacción doradas y un radiador. Frente a un conjunto de ventanales que daban a la calle había una sala de estar. Perséfone se detuvo enfrente, admirando el ajetreado paisaje urbano

del otro lado.

—Pensaba que no tenías sed —dijo Lexa cuando se unió a ella.

Perséfone sonrió.

—Nunca puedes beber suficiente agua —dijo.

—¿De verdad? ¿Qué ha sido eso? Ya podría haber empezado el *tour*.

La diosa suspiró.

—Desde que estoy en el Inframundo he aprendido unas cuantas cosas, Lex. Tú me ves como tu mejor amiga, así que traerme aquí para ti es solo un poco de diversión, pero estas personas… Me ven de otra manera.

—¿Quieres decir que te ven como la reina del Inframundo?

Perséfone se encogió de hombros. Para los habitantes del Inframundo era así.

—Sirven a Hades, y no importa cuánto lo discuta, piensan que me tienen que servir por asociación. —«Aunque más probablemente porque se lo han ordenado», pensó—. Estar al servicio los complace. Y cuanto más lucho, creo que más los ofendo.

—Mmm… —dijo Lexa tras un momento, y cuando Perséfone la miró, la vio con una sonrisa pícara.

—¿Qué? —preguntó Perséfone escéptica.

—Nada, reina Perséfone.

Perséfone puso los ojos en blanco y Lexa rio, volviéndose de espaldas al ventanal.

Ivy las interceptó con una bandeja de plata con dos vasos de agua.

—El sabor de hoy es pepino y jengibre.

Perséfone cogió un vaso y una servilleta. Sabía que la dríada estaba ansiosa por saber si le gustaba la bebida, así que bebió de inmediato.

—Mmm… es muy refrescante, Ivy. Gracias.

La ninfa sonrió ampliamente y le tendió un vaso a Lexa. Ivy volvió a desaparecer y cuando regresó, seguía sonriendo, como si estuviera eufórica.

—Ya está todo listo, lady Perséfone, Lexa.

De repente Perséfone sintió un nudo en el estómago. Había podido manejar bien la situación, ¿pero podría seguir haciéndolo?

—¡Por fin! —dijo Lexa bruscamente.

Mientras subían por las escaleras hacia la segunda planta, Perséfone se giró hacia Ivy.

—Gracias, Ivy. Te lo agradezco mucho.

No la miró lo suficiente como para registrar la reacción de la ninfa mientras seguía a Lexa por las escaleras.

Lo que encontraron al llegar allí las sorprendió. El vestíbulo estaba

lleno a ambos lados con empleados alineados que habían salido de sus despachos de cristal para saludar a Perséfone. También había un hombre haciendo fotos.

—Lady Perséfone, es un honor. —Una mujer se acercó. Era mortal, y tenía una corona de rizos negros. Le estrechó la mano—. Soy Katerina, directora de la Fundación Ciprés.

—Es un placer conocerte —dijo Perséfone.

—Por favor, permítame explicarle algunas cosas sobre nuestro progreso. Seguro que le gustará.

Perséfone intercambió una mirada con Lexa. Tenía los labios apretados y la mandíbula tensa. No era lo que su amiga se había imaginado cuando le había sugerido un *tour*. Perséfone trató de ignorar el repentino sentimiento de culpa que toda esta experiencia le estaba produciendo. Todo lo que Lexa había querido hacer era mostrarle su nuevo lugar de trabajo, pero ninguna de las dos había esperado que las trataran de esta manera. Habría sido mejor que vinieran aquí después del horario de oficina.

Katerina narró su paseo citando algunos datos que Lexa ya le había compartido. Estaba claro que tenía un discurso de presentación preparado para cualquier situación.

—Fue muy emocionante cuando se anunció el proyecto Alcíone —dijo Katerina—. Hemos trabajado en varias iniciativas con lord Hades, pero nada como esto.

—¿Otros proyectos? —promovió Perséfone. Esto era nuevo para ella.

Katerina sonrió. Parecía realmente emocionada por haberle dicho algo que Perséfone desconocía.

—El proyecto Alcíone solo es una de las varias iniciativas de la Fundación Ciprés —le explicó.

—Cuéntame más.

—Bueno, está la Casa de Cerbero, una organización sin ánimo de lucro para animales. La organización ha fundado catorce protectoras de animales «sacrificio cero» en Nueva Grecia y paga las tasas de adopción. Estamos muy contentos de abrir una decimoquinta protectora en Argos. También está el proyecto Refugio Seguro, que ayuda a las familias a pagar los gastos del funeral y entierro. Hasta ahora, hemos ayudado a más de trescientas familias en su momento de necesidad.

Perséfone se quedó sin palabras, pero la mujer seguía hablando.

—La organización benéfica más antigua de lord Hades es el Carro, un fondo que proporciona entrenamiento para perros de terapia para niños necesitados.

A Perséfone se le hizo un nudo en la garganta.

—E-es increíble.

Tenía los sentimientos a flor de piel. Le asombró que Hades hubiera creado tantas organizaciones maravillosas, pero se sentía frustrada y avergonzada por no conocer ninguna de ellas. ¿Por qué no se lo había dicho? ¿Por qué no había encontrado nada de esto durante su investigación sobre el dios de los muertos?

Dioses, parecía una completa estúpida, había escrito tantas calumnias sobre él. Quizá por eso toda esta gente tenía tantas ganas de explicarle todos sus logros, para demostrarle que estaba equivocada.

«Maldita sea su humildad».

El *tour* continuó un rato más y le presentaron a varias personas. Perséfone conoció a todas las que había detrás de cada una de las iniciativas benéficas de Hades.

—Si no hay nada más, estaré encantada de acompañarla abajo, milady —dijo al final Katerina.

«¿Y qué hay del despacho de Hades?».

Por suerte, Lexa intervino.

—Ya me ocupo yo, Katerina. Perséfone y yo necesitamos ultimar algunos planes.

—Oh…

—Muchas gracias, Katerina —dijo Perséfone antes de que la mujer pudiera protestar—. Estoy muy emocionada de decirle a Hades lo magnífica que has sido.

Funcionó a la perfección. Katerina sonrió.

—Vaya, muchísimas gracias, lady Perséfone —dijo nerviosa.

Cuando estuvieron solas, Lexa se inclinó hacia delante.

—¿Quieres ver el despacho de Hades?

—Ya lo sabes.

Se rieron como colegialas y Lexa la guio por otro tramo de escaleras. Esta planta era todo espacio de despachos, y Perséfone y Lexa se abrieron paso a través de un conjunto de cubículos antes de llegar a una fila de despachos en la parte trasera del edificio.

—¡Aquí está! —dijo Lexa, señalando el espacio con los brazos abiertos mientras entraba.

Era una caja de cristal.

Cuando estuvo en la puerta, Perséfone dudó. Le recordaba a la casa de su madre, y por un momento, tuvo la extraña sensación de que era una trampa bien orquestada. El escritorio de Hades estaba delante de una ventana con detalles de plomo que daba la sensación de estar sentado en un trono. Era extravagante e intimidante, y apostaría

dinero a que usaba este escritorio menos que el de su despacho en el Nevernight.

Entró justo cuando alguien llamó a Lexa.

—Mierda —miró a Perséfone—. Ahora vuelvo.

Perséfone asintió mientras su mejor amiga desaparecía. Sus ojos se dirigieron al escritorio de Hades. Solo había dos cosas en él: un jarrón de narcisos blancos y una foto de ella. Era una foto en el Inframundo, en uno de los jardines de Hades. La cogió, preguntándose cuándo la había tomado.

—¿Tienes curiosidad?

Perséfone se sobresaltó y se le cayó el marco. Antes de que llegara al suelo, Hades lo cogió y lo devolvió a su sitio. La diosa se giró hacia él, apoyando una mano sobre el escritorio.

«¿Cómo es posible que alguien con tanta masa corporal se mueva tan rápido?», pensó.

Él estaba cerca, su olor la golpeaba con fuerza, y recordó la noche anterior, cuando la llevó a la cama, la reclamó, la marcó, la poseyó. No había esperado que una simple conversación sobre Apolo lo sacara de quicio, pero lo hizo de una manera que nunca hubiera imaginado.

—¿Cuánto tiempo llevas ahí? —dijo entrecortadamente.

Uno de los poderes de Hades era la invisibilidad. Era posible que todo este tiempo hubiera estado en su despacho, incluso era más probable que las hubiera seguido en el *tour* sin que nadie se diera cuenta.

—Siempre desconfiada —dijo.

—Hades… —le advirtió.

—No mucho —dijo—. He recibido una llamada bastante frenética de Ivy y me ha escarmentado por no avisarla de que irías.

La primera reacción de Perséfone fue reírse por el hecho de que una empleada de Hades lo reprendiera, pero que Ivy lo hubiera *llamado* fue lo que le sorprendió.

Perséfone lo miró extrañada.

—¿Tienes un teléfono?

—Para el trabajo, sí —dijo.

—¿Y por qué no lo sabía?

Él se encogió de hombros.

—Si quiero, te encontraré.

—¿Y si soy yo la que quiere encontrarte?

—Entonces solo tienes que decir mi nombre —dijo.

Aun así, Perséfone no creía que fuera razón suficiente para no saber que él tenía un teléfono… O las miles de otras cosas que no sabía sobre su amante.

—Estás disgustada —dijo Hades, y no era una pregunta.

Perséfone volvió a dirigir la mirada hacia la del dios.

—Me has avergonzado.

Ahora fue Hades quien la miraba con extrañeza, y sus ojos se ablandaron.

—Explícate.

—No debería enterarme de todas tus obras de caridad a través de otra persona —dijo—. Tengo la sensación de que todo el mundo a mi alrededor sabe más de ti que yo.

—Nunca me has preguntado —dijo él.

—Algunas cosas se pueden mencionar de manera casual, Hades. En la cena, por ejemplo, «Hola, cariño. ¿Qué tal tu día? El mío bien, ¡las organizaciones benéficas de mil millones de dólares que poseo ayudan a los niños y perros y a la humanidad!».

Hades estaba intentando no sonreír.

—Ni te atrevas. —Le puso un dedo en los labios—. Lo digo en serio. Si quieres que me vean como algo más que tu amante, necesito más de ti. Una… historia… un inventario de tu vida. *Algo*.

Los ojos de Hades se oscurecieron y le rodeó la muñeca con los dedos. Le besó los dedos.

—Lo siento —dijo—. No se me ocurrió contártelo. Llevo tanto tiempo solo y tomando decisiones por mi cuenta. No estoy acostumbrado a compartir nada con nadie.

La expresión de Perséfone se volvió amable, y le apoyó la palma de la mano en la cara.

—Hades, nunca has estado solo, y desde luego ahora tampoco lo estás. —Retiró su mano—. A ver, ¿qué más tienes?

—Muchas morgues —dijo.

Perséfone abrió los ojos de par en par.

—¿En serio?

—Soy el dios de los muertos —dijo.

No pudo evitar sonreír. Mantuvieron la mirada durante un momento.

—Dime, ¿qué más puedo compartir contigo? —preguntó Hades, con una profunda y seductora voz.

Perséfone miró la foto del escritorio.

—¿De dónde la has sacado?

La siguió con la mirada, y ella sabía que no era porque él tuviera que recordar la foto. Se estaba tomando su tiempo para responder.

—Yo la hice.

—¿Cuándo?

—Claramente cuando no estabas mirando —dijo, y Perséfone puso

los ojos en blanco por su humor.

—¿Por qué tú tienes fotos de mí y yo no tengo de ti?

Le brillaron los ojos.

—No sabía que querías fotos de mí.

Ella se burló.

—Pues claro que quiero fotos de ti.

—Puede que te complazca. ¿Qué tipo de fotos quieres?

Le dio un golpe en el hombro.

—Eres insaciable.

—Y tú eres la culpable, mi reina —dijo, y sus labios recorrieron su cuello y luego por su hombro—. Me alegro de que estés aquí.

—¿De verdad? —respondió ella, temblando.

—Desde que te conocí, he querido darte placer en esta habitación, en este escritorio. Será lo más productivo que ocurra aquí.

Sus palabras eran llamas, y la encendieron. Ella tragó con fuerza.

—Tienes paredes de cristal, Hades.

—¿Intentas disuadirme?

Ella entrecerró los ojos.

—¿Eres un exhibicionista? —dijo, en un tono burlón.

—Casi nunca. —Él se inclinó un poco más cerca, y ella sintió su aliento en los labios—. ¿De verdad crees que les dejaría que te vieran? Soy demasiado egoísta. Tengo mis trucos, Perséfone.

Ella se inclinó hacia su calor.

—Entonces, tómame —susurró.

Hades gruñó y le rodeó la cintura con un brazo. Entonces alguien se aclaró la garganta y se dieron la vuelta para encontrar a Lexa de pie en la puerta.

—Hola, Hades —dijo con una sonrisa en la cara—. Espero que no te importe. He traído a Perséfone para un *tour*.

—Hola, Lexa —dijo, con una sonrisa burlona—. No, para nada.

Perséfone soltó una pequeña carcajada y se alejó del calor de Hades.

—Tengo que volver al trabajo —dijo, encontrándose con Lexa en la puerta del despacho de Hades. Ella se volvió para mirarlo. Era poder, de pie detrás de ese escritorio, con su silueta dibujada por ese hermoso cristal—. ¿Te veré esta noche?

Asintió una vez.

—Sé que el viernes irás al Inframundo para pasar allí el fin de semana, pero no te olvides de que el viernes tenemos que ayudar a Sibila con la mudanza —dijo Lexa, cuando volvieron a la primera planta.

—No me lo perdería por nada del mundo —dijo.

Se abrazaron en la puerta.

—Gracias por todo, Lex. Siento que no me hayas podido dar el *tour* tú misma.

—No voy a mentir, ha sido raro ver a la gente dejarse la piel por ti.

Las dos se rieron. Era extraño, incluso para Perséfone, pero luego Lexa dijo algo que hizo que se le helara la sangre.

—Imagínate cuando descubran que eres una diosa.

Perséfone volvió caminando a la Acrópolis. Esta vez se dirigió a regañadientes hacia la entrada entre los gritos de los fans que se mantenían a raya gracias a una improvisada barrera de seguridad.

«¡Perséfone! ¡Perséfone, mira aquí!».

«¿Cuánto tiempo llevas saliendo con Hades?».

«¿Vas a escribir sobre otros dioses?».

Mantuvo la cabeza baja y no respondió a ninguna pregunta. Para cuando llegó al interior, su cuerpo temblaba, su magia se había despertado por la oleada de ansiedad que había sentido al estar en el centro de la multitud. Se dirigió hacia los ascensores, y mientras tanto, pensaba en las últimas palabras de Lexa antes de separarse en la Torre de Alejandría.

«Imagínate cuando descubran que eres una diosa».

Ella sabía lo que en realidad quería decir.

«Imagínate cuando ya no puedas vivir como antes».

De repente, el ascensor le pareció demasiado pequeño, y justo cuando pensó que no podía respirar más, las puertas se abrieron. Helena salió de detrás de su escritorio, sonriendo, ajena a la batalla interna de Perséfone.

—Bienvenida de nuevo, Perséfone.

—Gracias, Helena —dijo sin apenas mirarla. Aun así, Helena la siguió hasta su escritorio.

Mientras guardaba sus cosas, encontró una rosa blanca encima de su portátil. Perséfone la cogió, con cuidado de no pincharse con una espina.

—¿De dónde ha salido esto? —preguntó.

—No lo sé —dijo Helena, confundida—. Esta mañana no he aceptado nada para ti.

Perséfone arrugó la frente. Había un lazo rojo atado alrededor del tallo, pero no había ninguna tarjeta.

«Tal vez Hades la ha dejado para mí», pensó, y la dejó a un lado.

—¿Tengo algún mensaje?

Perséfone supuso que por eso Helena la había seguido hasta su escritorio.

—No —dijo Helena.

Eso era bastante improbable. Perséfone esperó.

—Pueden esperar —añadió Helena—. Además, son todo informaciones para otras historias, y sé que estás trabajando en esa exclusiva…

Los ojos de Perséfone debieron brillar porque Helena dejó de hablar.

—¿Cómo lo sabes? —El humor de Perséfone se apagó.

—Yo…

Nunca había visto a Helena trabarse con sus palabras, pero de repente, la chica no podía hablar y parecía que estaba a punto de ponerse a llorar.

—¿Quién más lo sabe? —preguntó Perséfone.

—N-na-nadie —consiguió decir Helena—. Lo escuché sin querer. Lo siento. Pensé que era emocionante. No me di cuenta…

—Si lo escuchaste sin querer, sabrías que no es emocionante. No para mí.

Se quedaron en silencio, y Perséfone miró a Helena.

—Lo siento, Perséfone.

La diosa suspiró y se sentó en su silla.

—No pasa nada, Helena. Solo… no se lo digas a nadie, ¿vale? Puede que… no lo haga.

Eso esperaba.

Helena parecía asustada. Así que había escuchado mucho más de lo que decía.

—Pero… ¡te van a despedir! —susurró intensamente.

Perséfone suspiró.

—Helena, tengo que volver al trabajo, y creo que tú también.

Helena palideció.

—Por supuesto. Lo…

—Deja de disculparte, Helena —dijo Perséfone, y luego añadió con su mejor tono amable—: No has hecho nada malo.

La rubia sonrió.

—Espero que las cosas mejoren, Perséfone. De verdad.

Después de que Helena regresara a su escritorio, Perséfone empezó a investigar sobre Apolo y sus muchos amantes. Era consciente de que le había dicho a Hades que no escribiría sobre el dios de la música, pero eso no significaba que no pudiera recabar información sobre él, y de eso no faltaba, sobre todo de la antigüedad.

Casi todas las historias de Apolo y sus relaciones acababan de manera trágica para la otra persona. De todos sus amantes, las historias sobre Dafne y Casandra eran las que mejor ilustraban su comportamiento atroz.

Dafne era una ninfa y juró permanecer pura toda su vida. A pesar de esto, Apolo la persiguió sin cesar, declarando su amor por ella como si eso pudiera convencerla de cambiar de opinión. Sin más opciones y con temor a Apolo, le pidió a su padre, el dios fluvial Peneo, que la liberara de la incansable persecución de Apolo. Su padre le concedió su petición y la convirtió en un árbol de laurel.

El laurel era uno de los símbolos de Apolo, y Perséfone ahora sabía por qué.

Repugnante.

A Casandra, princesa de Troya, Apolo le concedió el poder de ver el futuro, y él esperaba que el don la persuadiera para que se enamorara de él, pero Casandra no estaba interesada. Enfurecido, Apolo la maldijo; le mantuvo el don, pero nadie creería sus predicciones. Más tarde, Casandra predijo la caída de su pueblo, pero nadie la escuchó.

Había otras antiguas amantes: Coronis, Ocírroe, Sinope, Anfisa, Koronis y Sibila; y otras más nuevas: Acacia, Chara, Io, Lamia, Tessa y Zita. La búsqueda no fue fácil. De lo que Perséfone entendió, muchas de estas mujeres habían tratado de hablar en contra de Apolo a través de las redes sociales, blogs, llegando incluso a contar sus historias a los periodistas. El problema era que nadie escuchaba.

Estaba tan consumida por su investigación, que un golpe en su escritorio la hizo saltar. Perséfone encontró a Demetri de pie frente a ella.

—¿Cómo llevas el artículo? —preguntó.

Casi lo fulmina con la mirada.

—Lo llevo —respondió con un tono seco.

Su jefe resopló.

—Sabes que si tuviera elección…

—Tienes elección —dijo ella, cortándolo—. Solo le tienes que decir que no.

—Tu trabajo no es el único que está en peligro.

—Quizás es una señal para que lo dejes.

Demetri sacudió la cabeza.

—No dejas el *Diario de Nueva Atenas* sin consecuencias, Perséfone.

—No sabía que eras tan cobarde.

—No todos tienen a un dios que les proteja.

Perséfone se estremeció, pero se recuperó rápidamente. Estaba empezando a odiar a la gente que suponía que le pediría a Hades que luchara por ella.

—Yo lucho mis propias batallas, Demetri. Créeme, esto no va a acabar bien. La gente como Kal tiene secretos, y lo voy a desmantelar todo.

Un destello de admiración brilló en los ojos de Demetri, pero las palabras que pronunció a continuación fueron una amenaza a sus fundamentos.

—Admiro tu determinación, pero hay algunos poderes contra los que el periodismo no puede luchar, y uno de ellos es el dinero.

VI

PELEA DE AMANTES

El viernes, Perséfone y Lexa se encontraron fuera de un lujoso ático en el distrito de Criso, en Nueva Atenas, donde Sibila había vivido con Apolo desde su graduación. Habían alquilado un gigantesco camión de mudanzas que Lexa había conseguido aparcar torcido entre la acera y la calle.

—No es lo que tenía en mente cuando te dije que quería irme de fiesta, Perséfone —dijo Hermes enfadado a su lado. El dios deslumbraba en oro, y se veía fuera de lugar al lado de Lexa y Perséfone, que llevaban unos pantalones de yoga y sudaderas.

Perséfone había quedado con él para ese viernes después de que la ayudara a entrar en la Acrópolis, pero eso fue antes de que Apolo despidiera a Sibila y le quitara sus poderes.

—Nadie dijo que tuvieras que venir —argumentó Perséfone.

El dios del engaño se presentó en su apartamento justo cuando salían a buscar el camión de la mudanza. Él trató de discutir que tenían un acuerdo —un contrato— y que ella no podía echarse atrás, pero Perséfone lo rechazó.

«Una de mis mejores amigas estaba en una relación abusiva. Ha conseguido salir y voy a estar ahí para ella. Ahora, tú puedes o venir con nosotras o irte. Tú decides».

Hermes decidió venir.

—No estaríamos aquí si no fuera por tu hermano —dijo Lexa—. Échale la culpa a él.

—No soy responsable de las elecciones de Apolo —argumentó Hermes—. Y no finjas que esto no sería más divertido con alcohol.

—Tienes razón —dijo Lexa—. Por suerte he traído esto.

Sacó una botella de vino de su mochila.

—Dame eso. —Hermes le arrebató la botella de las manos.

Perséfone abrió los ojos de par en par.

—Perdona, ¿pero no ibas a conducir esta noche?

—Bueno sí, pero es para luego.

Sin embargo, de alguna manera, Hermes ya había abierto la botella.

—Espero que tengas más en esa mochila —respondió el dios—. Porque esta es para ahora.

Lexa resopló, y por fin la puerta frente a ellos emitió un chasquido. Escucharon la voz de Sibila por el telefonillo.

—Está abierto, subid.

Hermes comenzó a avanzar, pero Perséfone lo detuvo con la mano.

—Tú lleva la carretilla.

—¿Por qué tengo que llevar la carretilla? Yo llevo el vino.

Perséfone cogió la botella.

—Yo voy a llevar el vino. Carretilla. Ya.

Hermes dejó caer los hombros y cedió, se dirigió hacia el camión de mudanzas y volvió con la carretilla.

Lexa soltó una risita.

—Pareces terriblemente mortal, Hermes.

Los ojos de Hermes se oscurecieron.

—Cuidado, mortal. No tengo ningún reparo en convertirte en una cabra para mi disfrute.

—¿*Tú* disfrute? —Lexa se estaba riendo a carcajadas—. Sería lo mejor que me ha pasado nunca.

Los tres subieron por el ascensor y cuando llegaron se encontraron en medio de la sala de estar de Apolo.

Perséfone no sabía cómo sentirse al ver el lujo en el que Sibila había vivido los últimos meses desde su graduación. No se podía negar que hacer de oráculo era un trabajo lucrativo, y la diosa sentía que ver todo esto empeoraba aún más la situación de Sibila. La hacía tangible. Pasaría de vivir de un ático en un rascacielos con grandes ventanales, suelo de madera, electrodomésticos de acero inoxidable y la máquina de café más lujosa que Perséfone había visto, a ocupar su pequeño apartamento hasta el futuro próximo.

A pesar del extremo cambio de estilo de vida, Sibila parecía estar de buen humor, casi como si irse de este espacio le quitara una carga de los hombros. Asomó la cabeza por una habitación contigua. Su pelo rubio se desbordaba sobre los hombros en ondas sueltas, y su bonita y desmaquillada cara resplandecía.

—Por aquí, chicos.

Entraron en la habitación. Perséfone había esperado que tuviera más personalidad que el resto de la casa, pero estaba equivocada. La

habitación de Sibila era igual de aburrida.

—¿Por qué todo es *gris*?

—Bueno, a Apolo no le gusta el color —dijo.

—¿A quién no le gusta el color? —preguntó Lexa, tirándose sobre la cama de Sibila.

—Pues al parecer a Apolo —dijo Hermes, dejándose caer sobre la cama, al lado de Lexa—. Deberíamos destrozar este sitio antes de irnos. Le enfadaría mucho.

Sibila palideció y abrió los ojos de par en par.

Perséfone se puso las manos en las caderas.

—Eres el único que creería que eso es gracioso y el único que sobreviviría a su ira.

—Tú también, Sefi. Antes de que estuviera a un centímetro de ti, Hades ya le habría cortado las pelotas. Me tienta hacerlo solo para verlo.

—*Hermes* —dijo Perséfone deliberadamente—. No estás ayudando.

El dios hizo una mueca.

—He traído la carretilla, ¿no?

—Y ahora tienes que utilizarla, ¡levántate! Baja estas cajas.

Hermes refunfuñó, pero bajó de la cama, y Lexa hizo lo mismo.

Apilaron las cajas en la carretilla, y mientras Hermes las bajaba, Perséfone y Lexa ayudaron a Sibila a empaquetar el resto de su vida.

Perséfone se lo estaba pasando bien. Cada caja era un nuevo reto, y le gustaba ver cuánto era capaz de colocar en una caja. Cuando terminaba, escribía un inventario rápido en el lateral de la caja para facilitar el desembalaje.

Cuando Hermes se dio cuenta de lo que estaba haciendo, resopló sacudiendo la cabeza.

—¿Qué? —le reclamó Perséfone.

—Eres tan controladora como Apolo.

A Perséfone no le gustaba que la compararan con el dios.

—¿Qué quieres decir?

—¿No te has fijado en este lugar? —Miró alrededor—. Aquí todo está ordenado por tipo y color.

—Soy organizada, Hermes, no una obsesiva.

—Apolo es disciplinado. Desde que lo conozco ha sido así.

—Si es tan disciplinado, ¿por qué es tan… emotivo?

—Porque Apolo se enorgullece de su rutina, de las cosas que puede crear y ejecutar, lo que significa que cuando pierde el control, es algo personal. —Hermes miró a Sibila—. Y lo mismo pasa cuando se trata de humanos.

Cuando terminaron, Sibila dejó su llave en la brillante encimera de

granito de la moderna cocina de Apolo y los cuatro se amontonaron en el camión de mudanza y fueron hacia el apartamento.

—Te estás saliendo de las líneas —dijo Perséfone, agarrándose a las asas del camión mientras Lexa conducía.

—No veo —se quejó Lexa, sentándose más alto en el asiento del conductor.

—A lo mejor no deberías conducir —comentó Hermes.

—¿Alguien más quiere conducir? —preguntó.

Todos en la cabina se quedaron en silencio porque ninguno sabía conducir.

—Solo ten cuidado con los peatones —dijo Perséfone.

—Te doy diez puntos si le das a alguien —ofreció Hermes.

—¿Estás intentando persuadirme? —preguntó Lexa.

—Pues sí, son puntos *divinos*.

—¿Y qué me dan los puntos *divinos*? —preguntó Lexa, como si de verdad estuviera valorando su oferta.

—La oportunidad de ser una cabra —contestó.

Perséfone intercambió una mirada con Sibila.

—Si te estás preguntando si me arrepiento de haberlos presentado, la respuesta es sí —dijo.

Descargar las cosas de Sibila llevó menos de treinta minutos. Encontrar un sitio donde ponerlas era otra historia. Apiñaron las cajas en el pasillo, en una parte de la sala de estar y también en la habitación de Perséfone, ya que probablemente pasaría la mayoría del tiempo en el Inframundo.

Cuando ya acabaron con todo, Hermes abrió una botella de champán, sonriente.

—¡Vamos a celebrarlo!

—Ups —dijo Lexa, cogiendo las llaves del camión—. Antes de que empecemos tengo que devolverlo, es de alquiler.

—Voy contigo —dijo Perséfone.

—Lo que quieres es que te deje en el Nevernight.

Perséfone se ruborizó.

—¿Nos abandonas? —preguntó Hermes—. ¿Y qué hay de *sisters* antes de *misters*?

Perséfone puso los ojos en blanco.

—Hermes, por si no te has dado cuenta, eres un *mister*.

—¡Puedo ser una *sister*! —dijo con más energía de la que ella esperaba—. Si no vuelves, ¿puedo dormir en tu cama? —preguntó cuando Perséfone y Lexa salían del apartamento.

Sibila le respondió rápidamente.

—¡No, no puedes! ¡Es mía!

—La compartiré contigo.

—Lo siento, Hermes, pero ya he tenido demasiados dioses que han intentado acostarse conmigo.

Lexa condujo con más tranquilidad de camino al Nevernight hasta que aparcó y pisó el freno con tanta fuerza que Perséfone se dio contra el cinturón de seguridad. Vio que Mekonnen, un ogro que trabajaba para Hades como portero del Nevernight, estaba enfrascado en una discusión con una mujer en la puerta del club, lo cual no era nada fuera de lo común. La gente a menudo discutía con Mekonnen y los demás porteros con la esperanza de poder entrar en el club.

—No tiene buena pinta —comentó Lexa, señalándolos con la cabeza.

—La verdad es que no.

La chica estaba apuntando con el dedo al pecho de la criatura. Esta era una de las manías de Mekonnen y una buena manera de que te prohibieran la entrada al club para siempre.

Perséfone suspiró y se apoyó sobre la guantera entre los asientos para abrazar a Lexa.

—Mañana te veo. Gracias por acercarme.

Bajó del camión. Tan pronto como sus pies tocaron la acera, un coro de voces la llamaron por su nombre y un par de personas se separaron de la fila, agachándose bajo las cuerdas de terciopelo rojo para acercarse a ella. Dos ogros aparecieron de la oscura entrada del Nevernight, flanqueando a Perséfone y creando una barrera entre ella y la multitud. Ella les sonrió.

—Hola, Adrian, Ezio.

—Buenas tardes, milady —dijeron, mirándola con una expresión seria.

Se dio cuenta de que se lo debería haber pensado mejor, o al menos tendría que haber llamado para notificar a los empleados de Hades de que llegaría pronto. Podía ver el titular de mañana: «La amante de Hades llega al Nevernight en un camión de alquiler y vestida con un chándal».

Cuando se acercó a la entrada del club, oyó a la mujer.

—¡Exijo verlo ahora mismo!

Perséfone recordó haber dicho algo parecido a otro ogro la primera vez que fue al Nevernight. No fue bien, especialmente para el ogro. Le puso las manos encima, una ofensa que Hades no pudo pasar por alto, y no lo volvió a ver más.

—Milady —dijo Mekonnen, adelantándose para bloquear a la mujer con la que estaba discutiendo, pero lo empujó para abrirse paso.

—¿*Milady*? —exigió la mujer con las manos en las caderas.

Fue entonces cuando Perséfone se dio cuenta de que la mujer era una ninfa. Su piel era pálida y blanquecina, tenía una larga cabellera blanca y unos radiantes ojos azules que la hacían parecer etérea. Incluso sus pestañas eran blancas.

«Una náyade», pensó Perséfone, que era una ninfa asociada al agua. Era hermosa, pero tenía cara de pocos amigos, parecía enfadada y agotada.

—¿Quién eres? —exigió la ninfa.

Perséfone se sorprendió, sobre todo porque había poca gente que no supiera quién era ella.

—¿Cómo te atreves a hablarle a lady Perséfone de esta manera? —Las manos de Mekonnen se convirtieron en puños.

—No pasa nada, Mekonnen. —Perséfone levantó la mano para calmar al ogro que parecía que iba a moler los huesos de la mujer en cualquier momento.

—Soy Perséfone —dijo—. ¿Entiendo que quieres hablar con lord Hades?

—¡Lo exijo!

Perséfone enarcó un poco la ceja.

—¿Cuáles son tus quejas?

—¿Mis quejas? ¿Quieres escuchar mis quejas? ¿Por dónde empiezo? Primero, el apartamento en el que me ha puesto es un antro de mala muerte.

Ahora sí que estaba confundida.

—Segundo, no voy a trabajar ni un minuto más en ese cuchitril de club nocturno de mierda…

Perséfone levantó la mano para acallar a la ninfa.

—Disculpa. ¿Pero quién eres?

La mujer alzó la barbilla e hinchó el pecho.

—Soy Leuce, la amante de Hades —dijo con un inoportuno orgullo.

Perséfone sintió cómo el color se desvanecía de su cara y la conmoción se instaló en lo más profundo de su vientre.

—¿Perdona?

La ninfa se rio como si hubiera dicho algo gracioso. Perséfone apretó los dedos en puños.

—Perdona, *ex*amante, pero es lo mismo.

—¿*Ex*… amante? —dijo entre dientes, inclinando la cabeza hacia un lado.

—No tienes nada de qué preocuparte —dijo Leuce—. Fue hace mucho.

—¿Tanto que te has olvidado y te has presentado como la amante de Hades? —preguntó Perséfone.

—Ha sido una equivocación.

—Me perdonarás si te digo que creo que no había nada de equivocación en lo que has dicho. —Se giró hacia Mekonnen—. Por favor, enséñale a *Leuce* el camino a la oficina de Hades. Me aseguraré de que esté allí en breves.

—Sí, milady. —Mekonnen hizo una reverencia y añadió—: Está en el salón.

—Gracias —respondió amablemente, aunque tenía el cuerpo helado.

Perséfone entró al Nevernight. Subió por la escalera hasta el salón donde Hades hacía las apuestas con los mortales que querían más de la vida: amor, dinero, salud. Eran estos acuerdos los que a la vez la habían horrorizado e intrigado. Todo esto la llevó a escribir sobre el dios de los muertos y finalmente acabó en un contrato con él.

Euríale, una gorgona que montaba guardia en la entrada del salón, esperaba fuera. La primera interacción de Perséfone con la mujer había sido hostil, ya que, por su olor, la había identificado correctamente como una diosa.

—¿Lord Hades está en problemas? —preguntó Euríale. Había diversión en su voz, pero también algo de entusiasmo al acercarse la diosa.

—Más de lo que pudieras imaginar —respondió Perséfone.

Euríale sonrió mostrando unos dientes ennegrecidos. Abrió la puerta e hizo una reverencia cuando Perséfone pasó.

—Está en la *suite* zafiro, milady.

Perséfone se paseó por las abarrotadas mesas de juego. La sala estaba a oscuras a pesar de la gran lámpara de araña y varios elaborados apliques que forraban las paredes. La primera visita de Perséfone a la *suite* había sellado su destino. Se encandiló de la gente y del juego, se deleitó viendo las cartas que volaban por la mesa, la facilidad con la que hombres y mujeres interactuaban y bromeaban, y entonces llegó a una mesa de póker donde se sentó y conoció al rey del Inframundo.

Incluso ahora, al recordar cómo lo había visto de cerca por primera vez, se le tensó el estómago. Fue una sombra tangible, construida como una fortaleza, e impactó en su vida como una fuerza de la naturaleza. No pudo olvidarse de él y, en realidad, no quiso hacerlo. Desde el momento en que puso los ojos en Hades, algo dentro de ella se encendió. Se sentía como fuego, pero era su oscuridad la que llamaba a la de ella.

Ahora lo sabía —lo sentía en su sangre y en sus huesos—, mientras se fundía con la oscuridad de la habitación y encontraba el pasaje que

conducía a una serie de suites donde los mortales esperaban para negociar con Hades. Todas tenían nombres de piedras preciosas —zafiro, esmeralda y diamante—, cada una decorada con los colores pertinentes. Eran habitaciones hermosas, brindaban una sensación de grandeza y transmitían a todos los que entraban que si jugaban bien sus cartas —literalmente— tal vez ellos también podrían obtener algo igual de extravagante.

Perséfone encontró la *suite* zafiro, y cuando entró, había un hombre sentado delante de Hades. El mortal parecía tener poco más de veinte años. Perséfone solía preguntarse cómo era posible que personas tan jóvenes acabaran enfrente del dios de los muertos, pero las enfermedades de cualquier tipo no discriminaban. Fuera cual fuese la razón por la que estaba ahí, lo tenía a la defensiva, porque se giró para ver quién había interrumpido su juego.

—Si es a él a quien quieres, vas a tener que esperar tu turno. Me ha costado tres años en conseguir esta cita —dijo.

La mirada de Hades se mezcló con la suya. A pesar de su apariencia elegante, era un depredador. Estaba sentado con la espalda recta, los dedos apretados alrededor de un vaso de *whisky*. Para el ojo inexperto, probablemente parecía relajado, pero Perséfone sabía por su expresión que estaba de los nervios. Y probablemente era por culpa de ella. No tuvo que decir nada para que él entendiera que estaba enfadada. Su *glamour* estaba fallando; podía sentir cómo se derretía y revelaba agujeros en su fachada mortal.

—Vete, mortal —dijo ella. La orden debió de sobresaltar al hombre porque no tardó en salir corriendo de la *suite*. Perséfone cerró la puerta de un golpe.

—Voy a tener que borrarle la memoria. Te brillan los ojos. —Hades sonrió con satisfacción—. ¿Quién te ha hecho enfadar?

—¿No lo adivinas? —preguntó.

Hades enarcó una ceja.

—Acabo de tener el placer de conocer a tu amante.

Hades no reaccionó, y eso la enfadó aún más. Sentía como otra parte de su *glamour* se desvanecía. Se imaginó lo ridícula que debía parecer: una diosa de pie ante un dios tan antiguo incapaz de controlar su magia.

—Ya veo.

Al hablar, a Perséfone le temblaba la voz.

—Te doy unos segundos para que te expliques antes de que la transforme en un hierbajo.

Sabía que Hades se habría reído si pensara que no iba en serio.

—Se llama Leuce —respondió—. Hace mucho tiempo *fue* mi

amante.

Odiaba que se sintiera aliviada de que no hubiera nombrado a otra persona.

—¿Cuánto es mucho tiempo?

Durante un momento la miró, y había algo detrás de sus ojos, algo vivo lleno de rabia, ruina y conflicto.

—Un milenio, Perséfone.

—Y entonces, ¿por qué *hoy* se ha presentado como tu amante?

—Porque para ella era su amante hasta este domingo.

Perséfone apretó los puños y, de repente, unas enredaderas salieron del suelo y cubrieron las paredes. Hades ni se inmutó.

—¿Y eso por qué?

—Porque durante más de *dos mil años* ha sido un álamo.

Perséfone alzó las cejas. No se había esperado esa respuesta.

—¿Por qué era un álamo?

Hades tenía las manos sobre la mesa, y cuando contestó, se cerraron en puños.

—Me traicionó.

—¿*Tú* la convertiste en un árbol? —Perséfone jadeó, estupefacta por la revelación.

A veces se olvidaba del alcance de los poderes de Hades. Era uno de los tres dioses más poderosos que existían, y mientras cada hermano era rey de un reino diferente —Zeus, el cielo; Poseidón, el mar, y Hades, los muertos—, también compartían poder sobre el reino terrenal, lo que significaba que existía la posibilidad de que ella y Hades tuvieran poderes similares.

Y, al parecer, uno de ellos era transformar a la gente en plantas.

—¿Por qué?

—La pillé follándose a otra persona. Estaba ciego de rabia. Y la transformé en un álamo.

—No debe recordarlo. Si no, no se hubiera presentado como tu amante.

Hades la miró por un momento. No se había movido de su mesa.

—Es posible que haya reprimido ese recuerdo.

Perséfone empezó a ir de un lado para otro.

—¿Cuántas amantes has tenido?

—Perséfone. —La voz de Hades era amable, pero había un trasfondo que decía «no quieres ir por ese camino».

—Solo quiero estar preparada por si empiezan a salir de la nada.

Hades se quedó en silencio, mirándola.

—No me voy a disculpar por tener una vida antes de que tú existieras —dijo después de un momento.

—No te lo estoy pidiendo, pero me gustaría saber cuándo voy a conocer a una mujer que te ha *follado*.

—Esperaba que nunca conocieras a Leuce —dijo Hades—. Se suponía que no se iba a quedar tanto tiempo. Acepté ayudarla a que se acostumbrara al mundo moderno. Normalmente le hubiera pasado esa responsabilidad a Mente, pero como está indispuesta… —Miró la hiedra de las paredes—. Me ha llevado más tiempo encontrar a alguien adecuado para que sea su mentor.

Perséfone dejó de pasearse y se giró hacia Hades.

—¿No tenías intención de contármelo?

Hades se encogió de hombros.

—No creí que fuera necesario hasta ahora.

—¿Que fuera necesario? —repitió Perséfone, y la hiedra de las paredes se espesó y floreció. La habitación parecía infinitamente más pequeña—. Le has dado a esta mujer un sitio en el que quedarse, le has dado un trabajo y la utilizaste para follártela…

—Deja de decir eso —dijo Hades entre dientes.

—¡Me merecía saberlo, Hades!

—¿Dudas de mi lealtad?

—Se supone que tienes que decir que lo sientes —le gritó.

—Se supone que tienes que confiar en mí.

—Y se supone que tienes que comunicarte conmigo.

Eso era lo que él le había pedido. ¿Por qué no se lo podía exigir ella también?

Hubo silencio, y Perséfone cogió aire, sintiendo la necesidad de respirar hondo para la siguiente pregunta.

—¿Aún la amas?

—No, Perséfone. —La respuesta de Hades fue inmediata, pero parecía molesto por el hecho de que lo hubiera preguntado.

Perséfone no estaba segura por dónde ir a partir de aquí. Estaba enfadada, y no entendía por qué Hades había elegido ocultar a su anterior amante de ella. No es que pensara que le había sido infiel, sino que esto era una de las muchas cosas que esta semana la habían tomado por sorpresa en lo que respectaba a la vida de Hades.

Estaba empezando a sentir que en realidad no sabía nada de él.

Tras otro minuto de tenso silencio, Hades suspiró y de repente pareció agotado. Rodeó la mesa y se acercó a ella, enredó los dedos en el pelo de la diosa.

—Esperaba que pudiera mantener esto lejos de ti —dijo—. No para proteger a Leuce, sino para protegerte de mi pasado.

—No quiero que me protejas de ti —murmuró Perséfone. El aire entre ellos se hizo más espeso con otro tipo de tensión—. Quiero

conocerte… Quiero saberlo todo de ti, desde lo más profundo hasta el exterior.

Él ofreció una pequeña sonrisa, le cogió la cara entre las manos, y con la yema del pulgar le acarició los labios.

—Empecemos por el interior —dijo, y sus bocas colisionaron, su lengua se enredó con la de ella.

Él sabía a humo y hielo. Sus manos bajaron por la espalda y el trasero de ella, y la atrajo hacia él para que se acunara entre sus piernas mientras Hades se apoyaba sobre la mesa. Cada movimiento de su lengua la hipnotizaba. La dura presión de su erección contra su estómago la mareaba de lujuria. Se aferró a él, con los dedos clavados en sus apretados músculos. Mentiría si dijera que no necesitaba esto. No solo la había dejado dolorida y vacía hace algunas noches, sino que el estrés del trabajo la había llevado al límite. Necesitaba liberarse, pero también necesitaba que Hades la entendiera, así que apretó las manos contra su pecho y se separó.

—Hades, lo digo en serio. Quiero saber cuál es tu mayor debilidad, tu miedo más profundo, tu posesión más preciada.

Entonces su expresión se volvió seria y la miró con una intensidad que hizo que su interior se estremeciera.

—Tú —respondió, con los dedos tentando los labios hinchados por los besos.

—¿Yo? —Durante un momento estuvo confusa, y luego se dio cuenta de lo que estaba diciendo—. No puedo ser todas esas cosas.

—Tú eres mi debilidad, perderte es mi miedo más profundo y tu amor es mi posesión más preciada.

—Hades —dijo cuidadosamente—. Tan solo soy un segundo en tu vasta vida. ¿Cómo puedo ser todas estas cosas?

—¿Dudas de mí?

Ella le apoyó la palma de la mano sobre la mejilla.

—No, pero estoy segura de que tienes otras debilidades, miedos y tesoros. Por ejemplo, tu gente. O tu reino.

—Ves —dijo en voz baja—. Ya me conoces, por dentro y por fuera.

Su respuesta la puso triste porque sabía que no era verdad.

«No te conozco en absoluto».

Se acercó para volver a besarla, pero ella lo paró.

—Solo una pregunta más —dijo—. Cuando te fuiste el domingo por la noche, ¿a dónde fuiste?

—Perséfone…

Ella dio un paso atrás. Lo sabía. No hacía falta que contestara.

—Fue cuando ella volvió, ¿verdad?

Su ira volvió. Él la había herido tan fuerte que ella no podía

respirar, y en lugar de liberar la tensión que había creado en su interior, optó por irse… para ayudar a una antigua amante.

—La escogiste a ella antes que a mí.

—No es así, Perséfone… —Se acercó a ella.

—¡No me toques! —Perséfone se apartó, levantando las manos. Hades apretó la mandíbula, pero no se acercó—. Has tenido tu oportunidad. La has jodido.

Ahora mismo sus razones para mantener a Leuce en secreto no importaban. El hecho era que no se lo contó. Había hecho lo contrario de lo que le había pedido —*comunicarse*—, así que las palabras que seguidamente utilizó contra él parecían más que adecuadas.

—Las acciones hablan más que las palabras, Hades.

Y desapareció de la *suite*.

VII

TREGUA

«La amante de Hades llega al Nevernight en un camión de alquiler y vestida con un chándal».

Era lunes y Perséfone estaba sentada en su escritorio leyendo el artículo en la pantalla de su ordenador. Podría ser un oráculo, visto su talento para predecir titulares. Si tan solo hubiera podido predecir el encuentro con la examante de Hades.

Su humor no había mejorado durante el fin de semana. Quizá porque aún no había oído nada de Hades. Ni siquiera estaba segura de querer hablar con él, pero había esperado a que él contactara con ella, ya fuera apareciéndose en su dormitorio en medio de la noche para disculparse o enviando a Hécate, la pacificadora.

Mientras las horas se convertían en días, Perséfone más se frustraba con Hades y más deseaba escribir sobre Apolo solo para tocarle las narices.

Ese día, el dios de la música salía en las noticias; lo habían seleccionado como canciller de los próximos Juegos Panhelénicos. Su bautismo no era ninguna sorpresa, ya que durante los últimos diez años ya se le había otorgado ese título. Básicamente era un nombramiento por el que Apolo pagaba, ya que con su dinero financiaba el entretenimiento, los uniformes y la construcción de un nuevo estadio. Nadie quería creer que el dios que les daba el deporte también era un cabrón abusivo.

Perséfone suspiró, cerró el navegador y abrió un documento en blanco. Aún tenía otra semana para escribir la exclusiva que Demetri y Kal le habían ordenado. Probablemente este no era el mejor momento para empezarla, porque cada palabra que pensaba para describir a Hades era desagradable y desde el enfado.

Frustrante, desconsiderado, imbécil.

Al cabo de un momento, suspiró y comprobó su taza. Necesitaba más café si quería intentar escribir ese artículo. Se levantó de su escritorio y fue hacia la sala de descanso. Helena la encontró mientras se estaba preparando el café.

—Perséfone… hay una mujer que quiere verte. Dice que se llama Leuce.

Perséfone se quedó helada y miró a Helena.

—¿Acabas de decir *Leuce*?

La chica asintió con la cabeza, con sus ojos azules abiertos de par en par. La frustración ardía en su interior, y apretó los puños para controlar su magia. Lo último que le faltaba era hacer brotar enredaderas delante de su compañera. ¿Qué hacía aquí la examante de Hades?

—¿Debería decirle que estás ocupada? —preguntó Helena—. Le diré que estás ocupada.

Helena empezó a marcharse.

—No. —Perséfone la frenó—. La veré. Acompáñala a una sala de entrevistas.

Helena asintió y volvió poco después.

—Está allí.

—Gracias, Helena.

La chica vaciló y Perséfone cogió aire.

—¿Sí, Helena?

—¿Estás segura de que estás bien?

—Estupendamente —respondió.

¿Qué iba a decir? La estaban obligando a escribir sobre su vida amorosa; una vida amorosa que estaba siendo amenazada por la mujer que acaba de presentarse en su trabajo.

Las cosas se estaban complicando.

Perséfone hizo esperar a Leuce. Era culpa de la mujer por haberse presentado sin avisar. Cuando finalmente entró en la sala de entrevistas, Leuce estaba de pie junto a la ventana, y cuando se volvió para mirar a Perséfone, la diosa se sorprendió al ver que tenía peor aspecto que la noche en que se habían conocido.

En aquel momento parecía agotada.

Ahora se veía sucia. Su pelo liso estaba enmarañado y llevaba la misma ropa que en el Nevernight. Perséfone también notó que en sus mejillas tenía manchas de lágrimas, visibles por la suciedad de su cara.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó Perséfone.

—He venido a disculparme —dijo.

Perséfone se sobresaltó. Era la última cosa que había esperado que dijera.

—¿Perdona?

—No debería haberme presentado como lo hice. —Las palabras salieron rápidamente de la boca de Leuce, como si se estuviera regañando a sí misma—. Estaba enfadada con Hades. Quiero decir, estoy segura de que entiendes que…

—Leuce —la interrumpió Perséfone—. Me perdonarás por no querer que me recuerden lo bien que conoces a Hades. ¿Por qué estás aquí?

La ninfa apretó los labios con fuerza.

—Anoche Hades me echó y me despidió.

Perséfone la miró.

—Sé que no merezco tu amabilidad, pero, por favor. No tengo dónde ir.

Perséfone sacudió la cabeza.

—¿Qué es lo que me estás pidiendo exactamente?

—¿Puedes… hablar con él… por mí? —Parecía luchar por decir esas palabras.

—¿Por qué no le hablas *tú*?

—¿Crees que no lo he intentado? Me dijo que me tenía que ir. No iba a arriesgarse a perderte.

—Si lo dijera en serio, se habría disculpado —murmuró en voz baja.

—Mira, sé que no quieres escuchar esto, pero… Hades es un idiota. Seguramente esté pensando que quieres espacio, y que cuanto más te dé, mejor.

—Estás diciendo esto porque quieres que le pida que te devuelva tu trabajo.

—Y mi casa —dijo, sin ninguna vergüenza.

Perséfone enarcó una ceja.

—¿No dijiste que era un antro?

—Y lo era, pero era *mi* antro y tenía una cama —dijo—. Cosa que es mucho mejor que el banco del parque que encontré anoche.

«Ahora no te parece tan malo…».

Las dos se miraron fijamente durante un largo rato.

—¿Por qué debería ayudarte? Ni siquiera le has agradecido a Hades por todo lo que te ha dado —preguntó Perséfone.

«Además, le pusiste los cuernos».

—Porque también soy una idiota. Supongo que creía que tenía más… influencia. Y resulta que no tengo nada. Ni siquiera entiendo este mundo. A duras penas he llegado hasta aquí porque cruzar

vuestras calles es imposible. —Hizo una pausa y desvió la mirada, y cuando volvió a hablar, su voz temblaba—. Imagina despertarte en un mundo que no se parece en lo más mínimo al que dejaste. Es… aterrador. Es… el peor de los castigos.

Leuce dejó caer los hombros y de repente Perséfone se dio cuenta de que la entendía, y más de lo que le gustaría admitir. Hace cuatro años se había visto en una situación similar. Suspiró y consultó su reloj. No podía creer lo que estaba a punto de decir.

—Mira, aún me quedan algunas horas de trabajo. Puedes quedarte en el *lounge* hasta que termine. No puedo prometerte que hoy hable con Hades, pero… lo haré en algún momento. Hasta entonces… puedes quedarte conmigo.

Leuce abrió los ojos de par en par.

—¿E-estás segura?

«No», pensó Perséfone, pero esta semana Lexa se quedaba a dormir con Jaison, lo que dejaba libre su habitación para Sibila, lo que significaba que Leuce podía dormir en el sofá.

—Gracias. Gracias, Perséfone.

La ninfa le pasó los brazos alrededor y la diosa se puso rígida. Al cabo de un momento, se separó.

—No te arrepentirás, lo prometo.

De verdad esperaba que no.

Perséfone no se puso a trabajar en la exclusiva. En cambio, continuó investigando sobre Apolo. Al final del día, copió todo lo que encontró en un documento de Word y se lo envió por correo a sí misma antes de recoger sus cosas y recoger a Leuce en el *lounge*. Salieron juntas de la Acrópolis por la parte delantera enfrentándose a la multitud que esperaba, y vieron que Antoni estaba fuera del Lexus negro de Hades. Cuando se acercaron abrió la puerta sonriendo.

—Milady —dijo. Los ojos de Antoni se volvieron amenazantes cuando su mirada se posó sobre Leuce—. ¿Qué está haciendo *ella* contigo?

Perséfone alzó las cejas y pasó la mirada del cíclope a la ninfa.

—¿Conoces a Leuce?

—Sí —siseó—. Un traidor es un traidor.

Leuce puso los ojos en blanco.

—No seas dramático.

—No pasa nada, Antoni —interrumpió Perséfone—. La estoy ayudando.

El cíclope apretó los labios con fuerza y no dijo nada cuando las dos mujeres se deslizaron hacia los asientos traseros. Cuando la puerta se cerró, Leuce miró a Perséfone.

—¿Esa multitud te espera cada día?

—Sí.

—¿Y todo por Hades?

—Sí.

La ninfa miró por la ventana.

—Es una locura.

—Es una locura —coincidió Perséfone—. Lo odio.

—Cuando yo estaba… viva en la antigüedad, a los dioses se les temía y eran venerados —dijo Leuce—. Sus adoradores se tomaban en serio lo de honrar a sus dioses. No era esta… falsa obsesión.

Perséfone hizo una mueca.

—Bienvenida al mundo moderno.

Antoni las dejó en el apartamento de Perséfone. Antes de irse, el cíclope se llevó a Perséfone a un lado.

—Tendré que contarle que Leuce está contigo. Querrá saberlo.

Perséfone se encogió de hombros.

—Cuéntaselo.

Antoni la miró con desaprobación.

—Hablarás con él pronto, ¿verdad, milady?

Perséfone se sorprendió al oír la pregunta. Se preguntó cuánto sabría Antoni de su pelea con Hades.

Ella resopló.

—No lo sé —dijo—. Probablemente. Ahora mismo estoy enfadada.

Él asintió.

—Te veré mañana, milady.

Ella no dijo nada y se giró para acompañar a Leuce hasta el apartamento. Se encontraron a Sibila en la barra de la cocina enjugándose la cara tan pronto como entraron.

—Sibila, ¿qué pasa?

—Nada. Todo va bien.

Pero era obvio que estaba mintiendo. Su voz era áspera y tenía los ojos rojos. Perséfone miró por encima del hombro y vio un correo electrónico de rechazo de un trabajo.

—Sibila —dijo Perséfone con suavidad, poniéndole una mano en el brazo.

—Sabía que iba a ser duro, pero creo que no me daba cuenta de lo difícil que iba a ser. Nadie quiere el… *juguete* desechado de un dios.

—Tú no eres tal cosa, Sibila —dijo Perséfone rápidamente.

—El mundo no lo ve así —dijo—. Mi valor es igual al deseo que un dios tenía por mí. Ha sido así desde que mis poderes se manifestaron. Y ahora ni siquiera los tengo.

Sibila se giró hacia Perséfone y sollozó en su pecho. La diosa se

quedó allí, tranquilizando a su amiga.

—Todo va a ir bien —dijo Perséfone—. Te ayudaré en todo lo que pueda. Deja que hable con Hades. Estoy segura de que necesitan más ayuda en la Fundación Ciprés.

Había estado tan enfadada por lo de Leuce que se había olvidado de preguntar sobre posibles vacantes.

—No te puedo pedir eso, Perséfone —dijo Sibila, apartándose.

—No lo estás pidiendo. —Ofreció lo que esperaba que fuera una sonrisa reconfortante.

Perséfone le presentó a Leuce a Sibila y sirvió tres copas de vino. La diosa empezaba a sentirse como si estuviera dirigiendo un hogar para mujeres desplazadas. Se sentaron en la sala de estar, vieron *Titanes después del anochecer* y hablaron sobre la vida. En algún momento, salió en la conversación el inevitable tema de Apolo y cuanto más tiempo hablaban, más se enfadaban.

—Es tan horrible como recuerdo —comentó Leuce.

—Oh, chica, si supieras —dijo Sibila, y tomó un trago de su copa—. Es tan *controlador*. ¡Castiga a sus amantes por ser independientes! ¡Es patético!

—¿Te puedes creer que Hades me dijo que no podía escribir sobre él? —dijo Perséfone.

—¡Si quieres escribir sobre Apolo, escribe sobre Apolo! —dijo Leuce.

Iban por su cuarta copa de vino. A pesar de esto, Perséfone esperaba que Sibila protestara.

—¡Ve a por el portátil, Sef! —dijo en cambio.

Perséfone sonrió y corrió hacia su habitación para coger su ordenador. Cuando regresó, se sentó en el sofá con las piernas cruzadas.

—Escribe esto —le indicó Sibila—: «Apolo, conocido por su encanto y belleza, tiene un secreto: no soporta el rechazo».

—¡Oh! ¡Es bueno! —la animó Leuce.

—¡Oh, oh! Espera —dijo Perséfone, tecleando rápido, las palabras venían más rápido de lo que se movían sus dedos.

Cuando terminó, leyó la pieza en voz alta:

Las pruebas son abrumadoras. Me gustaría que muchas de sus examantes respondieran por mí, pero o bien suplicaron para que las salvaran de sus astutas persecuciones y las convirtieron en árboles o murieron de manera horrible como resultado de su castigo.

—¡Sí! —chilló Leuce.

Perséfone continuó y añadió las historias de Dafne, la ninfa a la que convirtieron en un árbol, y la princesa Casandra, cuyas acertadas

predicciones fueron desacreditadas.

Casandra advirtió en voz alta que los griegos estaban escondidos en el caballo de Troya, pero la ignoraron. Lo que plantea la pregunta: ¿qué tan noble puede Apolo ser realmente cuando luchó en el lado de Troya y, sin embargo, comprometió su victoria, todo porque le volvieron la espalda?

—Dioses, es tan terrible —dijo Sibila—. No sé por qué no lo vi antes.

—Es abusivo —dijo Perséfone—. No te culpes.

—¡Deberías decirlo en el artículo! —dijo Leuce—. «Apolo es un abusador, tiene la necesidad de controlar y dominar. No se trata de la comunicación o de escuchar; se trata de ganar».

Continuaron así durante horas hasta que Sibila y Leuce no pudieron mantener los ojos abiertos. Con las dos dormidas en el sofá, Perséfone estaba atrapada contra el reposabrazos. El brillo de su ordenador le dañaba los ojos, pero siguió revisando lo que habían escrito juntas. El resultado fue un artículo crítico y hostil sobre el dios de la música. Perséfone excluyó la historia de Sibila, aunque ella había contribuido con algunas líneas ilustrando su propia experiencia con el dios. Perséfone no quería que Apolo tomara represalias contra el oráculo.

Cuanto más leía y releía el artículo, más se enfadaba, y antes de poder pensarlo bien, escribió un correo a Demetri y le envió el artículo. Se sintió triunfante durante dos segundos, antes de salir con dificultad del sofá, correr hacia el baño y vomitar en el retrete.

«Te has metido en un buen lío», pensó mientras se inclinaba sobre la pared del baño. Sentía como si el estómago le estuviera hirviendo, una combinación de mucho vino y culpa.

«Apolo se lo ha hecho a sí mismo», pensó, recordándose por qué había enviado el artículo. «Se lo merece. Se trata de justicia, de dar voz a sus víctimas».

«¿Y qué pasa con Hades?».

Se le revolvió el estómago y Perséfone se puso de rodillas justo cuando la bilis le subió hasta el fondo de la garganta. Vomitó de nuevo. Su nariz y garganta ardían y todo lo que podía saborear era vino amargo y ácido. Se quedó de rodillas durante un rato, respirando a través de la boca hasta que se sintió lo suficientemente estable como para ponerse de pie.

Cuando se miró en el espejo no se reconoció. Parecía un alma que acababa de llegar al Inframundo, estaba pálida y temblando.

—Hades guardaba secretos —dijo en voz alta, como si eso explicara por qué había faltado a su palabra.

«Tú guardabas secretos», se recordó a sí misma mientras se enjuagaba la boca y se cepillaba los dientes. «No le contaste lo del

ultimátum de Demetri».

—Es diferente. —Se encontró con su mirada en el espejo.

«¿Cómo?».

Era diferente porque era su batalla. No había querido la ayuda de Hades para combatirla.

—Es diferente porque ese secreto no le hará daño —dijo.

¿Pero el secreto que había guardado sobre Leuce? Aquello le había hecho daño.

No le gustaron las palabras que siguieron. Crecían como nubes amenazantes, una tormenta de palabras atormentadoras en su mente: «esto le hará daño a Hades».

Apagó la luz.

VIII

RAPTO

Cuando al día siguiente Perséfone llegó al trabajo, la multitud fuera de la Acrópolis había crecido. También se habían unido miembros del culto de Apolo, fieles y acérrimos fans. Se les reconocía porque llevaban coronas de laurel en el pelo y polvo de oro como pintura de guerra. Incluso desde el interior del Lexus de Hades, Perséfone escuchaba los gritos de ira.

«¡Mentirosa!».

«¡Discúlpate con Apolo!».

«¡Estás celosa!».

«¡Puta!».

Estaba claro que habían publicado su artículo.

Antoni la miró por el retrovisor.

—¿Quieres que te acompañe hasta la puerta, milady?

Perséfone miró por la ventana. Los guardias de seguridad se acercaban al coche y se estaban preparando para escoltarla.

«Dioses. ¿Qué había hecho?»

—No, Antoni. No pasa nada.

Asintió una vez.

—Vendré a recogerte esta tarde.

Cuando salió del coche, se vio empujada hacia la hostilidad. Había mucho barullo, y sintió las emociones de todos los presentes: la ira y el odio, la ansiedad y el miedo. Y todas le pesaban en el pecho, asfixiándola.

—Vamos, milady —dijo uno de los guardias de seguridad. Extendió el brazo como para acorralarla, pero no la tocó.

Perséfone lo miró, parpadeando.

—¿Acabas de llamarme «milady»? —preguntó.

El guardia se sonrojó.

—¡No es seguro aquí! ¡Deprisa!

Ella ya lo sabía. Podía sentir cómo la violencia de la multitud crecía y, para cuando hubo llegado a la entrada, parte del grupo se había enzarzado en una pelea. La hicieron pasar al interior y se giró para ver cómo los oficiales se hacían cargo: dividieron a la muchedumbre y disiparon la situación.

«No lo entiendo. Todo esto por unas cuantas palabras que he escrito».

Nadie se había enfadado tanto cuando escribió sobre Hades, pero sabía por qué; el dios del Inframundo no era muy querido, solo misterioso. Apolo era literalmente el dios de la luz. Era el dios de la música y la poesía. Representaba todo lo que los mortales deseaban en la vida.

Incluyendo la oscuridad que nunca querían reconocer.

Cuando se dio la vuelta para dirigirse al ascensor, vio que todo el mundo de la primera planta la estaba observando; la recepcionista, seguridad y otros empleados. La miraban fijamente, con los ojos muy abiertos y manteniendo la distancia. Tal vez tenían miedo de que Apolo apareciera y la matara. Fuera como fuese, se alegró de tener un ascensor para ella sola. Sin embargo, la paz duró poco, porque las miradas continuaron mientras se dirigía a su escritorio.

Helena estaba igual de alegre que siempre, saludó a Perséfone y la siguió hasta su escritorio. El único indicio que dio de la reacción violenta del exterior fue cuando le informó de que no le había desviado ninguna llamada a su buzón de voz.

—Puedo encargarme de tu correo electrónico si quieres. Solo por hoy.

—No, no te preocupes, Helena.

—¿Necesitas algo? ¿Un café o un tentempié?

Perséfone dudó un momento.

—Un paracetamol —respondió—. Y agua.

—¡Enseguida!

Helena volvió al poco rato. Perséfone se tomó la pastilla y trató de concentrarse en su trabajo, que consistía en leer correos de odio y tener la vista fija en un documento en blanco donde tendría que estar su exclusiva.

Siendo sincera, estaba al límite, esperaba que Hades apareciera abriéndose paso a través de las puertas de su trabajo, la cogiera y la llevara al Inframundo para castigarla por su decisión de traicionarle.

Al principio le creaba ansiedad pensar en su posible llegada, pero a medida que pasaba el tiempo, se sentía cada vez más frustrada con el dios de los muertos.

¿Qué tenía que hacer para llamar su atención?

Se levantó y se dirigió a la sala de descanso para prepararse un café. Mientras estaba allí, miró por la ventana. Aún había una aglomeración fuera de la Acrópolis.

—Tu artículo ha causado un buen revuelo. —Demetri se unió a ella. Encendió la televisión que había en la esquina. Estaban dando las noticias y en el titular se podía leer: «La amante de Hades ataca a un dios muy querido».

Apretó el vaso de café con tanta fuerza que la tapa salió volando y el líquido caliente se derramó entre los dedos. Resopló y Demetri le quitó el vaso de las manos y le tendió unas servilletas.

—¿Crees que al menos podrían utilizar mi nombre?

—Quizá no quieras que lo usen —dijo—. Probablemente es mejor que recuerden a quién perteneces.

Perséfone fulminó a su jefe con la mirada.

—Yo no *pertenezco* a nadie.

—Me parece justo —dijo—. He escogido mal las palabras. Quería decir que… quieres que la gente recuerde que sales con Hades porque no les ha gustado que hayas ido tras Apolo.

Eso era obvio, y no era de extrañar. Las noticias estaban siendo muy críticas con su artículo.

«Ella menciona a ocho mujeres mortales que aparentemente fueron abusadas por lord Apolo, pero ¿dónde están?».

«Hace esto por su asociación con Hades. Ningún otro mortal se atrevería a escribir esta basura sobre un dios».

«Supongo que no ganó suficiente fama acostándose con Hades. También ha tenido que ir a por Apolo. ¿Es este el tipo de fama que querías, Perséfone Rosi?».

Se sentía enferma, frustrada y un poco inútil.

—No es justo. Ni siquiera están intentando verificar la información —dijo.

Demetri se encogió de hombros.

—Seguramente tengan demasiado miedo.

—No es motivo para ignorarlo.

Demetri suspiró.

—No, pero así funciona nuestro mundo. La venganza de los dioses es algo real y temido.

Las noticias siguieron criticando a Perséfone por su ataque a Apolo. Por el hecho de que había utilizado dos historias de la antigüedad para ilustrar su horrible comportamiento, y afirmaban que todos los dioses de la antigüedad eran diferentes a los de ahora, que ese cambio era posible, y que Apolo debería ser perdonado.

Perséfone le arrebató a Demetri el mando a distancia y apagó el televisor.

—Cuando escribí sobre Hades, no tenían tantas ganas de salir en su defensa —dijo.

—Eso es porque Hades debe ser temido. Se supone que es malo. Y Apolo… es el dios de la música. El dios de la luz. Es fiesta y belleza. Se supone que no es un imbécil.

—¡Bueno, pero lo es!

—No tienes que convencerme a mí, Perséfone. Tienes que convencer al mundo.

Ella no debería tener que convencer a nadie, pero en lugar de ver a un dios psicópata, el mundo veía a uno que estaba enamorado profundamente. Equiparaban su incesante persecución de mujeres y hombres como algo romántico, y aquellos que lo rechazaban como indignos.

Era una mierda.

—Mira, si quieres mi consejo…

—No lo quiero —le gritó ella.

—Perséfone… —Demetri parecía desesperado—. Mira, ya sé que las cosas entre nosotros no han ido bien esta semana, pero no quiero ver cómo te critican en la televisión nacional durante el próximo año.

—¿Entonces por qué escogiste publicar mi artículo?

Cuando Demetri no respondió, creyó que ya sabía la respuesta.

—Es por el dinero, ¿no?

No importaba que la gente odiara lo que ella había escrito, comprarían el periódico para criticarla.

Demetri le lanzó una mirada de odio.

—No es por el dinero —dijo—. Quieres el respeto de esta industria, y la realidad es que acabas de perder gran parte de él. ¿Quieres ascender? Pues puedes hacer una de estas cosas: disculparte… —Perséfone lo miró con tanta furia que pensó que lo podría derretir con los ojos—. O escribir otro artículo sobre Apolo. Encuentra a alguien a quien haya hecho daño recientemente. Cuenta su historia.

Perséfone lo miró con desaprobación.

—Yo… No puedo.

Demetri no respondió enseguida.

—Quizá no puedas —dijo—. Y si no, ya sabes qué tienes que hacer.

—Tus consejos son una mierda —le dijo.

Su jefe parecía realmente herido por su respuesta, casi se estremeció cuando las palabras salieron de su boca, pero a ella parecía no importarle. Él había pasado de abogar por ella y defenderla a contrariarla y desalentarla. Pensaba que era un luchador, pero cuando

las cosas de ponían difíciles, le daba la espalda.

De ninguna manera se iba a disculpar con Apolo cuando él había hecho daño a una de sus mejores amigas. Y tampoco iba a pedirle a Sibila una entrevista. Eso significaría exponerla al escrutinio que Perséfone estaba viviendo en ese momento.

No se lo podía hacer al oráculo. Estaba reconstruyendo su vida.

«Dioses, menudo desastre».

Durante la comida, Perséfone rompió una de sus reglas y se teletransportó a la azotea de la Acrópolis, necesitaba tomar aire fresco.

Apareció en el borde del tejado. El corazón le latía con fuerza en el pecho mientras se alejaba a trompicones. Cuando se recuperó de haber estado a punto de caer por el lateral del rascacielos, contempló la inmensa ciudad de Nueva Atenas. Desde arriba se veía hermosa y aterradora. Podía ver la oscuridad de la torre de Hades, una sombra que dividía la ciudad en dos. El cristal reluciente de La Rose de Afrodita, la hermosa y singular fachada de los numerosos hoteles de Hera: el Olímpico, el Pegaso, el Emerald Peacock. También había otros monumentos, como estatuas de mármol de dioses por toda la ciudad y hermosos templos dispuestos en las cimas de las colinas y en las laderas de los acantilados.

Cuando se mudó, la ciudad la había hechizado completamente. Se había enamorado de todo lo que prometía infinitas posibilidades, aventuras y libertad. Es lo que le hacía seguir adelante cuando las cosas se ponían difíciles, cuando se sentía confundida, perdida e indeseable; todo lo que sentía ahora.

Buscó todas esas promesas entre el extenso paisaje, más allá de la Acrópolis y la enfurecida multitud de abajo.

—¿Perséfone? —preguntó una voz.

Se giró y vio a Pirítoo, el conserje que la había ayudado a escapar metida en un contenedor.

—¿Cómo has llegado aquí arriba? —le preguntó.

Ella abrió la boca para contestar, pero se dio cuenta de que ni siquiera sabía cómo se accedía a la azotea desde el interior.

—Con prudencia —consiguió decir con una pequeña sonrisa que Pirítoo imitó.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó ella.

—A veces me gusta comer aquí.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que llevaba una fiambrera.

—¿Quieres compartir? —preguntó.

Ella negó con la cabeza.

—No tengo hambre, pero me sentaré contigo.

Su sonrisa se amplió.

—Eso me gustaría. Ven. Conozco un lugar mejor para sentarse lejos del viento.

Pirítoo la llevó a otra parte de la azotea cerrada al paso por un tabique donde había unas sillas. El espacio tenía vistas a la costa de Nueva Atenas, una línea de pura arena blanca que se unía a un océano espumoso del color esmeralda más profundo.

Era impresionante.

—Adelante, siéntate —dijo él.

Pirítoo abrió la fiambrera y sacó un bocadillo y una bolsa de patatas.

—¿Estás segura de que no quieres nada?

—Sí, gracias.

Él tomó un bocado y observaron la ciudad.

—¿Entonces qué estás haciendo aquí arriba? —preguntó Pirítoo tras un corto silencio.

Ella suspiró y apartó la mirada.

—Supongo que no has visto las noticias —dijo.

—No puedo decir que sí lo he hecho —contestó.

Era el único mortal al que conocía que no parecía obsesionado con los dioses.

—Bueno, pues lo he fastidiado todo.

—Seguro que no es para tanto.

Perséfone respiró hondo.

—Bueno… He hecho algo que le prometí a Hades que no haría porque estaba enfadada con él, y ahora…, no puedo retractarme.

—Ah. —Pirítoo soltó una pequeña risa. Comió un poco de su bocadillo y habló mientras masticaba—. ¿Qué hizo?

—Algo estúpido —murmuró—. Creo que no ve el problema en lo que hizo.

Pirítoo sonrió en su manera triste. Tuvo la sensación de que él entendía su situación más de lo que quisiera admitir.

—A menudo no lo hacen —comentó.

—No lo entiendo.

Él se encogió de hombros.

—Los hombres simplemente no piensan.

—Es una excusa horrible.

—Realmente no es una excusa. Es una realidad. Lo único que puedes hacer es seguir luchando por lo que quieres. Si te desea, trabajará para entenderte.

Ella apretó los labios, se sentía ridícula. Ahora sabía que había exagerado, pero no había sido capaz de detenerse. Quería que Hades

se sintiera tan traicionado como se había sentido ella cuando conoció a Leuce. Quería que sintiera la frustración que ella había sentido con cada hora que no sabía nada de él. Había querido desafiarlo solo para ver si podía obtener alguna reacción.

—¿Estoy siendo irracional?

Él se encogió de hombros.

—Tal vez, pero las emociones son las emociones —dijo—. Ya he sido el chico estúpido antes. Ojalá hubiera trabajado más duro.

Perséfone sintió que entendía la tristeza que se aferraba a este hombre. Se preguntó qué vería Hades si mirara su alma.

—¿Qué *estupidez* has hecho?

Él respiró profundamente.

—Creo que te va a sorprender dada tu historia.

Perséfone lo miró confundida, pero antes de que pudiera preguntarle a qué se refería, Pirítoo se explicó.

—Yo hacía muchas apuestas, pero no como las que hace tu novio. Solía apostar en los Juegos Panhelénicos. Era bueno, suertudo diría. Hasta que dejé de serlo. Creí que estaba haciendo lo que era mejor para mi chica, y lo creí tanto que me olvidé de lo que era importante: su deseo de que parara. A ella no le importaba el dinero o el estatus. Ella solo me quería a mí. —Se detuvo para ofrecer una risita—. Dioses, daría lo que fuera por una mujer que me deseara ahora.

—¿Qué le pasó?

—Está felizmente casada y embarazada de su primer hijo. Es extraño ver a alguien a quien amas seguir adelante y llevar una vida que podría haber sido tuya.

Perséfone esperó no tener que pasar por eso.

—Lo siento —dijo, y por un momento puso la mano sobre la de él.

Él se encogió de hombros.

—Pensaba que la estaba protegiendo —se detuvo—. Tal vez es lo que Hades pensaba que estaba haciendo por ti.

No tenía ninguna duda.

—Ojalá parara. No necesito protección.

—Todos necesitamos protección —dijo él—. La vida es dura.

Perséfone se quedó pensativa. Una vez le había dicho algo parecido a Hades cuando discutió con él sobre por qué era importante perdonar a los mortales. Nunca había sopesado que ella requería la misma gracia.

Después de comer el día solo fue a peor. Helena estaba lidiando con una oleada de llamadas furiosas, y la bandeja de entrada de Perséfone estaba saturada de correos llenos de odio. No podía escapar del juicio, ni siquiera en sus mensajes de texto.

«¡No me creo que hayas escrito sobre Apolo!», le escribió Lexa.

No estaba segura de si su mejor amiga estaba expresando entusiasmo o frustración.

«¿Has hablado con Sibila?», preguntó Perséfone.

«No. Apuesto a que va a mantener el perfil bajo. Si todavía fuera el oráculo de Apolo, sabes que estaría lidiando con todo este lío».

«Si todavía fuera su oráculo, Apolo no estaría metido en este lío».

«Uhm, tía, me refería A TI. Tú eres el lío».

«Yo solo he contado la verdad. Así que me demande».

«Creo que Apolo recurrirá a métodos más anticuados».

«¿Hades ha dicho algo ya?», volvió a escribir Lexa.

«No».

No hubo ninguna disculpa, ningún sermón, y sus emociones estaban muy dispersas. Nunca antes se había sentido así; en conflicto entre la ira, el deseo desesperado de enfrentarse a él y el miedo de su decepción.

Cuando Perséfone se fue de la Acrópolis, Antoni la recibió en la puerta y la acompañó a través de la agresiva muchedumbre.

—¿Estás bien, milady? —le preguntó una vez que estaban a salvo en el coche.

No estaba segura de por qué, pero la pregunta hizo que le ardieran los ojos. De repente, estaba conteniendo las lágrimas. No lloraría por esto, aún no.

Respiró hondo.

—¿Está enfadado?

Sabía que no tenía que decir el nombre de Hades. Antoni sabía de quién hablaba.

—No lo he visto —admitió el cíclope—. Pero me imagino que no estará contento.

Ella lo sabía, y por eso de ninguna manera iría al Inframundo esa noche. Agradeció que el cíclope no se explayara ni la reprendiera por escribir sobre Apolo. La mayor parte del viaje fue en silencio, excepto cuando le pidió a Antoni que parara para poder comprar comida para llevar antes de ir a casa.

Cuando llegó al apartamento, lo único que quería hacer era tomar un baño caliente e irse a dormir. Se despidió de Antoni deseándole las buenas noches y entró en el piso. Lexa le había escrito para decirle que estaría fuera con Jaison. Sibila y Leuce estaban sentadas en la barra de la cocina trabajando en los currículums. Cuando Perséfone cruzó la puerta, Sibila se levantó de la silla y abrazó a Perséfone.

Perséfone dejó su bolso y la comida en el suelo y le devolvió el abrazo al oráculo. Leuce se giró en su silla y le dirigió una simpática

sonrisa.

—Creo que el otro día nos dejamos llevar un poco —dijo Leuce.

Perséfone ofreció una risa forzada. Necesitaba dejar de trabajar y beber.

—Lo siento —le dijo Perséfone a Sibila—. No te escuché.

—No pasa nada —dijo Sibila—. No te culpo por querer contar sus historias, simplemente odio que nadie te crea.

—Ya sé que por eso me dijiste que no lo hiciera —dijo Perséfone, y sonrió levemente mientras se apartaba para mirar a Sibila—. Puede que Apolo te haya quitado tus poderes, pero tienes bien afinados tus instintos.

El oráculo se encogió de hombros.

—Sé cómo trata la historia a las mujeres.

Sibila recogió el bolso y la comida que Perséfone había traído y los puso sobre la encimera.

—Es musaca, por si queréis —dijo Perséfone, señalando la bolsa de comida—. También tengo baklava porque… ya sabes… ha sido un día duro.

Sibila rio con delicadeza.

—Por supuesto.

—Creo que me voy a bañar.

Sibila asintió.

—Estaremos aquí por si quieres hablar —dijo Leuce.

—Gracias.

Perséfone se dirigió a su mesita de noche en la oscuridad, ya estaba familiarizada con la distribución de su habitación, y encendió la lámpara. Entró en el baño, se quitó las joyas y abrió el grifo de la bañera. Mientras el agua corría, volvió a entrar en su habitación y comenzó a desvestirse cuando por el rabillo del ojo notó que algo se movía. Se giró y se sobresaltó por la presencia de Hades en su habitación.

¿Cómo no lo había sentido?

«Porque él no quería que lo sintieras», pensó inmediatamente.

—Por favor, sigue —dijo él, apoyándose despreocupadamente sobre la pared que estaba parcialmente oscura. Estaba a gusto, como nacido de la sombra. Tenía las manos en los bolsillos de sus pantalones y se había quitado la chaqueta. Se había arremangado las mangas de su camisa negra y los dos primeros botones estaban desabrochados, dejando al descubierto sus antebrazos y pecho bien musculados.

La respiración se le atascó en la garganta. ¿Siempre pensaría en lo hermoso que era cada vez que lo vería?

Sus ojos ardientes la recorrieron de arriba abajo y de repente ella

recordó que estaba enfadada con él por muchas cosas. Volvió a subirse el vestido y Hades soltó una carcajada sin gracia.

—Vamos, cariño. Ya lo hemos superado, ¿no? He visto cada centímetro de ti, he tocado cada parte de ti.

Ella se estremeció porque por muy enfadada que estuviera con él, no podía evitar que los pensamientos afloraran en su mente ante sus palabras.

—Eso no significa que esta noche lo vayas a hacer —dijo ella, y Hades puso mala cara—. ¿Qué estás haciendo aquí?

—Me estás evitando —dijo él.

—¿*Yo* te estoy evitando *a ti*? —se burló—. Es una calle de doble sentido, Hades. Tú también has estado ausente.

—Te di espacio —dijo él, y ella puso los ojos en blanco—. Está claro que ha sido una mala idea.

—¿Sabes lo que tendrías que haber hecho en cambio? —dijo ella—. Disculparte.

Se dirigió al baño. Hades no la iba a privar de su baño. Se quitó la ropa y se metió en el agua. Estaba casi ardiendo, picándole mientras se sumergía. Normalmente se estiraría, pero se sintió extrañamente débil y se llevó las rodillas al pecho.

Hades la siguió. Se apoyó en el borde del lavabo con los brazos cruzados y los labios apretados.

—Te dije que te amaba.

—Eso no es una disculpa.

—¿Me estás diciendo que estas palabras no significan nada para ti?

Ella lo fulminó con la mirada.

—Las acciones, Hades. No me ibas a contar lo de Leuce.

—Si vamos a hablar de acciones, entonces hablemos de las tuyas.

A pesar del calor del agua, Perséfone de repente sintió frío.

—¿No me prometiste que no escribirías sobre Apolo?

Había más en sus acciones —habían sido alimentadas por Sibila y Leuce y el vino— pero no se lo podía decir, ya que el resultado era el mismo. Había roto su promesa.

—Tenía que hacerlo…

—¿Tenías? —la interrumpió—. ¿Te dieron un ultimátum?

«Sí, me dieron un ultimátum, ¡imbécil!».

No respondió y apartó los ojos, mirando el agua. Si miraba a Hades durante demasiado tiempo, rompería a llorar. Había demasiada emoción en su interior.

—¿Te han amenazado?

Se quedó en silencio otra vez.

—¿Tiene *algo* que ver contigo?

Odiaba la forma en que su voz rechinaba contra sus oídos. Se levantó de la bañera, con el agua salpicando por todas partes, cogió una toalla y se la sujetó contra el pecho.

—Sibila es mi amiga y Apolo *arruinó* su vida. Su comportamiento se *tenía* que sacar a la luz.

Hades ladeó la cabeza, los ojos le centelleaban. Descruzó los brazos y se acercó a ella. A Perséfone se le aceleró el corazón cuando él se inclinó hacia ella.

—¿Sabes qué creo? —susurró con furia. Ella quería dar un paso atrás, no quería enfrentarse a lo que había hecho. Cómo se había vengado de él—. Creo que todo esto es un juego para ti. Te cabreé, así que tú me la querías devolver, ¿es así? Ojo por ojo, ahora estamos igualados.

—No todo es sobre ti, Hades.

Las manos de él se aferraron a su cintura, atrayéndola hacia él.

—Me prometiste que no escribirías sobre Apolo.

Perséfone se encogió.

—¿Es que tu palabra no vale nada?

Eso le dolió. Tragó con fuerza y lo miró a través de sus ojos llorosos.

—Que te follen.

Hades era despiadado. El cabrón sonrió.

—Preferiría follarte, cariño, pero si lo hiciera ahora, no podrías caminar durante una semana.

Chasqueó los dedos y el mundo a su alrededor cambió. Se había teletransportado al Inframundo. Estaban en la *suite* que había utilizado para prepararse para el baile de la Ascensión, era la *suite* que Hades había construido para su futura reina. El hecho de que la hubiera traído aquí y no a su propio dormitorio lo decía todo.

Se separó de él. Su toalla era lo único que había entre ellos.

—¿Acabas de raptarme?

—Sí —respondió él, dándole ya la espalda—. Apolo vendrá a por ti, y la única manera de que él tenga una audiencia contigo es si yo estoy presente.

—Puedo ocuparme de esto, Hades.

No sabía cómo, pero lo haría. Demetri le había dado dos opciones, disculparse o entrevistar a una víctima reciente. Podrían parecer unas opciones de mierda, pero tal vez las otras siete estarían dispuestas a hablar con ella.

Hades hizo oídos sordos.

—No puedes y no lo harás.

Perséfone alzó la barbilla y miró al rey de los muertos. Intentó

teletransportarse, pero no pasó nada. Su rabia le hervía bajo la piel.

—No puedes retenerme aquí.

Una alfombra de enredaderas se extendió desde sus pies hasta Hades. Él brindó una risa oscura y crispó hacia arriba la comisura de los labios, enseñando una sonrisa arrogante.

—Cariño, estás en mi reino. Te quedarás aquí hasta que yo diga lo contrario.

—Tengo que trabajar, Hades. Tengo una vida allí arriba.

Él no dijo nada.

—¡Hades!

Él siguió caminando, y ella quería hacerle daño porque no creía que nada de esto le hiciera sentir algo. Su ira hervía y sentía como si tuviera fuego en las venas mientras espinas negras brotaban del suelo de baldosas, moviéndose como serpientes venenosas a por Hades.

Pero el dios del Inframundo simplemente agitó la mano y las espinas se convirtieron en ceniza.

Lo había hecho tan fácil, tan rápido.

Lo que significaba que todas las veces que había utilizado su magia contra él, él se lo había… permitido. La realidad de su debilidad la golpeó fuerte ante la indiferencia de él, y de repente ella se sintió inestable sobre sus pies.

Hades iba a cerrar la puerta tras de sí.

—¡Te vas a arrepentir! —gritó Perséfone con la voz quebrada.

—Ya lo hago —dijo, y había una nota en su voz que sonaba a dolor.

IX

VENENO

Perséfone estaba sentada en la cama con las rodillas contra el pecho e incapaz de dormir. Tenía tantas cosas que arreglar y no estaba segura de estar preparada, y ni sabía qué hacer. El mundo de los mortales estaba enfurecido con ella y Hades estaba dolido.

«¿Es que tu palabra no vale nada?».

Sabía que había dicho estas palabras con furia, pero cada vez que las recordaba se le clavaban en el pecho como una espada que atraviesa el mismo corte.

¿Realmente pensaba eso? ¿Había perdido su confianza?

No sabía qué hora era, pero la oscuridad de fuera de las ventanas parecía infinita. Perséfone se levantó de la cama, se puso la bata y salió al jardín. El camino de piedra se sentía frío bajo sus pies descalzos, y el perfumado aroma de las flores la seguía mientras caminaba. De vez en cuando se detenía y tocaba las rosas aterciopeladas de color rojo y las glicinas.

No llevaba fuera mucho tiempo cuando de repente sintió que la observaban, se giró y vio a Hades. Estaba de pie, con los brazos apoyados en el balcón de su habitación. Incluso desde la distancia, sabía que él seguía cada movimiento suyo, cada aliento. Esperaba que estuviera sufriendo, esperaba que la añorara. Había pocos lugares a los que podía ir en el Inframundo donde no hubiera recuerdos del tiempo pasado con Hades. No hace mucho, la había perseguido por este jardín, la había sujetado contra el muro y le había hecho el amor.

Esperaba que él estuviera pensando en eso. Esperaba que pensara en lo caliente que había estado su boca alrededor de su polla en la arboleda. Esperaba que recordara cómo la alabó por su sabor dulce cuando su boca consumía su carne. Esperaba que pensara en todas esas cosas mientras dormía solo en su fría cama.

Una parte de ella quería que él fuera tras ella, que se apareciera en la oscuridad y la consumiera, pero esta vez las cosas eran diferentes. No era que Hades estuviera enfadado. La ira significaba castigo, y eso normalmente llevaba al placer.

El dolor significaba tiempo. Significaba distancia.

Perséfone se abrazó con más fuerza y se giró de espaldas a él, siguiendo por el camino, adentrándose más en el jardín.

En algún momento volvió a su habitación. No recordaba haberse quedado dormida, pero cuando quiso darse cuenta la despertó un golpe en la puerta y Hécate entró vestida con una larga bata color carmesí.

—¡Buenos días, querida!

La seguía una ninfa que llevaba una bandeja con cubierta.

—He traído el desayuno. Vamos a comer.

Perséfone se unió a Hécate en el balcón. Había traído un surtido de frutas, panes, mermeladas y café.

—¿Quiere algo más, milady? —le preguntó la ninfa.

—Uy, no —respondió Perséfone, y la ninfa hizo una reverencia y las dejó solas.

—Es una mañana divina —dijo Hécate, cogiendo aire—. Pensé que podríamos practicar temprano esta mañana…

—¿Sabías que Leuce ha vuelto?

—Oh, no, Hades no me va a meter en ningún lío. Sabía que estaba de vuelta y le aconsejé que te lo contara. Lo que haya hecho o no, no es mi culpa.

—Háblame de ella —dijo Perséfone.

Hécate se quedó helada, con la taza a medio camino de sus labios. Finalmente, tomó un sorbo antes de preguntar:

—¿Qué quieres saber?

—¿Hades la amaba?

—No como te ama a ti —dijo sin dudarlo.

—No intentes hacer que me sienta mejor, Hécate.

—De verdad que no lo estoy haciendo. O, al menos, no diría nada que no fuera cierto. Hades se preocupaba por ella, sí. Creo que él creía que la amaba. También creo que ahora sabe que no era así.

—Me pilló desprevenida.

—Estoy segura de que es tal y como tu madre esperara que pasara.

—¿Mi madre? —Perséfone no sabía nada de su madre ni había hablado con ella desde que destruyó el invernadero, y la verdad era que no la echaba de menos.

—Oh, sí, esto huele a Deméter —dijo Hécate arrugando la nariz—. ¿Quién más tiene el poder de convertir un árbol en una ninfa?

«Hades», quiso señalar, pero sabía que el dios no había sido el que había devuelto a Leuce a su forma natural.

—¿Por qué mi madre le haría un favor a la amante de Hades?

Hécate rio.

—No creerás que ibas a tener la última palabra en esto, ¿no? Deméter intentó desafiar a las Moiras para alejarte de Hades, así que intentará cualquier cosa para separarte de él. Y lo sabes.

Perséfone se quedó callada. Ni siquiera había pensado en la posibilidad de que su madre pudiera estar metida en esto, pero ahora que Hécate lo había mencionado, se sorprendió de que no hubiera sido su primer pensamiento.

Al cabo de un rato se puso la cabeza entre las manos.

—No entiendo por qué no me lo dijo.

—La primera regla de los hombres, Perséfone, es que son todos idiotas.

Empezó a protestar, pero Hécate la interrumpió.

—Y no empieces a pensar que solo porque Hades es antiguo y sabio en otros asuntos de la vida signifique que está por encima de la idiotez. Porque no lo está. Créeme. He existido junto a él y lo he visto todo.

—Es un idiota —coincidió—. Pero… yo también.

Los ojos de Hécate se suavizaron.

—Sí que lo eres.

Ambas se echaron a reír.

—¿Me vas a convertir en un turón? —preguntó Perséfone, y aunque lo dijo en broma, sintió cómo se le empañaban los ojos.

La diosa sonrió.

—No, querida, ya tengo uno.

Perséfone se secó las lágrimas con ferocidad.

—Oh, Hécate. ¿Qué hago? Le he hecho daño a Hades. No pensé… Bueno, no pensé en absoluto. Estaba tan…

—Dolida —dijo Hécate—. Hades también te hirió. Os habéis hecho daño mutuamente. La respuesta es simple. Te disculpas.

—No parece ser suficiente.

—Es suficiente. Es suficiente porque os amáis.

Perséfone tomó aire. *Disculparse*. Podía hacerlo.

—Vale —dijo, levantándose—. ¿Dónde está?

Hécate se levantó de su silla.

—Espera un poco más. Querrás que esté enfadado para cuando llegue Apolo —le guiñó un ojo—. Ahora vamos a canalizar algo de este dolor en una lección.

Las dos se dirigieron hacia uno de los huertos de Hades. Perséfone

aún estaba aprendiendo sobre el Inframundo y su extenso paisaje, pero una de las cosas que había descubierto era que Hades tenía una red de vegetación: uvas, aceitunas, higos, dátiles y granadas. La diosa de la magia eligió un claro donde había crecido un gran granado. Sus hojas de color esmeralda contrastaban con la fruta carmesí que colgaba de sus ramas.

Por un momento, Perséfone quedó encantada con el claro.

Y luego llegaron las abejas.

—¿De dónde diablos han salido? —preguntó Perséfone mientras esquivaba a otro demonio alado que iba a por su cara. Estas abejas no eran muy agradables.

—Las he llamado yo —dijo Hécate alegremente.

—¿Tú? ¿Qué?

—Utilizar la magia en situaciones de estrés es una valiosa habilidad, Perséfone.

—¿No crees que ya estoy bastante estresada?

—En tu mente —respondió Hécate—. Los buenos practicantes de la magia deben aprender a trabajar tanto bajo estrés mental como físico.

«Hoy no», quería decir.

—Bueno, no soy una buena practicante de magia.

—Si sigues diciendo eso se hará realidad.

—*Es la realidad.* Eres la única que no lo puede ver. Incluso Hades lo sabe. Me ha hecho creer que soy lo suficientemente poderosa como para utilizar la magia contra él.

Hécate juntó las cejas.

—¿Qué quieres decir?

Le explicó qué ocurrió anoche con las espinas.

—Lo hizo sin ningún esfuerzo.

—Mi amor. Debes recordar que Hades está en su reino. Aquí es todopoderoso.

Eso no ayudaba, porque todas las veces que había utilizado su magia con él había sido en el Inframundo. No sabía por qué le molestaba tanto. Supuso que porque lo había utilizado como una medida de mejora, y con la misma facilidad que él había usado su magia para convertir la de ella en ceniza, se había llevado su frágil confianza.

Hécate suspiró.

—Creo que me he pasado. Siento lo de las abejas.

Cuando Hécate se deshizo de las abejas se centraron en practicar.

—Acuérdate de lo que te dije —dijo la diosa, colocando a Perséfone delante del granado—. La magia es maleable.

Perséfone se acordaba. Eran palabras que Hécate había dicho poco

después de que empezara a sentir vida en las plantas, flores y árboles que la envolvían.

Practicar magia con Hécate no era como practicar por su propia cuenta. En su enseñanza, la diosa entregaba todo su arte y era meticulosa. Le dijo a Perséfone que madurara las granadas del árbol que había en el centro de la arboleda. Eran pesadas en las ramas; la piel era de un amarillo verdoso, con magulladuras de un rojo carmesí. Esto significaba que iba a tener que demostrar control a la hora de reunir y canalizar su poder.

Las palabras de Hécate subieron a la superficie de su mente mientras invocaba su magia.

«Imagínate que es arcilla, moldéala como desees y luego… dale vida».

Era más fácil decirlo que hacerlo.

Perséfone sintió el calor de la magia correr por las venas. Se acumuló en las palmas de las manos como agua calentada bajo el sol, y cuando cerró los ojos, se imaginó a sí misma manipulando el *glamour* en una granada roja y madura.

—Perfecto —escuchó decir a Hécate, alentándola.

Perséfone respiró hondo y abrió los ojos. No podía ver la magia que tenía en las manos, pero podía sentirla. Era energía, y cargaba el aire que la envolvía, erizándole el vello de los brazos y la nuca.

—Ahora, dirige la magia hacia tu objetivo.

Perséfone hizo lo que Hécate le ordenó y extendió las manos mientras la magia salía de las palmas, dejándolas cubiertas de un sudor frío. La magia llegó al árbol y las granadas comenzaron a hincharse y oscurecerse.

—¡Sí! —Perséfone dio un salto, emocionada por su triunfo.

Pero la fruta seguía creciendo.

Y más.

Y más.

«Oh, no».

—¡A cubierto! —Hécate agarró a Perséfone de la mano y la arrastró detrás de un árbol cercano.

Unos segundos después, Perséfone oyó un fuerte estallido cuando varias granadas explotaron. Perséfone no quería mirar, pero de todos modos se asomó por el árbol. La arboleda entera estaba cubierta de rojo. Parecía un baño de sangre.

Hundió los hombros en señal de derrota.

—Has utilizado demasiado poder —dijo Hécate.

—Creo que es más que obvio, Hécate —espetó Perséfone frustrada consigo misma.

La diosa de la brujería no pareció inmutarse por el arrebato de Perséfone y se limitó a sonreír.

—No veas esto como una derrota, querida. Solo a través de fracasar al intentar controlar el poder aprenderemos lo fuerte que eres realmente.

Pero Perséfone no se sentía poderosa, y se lo dijo.

—Puedo cultivar plantas y matarlas. Para los dioses eso son trucos baratos.

—Por ahora —asintió Hécate—. Pero eso no significa que no vayan a manifestarse otros poderes.

Perséfone frunció los labios. Pensó en cómo había estado sintiendo sus emociones desde que Sibila llegó a su apartamento.

—Querida, hay oscuridad dentro de ti, y solo estamos en la superficie.

Un escalofrió le recorrió la columna. No era la primera vez que escuchaba esas palabras.

«Deja salir la oscuridad, te ayudaré a darle forma».

Eran palabras que Hades había pronunciado contra su piel justo antes de explorar su cuerpo, por dentro y por fuera, por primera vez. Entonces no entendió qué quería decir, pero sí a lo que Hécate se refería ahora, y decidió no preguntar.

—¿Puedes arreglar este lío? —Perséfone le preguntó a Hécate. La espesa pulpa goteaba de las ramas de los árboles sobre las flores de abajo. Parecía un campo de batalla.

—Podría —dijo Hécate—. Pero entonces no tendría una lección para luego.

—¿Quieres que lo arregle *yo*? —Perséfone sabía que no tenía que hacerlo, pero extendió los brazos, señalando el desastre que tenían delante—. ¿Qué te hace pensar que puedo arreglarlo cuando ni siquiera pude pararlo?

—Si pensara que podrías hacerlo por ti misma, no sería una lección —contestó la diosa.

Perséfone se puso furiosa.

Un día convertiría a su madre en una flor de la carroña por impedir que su magia se manifestara.

—No te preocupes, mi amor. Aprenderás sobre tu poder a medida que aprendes de ti misma —le prometió Hécate.

Las dos volvieron al palacio. Evitaron hablar del tema de Hades y Apolo durante un tiempo, sobre todo porque Hécate aprovechó el paseo como un momento de enseñanza después de que pasaran por un bosquecillo de cicuta.

—En algún momento te instruiré en el arte del veneno —dijo

Hécate—. Es una habilidad útil para cualquier dama.

Perséfone le lanzó una mirada vacilante.

—No creo que envenenar sea una habilidad útil, Hécate.

—Lo es cuando tienes que matar con discreción.

—¿Y cuándo hay que matar con discreción?

Hécate se encogió de hombros.

—En todo tipo de casos: abusadores de mujeres y niños, traficantes sexuales, violadores… Y la lista sigue.

«Ajá, quizá Hécate esté en lo cierto».

Caminaron en silencio durante un rato. Perséfone estaba pensando en la utilidad del veneno contra un dios en particular.

—¿Qué es lo que tiene Hades contra Apolo? —preguntó.

Por supuesto sabía por qué le desagradaba a *ella*, pero la furia de Hades parecía sobrepasar la suya.

—Y no me digas que le pregunte a él —añadió.

Hécate ofreció una pequeña sonrisa.

—Supongo que es lo que todos los dioses tienen contra los demás: el conocimiento de su historia y sus actos.

Hécate se detuvo y miró a Perséfone.

—Hades no está tratando de ser difícil. Teme por ti. En cambio, Apolo… Su venganza es cruel.

—Lo sé.

—*No* lo sabes —le discutió, y a Perséfone le sorprendió un poco su tono—. En la antigüedad, él y su hermana asesinaron a catorce niños. Los niños eran inocentes. Ocurrió porque Níobe, la madre de los niños, los había ofendido por decir que era superior a Leto, la propia madre de los dioses.

«¿Catorce niños? ¿Cómo es que el mundo no se horrorizó ante estos dos dioses?».

—Ni cabe decir que Apolo es impredecible, y en lugar de arriesgarse, Hades te ha traído aquí al Inframundo, su reino, donde cualquier acción que haga Apolo será considerada como una declaración de guerra contra el dios de los muertos. Apolo puede ser imprudente, pero no es tonto. No quiere tener a Hades como enemigo.

A pesar de sentir un nuevo tipo de terror, Perséfone se alegró de haber preguntado.

Volvieron al palacio, cenaron y discutieron los detalles de la celebración del solsticio de verano.

—He encargado una nueva corona —dijo Hécate justo cuando Perséfone iba a tomar un sorbo de su vino. Lo escupió de nuevo en la copa.

—Perdona. ¿Qué?

—Ian está muy emocionado.

Perséfone puso los ojos en blanco. Por supuesto había metido a Ian en esto. El alma era un maestro herrero. Antes de morir, hacía armaduras y armas y tenía el favor de Artemisa. Y fue ese favor el que lo llevó a la muerte. El alma ahora utilizaba su habilidad en el Inframundo para fabricar cosas hermosas e intrincadas: farolas, puertas y la corona de la ocasión.

—No necesito otra corona, Hécate. La que me hizo Ian es preciosa. Puedo llevarla a la celebración del solsticio.

No dijo lo que pensaba en realidad. Una corona era algo muy atrevido. Hades no le hablaba, ¿cómo podía estar segura de que aún quería que fuera su reina?

—Podrías, pero ¿por qué la llevarías cuando tendrías una nueva?

Perséfone suspiró.

—Me gustaría que me hubieras preguntado.

—La verdad es que preferí no hacerlo —dijo ella—. Ahora, sobre el vestido. Estaba pensando en negro…

Hécate continuó explicando su visión de lo que ella llamaba el gran conjunto de Perséfone. La diosa solo escuchó a medias, su mente vagaba por la historia de Apolo, su hermana y Hades. Durante su investigación sobre el dios de la música, no había considerado buscar otras historias sobre su pasado. Las ofensas del dios eran realmente infinitas y violentas, y se preguntó si incluso Hades podría evitar sus represalias.

Después de cenar, Perséfone volvió sola a su *suite*. Empezó a maldecir a Hades por haberla construido. ¿Quién pone a su esposa en otra parte de su palacio? ¡Era tan anticuado!

«No eres su esposa», se corrigió. «Eres su novia».

«Tal vez».

No podía estar segura. No había visto a Hades desde que anoche la observó desde el balcón. Antes había intentado ir a buscarlo, pero no lo encontró por ningún sitio en el palacio. Lo más probable era que estuviera evitándola. Tenía preguntas y necesitaba reclamarle algunas cosas. ¿Qué se supone que tenía que hacer con su trabajo? ¿Le habría dicho a Demetri dónde estaba? ¿Y qué hay de Lexa, Sibila y Leuce?

Su humor se oscureció aún más y se encontró fuera de nuevo, explorando el Inframundo en penumbra. Su frustración hizo que las flores de los alrededores florecieran y la hierba creciera. Lo odiaba. Estaba literalmente dejando un rastro para que cualquiera la siguiera.

Llegó lejos, hasta unas colinas rocosas y unos valles musgosos, hasta que se encontró al borde de un acantilado, cara a cara con un océano gris.

El viento le azotaba el pelo y le refrescaba su acalorado rostro. Sus entrañas seguían enfurecidas. Estaba tan enfadada, enfadada con Apolo y con Hades y por estar atrapada en esa *suite* olvidada de la mano de Dios. ¿Era esta su manera de castigarla? ¿Dejarla en el Inframundo y evitarla a toda costa? Él no parecía en absoluto arrepentido por su papel en esto.

Decidió que necesitaba calmarse y de repente una rosa brotó de su brazo. El capullo dolía mientras crecía, y cuando se lo arrancó, gritó por la quemazón y la sangre que salía a borbotones de la herida.

«Esto es una tortura», pensó.

Rompió un trozo de su bata y se la envolvió alrededor del brazo tan fuerte como pudo antes de sentarse en el suelo. Primero se concentró en el sonido del mar en la orilla, en la sensación del viento contra su cara, en el olor a ceniza y sal en el aire. Luego cerró los ojos y respiró profundamente llenando sus pulmones con los mismos olores, con el mismo viento, con los mismos sonidos hasta que sintió que estaba en el océano, balanceándose de un lado a otro, meciéndose por las cálidas olas.

La rabia, la tensión y el dolor se hicieron pedazos.

Por primera vez ese día, se sentía tranquila, serena, con la mente despejada.

Cuando abrió los ojos, estaba oscuro, y sabía que tendría que volver al palacio antes de que alguien se empezara a preocupar, pero cuando se levantó vio que el camino que su magia había creado ya había desaparecido.

Aun así, pensó que podría arreglárselas sola, y empezó a andar en la dirección por la que creía haber venido. Caminó un rato antes de darse cuenta de que se había perdido. Estaba agotada y, como era incapaz de teletransportarse, encontró un lugar debajo de un árbol y se sentó en el suelo donde se quedó dormida.

El calor de Hades la despertó. Su olor le llenó los pulmones mientras la abrazaba contra su pecho. Supo cuando se teletransportaron porque el aire cambió. Si no hubiera estado tan agotada —tan aturdida— habría abierto los ojos para ver su expresión. De hecho, quería abrir los ojos porque su corazón necesitaba ver cómo la miraba, pero se dio cuenta de que no podía.

Estaba tan jodidamente cansada.

¿Por qué estaba tan cansada?

Hades la abrazó durante mucho tiempo antes de moverse y la acomodó sobre una pila de mantas. Le dio un beso en la frente y el calor se filtró en su piel.

No recordó nada más.

X

EL DIOS DE LA MÚSICA

Cuando Perséfone abrió los ojos, lo primero que notó fueron las sábanas de seda negras. Las acarició con confusión. ¿Cómo había llegado a la habitación de Hades? Se dio la vuelta, pensando que lo encontraría a su lado, pero la cama estaba vacía. Luego escuchó el tintineo de un vaso y Perséfone desvió la mirada hacia el bar de Hades.

Hermes estaba de pie frente el bar y se quedó helado con el sonido, mirando para ver si la había despertado.

—¿Hermes? —preguntó.

El dios del engaño se giró por completo, sostenía una jarra con líquido ámbar y un vaso.

—Lo siento, Sefi. Necesitaba un trago.

—¿Qué estás haciendo aquí? —preguntó ella, sentándose en la cama.

—¿Que qué estoy haciendo aquí? ¿Qué estabas haciendo anoche?

Perséfone lo miró confundida.

—¿Qué quieres decir?

Hermes ladeó la cabeza.

—¿De verdad no te acuerdas?

—Fui a dar una vuelta —dijo, y se encogió de hombros.

—Menudo paseo —se mofó Hermes—. Hades se asustó de cojones. No podía encontrarte ni sentirte por ninguna parte. Nunca lo había visto tan…

—¿Enfadado?

Hermes la miró como si estuviera loca.

—No, angustiado. Esto es el Inframundo. Su territorio. Creía que había pasado algo malo. Convocó a todas las deidades del Inframundo, y a mí, para buscarte.

—Yo… me perdí. Quería despejar la mente. Medité un rato, tal y como Hécate me dijo que hiciera, y cuando acabé ya había oscurecido. No podía encontrar el camino de vuelta. No quería preocupar a nadie. Solo quería estar sola.

—Bueno, espero que lo hayas disfrutado porque no creo que Hades vaya a perderte de vista en un futuro próximo.

Perséfone enarcó una ceja.

—¿Te refieres a ahora?

—Estoy haciendo de canguro —dijo él, casi orgulloso, y Perséfone puso los ojos en blanco.

—¿Y por qué estás haciendo de canguro?

—Porque Apolo está aquí.

Perséfone se quedó helada y Hermes se puso pálido cuando se dio cuenta de que había metido la pata.

—¿Qué?

—¿He dicho que Apolo estaba aquí? Quería decir que está de camino. Definitivamente no está aquí. Hades no está reunido con él en la sala del trono sin ti… Mierda.

Perséfone ya había saltado de la cama.

—¡Perséfone! —gritó Hermes cuando esta estaba saliendo de la habitación—. ¡Sefi! ¡Vuelve aquí! ¡Nadie te va a tomar en serio con ese pelo!

Ella lo ignoró y se dirigió a la sala del trono; sus pies resbalaban por el mármol mientras avanzaba. Irrumpió en la sala y encontró a Hades y Apolo de pie uno frente al otro. Formaban una pareja curiosa, la sombra y la luz encontrándose en un campo de batalla de mármol.

En su forma mortal, Apolo era hermoso. Tenía aspecto juvenil, era atlético y más pequeño que Hades. Tenía una corona de rizos oscuros, la mandíbula cuadrada y hoyuelos que se sumaban a lo que podría haber sido encanto juvenil si no pareciera tan enfadado.

Hades, por otro lado, era la masculinidad cruda y primaria. Se alzaba sobre Apolo, su pelo era como un halo de oscuridad. Había una madurez en los rasgos de Hades que no tenían nada que ver con su barba bien cuidada o su traje a medida. Estaba en sus ojos, oscuros e infinitos, que habían visto vidas en conflicto.

Cuando entró, los dos dioses se volvieron hacia ella.

—Así que la mortal ha venido a jugar —comentó Apolo.

Hades miró por encima del hombro de Perséfone, hacia Hermes, que la había seguido. El dios levantó las manos para evitar la ira de Hades.

—¿Qué? ¡Lo ha adivinado ella!

Hades volvió a girarse hacia Apolo.

—El trato está hecho. No la tocarás.

—¿Qué trato? —exigió Perséfone.

Los dos dioses volvieron a mirarla, Apolo estaba divertido; Hades, enfadado. Pero no le importaba. A pesar de que entendía que quería mantenerla a salvo de Apolo, no la podía excluir de esta conversación. Ella lo había empezado todo, tenía cosas que decir, y Apolo la escucharía.

—Tu amante ha hecho un trato —dijo Apolo.

La manera en que dijo «amante» se deslizó a través de su piel de todas las formas equivocadas. Eso hizo que Apolo le disgustara aún más, pero fue porque sentía cierta falta de respeto asociado a ello, como si ella fuera efímera, temporal. Así es como se sentía ahora, con esta reunión a la que no la habían invitado.

—He aceptado no castigarte por tu… artículo difamatorio…, y a cambio, Hades me ha ofrecido un favor a cobrar en un futuro.

Hermes lanzó un silbido.

—Joder. Realmente te ama, Sefi.

Todos miraron fijamente a Hades.

Que Hades le ofreciera un favor a Apolo era algo enorme. El dios podía literalmente pedir lo que quisiera, y Hades se lo tendría que conceder. A Perséfone se le hizo un nudo en el estómago, pero no era culpa, era pavor. ¿Por qué Hades ofrecería algo tan valioso sin decírselo primero a ella?

«Porque se pensaba que era la única manera de protegerte», pensó. «Y no le hubieras dejado hacerlo».

—No lo acepto —dijo Perséfone, mirando a Apolo.

—No tienes elección, mortal.

Los ojos de Perséfone ardían, y sintió que la magia de Hades aumentaba para dominar la suya, lo que agradeció. Si Apolo supiera que ella era una diosa, tendría ventaja sobre ella, y el dios la utilizaría, dado su pasado vengativo.

—Soy yo la que escribió el artículo —dijo—. Tu trato debería ser conmigo.

—Perséfone.

Su nombre se deslizó entre los dientes de Hades, y Apolo echó la cabeza hacia atrás, riendo.

—¿Y qué podrías ofrecerme?

Perséfone apretó los puños, las uñas se le clavaban en las palmas.

—Has herido a mi amiga —siseó.

—Lo que fuera que haya hecho tu amiga debía de merecer el castigo o no estaría en la situación en la que está.

La enfurecía que ni siquiera supiera a qué amiga había herido.

—¿Quieres decir que su negativa a ser tu amante se merece el castigo?

Apolo se quedó helado, aunque su expresión permaneció pasiva.

—Le quitaste su sustento porque se negó a acostarse contigo. Es insensato y patético —siguió diciendo Perséfone.

—Perséfone —le advirtió Hades.

—¡Cállate! —gritó. Nunca pensó que se cansaría de escuchar su nombre en los labios de Hades, pero en ese momento quería que se callara—. Escogiste no incluirme en esta conversación. Y tengo algo que decir.

El dios apretó los labios con los ojos en llamas. Ella podía sentir la frustración formándose bajo su piel. Le provocó cosquilleos en su propia piel.

Hermes se estaba riendo. Ella lo ignoró y se volvió hacia Apolo.

—Solo escribí sobre tus examantes. Ni siquiera mencioné lo que le has hecho a Sibila. Si no deshaces su castigo, te desmantelaré.

Se hizo el silencio. Apolo soltó una risita y entrecerró los ojos.

—Eres una felina, pequeña mortal. Podría utilizar a alguien como tú.

—Sigue hablando, sobrino, y no tendrás razón para temer su amenaza porque te haré pedazos.

Apolo ofreció a Hades una mirada desagradable y rápidamente devolvió la mirada hacia Perséfone, quien le insistió.

—¿Y bien?

Apolo la miró fijamente durante un momento y se le formó una pequeña sonrisa en los labios que a Perséfone le provocó un nudo en el estómago.

—Vale. Le devolveré los poderes a tu amiguita, pero no escribirás ni una palabra más sobre mí, sin importar el qué. ¿De acuerdo? —dijo al fin.

Perséfone levantó la barbilla.

—Las palabras son vinculantes, y no confío en ti lo suficiente como para aceptar.

Apolo se rio.

—Le has enseñado bien, Hades.

El dios de la música se atrevió a dar un paso hacia ella. Sintió que tanto Hades como Hermes se enderezaban. La tensión era tan densa que Perséfone no podía respirar. Apolo se inclinó, su cara estaba muy cerca de la suya y —a pesar de que sus ojos eran del azul más hermoso que jamás había visto— había algo siniestro detrás de ellos. Le dieron ganas de vomitar.

—Deja que te lo diga de esta manera: escribe otra palabra sobre mí,

y destrozaré todo lo que amas. Y antes de que consideres el hecho de que amas a otro dios, recuerda que tengo su favor. Si quisiera separaros para siempre, podría hacerlo.

Un escalofrío de miedo le recorrió por la columna. Miró a Hades preguntándose si la amenaza era real. La expresión de su amante le dijo que lo era.

—Entendido —dijo Perséfone entre dientes.

El dios se enderezó.

—Te lo advierto ahora, Apolo. —Había un hilo de furia en la voz de Hades, una promesa de violencia que Perséfone notó en el alma—. Si dañas de cualquier manera a Perséfone, con mi favor o no, te enterraré a ti y a todo lo que amas bajo cenizas.

Apolo sonrió fríamente.

—Solo tendrás que enterrarme a mí, Hades. Nada de lo que amo existe ya.

Apolo se fue despareciendo en un cegador rayo de luz. La sala del trono se quedó en silencio, y Perséfone dudaba en si enfrentarse o no a Hades. Había arruinado sus planes y lo había desobedecido deliberadamente delante de otro dios.

—Bueno, eso podría haber ido mejor —dijo Hermes, claramente divertido. Perséfone se encogió ante su tono, y sabía que Hades no estaría contento.

—¿Por qué sigues aquí? —preguntó Hades con los dientes apretados.

—Estaba haciendo de niñera —espetó Perséfone, mirándolo con furia—. ¿O es que te habías olvidado?

Hades podía estar enfadado por cómo se habían desarrollado los acontecimientos, pero ella lo culpaba por eso. Se había pasado los últimos días ignorándola en vez de hablar sobre el tema de Apolo. ¿Y no era él el que siempre insistía en hablar? ¿Cómo podía pensar que ella no querría luchar por su amiga si tenía la oportunidad?

—¿Cómo puedes querer que sea tu reina y cuando tienes la oportunidad de tratarme como un igual la jodes completamente? ¿Es que tus palabras no significan nada?

Hades abrió los ojos de par en par sorprendido por sus palabras. Era el golpe que quería dar. Se apartó de él, pasó su brazo por el de Hermes y salió de la sala del trono.

—Vaya par de ovarios has tenido, Sefi —dijo Hermes.

La diosa suspiró. Tendrá un par de ovarios, pero no la hacía sentir mejor.

—A este paso no nos vamos a reconciliar nunca —dijo, arrugando el entrecejo.

—Oh, eso lo dudo —dijo Hermes—. No creo que Hades esté dispuesto a estar tanto tiempo sin follarte.

Perséfone fulminó al dios con la mirada.

—No todo es sobre sexo, Hermes.

—Sí, lo es. No lo estoy diciendo como algo vulgar. —Hizo una pausa y soltó una risita—. Bueno, un poco. Lo que estoy intentando decir es que Hades te ama. Anoche no lo viste. Yo, sí. No tardará mucho en volverte a hablar. Tiene demasiado miedo a perderte.

Esperaba que Hermes tuviera razón. A pesar de sus últimas palabras a Hades, no había querido dejar su presencia, y hacerlo le había provocado dolor en el corazón.

Hermes se quedó la mayor parte de la tarde y se unió a ella y a Hécate en un picnic en los Campos Asfódelos. Los dioses jugaron con Cerbero, Tifón y Ortro y hablaron con las almas. Cuando acabaron, Perséfone encontró consuelo sola en la arboleda que Hades le había regalado.

Su trabajo la maravilló.

Ahí, en su bosque, el suelo estaba cubierto por un mar de flores moradas y blancas. Por arriba había un manto de hojas plateadas tan espesas que ninguna de las extrañas luces de día de Hades se filtraba en el interior.

Era hermoso y etéreo.

Pero no era más que una ilusión.

Había sido testigo de cómo Hades levantaba su magia del Inframundo y dejaba al descubierto una tierra desolada y desierta. Esa vista la había impactado, pero sus habilidades la habían dejado asombrada. ¿Cómo era capaz de manejar la magia como un hilo, tejiendo cenizas y humo y fuego en dulces aromas, colores vivos y paisajes magníficos?

Encontró un lugar en su arboleda con vinca y flox blanca y se sentó cerca de un terreno marchito. Cogió aire, cerró los ojos y meditó. Se concentró en su respiración, tal y como le había mandado Hécate, y luego en el flujo de su sangre de su cuerpo, y luego en el flujo de poder en sus venas y la presión de la vida contra su piel. Intentó imaginarse el claro frente a ella rebosante de vida, pero cuando abrió los ojos, no había nada. Dejó caer los hombros y sintió el peso de su fracaso sobre su espalda.

El aroma de Hades agitó el aire y, de repente, él estaba alrededor de ella. El pecho en la espalda de ella, sus brazos contra los suyos, sus piernas abrazando el cuerpo de ella. Su calor era como la oscuridad, densa y arrulladora. Quería que la consumiera.

—¿Estás practicando tu magia? —preguntó.

—Más bien fracasando —respondió ella.

Él rio al exhalar.

—No estás fracasando. Tienes tanto poder. —Su voz la hizo estremecerse, y quería creerle. Quería creer cualquier cosa que dijera con esa voz sensual.

—¿Entonces por qué no puedo utilizarla?

—La estás utilizando —respondió él.

—No… correctamente.

—¿Es que hay alguna manera correcta de utilizar tu magia?

Perséfone no contestó, no porque no tuviera una respuesta, sino porque estaba frustrada con la pregunta de Hades. Por supuesto que había una manera correcta de utilizar su magia.

El dios se rio, y sus dedos le sujetaron las muñecas ligeramente.

—Utilizas tu magia todo el rato: cuando estás enfadada, cuando estás excitada…

Los labios de Hades estaban a un suspiro de su piel. Quería desesperadamente girarse y besarlo, pero se resistió.

—Eso no es magia —respondió en voz baja.

—¿Entonces qué es la magia? —preguntó él.

—La magia es… —Buscó las palabras con un suspiro tembloroso—. Control.

Hades rio.

—La magia no se controla. Es apasionada, expresiva. Reacciona a las emociones sin importar tu nivel de experiencia.

Movió las manos, ahuecando las de ella.

Perséfone tragó saliva.

—Cierra los ojos —susurró él.

Los cerró.

—Dime cómo te sientes.

«Excitada», pensó.

—Tengo… calor —dijo en su lugar.

Sabía que a Hades le divertía el tono de su voz.

—Céntrate en el calor —dijo—. ¿Dónde empieza?

—Abajo —respondió, y a pesar del calor se estremeció—. En el estómago.

—Aliméntalo —dijo él entrecortadamente.

Lo hizo con pensamientos de empujarlo hacia las flores y darle placer. Al principio Hades se sorprendería, pero sus ojos tomarían ese oscuro ardor e intentaría tomar el control.

Excepto que ella no le dejaría. Se lo metería en la boca hasta que él empujara y luego lamería hasta la última gota del clímax de su polla. Y cuando la besara, se saborearía a sí mismo.

Esos pensamientos la llenaron con fuego.

—¿Dónde tienes calor ahora? —le preguntó Hades.

—En todas partes —contestó ella.

—Imagina todo ese calor en tus manos —habló más rápido—. Imagina que brilla, imagina que es tan brillante que apenas puedes mirarlo.

Perséfone hizo tal y como él le dijo, concentrándose en el calor que le llegaba a las palmas de las manos. Era más fácil porque podía sentir el peso de las manos de Hades sobre las suyas. La hacían sentir segura.

—Ahora imagina que la luz se ha atenuado y, en la sombra, ves la vida que has creado. —Los labios de Hades rozaron su oreja al susurrar—. Abre los ojos, Perséfone.

Cuando los abrió, una resplandeciente imagen blanca de la vinca y flox que había imaginado se estaba manifestando entre sus manos. Era precioso.

Hades guio sus manos hacia la tierra árida, y cuando la magia tocó el suelo, se transformó en flores.

Perséfone tocó uno de los sedosos pétalos para asegurarse de que era real.

—La magia es equilibrio: un poco de control, un poco de pasión. Así es como funciona el mundo.

Ladeó la cabeza hacia él, pero no pudo verlo completamente. La barba le raspó la mejilla. El silencio se extendió entre ellos y cada parte de su piel se sentía como un nervio expuesto. Finalmente, se giró y se puso de rodillas. Los ojos del dios eran feroces y tenía las fosas nasales dilatadas.

—Te amo. Debería habértelo recordado cuando te traje aquí y cada día desde entonces —dijo Hades—. Por favor, perdóname.

Perséfone sentía que las lágrimas le quemaban los ojos.

—Te perdono, pero solo si tú me perdonas a mí. Estaba enfadada por lo de Leuce, pero aún más porque aquella tarde me abandonaste para irte con ella —dijo. Esas palabras dolían, como si no pudiera coger suficiente aire para decirlas—. Y me siento tan tonta. Conozco tus motivos, y sé que esa tarde no me querías abandonar, pero no puedo evitar sentirme así. Cuando pienso en ello me siento… dolida.

Quizás todas las emociones que había invertido en ese momento en el comedor tenían algo que ver. Todo era tan intenso, y lo que vino después la dejó insatisfecha, abandonada.

—Me duele saber que te he hecho daño. ¿Qué puedo hacer?

Esa pregunta la sorprendió.

—No lo sé… Supongo que lo que he hecho yo lo compensa. Te dije que no escribiría sobre Apolo, te lo prometí, y rompí esa promesa.

Hades negó con la cabeza.

—No resolvemos el dolor con dolor, Perséfone. Ese es el juego de un dios, y nosotros somos amantes.

—¿Y entonces como resolvemos lo del dolor? —preguntó.

—Con tiempo —respondió él—. Si podemos estar cómodos estando enfadados por un tiempo.

Perséfone se sentía triste, y las lágrimas que pensaba que ya se habían secado volvieron a brotar.

—No quiero estar enfadada contigo —susurró entre sollozos.

—Ni yo contigo —dijo él, acercándose para enjugarle las lágrimas —. Pero eso no cambia los sentimientos, y no significa que no nos preocupemos el uno por el otro mientras nos estamos curando.

Perséfone miró fijamente a Hades y negó con la cabeza.

—¿Por qué estaba destinada a estar contigo?

Hades arrugó el entrecejo.

—Eso ya lo hemos discutido.

No sonaba enfadado, pero ella también sabía que ya habían tenido esa discusión y que no había acabado demasiado bien, así que se explicó.

—Es que me siento tan… inexperta. Soy joven e impulsiva. ¿Cómo podrías quererme?

Se atragantó con esas palabras y se tapó la boca para contener la emoción.

—Perséfone —dijo Hades con dulzura, cubriéndole la mano con la suya—. Siempre te voy a querer. Siempre. Yo también te he fallado. Estaba enfadado, no me preocupé por ti, no te incluí. No me pongas en un pedestal porque te sientas culpable por tus decisiones. Solo… perdónate para que puedas perdonarme. Por favor.

Perséfone respiró hondo y se mordió el labio. Los ojos de Hades de desviaron hacia su boca. De repente todo su interior estaba en llamas.

Él tenía razón. No se había preocupado por ella y es lo que ella anhelaba. A pesar de su ira compartida, lo había querido: su calor, su violencia, su amor.

Acortó la distancia entre ellos, poniéndose a horcajadas sobre él mientras se sentaban bajo los árboles plateados. Las manos de Hades se posaron en sus caderas.

—Lo siento —susurró. Su mirada estaba a la altura de la de él, y sus oscuros ojos le llegaron a lo más profundo. Ella sabía que él podía ver a través de su alma—. Te amo. Puedes confiar en mí, en mi palabra. Yo…

—Shhh, cariño —dijo. Su boca estaba a centímetros de la de ella, sus manos subían por sus muslos y por debajo de su vestido. Se le

tensó el estómago ante la expectativa.

—Lamentaré por siempre mi ira. ¿Cómo pude cuestionar tu amor? ¿Tu confianza? ¿Tu palabra? Cuando tienes mi corazón.

Ella lo besó. Su lengua pedía entrar y Hades se lo permitió. Perséfone le enredó las manos en el pelo. Tirando con fuerza, trepó por su cuerpo, besándolo más fuerte y profundo, magullándolo mientras mordía sus labios y chupaba su lengua.

Era despiadada, pero Hades también.

—¿Dónde tienes calor? —preguntó él.

—En todas partes —respondió ella.

Le quitó la chaqueta de los hombros y Hades tomó el control tirándola a un lado mientras ella le desabrochaba la camisa, dejando su pecho al descubierto. Se apartó para admirarlo. Él intentó acercarse a ella, pero lo detuvo.

—Déjame darte placer.

Él no habló, pero sus ojos ardían, y eso era suficiente respuesta. Lo guio hasta su espalda y le besó los labios antes de bajar por su musculado pecho, siguiendo la línea de pelo de su estómago hasta que desapareció bajo sus pantalones, donde su miembro apretaba contra la tela. Le desabrochó los pantalones y agarró su carne cálida y aterciopelada con los dedos. Mientras lo acariciaba, se mordió el labio, lista para saborearlo.

Hades gruñó.

—Sigue mirándome así, cariño. No te dejaré tener el control por mucho tiempo.

Ella alzó una ceja desafiante y luego se lo metió en la boca. Hades siseó mientras ella hacía círculos por la punta de su polla con la lengua y se lo metió más adentro. Él gimió cuando llegó a lo más profundo de la garganta, sus dedos se retorcían fuerte en el pelo de Perséfone. Parecía que se hacía más grande, llenando su boca con más fuerza mientras ella lo movía hacia dentro y fuera.

—¡Joder!

La blasfemia de Hades la animó, y se movió más rápido, utilizando sus manos y su lengua. Él se corrió con un rugido y su éxtasis le llenó la boca, era salado y dulce. Su olor le llenó las fosas nasales, una mezcla de especias y cloro. Se tomó su tiempo para saborearlo, lamiendo cada parte de él hasta que la arrastró por su cuerpo y acercó sus labios a los de él, girándose para que ella estuviera debajo del suyo.

—Menudo regalo —dijo él a centímetros de su boca—. ¿Cómo puedo pagártelo?

—Los regalos no requieren pago, Hades.

—Otro regalo, entonces —ofreció, y tomó su boca en un ardiente beso. La desnudó bajo los árboles y adoró su cuerpo hasta que el cielo se llenó de estrellas brillando por la magia de Hades.

XI

LA CAÍDA

Perséfone se echó sobre el cuerpo desnudo de Hades y apoyó la cabeza sobre su pecho. Se deleitó en la sensación de él contra ella. Era como volver a casa después de todas esas noches que había pasado sola. Acababan de llegar de los baños después de hacer el amor en la arboleda. Su cuerpo se sentía cálido y ligero, y sus ojos estaban cargados de sueño. Debería haber sucumbido, adormecida por el olor a sal en la piel de Hades y los suaves círculos que él dibujaba en su espalda. En cambio optó por hablar.

—Voy a ser la mentora de Leuce —dijo, y cuando el silencio fue demasiado largo, lo miró a hurtadillas, preguntándose qué estaría pensando.

—No sé cómo me siento con eso.

—Yo tampoco —admitió ella, pero sentía que era lo correcto—. Y necesito que le des un sitio donde quedarse y que le devuelvas su trabajo. Por favor.

Hades siguió dibujando formas en su piel.

—¿Por qué quieres ser su mentora?

Perséfone se encogió de hombros.

—Porque creo que sé cómo se siente.

Hades enarcó una ceja.

—Explícate.

—Durante miles de años ha sido un árbol, y de repente vuelve a ser normal y el mundo entero ha cambiado. Da miedo…, y sé lo que se siente.

Hades se quedó callado durante un largo rato.

—¿Quieres ser la mentora de mi antigua amante? —preguntó para asegurarse.

Perséfone suspiró con fuerza y puso los ojos en blanco.

—No hagas que me arrepienta, Hades.

—No es mi intención, pero ¿estás segura?

—Es raro, lo admito, pero es una víctima. Quiero ayudarla.

Era algo duro de decir, ya que Hades era la razón por la que ella había sido un álamo. De acuerdo, lo que hizo Leuce estuvo mal, pero ¿tanto como para hacerle perder miles de años?

Hades le acarició la barbilla.

—Me fascinas —dijo él.

Ella soltó una risa nerviosa.

—No soy fascinante. Al principio quería castigarla.

—Pero no lo hiciste —dijo él—. No hay otros dioses como tú.

—No he vivido lo suficiente como para estar hastiada como el resto de vosotros —dijo—. Quizá acabe como los demás antes de tiempo.

—O tal vez nos hagas cambiar.

Se miraron fijamente, con los cuerpos apretados hasta que Perséfone se sentó a horcajadas sobre Hades. El dios, que estaba debajo de ella, tenía una mano detrás de su cabeza. Parecía arrogante, aunque tenía razones para serlo. Había hecho que ella se corriera una y otra vez, y había sido despiadado en su persecución.

—¿Ganas de más, milady? —preguntó, y por debajo ella notó como crecía más duro y grueso.

Ella sonrió. Ese no era el motivo por el que se había sentado. Tenía algo que decir, y quería decirlo ahora, antes de que se olvidara. Pero ante su pregunta, se dio cuenta de que *sí* tenía ganas de más. Ansiaba controlar su cuerpo, utilizarlo como un instrumento.

—La verdad es que me temo que debo hacer algunas peticiones —dijo, y se deslizó sobre su polla, llenándose por completo. Dejó escapar un gemido, dolorida por el sexo previo. Hades deslizó las manos hasta sus muslos y los estrujó.

—¿Si? —dijo entre dientes.

—No quiero que me pongan en una *suite* en la otra punta del palacio, nunca —dijo ella moviendo las caderas y sintiéndolo en todas partes—. No para prepararme para los bailes. No cuando estás enfadado conmigo. *Nunca*.

Enfatizó cada una de sus palabras con un movimineto contra él.

Hades clavó los dedos en su piel.

—Pensé que querrías privacidad —dijo él.

Perséfone dejó de moverse y se inclinó hacia él. Sus ojos se clavaron en los de ella.

—Que le follen a la privacidad. Te necesitaba a ti, necesitaba saber que aún me querías a pesar de… todo.

Hades le pasó el brazo por el cuello y acercó los labios a los de ella.

Ella comenzó a moverse de nuevo cuando Hades rodó, tomando el control, excepto que cuando ella estuvo debajo, él no se movió. Ella lo miró y alzó las caderas, pero él permaneció quieto.

—Siempre te querré y cualquier noche hubieras sido bienvenida a mi cama.

—No lo sabía —dijo ella.

Él presionó el pulgar sobre sus hinchados labios.

—Ahora sí.

Le dio un apasionado beso y volvieron a correrse juntos, trabajando a través de su ira y su dolor hasta que todo lo que sintieron fueron sus corazones latiendo como uno solo.

Perséfone se levantó horas después en busca de Hécate. Encontró a la diosa de la brujería en su cabaña empaquetando salvia.

—Buenas tardes, querida. Tienes buen aspecto.

Perséfone sonrió.

—Estoy bien, Hécate, gracias.

—¿Has venido a pedir un favor?

Perséfone se retorció los dedos.

—¿Cómo lo sabes?

Hécate esbozó una sonrisita.

—No creo que estuvieras ansiosa por dejar la compañía de Hades. Algo te ha traído hasta mi puerta, y no es el entrenamiento.

Perséfone resopló.

—Necesito hablar con mi madre, pero… bajo circunstancias controladas —le explicó.

—¿Quieres invocarla para también poder despacharla?

Perséfone asintió con la cabeza.

—¿Puedes ayudarme?

Hécate envolvió la última salvia. Cuando acabó, se giró hacia Perséfone y se encontró con su mirada.

—Querida, nada me gustaría más que ayudarte a enfrentarte a tu madre.

Perséfone sonrió y se teletransportaron a su habitación en el mundo de los mortales. Hécate se puso manos a la obra e instruyó a Perséfone en el arte de los hechizos de invocación.

—Primero tenemos que purificar esta zona —dijo, quemando la salvia y llevando el humeante manojo por la habitación. Cuando terminó, Hécate utilizó su magia para dibujar un triple círculo en el suelo de Perséfone.

—Conjurar a los vivos no es diferente a conjurar a los muertos —

explicó Hécate—. En ambos casos estás invocando el alma, así que el hechizo es el mismo.

Hécate le dio a Perséfone un trozo de obsidiana y un pedazo de cuarzo.

—La obsidiana es para la protección y el cuarzo, para el poder —dijo.

Después, sacó una vela negra que colocó en el centro del triple círculo. Se situó sobre ella y alzó los ojos para encontrarse con los de Perséfone.

—Cuando encienda esta vela el hechizo se habrá completado. Tu madre oirá la llamada.

—¿Estás segura de que vendrá?

La diosa se encogió de hombros.

—Hay alguna posibilidad de que se resista, pero dudo que tu madre renuncie a la oportunidad de verte.

—No sabes lo enfadada que estaba la última vez que hablamos.

—Sigues siendo su hija —dijo Hécate—. Vendrá.

Hécate se inclinó ahuecando su mano sobre la mecha de la vela. Perséfone vio que los labios de la diosa se movían, y cuando se apartó, una llama negra titiló.

—¿Te dejo?

Perséfone asintió.

—Sí, gracias, Hécate.

Sonrió.

—Simplemente sopla la vela cuando estés preparada para que se vaya.

Perséfone se mordió el labio.

—¿Estás segura de que no podrá quedarse?

«¿O hacerme daño?».

—Solo si es invitada —le prometió Hécate antes de desaparecer.

Perséfone estuvo sola durante unos minutos, cuando de repente el olor a salvia y a cera quemada se cortó con el aroma de flores silvestres y un fuerte frío.

«Qué raro».

La magia de Deméter normalmente se sentía cálida como el tenue sol de primavera.

Perséfone se giró y encontró a su madre de pie en la penumbra de la habitación. Deméter no había cambiado, excepto que su aspecto era mucho más severo de lo que Perséfone recordaba. Llevaba una túnica azul y su cabello dorado estaba liso, con la raya en medio, enmarcando su hermoso y frío rostro. Su cornamenta era a la vez elegante y terrible. Llenaba el espacio haciendo la habitación de

Perséfone más estrecha. Era la perfección, y su presencia succionaba el aire de los pulmones de Perséfone.

—Hija —dijo con frialdad.

—Madre —la saludó Perséfone.

La diosa de la cosecha estudió a Perséfone, probablemente desmenuzando cada rasgo de su apariencia. Deméter odiaba el pelo rizado y las pecas de Perséfone, y cuando tenía la oportunidad, los camuflaba con su *glamour*. Lo que fuera que hubiera visto, no le cambió la expresión severa, y al cabo de un rato recorrió la habitación con la mirada.

—¿Tengo demasiadas esperanzas? ¿Me has invocado para suplicar mi perdón?

Perséfone quería reírse. Si alguien tenía que suplicar perdón era Deméter. Era ella quien había mantenido a Perséfone prisionera la mayor parte de su vida, e incluso cuando la había liberado, había sido con una larga correa.

—No, te he invocado para pedirte que dejes de interferir en mi vida.

La gélida mirada de Deméter volvió a Perséfone. Sus ojos color avellana se tornaron amarillos a la luz de la vela.

—¿Me estás acusando de algo, hija?

Perséfone se sintió un poco inquieta. Se le ocurrió que su madre podría ser responsable de algo más que la liberación de Leuce de ser un álamo. ¿Qué otros planes tenía para obligar a Perséfone a alejarse de Hades?

—Liberaste a la examante de Hades de su prisión —dijo Perséfone.

—¿Por qué iba a molestarme con algo tan trivial? —Deméter sonaba aburrida, pero Perséfone no parecía convencida.

—Buena pregunta, madre.

Deméter le dio la espalda a su hija y empezó a husmear por la habitación, inspeccionándola, juzgándola. Hurgó entre los cajones de la mesita de noche de Perséfone y abrió cualquier cosa con tapa arrugando la nariz.

—Este lugar huele a Hades —dijo, y entonces se enderezó y miró a Perséfone entrecerrando los ojos—. *Tú* hueles a él.

Perséfone se cruzó de brazos y miró a su madre.

—Espero que estés utilizando protección —dijo Deméter—. Es lo único que te faltaba, estar atada al dios de los muertos por el resto de tu vida.

—Estar atados de por vida es un hecho —dijo Perséfone—. Eres la única que parece pensar que no va a ser así.

—Tú no conoces a Hades —dijo—. Y ahora lo estás experimentando

tú misma. Sé que te molesta. Temes lo que no conoces.

Perséfone odiaba que su madre tuviera razón.

—Podría decir lo mismo de ti, madre. ¿Qué es lo que no sé de ti? ¿Qué males escondes bajo tu perfecta fachada?

—Esto no es sobre mí. Saltaste a sus brazos tan pronto como te dijo que te amaba. Es vergonzoso que tu juicio se despliegue sobre su piel. Te crie mejor.

—Tú no me criaste en absoluto…

—*Te encarcelé* —la interrumpió Deméter, poniendo los ojos en blanco—. Dioses, pareces un disco rayado. Te lo di todo. Un hogar, amigos, amor. Y para ti no fue suficiente.

—No *fue* suficiente —espetó—. ¡Y nunca hubiera sido suficiente! ¿De verdad creías que podías desafiar a las Moiras y ganar? Criticas a otros dioses por su arrogancia y, sin embargo, tú eres la peor.

Deméter sonrió con crueldad.

—Las Moiras te habrán dado lo que querías: una pizca de libertad, una pizca de amor prohibido, pero no confundas su oferta con amabilidad. Las Moiras castigan, incluso a los dioses.

—Te castigaron a ti —dijo Perséfone—. No a mí.

Deméter ofreció una pequeña sonrisa.

—Eso está por ver, mi flor. ¿Sabes que las Moiras escogieron tu nombre? *Perséfone.* En ese momento no entendí cómo a mi querida, *dulce* flor le habían dado ese nombre. *Destructora.* Pero eso es lo que eres: una destructora de sueños, de felicidad, de vidas.

Los ojos de Perséfone se llenaron de lágrimas mientras su madre hablaba.

—Oh, sí, mi amor. Disfruta de lo que *las Moiras* te han ofrecido, porque han tejido tu destino y eres una deshonra.

Perséfone le dio una patada a la vela, derramando la cera y apagando la llama. La forma de su madre se desvaneció, pero su olor permaneció, ahogando a Perséfone. Cayó de rodillas, respirando con dificultad, y la puerta de su habitación se abrió. Lexa, Sibila y Leuce estaban allí.

—Perséfone, ¿estás bien? —Lexa corrió hacia su lado.

Sibila cogió la vela, perpleja. Leuce era la única que parecía saber qué había pasado.

—¿Un hechizo invocador? —preguntó.

Perséfone se encontró con la mirada de la mujer.

—Tenemos que hablar —dijo a través de las lágrimas.

Lexa ayudó a Perséfone a levantarse, y Sibila limpió la cera del suelo. Cuando acabaron, Perséfone cerró la puerta de su habitación. Leuce estaba sentada en el borde de la cama, con los ojos muy

abiertos y retorciendo los dedos en su regazo. Probablemente pensaba que Perséfone iba a echarla.

—Le he pedido a Hades que te dé un apartamento y que te devuelva tu trabajo —dijo.

A Leuce se le cortó la respiración.

—Gr-gracias, Perséfone.

—También voy a ayudarte a entender este mundo —dijo—. Hay algo más que deberías saber, mi madre es Deméter, la diosa de la cosecha.

Perséfone no creía que los ojos de Leuce pudieran hacerse más grandes.

—Tú… ¿Eres una diosa?

Perséfone asintió una vez.

—Es importante que guardes mi secreto, Leuce. ¿Lo entiendes?

—Claro… Pero… ¿por qué me lo cuentas ahora?

—Porque necesito que seas sincera conmigo. ¿Quién te liberó del álamo?

—Te prometo que no lo sé —dijo Leuce. Sus pálidas cejas se fruncieron sobre sus bonitos ojos azul cielo—. Solo recuerdo despertarme sola.

Leuce se estremeció, frotándose los brazos, como si el recuerdo la asustara. Perséfone estudió la ninfa durante un momento y luego suspiró.

—Te creo. —Aun así, eso no quería decir que Deméter no fuera la responsable—. ¿Me lo dirás si mi madre se pone en contacto contigo?

Leuce asintió y tragó saliva. Cuando habló, la voz le temblaba.

—Perséfone… ¿Y si fue ella quien me liberó? ¿Vendrá a por mí? ¿Y si vuelve a convertirme en un árbol?

Perséfone no había pensado en eso, pero su respuesta fue inmediata.

—Si lo hace, te encontraré.

—Podría reducirme a cenizas —dijo Leuce, y luego rio sin ganas—. Es raro, las cosas a las que temes cuando eres un árbol.

Perséfone la miró impresionada. Lo triste era que sabía que su madre era capaz de ese tipo de mezquindad. La diosa apoyó una mano sobre el brazo de la ninfa.

—Intentaré protegerte lo mejor que pueda, Leuce. Lo prometo.

La mujer sonrió.

—Realmente no eres como el resto de ellos, Perséfone.

Perséfone no estaba segura de qué magia utilizaba Hades, pero al

regresar al mundo de los mortales, era como si nunca se hubiera ido. Lexa, Sibila y Leuce no hicieron ninguna pregunta sobre dónde había estado, ninguna llamada perdida en su teléfono del trabajo, y la multitud seguía reunida fuera de la Acrópolis para verla fugazmente y protestar sobre su artículo de Apolo.

Aunque no le entusiasmaba ver que seguían ahí, se sentía más preparada que nunca. Quizá era por su encuentro con Apolo en el Inframundo, pero había decidido que en lugar de entrar en el edificio con la cabeza baja, se enfrentaría a ellos de frente, e incluso tal vez respondería algunas preguntas. No era exactamente su idea de libertad, pero era una forma de controlar la situación, y era mejor esto que sentirse atrapada.

—Gracias, Antoni —dijo Perséfone cuando le abrió la puerta—. ¿Te veo después del trabajo?

—Sí, milady.

Ella le sonrió y comenzó a andar por el pasillo.

—Buenos días —repicó mientras pasaba junto a la multitud.

—¡Perséfone! ¡Perséfone! ¿Puedes firmarme un autógrafo?

Se detuvo, encontrándose con la mirada de un hombre mortal. Él le tendió un rotulador y una libreta. Ella lo cogió y firmó con su nombre. Los ojos del hombre se iluminaron.

—Gr-gracias —tartamudeó.

—Perséfone, ¿cuánto tiempo lleváis saliendo Hades y tú? —preguntó otra persona.

—No mucho —respondió.

—¿Qué es lo que te hizo enamorarte de él? —gritó alguien.

—Bueno, es encantador —dijo con una pequeña sonrisa.

Durante la caminata fue respondiendo preguntas, firmando artículos y fotos, y haciéndose *selfies* con los fans. Estaba casi en la puerta cuando los gritos adquirieron un tono diferente.

—¿Por qué escribiste sobre Apolo? —chilló alguien.

—¿Odias al dios del sol? —dijo otro en voz alta.

—¡*Hater*! ¡Impía! —gritaron varios.

Las preguntas sobre Apolo parecieron enfurecer la multitud, y entonces algo se rompió en el suelo detrás de ella. Se giró y vio una botella hecha añicos a sus pies. La seguridad se abalanzó sobre la aglomeración, y otro agente la agarró del brazo y la condujo al interior.

—¿Se encuentra bien, señorita Rosi? —preguntó el agente, un señor mayor con el pelo rapado y bigote.

Perséfone parpadeó mirándolo. No había tenido tiempo de procesar lo que acababa de pasar. Se dio cuenta de que alguien había intentado

hacerle daño. Respiró hondo y soltó el aire lentamente, luego asintió.

—Sí.

El agente no parecía muy convencido, la estaba mirando con cara de preocupación.

Perséfone se fijó en su placa y luego sonrió.

—Gracias, agente Woods.

El guardia mostró una sonrisa de satisfacción y su rostro se enrojeció.

—No…, no ha sido nada.

Se liberó del agente y se dirigió a los ascensores, aturdida. Sus pensamientos volvieron a las palabras de Hades: «es cuestión de tiempo de que alguien que quiera vengarse de mí te haga daño».

¿Cómo reaccionaría el dios cuando descubriera lo de este incidente?

Cuando llegó a su planta, Helena la estaba esperando con una mirada de preocupación en la cara.

—¡Oh, dioses, Perséfone! ¿Estás bien? Ya he oído lo que ha pasado.

—¿Cómo? —preguntó Perséfone. Literalmente acababa de salir de la primera planta.

—Está en las noticias —dijo—. Había un equipo retransmitiendo en directo cuando has llegado. Lo tienen todo grabado.

Perséfone emitió un quejido. Le costaría mantener a Hades alejado de esto.

—¿Han enseñado a la persona que ha lanzado la botella?

—Sí, su cara está por todas las noticias.

«Oh, no».

Perséfone corrió hasta su escritorio. Necesitaba ponerse en contacto con Hades antes de que él actuara. Sabía que el dios de los muertos buscaría su propia venganza contra la persona que había intentado herirla, y por mucho que ella quisiera que el mortal se enfrentara a algún tipo de castigo por sus acciones temerarias, la tortura en el Tártaro parecía un poco extrema.

La única persona a la que se le ocurrió llamar fue a Ilias. El sátiro se había hecho cargo de la gestión de la agenda de Hades durante la ausencia de Mente.

El sátiro contestó al primer tono.

—Ilias, ¿dónde está Hades?

—Indispuesto, milady —contestó, e hizo una breve pausa antes de preguntar—: ¿Se encuentra bien?

—Estoy bien, Ilias. Dile a Hades que no haga daño al mortal…

Otra llamada la interrumpió. Miró la pantalla del teléfono y vio que Lexa la estaba llamando. Probablemente había visto las noticias y

quería asegurarse de que estaba bien.

Perséfone suspiró.

—Ilias, te vuelvo a llamar en un momento. ¡Dile a Hades que no haga daño al mortal!

Perséfone colgó y contestó la llamada de Lexa.

—Sí, Lex. Estoy bien…

Solo que no era Lexa la que estaba al teléfono.

—Perséfone, soy Jaison.

La histeria en su voz hizo que se le acelerara el corazón.

—Jaison, ¿por qué…?

—Tienes que venir al hospital. Ahora.

—Vale. Vale. ¿Qué ha pasado?

—Es Lexa. No saben si sobrevivirá.

Perséfone se quedó sin aliento y el corazón le tembló, irregular y angustiado, envenenado por un terror tan profundo que pensó que se le iba a parar.

«Lexa está en el hospital. No saben si sobrevivirá».

De repente se preguntó si esto era el comienzo de la venganza de Apolo.

PARTE II

«El descenso al infierno es fácil».
—VIRGILIO, *Eneida*

XII

EL DESCENSO AL INFIERNO

Perséfone mantuvo la calma y parecía tranquila a pesar de la ansiedad que le corroía por dentro. La voz de Jaison resonaba en su cabeza, y las palabras que había pronunciado le parecían lejanas y falsas.

«Lexa ha tenido un accidente. No saben si sobrevivirá».

Tenía que estar equivocado. No era posible que Lexa —*su* Lexa— estuviera luchando por su vida.

—Perséfone. —La voz de Jaison tembló al decir su nombre, arraigándola en la realidad de lo que acababa de decirle.

—No puede ser verdad. La he visto esta mañana —dijo negando con la cabeza.

La voz de Jaison sonaba entrecortada, como si alguien le estuviera apretando del cuello y robándole el aliento.

—Ha sido delante de la Torre de Alejandría. Iba de camino al trabajo. Han dicho que estaba cruzando la calle y alguien la ha atropellado.

Perséfone se sentía inestable. El cuerpo le temblaba sin control.

—Estaré allí lo antes posible.

Antes de colgar el teléfono ya se estaba levantando de la silla y salió corriendo de la Acrópolis.

El Hospital Comunitario de Asclepio era un edificio moderno de vidrio reflectante, que se mezclaba con el cielo azul y las densas nubes blancas. En su interior, el hospital parecía más un hotel que un centro médico. Era luminoso, limpio y hermoso, pero nada podía ocultar el olor. Así era como Perséfone siempre se había imaginado que olía la enfermedad; un fuerte olor a químicos, al olor metálico del agua estancada y también al olor amargo del látex le llenaba la cabeza y la mareaba.

Encontró a Jaison en la sala de espera de la segunda planta. Estaba

sentado en una de las rígidas sillas de madera inclinado hacia delante con la cabeza apoyada en las manos y la cara tapada por el pelo.

—Jaison —dijo su nombre al acercarse.

Levantó la mirada con los ojos muy abiertos. Perséfone entendió su expresión porque era la misma que la suya. Estaban conmocionados, impotentes, confundidos.

—Perséfone.

Jaison se levantó y la abrazó. Ella lo apretó tan fuerte como pudo, como si pensara que él también iba a desaparecer.

—¿Está bien?

Parecía una pregunta ridícula dado lo que le había dicho antes, pero Perséfone no estaba dispuesta a imaginarse un mundo sin Lexa, así que se lo preguntó de todos modos.

Él se apartó, con la cara desencajada.

—Está en el quirófano. Es todo lo que me han dicho. Sus padres están de camino. Entonces sabremos más.

—¿Cómo ha ocurrido?

—Estaba cruzando la calle. El conductor dice que no la vio. Supongo que tampoco vio la puta luz roja. Probablemente estaba utilizando el teléfono.

Entonces se sentó, como si ya no pudiera mantenerse en pie por lo que le había pasado a Lexa, y Perséfone se unió a él. No estaba segura de qué decir, porque no podía pensar con claridad. Era como si su mente no supiera cómo evaluar la situación. Una parte de ella quería prepararse para lo peor.

«Si Lexa muere, será por tu culpa. Tú lo habrás manifestado», se regañó rápidamente. «No puede morir. No lo hará. Es demasiado joven. Le queda mucho por vivir».

Excepto que Perséfone conocía la muerte personalmente. Ella no discriminaba, y cualquiera podía ser su presa. Todo dependía de un hilo y, a veces, de una apuesta.

—¿Y si… la perdemos? ¿Qué haremos?

La pregunta de Jaison le quitó el aliento a Perséfone, y ella lo miró.

Jaison volvió a inclinarse hacia delante como si fuera a vomitar. En cambio, se frotó la cara con las manos. Perséfone pensó que podría estar intentando contener las lágrimas y podía ver cómo se le enrojecían los ojos, tenía manchas en la cara y el rostro había adquirido un tono rosado.

Ella le cogió la mano. Estaba húmeda y fría, y las suyas temblaban.

—No la perderemos.

Su voz era feroz, y al hablar, entendió todas esas súplicas desesperadas que los mortales le hacían a Hades, ahora ella estaba

haciendo una.

«No me la quites. Te daré cualquier cosa».

Cerró los ojos contra sus pensamientos y habló de nuevo, más insegura que nunca.

—No lo haremos. No podemos.

Pasaron horas tortuosas sin ninguna noticia. Perséfone salió para llamar a Sibila y le explicó lo que había ocurrido. El oráculo llegó al hospital en treinta minutos. Entre los tres, habían recorrido todo el hospital y habían ido a la cafetería unas diez veces a por café y agua. Era lo único que sus estómagos podían soportar.

Cuando llegaron los padres de Lexa, Jaison se apresuró a salir para recibirlos y mostrarles dónde estaba el resto. Durante su ausencia, Perséfone se volvió hacia Sibila.

—¿Han vuelto tus poderes? —preguntó.

—Sí —susurró el oráculo, y le dirigió a Perséfone una mirada cómplice. Aún no habían tenido la ocasión de hablar del trato que hizo con Apolo.

Perséfone solo tenía una pregunta para el oráculo.

—¿Sabes si vivirá?

—No lo sé. Los dioses son misericordiosos en ese sentido. No llevo la carga de conocer el destino de mis amigos.

Perséfone se sentía desesperada.

—¿Crees que Apolo ha tenido algo que ver?

Hizo gestos a su alrededor.

¿No es lo que había dicho Sibila? ¿Que Apolo la castigaría haciendo daño a sus seres más cercanos?

Sibila negó con la cabeza.

—No, Perséfone. Creo que esto es exactamente lo que es… Un accidente mortal.

Perséfone no estaba segura de por qué, pero no era eso lo que quería escuchar.

—Tal vez le puedas preguntar a Hades… si sobrevivirá —dijo Sibila.

La diosa tragó saliva. Podía, pero ¿y si la respuesta era no? Intentó imaginarse yendo cada día al Inframundo y encontrar a Lexa caminando por las calles de los Campos Asfódelos, cogida del brazo de Yuri.

No podía.

Tampoco podía explicar por qué era un pensamiento tan aterrador. Era solo que si Lexa estaba en el Inframundo significaba que estaba muerta. Significaba que ya no estaba en el mundo de los mortales. Que su existencia había acabado, y Perséfone no podía soportarlo.

Cuando los padres de Lexa, Eliska y Adam, llegaron, les dieron más información sobre el estado de sus lesiones. El médico llevaba una bata blanca y mantenía las manos en los bolsillos mientras hablaba.

Era mayor, sus párpados caídos le tapaban los ojos, tenía la nariz ancha y unos labios finos que formaban una mueca permanente. Sonaba cansado, pero solo era su voz, un barítono bajo y áspero.

—Tiene dos piernas y un codo rotos. Lesiones en los riñones, una contusión pulmonar y sangre en el cerebro.

Escuchar el trauma que había sufrido el cuerpo de Lexa hizo que Perséfone rompiera a llorar.

—Está en coma en estado crítico. Está conectada a un respirador —continuó el médico.

—¿Qué quiere decir con estado crítico? —preguntó Jaison.

—Quiere decir que sus signos vitales son inestables y anormales —contestó el médico—. Las próximas veinticuatro a cuarenta y ocho horas son muy importantes para su recuperación.

Esas palabras rompieron la esperanza de Perséfone.

Dejaron entrar a los padres de Lexa para que fueran los primeros en verla. Perséfone, Sibila y Jaison esperaron.

—Luchará. Saldrá adelante —dijo Jaison en voz alta como si estuviera tratando de convencer a ellas y a sí mismo.

Fue Eliska quien volvió a buscarlos y les llevó a la habitación de Lexa. Mientras la seguían, Perséfone no podía dejar de mirarla. Lexa se parecía mucho a su madre. Tenían el mismo pelo negro y grueso, y los mismos ojos azules y, a veces, incluso las mismas expresiones.

Cuando Perséfone entró, su mirada se dirigió directamente a Lexa. Era difícil describir lo que sintió al ver a su mejor amiga bajo todo ese equipo. Era un poco como tener una experiencia extracorporal. Lexa estaba quieta como una piedra y apenas era visible bajo las capas de tubos y cables que se introducían en ella como los hilos del destino. La ataban al lugar y, ahora mismo, a la vida. Un grueso paño blanco le cubría la frente y un collarín le sostenía la barbilla. El respirador sonaba como una exhalación y el monitor cardíaco emitía un ritmo constante. Eran cosas que ni siquiera esta habitación —con paredes de colores, suelos monocromáticos y toques modernos— podía ocultar. Este era un lugar donde la gente acudía porque estaba enferma, herida o moribunda.

Perséfone cogió la mano de Lexa. Estaba fría, y por alguna razón eso la sorprendió. Observó todas las formas en que su mejor amiga no parecía ella misma: su cara hinchada, la piel magullada, los labios sin color.

Mientras estaban reunidos a su alrededor, una enfermera entró en

la habitación y comprobó los monitores y los tubos e introdujo la información en un ordenador.

—No hay nada más que puedan hacer —oyó decir a la madre de Lexa—. Ahora todo depende de ella.

Perséfone apretó la mano de Lexa, pero ella no le devolvió el apretón.

Perséfone no estaba segura de cuánto tiempo estuvo observando a Lexa, pero hubo un momento en que se dio cuenta de que tenía que irse. La habitación era demasiado pequeña y los padres de Lexa necesitaban privacidad.

Cuando salió, Sibila se volvió hacia Perséfone.

—¿Vas a ir a ver a Hades?

Asintió.

—¿Le pedirás que la salve?

Era como si alguien la hubiera apuñalado en el estómago y hubiera retorcido la hoja.

—Haré lo que pueda —contestó.

Cuando Perséfone ya estuvo fuera de vista, se arriesgó a teletransportarse y acabó en un callejón junto al Nevernight. Estaba oscuro, húmedo y olía a rancio. Se apresuró hacia la entrada donde Mekonnen hacía guardia. Cuando la vio, sonrió, mostrando unos dientes torcidos y amarillentos, pero rápidamente se dio cuenta de que algo iba mal. Su sonrisa se esfumó, tensó los hombros, pareció agrandarse, como si se estuviera preparando para luchar.

—Milady, ¿va todo bien? —Sus palabras sonaban roncas, un indicio del monstruo que mantenía a raya.

—Hades —dijo ella, le faltaba el aliento—. Lo necesito. ¡Rápido!

Mekonnen forcejeó con la puerta y la abrió. Perséfone entró corriendo e inmediatamente se sintió asfixiada por el aire caliente y la fuerte música.

Se detuvo al entrar en el club. No sabía dónde encontrar a Hades. Podría estar en el *lounge* haciendo apuestas con los mortales, o en su despacho, detrás de ese inmaculado escritorio, o en el Inframundo jugando a la pelota con Cerbero.

Se apresuró a bajar las escaleras y atravesó la sala abarrotada. Se sentía desesperada, como si se le estuviera agotando el tiempo, pero ese era el problema. No sabía cuánto tiempo tenía. Casi chocó con una camarera que llevaba una enorme bandeja con bebidas. Si hubiera sido cualquier otro día, se habría disculpado, pero tenía una misión que cumplir. En cambio, siguió a través de la multitud, empujando a la gente a un lado y chocándose con los hombros. Un hombre se giró, con mala cara, y la agarró del brazo, tirando bruscamente.

—¿Qué cojones…?

Cuando le vio la cara, la dejó ir como si fuera venenosa.

—*¡Joder!*

Un segundo después, un ogro apareció a su lado y lo arrastró desde su mesa hasta la oscuridad del club.

Perséfone daba los pasos de dos en dos y decidió mirar primero en el despacho de Hades. Cuando abrió las puertas, Hades ya estaba al otro lado de la habitación, como si hubiera sentido su dolor y se hubiera dirigido directamente a ella.

—Perséfone.

—¡Hades! ¡Tienes que ayudarme! Por favor…

Se ahogó en un sollozo. Creía que estaba bien, que podía, al menos, superar esto. Esta era la parte más importante, pedirle ayuda a Hades. Excepto que no lo era, porque justo cuando empezó a hablar, sus emociones estallaron como una presa de agua: salvajes, dolorosas, indomables.

Hades la cogió entre sus brazos, estrechándola mientras su cuerpo se estremecía. Sus manos se enredaron en su pelo, encajándolas en su nuca. Le hubiera gustado quedarse ahí, sollozando en sus brazos, reconfortada por su fuerza y su calor. Estaba agotada, pero fue entonces cuando se dio cuenta de que no estaban solos.

Había un hombre atado a una silla en el centro del despacho de Hades. Estaba amordazado, con los ojos muy abiertos, y ella tuvo la impresión de que estaba intentando llamar su atención gritando tan fuerte como podía.

—Hades…

—Ignóralo. —Hades levantó la mano y Perséfone sabía que estaba a punto de deshacerse del mortal. Lo detuvo.

—Ese es… ¿Ese es el mortal que me ha lanzado la botella?

Hades tensó la mandíbula.

—¿Por qué lo estás torturando en tu despacho y no en el Tártaro?

Los gritos ahogados del mortal aumentaron.

—Porque no está muerto —respondió Hades, y luego miró al hombre—. Aún.

—Hades, no puedes matarlo.

—*Yo* no lo voy a matar —prometió el dios—. Pero haré que desee estar muerto.

—Hades. *Dé-ja-lo ir.*

Los oscuros ojos del dios estudiaron los de ella, y parecía que cuanto más la miraba, más se calmaba.

—Vale —dijo entre dientes.

El mortal desapareció. Tendría que acordarse de investigar a dónde

lo había enviado realmente. Perséfone no se creyó ni por un segundo que Hades hubiera cedido tan fácilmente.

Hades se sentó y la guio hacia su regazo, moviendo la mano por su espalda en relajantes círculos.

—¿Qué ha pasado? —No sonaba exigente, pero había un atisbo en su voz que Perséfone reconoció como miedo. No podía culparlo. Había irrumpido en su despacho sin previo aviso justo después de que hubiera aparecido en las noticias tras ser atacada. Se tomó su tiempo en contestar, tanto, que Hades le echó la cabeza hacia atrás para poder mirarla a los ojos e hizo una mueca.

«¿Ya sabe lo que le ha pasado a Lexa?», se preguntó.

Intentó explicárselo, pero la boca le temblaba tanto que tenía que parar y respirar profundamente varias veces. Tras varios minutos así, Hades hizo aparecer vino. Ella lo engulló como si fuera agua. La bebida amarga bañó su lengua, pero la ayudó con los nervios.

—Empieza de nuevo —dijo Hades—. ¿Qué ha pasado?

Esta vez las palabras salieron con más facilidad.

Mientras ella hablaba, la expresión de Hades pasó de preocupación a una máscara de indiferencia. Era un movimiento estratégico del póker, una forma de engañar a otro jugador camuflando los sentimientos. Pero esto no era un juego, y Perséfone en el fondo sabía que era la manera en la que Hades se estaba preparando para decirle que no podía ayudarla.

—Ya no se parece a Lexa, Hades.

Un fuerte sollozo escapó de su garganta. Se cubrió la boca, como si eso pudiera mantener todos sus sentimientos dentro.

—Lo siento mucho, cariño.

Se giró para mirarlo en la lujosa silla.

—Hades. —Su nombre fue como un suspiro tembloroso—. *Por favor*.

Él desvió la mirada, moviendo la mandíbula para controlar la frustración.

—Perséfone, no puedo. —Su tono era más duro esta vez.

Ella se levantó, necesitaba distancia. El dios permaneció sentado.

—No la perderé.

—No lo has hecho —señaló Hades—. Lexa sigue viva.

Ella quería discutírselo, pero Hades no la dejó.

—Debes darle tiempo a su alma para que decida.

—¿Decidir? ¿Qué quieres decir?

Hades suspiró y se pellizcó el puente de la nariz, como si temiera la conversación que se avecinaba.

—Lexa está en el limbo.

—Entonces puedes traerla de vuelta.

Perséfone ya había oído hablar del limbo. Hades había traído de vuelta a un alma por una madre afligida. La esperanza floreció en su pecho, y fue como si Hades pudiera sentirlo, porque rápidamente la hizo añicos.

—*No puedo*.

—Ya lo has hecho antes. Dijiste que cuando un alma está en el limbo puedes negociar con las Moiras para devolverla.

—A cambio de la vida de otro —le recordó Hades—. Un alma por otra, Perséfone.

—No puedes decir que no la vas a salvar, Hades.

—No estoy diciendo que no *quiera*, Perséfone. Es mejor que no me entrometa. Créeme. Si Lexa te importa de verdad, si yo te importo, déjalo estar.

—¡Hago esto *porque* me importa! —discutió.

Hades se burló.

—Eso es lo que creen todos los mortales, ¿pero a quién estás intentando salvar en verdad? ¿A Lexa o a ti?

—No necesito una clase de filosofía, Hades —dijo entre dientes.

—No, pero al parecer necesitas una dosis de realidad.

Él se levantó, se quitó la chaqueta y empezó a desabrocharse la camisa.

Perséfone lo fulminó con la mirada.

—No voy a tener sexo contigo ahora.

Hades la miró fijamente, pero continuó desabrochándose la camisa. Entonces vio unas marcas negras que revestían su piel: eran unas líneas finas, tatuajes que envolvían su cuerpo como un hilo delicado.

—¿Qué son? —Empezó a extender la mano para tocarlas, pero Hades la detuvo con una mano firme alrededor de su muñeca. Ella se encontró con su mirada.

—Es el precio que pago por cada vida que he negociado con las Moiras —dijo—. Las llevo conmigo. Esos son sus hilos de vida, grabados en mi piel. ¿Esto es lo que quieres en tu conciencia, Perséfone?

Lentamente, separó su mano de la de Hades y se la llevó al pecho, con los ojos siguiendo las líneas de su piel dorada. Recordó que cuando entró en un contrato con él, se preguntó cuántos habría hecho. No tenía ni idea de que se quedaran grabados en su piel. Aun así, le resultaba frustrante. Hades ya había hablado del equilibrio, pero esto lo tenía encadenado. Era uno de los dioses olímpicos más poderosos y, sin embargo, su poder era limitado.

—¿De qué te sirve ser el dios de los muertos si no puedes hacer

nada? —Escupió esas palabras antes de que pudiera darse cuenta. Respiró hondo—. Lo siento. No quería decir eso.

Hades soltó una risa ronca.

—Sí que querías —dijo, y le puso la mano en un lado de la cara, obligándola a mirarlo de nuevo. Cuando lo miró a los ojos tuvo la sensación de que su corazón se iba a romper a pedazos. ¿Cómo era posible que este dios inmortal pareciera entender su pena?—. Sé que no quieres entender por qué no puedo ayudar, y no pasa nada.

—Yo solo… No sé qué hacer —dijo ella, y dejó caer los hombros. Se sentía abatida.

—Lexa aún no se ha ido —dijo Hades—. Y sin embargo, lloras su muerte. Puede que se recupere.

—¿Lo sabes con seguridad? ¿Que se va a recuperar?

—No.

Los ojos de Hades buscaban, y ella se preguntó qué estaría buscando. Perséfone había acudido a él en busca de esperanza, de consuelo de saber que Lexa estaría bien sin importar qué, y sin embargo, Hades no se lo estaba dando. Dejó caer la cabeza sobre su pecho. Estaba tan cansada.

Al cabo de un rato, Hades la alzó en brazos y los teletransportó al Inframundo.

—No ocupes tus pensamientos con las posibilidades del mañana —dijo mientras la acostaba. La besó en la frente y todo se volvió oscuro.

XIII

PÁNICO

Perséfone se despertó al día siguiente con los ojos pegajosos y dolor de cabeza. Su sueño había sido irregular. Los acontecimientos del día iban y venían golpeándola con fuerza, evocando un estallido de tristeza y emoción pura, para luego retroceder en una especie de estupor entumecido.

Cuando se incorporó alguien llamó a la puerta y Hécate se asomó.

—Buenos días, querida —dijo—. Te he traído el desayuno.

Algo espeso se había asentado en la parte posterior de su garganta, y pensó que iba a vomitar. De ninguna manera iba a comer, no tal y como de revuelto tenía el estómago.

—No, gracias, Hécate. No tengo hambre.

La diosa la miró con un rostro amable.

—Siéntate conmigo un rato entonces. Quizá cambies de opinión.

—Lo siento, Hécate. No puedo —dijo Perséfone, que ya estaba de pie—. Tengo que ir al hospital.

Consultó su teléfono, pero no tenía ningún mensaje, ni de la madre de Lexa ni de Jaison. Esperaba que eso fuera una buena señal. Se apresuró a entrar en el baño contiguo y se frotó la cara. El agua fría le sentó bien a su piel enrojecida.

—Tienes que comer algo —dijo Hécate—. A Hades le gustará.

A Hades podría gustarle, pero Perséfone estaba segura de que vomitaría si comía.

—¿Dónde está Hades? —preguntó, saliendo del baño. Había estado a su lado durante casi toda la noche y se despertó cada vez que ella se levantaba para sonarse la nariz o lavarse la cara.

La diosa se encogió de hombros.

—No lo sé. Me llamó pronto esta mañana. No quería molestarte.

No estaba segura de por qué, pero no saber dónde estaba Hades en

ese momento la inquietaba. No podía evitar que su mente divagara. ¿Estaba arreglando las cosas con Leuce? Le había pedido que le diera un lugar donde vivir y que le devolviera su trabajo, pero no había visto a la ninfa. Suponía que podría preguntárselo hoy, ya que tenía previsto encontrarse con Leuce más tarde. Era parte del trato que había hecho para ser la mentora de la ninfa.

—Siento lo de Lexa, Perséfone —dijo Hécate al fin.

Ese sentimiento hizo que Perséfone se estremeciera y sus ojos se humedecieron.

—No debería haber sido ella —murmuró Perséfone.

Hécate no dijo nada y Perséfone se aclaró la garganta. Se vistió y cogió su teléfono y bolso.

—Me llevaré un café si tienes —le dijo a Hécate mientras se preparaba para salir.

—Eso no es alimento.

—Sí, es… es cafeína.

A Hécate no le convenció esa respuesta, pero accedió e invocó una humeante taza de café.

—Gracias, Hécate —dijo Perséfone—. Cuando veas a Hades, dile que he desayunado.

—Eso sería mentirle —le discutió.

—No, no lo es. Ya sabe cómo es mi desayuno.

Hécate negó con la cabeza haciendo una mueca, pero no dijo nada más.

Perséfone salió del Nevernight a pie. Ni siquiera era mediodía y ya hacía bochorno. El sudor le envolvía la piel mientras caminaba, humedeciendo su ropa y haciendo que su pelo se le pegara en el cuello y la cara. Probablemente debería haber tomado el autobús o le tendría que haber pedido a Hécate que la llevara, pero quería estar sola.

—¡Perséfone!

Levantó la mirada. Alguien al otro lado de la calle había dicho su nombre. No reconoció la figura, pero ahora miraba a un lado y otro de la calle para intentar cruzar. Aceleró el paso.

—¡Perséfone!

Volvió a mirar detrás de ella. La persona había conseguido cruzar y ahora corría hacia ella.

—¡Perséfone Rosi, espera!

Se encogió al escuchar su nombre en voz alta, atrayendo miradas de los curiosos.

—¿Perséfone? —Se unió otra voz—. Eh, ¡es Perséfone Rosi! ¡La amante de Hades!

Un hombre se puso delante de ella.

—¿Puedo hacerte una foto? —le preguntó.

Ya tenía su teléfono en la mano.

—No, lo siento. Tengo prisa. —Perséfone esquivó al hombre y continuó por la acera.

—¿Cómo es Hades? —alguien preguntó.

—¿Está enfadado por el artículo que escribiste?

—¿Cómo os conocisteis?

Las palabras la acorralaron, al igual que la gente fuera de la Acrópolis. Mantenía los brazos pegados al cuerpo y la cabeza baja para que no pudieran sacar fotografías de su cara. ¿Acaso pensaban que menos espacio la obligaría a responder? Tal vez creían que infundirle miedo serviría de algo.

—¡Dejad de seguirme! —gritó finalmente. Se sentía claustrofóbica y un poco aterrorizada.

Perséfone echó a correr, tratando de escapar de la multitud que se había formado a su alrededor. Gritaban su nombre, cosas horribles y un montón de preguntas. Atajó por la calle y se deslizó por un callejón. Justo cuando salía, alguien la agarró por los hombros y la arrastró. Se retorció y golpeó a su asaltante en la cara.

Sus nudillos se encontraron con la cara de Hermes, dura como una piedra.

—¡Joder! —maldijo, agitando sus dedos—. *¡Hermes!*

El dios alzó tanto las cejas que se encontraron con la línea del cabello.

—Tengo que decir que las mujeres suelen ser más agradables conmigo cuando esas dos palabras salen de sus bocas.

—¡Ha ido por aquí! —alguien gritó.

—¡Sácame de aquí! —le dijo a Hermes.

Él sonrió.

—Como desees, diosa de las blasfemias.

Hermes los teletransportó y una vez llegaron a salvo al jardín de la azotea del hospital, Perséfone dio un grito de frustración.

—¡No puedo ir a ningún sitio! ¿Cómo puedes ser un dios, Hermes?

El dios se encogió de hombros con una sonrisita en la cara.

—No está tan mal. Somos venerados y adorados.

—Y *odiados* —terminó Perséfone.

—Eso dilo por ti —contestó Hermes.

Perséfone lo fulminó con la mirada y luego suspiró, pasándose los dedos por el pelo. Tenía que admitir que estaba un poco alterada por lo que había sucedido en la calle.

—Sefi, si no te importa que lo diga…, en algún momento tendrás que aceptar que tu vida ha cambiado.

Miró al dios, confundida.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que probablemente no puedas caminar por la calle como tú quieras. Quiero decir que vas a tener que empezar a actuar como una diosa, o al menos como la amante de un dios.

—¡No me digas lo que tengo que hacer, Hermes! —No pretendía sonar frustrada, pero no era el momento de tener esa discusión.

—Vale, vale —dijo, levantando las manos—. Solo estoy intentando ayudar.

—Bueno, pues no lo estás consiguiendo.

El dios le dirigió una mirada triste, sin parecer frustrado porque ella se estaba comportando como una niña mimada.

—¿Eso era necesario?

Ella suspiró.

—No… Lo siento, Hermes. Ahora mismo las cosas… son horribles.

—No pasa nada, Sefi. Avísame si necesitas que te lleve a algún sitio.

Le guiñó un ojo y la dejó a solas en la azotea.

Antes de entrar en el hospital, Perséfone llamó al trabajo. Con cada tono, la ansiedad se acumulaba en su estómago. Había pasado de disfrutar de la compañía de Demetri a temer verlo o escucharlo.

—Perséfone —contestó Demetri—. ¿Cómo está tu amiga?

—Lexa… No está bien —dijo Perséfone—. Hoy no voy a ir a trabajar.

—No te preocupes —dijo él—. Tómate el tiempo que necesites.

La compasión en su voz le hizo rechinar los dientes. Este hombre no dejaba de sorprenderla. Cuando quería podía ser considerado, pero también podía ser vengativo.

—Voy a necesitar más tiempo para lo de la exclusiva —dijo ella. Aguantó la respiración mientras esperaba su respuesta.

—Veré lo que puedo hacer, pero Perséfone… no puedo prometer nada —dijo al fin.

No era la respuesta que estaba buscando y se le revolvió el estómago.

—Si me quieres como empleada, Demetri, no me presionarás con esto.

Él suspiró, y ella lo imaginó frotándose los dedos entre las cejas como si le doliera la cabeza. Lo había visto hacerlo en múltiples ocasiones, especialmente cuando llevaba mucho tiempo mirando la pantalla del ordenador.

—Me ocuparé de ello —dijo—. Solamente cuida de tu amiga…, y de ti misma.

Ella colgó sin decir gracias.

Cuando llegó a la segunda planta del hospital, la madre de Lexa le dijo que el médico había pasado por la mañana. Había dicho que los signos vitales de Lexa estaban mejorando. Perséfone sintió que el pecho se le llenaba de esperanza.

—Eso son buenas noticias, ¿no?

—Es positivo —respondió la madre—. Lo que les preocupa de verdad es el cerebro.

Eliska le explicó que Lexa tenía una contusión cerebral y que desconocían el alcance de las heridas, pero que podían ser de leves a graves.

A Perséfone no le gustaban esas probabilidades. La esperanza que había sentido hace un momento se había hecho añicos.

No había mucho que hacer en el hospital, así que Perséfone se sentó junto a una ventana y sacó su portátil. Su intención era ponerse al día con las noticias, pero su mente se enfrascó en las palabras de Hermes.

«Vas a tener que empezar a actuar como una diosa».

—¿Y qué significa eso? —murmuró para sí misma.

¿Intentaba decirle que tenía que ser como Afrodita o Hera? Perséfone no estaba interesada en renunciar a las cosas que la ataban al mundo mortal. Gracias a esas cosas había formado su identidad cuando llegó a Nueva Atenas, y ahora parecía que se lo estaban quitando todo.

Todos querían que ella fuera alguien que no era.

Perséfone se distrajo leyendo sobre Apolo. Resultó que varias personas habían dado un paso al frente y habían empezado a contar historias como las que Perséfone había publicado en el *Diario de Nueva Atenas*. Casos en los que Apolo había amenazado con desmantelar las carreras de sus amantes si lo dejaban.

Se preguntó si sería por eso por lo que aún no había tenido noticias de Apolo.

Estas nuevas alegaciones surgieron apenas unos días después de que la amante de Hades, Perséfone Rosi, publicara un mordaz artículo sobre el dios.

Sin embargo, el artículo se negaba a culpar al dios de la música y afirmaba: *Estas alegaciones están aún por confirmar. Divine Entertainment se ha puesto en contacto con los representantes de Apolo, aunque en estos momentos se han negado a emitir un comunicado.*

«Probablemente porque Apolo necesita un nuevo oráculo», pensó.

Perséfone notó algo verde en su periferia y se giró, viendo cómo las enredaderas brotaban del alféizar de la ventana y trepaban por el

cristal. Crecían rápidamente, alimentadas por la ira de Perséfone. Las golpeó, como si estuviera aplastando un insecto, y las despedazó.

«Dioses, soy un desastre».

—¿Estás bien?

Perséfone se sobresaltó y se giró hacia Jaison.

Tenía un aspecto horrible.

—¿Has dormido algo? —preguntó ella.

Él ofreció una sonrisa cansada.

—Aquí y allá.

—Deberías descansar —lo alentó—. Puedes ir a nuestro apartamento. Está más cerca que el tuyo.

—Yo no… ¿Y si ocurre algo mientras no estoy? ¿O cuando esté dormido? Y si pierdo…

Perséfone sabía lo que iba a decir. ¿Y si perdía la oportunidad de despedirse? No tenía respuesta para ello ya que ella se preguntaba lo mismo.

—Los médicos ha dicho que sus vitales hoy han mejorado.

Jaison solo asintió con la cabeza. Había algo más en su mente. Con las manos en los bolsillos, se puso de puntillas y se sentó en el alféizar, que ya estaba bastante abarrotado. Perséfone se movió, mirándolo atentamente.

—¿Hades ha dicho si podía ayudar? —habló rápido, como si quisiera soltar las palabras para que se terminara la conversación.

Perséfone no pensó que esa pregunta le fuera a doler tanto, pero le robó el aliento. Apretó los labios con fuerza, con los ojos llorosos.

—Ha dicho que aún no la hemos perdido.

Jaison asintió.

—Ya me lo imaginaba.

Perséfone lo miró confundida.

—¿Qué quieres decir?

Él se encogió de hombros apartando la mirada de Perséfone.

—Es el dios de los muertos, no el dios de los vivos. ¿Por qué optaría por salvar una vida cuando puede ganar un nuevo habitante?

—Hades no es así —dijo Perséfone—. Es más complicado de lo que crees. Las Moiras…

—Eso es lo que él dice —respondió Jaison—. Pero… ¿cómo sabes que eso es cierto?

—*Jaison.* —Le temblaba la voz al hablar. Creía a Hades porque había visto los hilos en su piel, uno por cada vida que había negociado.

—Tú lo defiendes, pero ¿qué dice esto de él? ¿Que no te va a ayudar cuando más lo necesitas?

«Porque ahora mismo no es cuando más lo necesito, sino Lexa», pensó.

—No es justo, Jaison.

—Quizá tienes razón —respondió el mortal—. Lo siento, Sef.

No le dijo que no pasaba nada porque no era verdad. Las palabras de Jaison eran poco amables, y lo que es peor, se le quedaron grabadas.

¿La negativa de Hades a ayudarla significaba que no la amaba tanto como ella creía?

«Es ridículo», se respondió.

Y aun así, se preguntaba cómo podía verla sufrir de esta manera.

Al no haber cambios en la salud de Lexa, Perséfone decidió acudir a su cita con Leuce. Había quedado con la ninfa en The Pearl, una *boutique* propiedad de Afrodita, situada en el distrito de la moda de Nueva Atenas.

Ilias había conseguido programar un evento privado de compras para ella y la ninfa. También se encargó de que Antoni la llevara en coche, algo que agradeció después de la desastrosa caminata mañanera al hospital.

Perséfone entró en la tienda nada más llegar. La *boutique* olía a rosas y era exactamente lo que había esperado de la diosa del amor. La moqueta a sus pies era blanca y afelpada, las sillas también eran de felpa y estaban enjoyadas y todos los detalles brillaban.

Perséfone deambuló por la tienda, acariciando con los dedos las suaves telas e inspeccionando las piedras preciosas.

—A Lexa le encantaría este lugar —dijo en voz alta.

—Estoy segura de que sí —contestó una voz.

Perséfone se giró. Afrodita estaba recostada en un diván de su propia *boutique*. Iba vestida con algo que parecía lencería, un *body* rosa y una bata también rosa y transparente. El conjunto resaltaba sus suaves curvas. Sus brillantes mechones rubios se extendían alrededor de su cabeza. Perséfone se preguntó si es que se había caído en el diván de esa manera o estaba posando a propósito.

No le sorprendería que estuviera posando.

—Afrodita —dijo Perséfone, sorprendida de ver a la diosa.

—Perséfone.

—No sabía que estarías aquí.

—Oh, quería ver cómo estabas —dijo—. He visto las noticias.

—Tú y todo el mundo —masculló Perséfone—. Como puedes ver, estoy bien.

La diosa rubia enarcó una ceja.

—Veo que tu vida sexual está muy animada.

Perséfone se puso rígida y luego entrecerró los ojos.

—¿Cómo lo sabes?

—Puedo olerlo —dijo—. Tienes a Hades por todo el cuerpo. Ha debido de ser una noche salvaje. ¿Sexo de reconciliación?

—Es un poder horrible —dijo Perséfone, y Afrodita se encogió de hombros—. ¿Y tú? —preguntó—. ¿Cómo estás?

A la diosa pareció sorprenderle la pregunta, como si nunca se lo hubieran preguntado. Las bonitas y pálidas cejas de Afrodita se juntaron sobre sus penetrantes ojos. Perséfone notó el cambio en su expresión. Parecía confundida, como si no estuviera segura de por qué la pregunta le había provocado emociones. Finalmente, la diosa respondió.

—No lo sé.

Afrodita nunca había sido tan honesta, y Perséfone hubiera querido explorar el dolor que percibía bajo esas palabras, pero la puerta sonó y Leuce entró en la tienda.

Afrodita se aclaró la garganta, sonriendo a Perséfone.

—Bueno, es hora de irme.

—Espera, Afrodita. —Perséfone la detuvo—. Yo… lo siento. Si alguna vez necesitas hablar…

—No lo necesito —dijo la diosa rápidamente, y luego ofreció una sonrisa forzada—. Quiero decir… *gracias*, Perséfone.

Y entonces se fue.

—¿Perséfone? —preguntó Leuce. La pálida ninfa parecía apagada bajo las brillantes luces de Afrodita. Se relajó cuando vio a Perséfone en la habitación contigua—. Ah, bien. Estás aquí.

—¿No esperabas que estuviera aquí?

La ninfa se encogió de hombros torpemente.

—No te culparía si de repente decidieras que ya no quieres hacer esto —admitió.

La mirada de Perséfone se endureció un poco.

—Cumplo mi palabra, Leuce.

—Lo sé —dijo—. Es solo que… estoy acostumbrada a que me decepcionen. Lo siento.

A Perséfone le cambió la cara y sintió compasión por la ninfa.

Aparecieron dos dependientas y cogieron los abrigos y bolsos de Perséfone y Leuce y les sirvieron una copa de champán.

—La tienda es vuestra —dijo una de las dependientas—. Estamos aquí para serviros.

Perséfone y Leuce tardaron un rato en animarse a comprar, pero Leuce pronto empezó a entregarles una gran cantidad de ropa a las dependientas.

—¿Planeas renovar tu armario? —preguntó Perséfone.

—No…, pero ¿por qué no probármelo todo? No creo que vayamos a tener otra oportunidad como esta.

Perséfone sonrió un poco. Sonaba como Lexa.

—¿No vas a probarte nada? —preguntó Leuce.

—No creo. No necesito nada.

—No se trata de *necesitar* —dijo Leuce—. Es por diversión.

—Pues adelante —la animó—. Yo me conformo con sentarme aquí y beber.

Leuce se enfurruñó un poco, pero se le pasó yendo hacia los probadores.

Perséfone deseaba de verdad que su mejor amiga estuviera aquí. Esto era lo que le gustaba. Cuando se conocieron en la universidad, Lexa la había llevado a esta misma *boutique*. Se habían reído, probado vestidos y bebido zumo de uvas con gas. Fue la primera vez que le dijeron que sus colores eran el rojo, dorado y verde, la primera vez que alguien que no fuera su madre le dijera que era hermosa, la primera vez que sintió que alguien lo decía en serio.

Había sido un día maravilloso.

Los recuerdos de Perséfone fueron interrumpidos por el zumbido de su teléfono. Era Jaison.

Respondió con el corazón a mil.

—¿Va todo bien? —Ni siquiera dijo hola.

—Sí, Perséfone. Quería decirte que Lexa acaba de salir del quirófano.

—¿Qué? ¿Por qué no me lo has dicho antes?

—Porque todo ha salido bien.

«¿Cómo podía estar todo bien si Lexa había tenido que pasar por quirófano?».

Perséfone no pudo evitar pensar que Jaison se lo había ocultado a propósito debido a su incapacidad de convencer a Hades para ayudarlos.

—¿Y si las cosas *no* hubieran salido bien?

—Por eso no te lo he dicho antes. —Se notaba su frustración en el tono de voz—. Te pones como loca y eso hace que todo sea peor.

«Vale, esas palabras dolían».

—Tenía una hemorragia interna. La han cogido a tiempo y ahora está estable y de vuelta a la UCI.

—¿Que me pongo como loca? Perdóname por preocuparme por mi mejor amiga, Jaison.

—Ya, bueno, es mi novia.

La línea se cortó y Perséfone se apartó el teléfono de la oreja para

descubrir que Jaison le había colgado.

«¿Qué coño está pasando?».

De repente no podía respirar y sintió como si el corazón le latiera en la cabeza, irregular y rápido. Miró alrededor, con la vista borrosa, y lo único en lo que podía pensar era que se estaba muriendo.

Salió corriendo de la tienda.

Oyó que alguien la llamaba por su nombre al salir.

—¡Lady Perséfone!

Corrió por la acera y se detuvo en un callejón. Se apoyó sobre los ladrillos y se agachó, respirando profundamente.

—¿Lady Perséfone? ¿Te encuentras bien?

Leuce la había seguido en su huida. A Perséfone le costó un momento, pero finalmente se enderezó. El pecho subiendo y bajando.

—¿Pasa algo si no compramos?

Los ojos de Leuce eran grandes —extrañamente inocentes— y asintió con la cabeza.

—No pasa nada. Haremos lo que quieras.

—Café —dijo Perséfone.

—Por supuesto.

Fueron a The Coffee House. Era el único lugar al que Perséfone sentía que aún podía ir sin que la molestaran. Pidió dos *vanilla latte*, uno para ella y otro para Leuce, que nunca había tomado café.

Estaban sentadas una frente la otra. Perséfone mantenía las manos alrededor de su bebida, observando cómo la hoja dibujada en la espuma se fundía.

—¿Cómo lo hacen? —preguntó Leuce, inspeccionando la espuma como a un espécimen extraño.

—Con mucho cuidado —respondió Perséfone.

La ninfa dio un tímido sorbo.

—Mmm —canturreó, y bebió un trago más grande.

Perséfone recordó la primera vez que tomó café. No le había gustado mucho, pero Lexa le había dicho que era porque había tomado café negro.

Había tenido razón; añadió un poco de leche y se convirtió en su bebida favorita.

—Verás cuando pruebes el chocolate caliente —comentó Perséfone.

Leuce abrió los ojos de par en par.

El silencio se extendió entre ellas. Perséfone mantuvo la mirada en su bebida. No estaba segura de qué decirle a Leuce, y se encontraba mal, su anterior momento de pánico hacía que le temblaran las entrañas.

—¿Quieres hablar sobre lo de antes? —preguntó Leuce.

Perséfone se encontró con la mirada de la mujer y negó con la cabeza.

—Prefiero que no.

La ninfa asintió.

—Siento que tu amiga esté enferma.

—No está *enferma*. —Perséfone no tuvo la intención de hablarle mal, pero las palabras simplemente le salieron de la boca. Además, aún seguía asustada por lo de antes—. Está herida. La han herido.

—Lo siento —la voz de Leuce era un susurro.

Perséfone dejó caer los hombros.

—Gracias. Lo siento. Es… difícil.

Leuce asintió.

—Lo sé.

Perséfone la miró, y la ninfa se explicó.

—Me desperté hace unos días y todo lo que conocía había cambiado. La mayoría de mis amigos están muertos. —La ninfa hizo una pausa—. Al principio estaba enfadada. Aún creo que lo estoy.

Perséfone no estaba segura de qué decir, pero estaba siendo sincera. Ahora que se había alejado de la situación, ahora que su ira hacia Hades había disminuido, podía pensar desde el punto de vista de Leuce.

—Lo siento, Leuce.

La ninfa se encogió de hombros.

—Al menos soy libre.

Era extraño estar sentada frente a esta mujer y darse cuenta de que en verdad eran muy parecidas.

—¿Estabas *consciente* durante tu cautiverio?

—No —dijo—. Creo que eso podría haber sido peor. Tal vez fue misericordia.

Perséfone se mordió el labio. Indirectamente estaban hablando sobre Hades.

—Yo no lo *culpo* por su enfado —dijo—. Lo contrarié. No era una buena relación. No era lo que tú tienes.

—¿Cómo sabes lo que tengo? —preguntó Perséfone.

—Tú tienes amor —respondió—. Te ama.

Perséfone desvió la mirada. En verdad no quería hablar de Hades con su examante. Leuce pareció notarlo y cambió de tema.

—Tu amiga, ¿se está recuperando bien?

Perséfone no sabía cómo contestar, Lexa seguía igual. Sacudió la cabeza.

—Ojalá pudiera curarla.

Leuce se quedó callada un momento.

—Creo que puedo ayudar —respondió.

Perséfone miró a Leuce a los ojos, y esta se inclinó hacia delante.

—¿Has oído hablar de los magi? —susurró la ninfa.

Había oído hablar de ellos. Eran mortales que practicaban magia negra. No sabía mucho sobre ellos, aparte del hecho de que Hécate a menudo tenía que limpiar después de sus hechizos.

Leuce ofreció una pequeña sonrisa.

—Puedo decir que sí. ¿Qué has oído?

—Nada bueno —contestó.

—No lo son —dijo Leuce—. Es algo que no ha cambiado desde la antigüedad, pero algunos, los que son buenos en su trabajo, pueden elaborar algunos poderosos hechizos.

—¿De qué tipo?

—De cualquier tipo: hechizos de amor, muerte, *curativos*.

—Esa magia es ilegal.

Era ilegal porque iba en contra de los dioses. Los hechizos de amor eran territorio de Afrodita, los de muerte de Hades, y los curativos de Apolo.

—Son ilegales, sí, pero muchos preferirían tener deudas con un mortal que con un dios. No digo que tengas que aceptar un contrato con un magi, pero puedo meterte en el mismo club que ellos. Si llamas su atención, conseguirás una audiencia con ellos.

—¿Y cómo sabrán que quiero una audiencia?

—Porque nadie va allí a menos que quieran algo. Toma —dijo Leuce, y sacó una tarjeta de su bolsillo y se la tendió. Era negra. Había un nombre grabado en relieve.

Lo leyó en voz alta.

—¿Iniquidad?

—El club hace honor a su nombre. Es una guarida de maldad y pecado. No es un lugar para ti.

Perséfone ofreció una pequeña sonrisa.

—No me conoces muy bien si crees eso.

—Tal vez no, pero sé que Hades volvería a convertirme en un árbol si supiera que te he contado esto, pero puede que sea la única manera de salvar a tu amiga, a menos que quieras hacer un trato con Apolo.

Eso era un gran no.

—¿Qué tan pronto puedes llevarme?

—Si quieres, mañana.

Perséfone golpeó la tarjeta contra la palma de su mano.

—Hades se enfadará si se entera de esto.

Leuce sonrió.

—Siempre se entera.

—Yo te protegeré —contestó Perséfone.

—No estoy preocupada por mí —dijo Leuce—. ¿Quién te va a proteger a ti?

—¿De Hades?

Le sorprendió la pregunta, pero sabía la respuesta. No podía protegerse de su amante. El aire entre ellos era fuerte. Aunque hubiera querido, no había nada que pudiera hacer contra el dios de los muertos.

—Ya no tengo protección contra Hades.

XIV

INIQUIDAD

Perséfone tenía que estar en Iniquidad a medianoche.

Anteriormente ese día le había dicho a Hades que iba a quedarse en el apartamento para estar con Sibila. En cambio, pasó la tarde arreglándose.

Su vestido era cuando menos revelador, y se preguntó qué diría Hades si lo viera. La parte de arriba era un top de malla cruzado de escote alto, tenía las mangas largas y la falda era corta y negra. Lo combinó con un *bralette* negro y tacones con tiras.

—Estás deslumbrante —dijo Sibila. Estaba en la puerta de Perséfone con el pijama, una camiseta azul y pantalones cortos grises.

—Gracias.

—No pareces muy emocionada por salir.

—No es por diversión.

Sibila asintió con la cabeza.

—¿Tienes que ir?

—Creo que sí. —Se encontró con la mirada de Sibila—. ¿Hay algo que debería saber?

No estaba completamente segura de cómo funcionaban los poderes de Sibila, pero quería pensar que si se iba a meter en algo peligroso, Sibila se lo diría. El oráculo negó con la cabeza.

Se apartó de la puerta.

—Te pediré un taxi —dijo.

Sibila desapareció.

Perséfone volvió a mirar su reflejo. Casi no reconocía a la persona que le devolvía la mirada. Estaba diferente, cambiada.

«Es la oscuridad», pensó.

Pero no había sido Hades el que la persuadió de salir a la superficie.

Había sido el dolor de Lexa el que la había desatado.

Sibila regresó.

—El taxi ya ha llegado.

—Gracias —dijo Perséfone. Respiró profundamente, con la sensación de que no podía respirar lo suficientemente hondo. Cogió su bolso de mano y su teléfono, y cuando se giró para irse encontró a Sibila todavía de pie en la puerta, observándola.

—Hades no sabe a dónde vas, ¿verdad?

Perséfone abrió la boca y luego la cerró. No hacía falta contestar, Sibila ya sabía la respuesta.

—No es que no pueda encontrarme —dijo.

El oráculo asintió.

—Solo… ten cuidado, Perséfone. Sé que quieres salvar a Lexa, pero ¿qué estás dispuesta a arruinar para conseguirlo?

Esas palabras recorrieron la columna vertebral de Perséfone con un escalofrío. No le gustaba lo que insinuaban. Lo único que quería era que todo volviera a ser como era antes del accidente de Lexa.

—Creía que me habías dicho que no había nada que necesitara saber.

El oráculo mostró una sonrisa irónica.

—Tú no haces promesas y los oráculos hablan en acertijos.

«Es justo».

Perséfone había aprendido mucho sobre los oráculos gracias a Sibila. Podían *escuchar* profecías, pero la forma de interpretarlas dependía de la persona que las recibía.

Perséfone prefirió interpretarlo como «es la única manera», así que se fue hacia Iniquidad.

Cuando le dijo al conductor su destino, la ansiedad le invadió el estómago y la aplacó. El conductor la miró por el espejo retrovisor. El nombre claramente lo incomodó, pero no dijo nada, solo asintió y se adentró en la noche.

Perséfone se acomodó en el asiento trasero y revisó su teléfono.

Era una costumbre porque solía hablar con Lexa todo el tiempo, pero no había notificaciones nuevas. Ningún mensaje de Lexa, ni noticias de Jaison o de la madre de Lexa, nada.

Se pasó el viaje leyendo los antiguos mensajes de Lexa, y cuando el taxi se detuvo, tenía los ojos llorosos y un nudo en la garganta. La emoción la motivaba. Hacía más fácil tragarse la culpa y mirar por la ventana.

El coche se había detenido frente a un edificio sencillo de ladrillo. El nombre no se veía por ninguna parte.

Perséfone vaciló antes de salir.

—¿Es… el lugar correcto? —preguntó.

—Me dijiste Iniquidad, ¿no? —preguntó el conductor, señalando el edificio—. Es aquí.

Salió del taxi y se quedó sola, en el exterior, desconcertada por el silencio. Había esperado una multitud similar a la del Nevernight, aunque Leuce le había dejado claro que Iniquidad era diferente. Solo se podía acceder con una invitación, y era exclusiva de los bajos fondos de la sociedad. Sintió un escalofrío y comenzó a recorrer el callejón. El taxista la había dejado en la parte delantera del edificio, pero Leuce había sido clara en sus instrucciones: la entrada estaba en la parte trasera, tenía que bajar las escaleras y dar un golpe en la puerta.

Siguió por el callejón vagamente iluminado y encontró la puerta. Hizo lo que le habían indicado, y se abrió una ranura en la puerta. Se sobresaltó, pero no podía ver nada a través de la abertura. Tardó un rato en recordar su contraseña.

—Parábasis —dijo.

Esa palabra hizo que todo su cuerpo se estremeciera; su significado sacudía sus cimientos.

«Cruzar intencionadamente una línea».

Sabía que era lo que estaba haciendo, pero tenía que intentarlo.

Lexa la necesitaba y ella necesitaba a Lexa.

Quien estuviera al otro lado cerró la ranura y abrió la puerta. Perséfone entró en el club con indecisión. Al igual que en el Nevernight, se adentró en una oscuridad total. Quienquiera que fuera que ocupaba el espacio con ella no era visible, pero los sentía. No dijeron nada, solo pasaron por delante de ella.

Tras un breve momento, unas cortinas se abrieron delante de ella y entró en un mundo desconocido de color rojo, lleno de joyas, plumas y luces ardientes. El club estaba repleto de gente. Sobre la multitud se alzaba un escenario enmarcado con cortinas color carmesí y bombillas centelleantes. Había mujeres bailando vestidas con sujetadores brillantes, medias de rejillas y grandes tocados. Eran glamurosas, eróticas e iban sincronizadas, y se movían al ritmo de una música sensual.

Perséfone se quedó helada. Estaba fascinada.

El aire era caliente, pesado, y con aroma a vainilla. Lo inhaló y le llenó las venas como su magia, temblando a través de su cuerpo, calentándole la piel. Movió el cuello y los hombros, destensando los músculos, relajándose con la música. La parte de su mente que le decía que tenía que estar nerviosa se estaba desvaneciendo.

Una mano se deslizó entre las suyas y se giró para encontrarse a

Leuce detrás de ella. No habló, solo tiró de Perséfone a través de la pared trasera hacia un pasillo oscuro.

—Este lugar… —dijo entrecortadamente.

—Está pensado para atrapar a la gente, Perséfone. —Leuce colocó sus manos a ambos lados de la cara de la diosa—. Mantente alerta y concéntrate en lo que has venido a hacer. El aire de aquí es tóxico. Te atraerá a una corriente de la que no podrás escapar.

—Hubiera estado bien que me lo hubieras dicho antes de venir aquí —dijo un poco irritada.

La ninfa sonrió.

—No hay nada que podría haber hecho para prepararte. O eres de voluntad fuerte o no. Es como te escogerán.

Perséfone se centró en la ninfa. Sus ojos blancos como el hielo eran intensos. Fue entonces cuando notó cómo iba vestida. Llevaba el blanco pelo rizado y peinado. Un pintalabios rojo y un vestido gris corto de flecos que brillaba como todas las estrellas del cielo. Parecía una de las bailarinas del escenario.

—¿Trabajas aquí?

De nuevo, era información que le hubiera gustado saber antes de llegar, pero Leuce no parecía pensar que fuera importante.

—Céntrate en lo tuyo, Perséfone. Tú querías esto, ¿recuerdas?

Casi sonaba como una amenaza.

Miró a la mujer, le brillaban los ojos. De repente sintió la necesidad de recordarle a Leuce quién era ella realmente.

—Entonces dime qué tengo que hacer. ¿Cómo me aseguro de que me vean?

—Baila —respondió Leuce—. Si les interesas, vendrán a por ti.

Perséfone miró por encima del hombro donde cientos de personas estaban apiñadas en la pista.

—¿Me estás diciendo que todas esas personas están aquí por lo mismo?

—No por lo mismo —dijo ella—. Pero están aquí porque quieren algo.

—Leuce, ¿qué otras cosas pasan aquí aparte de la magia ilegal?

—No es una conversación que quieras tener, Perséfone. Créeme.

Entonces se fue y a Perséfone se la tragó la multitud. Durante unos segundos fue como luchar contra una corriente, se sentía torpe y le entró el pánico, pero al igual que antes, descubrió que la música tenía algo hechizante. Parecía bailar a lo largo de su piel, filtrarse a través de sus poros, hasta que se movió con el compás, moviendo las caderas y levantando los brazos sobre la cabeza. El sudor le caía por la frente y las imágenes de las sensuales noches con Hades le daban vueltas por

la mente. Su suave boca en la suya, su sedosa lengua lamiendo la piel sensible, su reluciente y caliente cuerpo, su polla llenándola, haciéndose más grande, exigiéndole. Se le entrecortó la respiración y se le escapó un gemido de la boca.

Se sentía colérica. Hambrienta. Desesperada.

Y fue a peor.

Sus recuerdos se vieron repentinamente interrumpidos por otro rostro. No era su cuerpo el que estaba debajo de Hades, sino el de Leuce. Tenía la espalda arqueada, la cabeza echada hacia atrás, la boca abierta, y gritaba el nombre de su amante.

Esa imagen fue suficiente para romper el hechizo que la música había lanzado sobre Perséfone. De repente volvió a ser consciente de su entorno; los cuerpos que la rodeaban y le rozaban la piel, empapados de sudor.

Unas manos agarraron sus caderas y un cuerpo se movió detrás de ella. Se giró y se encontró a un hombre vestido con ropa oscura, y a la roja luz sus ojos eran negros. Al principio se preguntó si estaba aquí para citarla, pero su mano permaneció en sus caderas. Ella lo empujó, con la intención de romper el contacto con él, cuando otro par de manos la sujetaron por los hombros.

Perséfone se zafó de su agarre. El corazón le iba a mil, su magia se estaba prendiendo en su sangre, pero cuando se volvió para mirar a la otra persona que la había tocado, ambos hombres desaparecieron entre la multitud.

Se abrió paso entre la masa de gente, desconcertada, hasta que llegó al borde exterior de la pista de baile. Buscó la oscuridad, deseando convertirse en una sombra, y la encontró mientras se apoyaba en una pared en la entrada de un pasillo.

Su cuerpo aún temblaba por los recuerdos en la pista de baile. Estaba excitada y enfadada a la vez. ¿Qué tipo de magia horrible fomentaba esos pensamientos lascivos? ¿Y por qué se habían transformado en algo que le daba ganas de vomitar? No quería pensar en Leuce y Hades juntos. No quería obsesionarse con la idea de que ella y la ninfa conocían el cuerpo de Hades muy bien.

Le gustaba pensar que ella conocía a un Hades diferente y que la forma en que la llevaba al orgasmo era diferente de cómo había tratado a otras.

Se sintió ridícula ante esos pensamientos. Tal vez la magia que la había abrumado en la pista todavía se estaba aferrando a su aura.

Mientras se escondía en la oscuridad, con la multitud bailando en la pista frente a ella, de repente noto que algo tiraba de su puño. La sensación era extraña y repentina… *magia*, se dio cuenta al abrir la

mano y encontrar un trozo de papel. Al desplegarlo, había un número escrito con tinta: 777. Debajo del número había una flecha, como si le indicara que caminara por el pasillo.

Miró a su alrededor y no vio nada, pero sintió como si toda la habitación la estuviera observando, incluso mientras se escondía en la oscuridad. Se despegó de la pared y siguió la flecha hacia el oscuro pasillo y se encontró con un ascensor, solo visible porque los números y las puertas estaban iluminados en rojo.

Pulsó el botón y el ascensor se abrió silenciosamente.

Cuando entró, se fijó que los números solo llegaban hasta el octavo. Supuso que tenía que ir al séptimo piso y que el número escrito en el papel era una habitación.

Tras el estruendo de la pista de baile, el silencio del ascensor le presionaba los oídos. Eso la inquietó y la hizo concentrarse en lo que le esperaba: lo desconocido. ¿Y si Leuce se equivocaba con los magi? ¿Y si querían algo que ella no les podía dar? ¿Y si no podían ayudarla?

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, salió a un pasillo que conducía directamente a una puerta negra. Se acercó, vacilante, con el miedo en guerra con la culpa en su mente. Finalmente llamó, y una voz al otro lado le indicó que entrara.

La manilla estaba fría, y al entrar sintió punzadas en la piel. La luz de la habitación era tenue, y el suelo era de mármol negro y las paredes, oscuras. La única fuente de luz provenía del centro de la habitación. Iluminaba una plataforma redonda que se elevaba y una gran silla de felpa en la que estaba sentado un hombre que le resultaba familiar.

Kal Stavros.

Era exactamente igual que en las fotos de los tabloides. Tenía una cara perfecta y cuadrada, una franja de pelo negro y grueso, y los ojos azules.

Odiaba su cara.

Perséfone entrecerró los ojos con los dedos apretados en puños. Sintió una gran oleada de ira al ver a ese hombre. Hacía que su magia se volviera salvaje.

—Perséfone —murmuró Kal.

Perséfone pensó si sería posible alcanzar su boca y arrancar su nombre de ella.

—Espero que Alec y Cy no te hayan asustado, pero tenía que asegurarme de que eras tú.

Así que aquellos hombres de la pista trabajaban para él.

—Puedo ver por qué Hades está enamorado de ti —dijo, recorrió el cuerpo de Perséfone con los ojos, y eso le revolvió el estómago—.

Belleza y espíritu, educada y testaruda. Son cualidades que admiro.

—No me hagas vomitar —dijo ella—. Solo dime qué quieres.

Él lanzó una risita. Fue un sonido malvado en contraste a su belleza.

—Me alegra que lo preguntes —dijo—. Pero tú primero: ¿qué te ha traído a Iniquidad, el centro de los pecados?

Ella dudó. ¿Qué hacía todavía en esa habitación? Se dio la vuelta para salir, pero en lugar de encontrar la puerta por la que había entrado, se encontró con una pared de espejos.

—¿Vas a alguna parte?

Se giró hacia él.

—¿Me tienes prisionera?

—Son las normas de Iniquidad. Cuando entras en la habitación de un traficante, no sales hasta que se llega a un acuerdo.

Eso no es lo que Leuce había dicho.

—¿Y si no quiero negociar contigo?

—No sabes qué te ofrezco.

—Si no es una salida de esta habitación, no lo quiero.

—¿Incluso si es salvar a tu amiga?

Un silencio siguió a su pregunta y Perséfone tragó saliva.

—¿Qué sabes sobre eso?

Kal sonrió, y eso hizo que las palabras que salieron de su boca fueran aún más crueles.

—Sé que morirá a menos que encuentres la manera de curarla.

—No se está *muriendo* —dijo Perséfone entre dientes.

No era verdad, no podía serlo. Ni Hades ni Sibila lo habían dicho… ¿y acaso no lo harían?

—No es lo que yo veo.

Perséfone se tambaleó ligeramente sobre sus pies. Se sentía incómoda en esta habitación oscura, encerrada con un hombre que ya había negociado con ella; una exclusiva a cambio de su trabajo.

—¿Por qué debería confiar en ti?

—Porque en el fondo sabes que tengo razón. ¿Hubieras venido si pensaras que Lexa sobreviviría?

Lo odiaba.

—¿Qué quieres?

Esta vez, cuando sonrió, mostró los dientes.

—Tengo un trato para ti. Te daré el hechizo que necesitas para curar a tu amiga si me lo das todo.

—¿Todo?

—Quiero cada detalle de tu relación con Hades. Quiero saber cómo lo conociste, cuándo te besó por primera vez y todos los detalles

escandalosos de la primera vez que te folló.

—Estás enfermo.

—Soy un hombre de negocios, Perséfone. El sexo vende. —Se recostó en la silla—. El sexo con dioses se vende aún más y tú, querida, eres una *mina de oro*.

—No soy la única que se ha acostado con Hades. —Odiaba que hubiera dicho esas palabras, pero eran ciertas.

—Pero eres la primera con quien se ha comprometido, y eso vale más que las palabras de una follamiga. Ha invertido en ti, lo que quiere decir que hará lo que sea para protegerte a ti y los detalles de tu vida privada.

De repente Perséfone lo entendió.

—¿Quieres chantajear a Hades?

—Bueno, es el Rico.

—Pero *tú* eres rico —afirmó Perséfone.

—No como él —dijo Kal—. Pero tú me vas a ayudar con eso y, a cambio, conseguirás salvar a tu amiga de una muerte segura.

Perséfone se quedó helada ante esas palabras. Hasta ese momento, habría hecho cualquier cosa para tener a Lexa de vuelta, pero ahora que tenía esa oportunidad, se preguntó si podría revelar los detalles de su relación con Hades a cambio de la vida de su mejor amiga.

La culpa y la vergüenza se apoderaron de ella, y eran tan potentes como el olor de la magia de Hades en esta habitación. Su mirada se desvió hacia algo negro que brillaba en los pies del hombre. *Serpientes*. Se enroscaban por sus pies y muñecas. Kal solo se dio cuenta cuando el cuerpo escamoso de las serpientes se enroscó por su cuello. Gritó, pero se quedó quieto cuando las criaturas lo apretaron aún más, siseando cerca de su oído.

Hades surgió de entre la oscuridad sorprendiendo a Perséfone. No lo había sentido en absoluto.

Su voz sonó tranquila y sosegada, pero ella podía sentir su rabia.

—¿Me estás amenazando, Kal? —preguntó.

—No… ¡Nunca! —el tono en la voz de Kal cambió, ahora había miedo.

Perséfone se volvió para mirar a Hades. Estaba enfadado; se veía en sus ojos y en la presión de sus labios en los de ella cuando se inclinó para besarla. Su lengua exigía más, enredándose con la de ella. Con una de sus manos la cogió del cuello y barbilla, y la otra se anudó en su pelo a través de los mechones. La obligó a abrir más la boca, lamiéndole el fondo de la garganta. Cuando se separó, lo hizo mordiéndole el labio inferior.

—¿Estás bien? —Su voz era ronca.

Ella asintió, confusa.

Hades dirigió su atención a Kal y avanzó hacia él. El mortal empezó a defenderse, aún quieto bajo la luz blanca. Sus manos se clavaron en los brazos de la silla, y su cuerpo estaba rígido mientras las serpientes siseaban y se deslizaban por su cuerpo.

—¡Yo-yo estaba siguiendo tus reglas! ¡*Ella* me ha llamado *a mí*!

—¿Mis reglas? ¿Estás insinuando que yo aprobaría un contrato entre tú y mi amante?

—Eso sería hacer una excepción —contestó Kal—. Y en Iniquidad no hay excepciones.

—Voy a dejártelo claro —dijo Hades, unas espinas negras brotaron de las puntas de sus dedos. Agarró la cara de Kal. El hombre gritó mientras la sangre brotaba de debajo de las espinas que se clavaban en su piel—. Cualquiera que me pertenezca es una excepción a las reglas de este club.

Hades levantó a Kal de la silla y lo lanzó al suelo. Cayó con un fuerte golpe y las serpientes con él. Lo atacaron clavándole profundamente los colmillos en la piel. Kal chilló, y Perséfone observó, sin inmutarse, como el hombre que la había amenazado estaba siendo torturado por su amante.

—¡Hijo de puta! —gimió, tumbado en posición fetal. Las manos le temblaron al intentar cubrirse las heridas.

—Cuidado, mortal. —Hades se movió como el humo y fue a parar al lado de Kal.

—He seguido las reglas —gimió el hombre—. He seguido *tus* reglas.

Perséfone miró el rostro de Hades; estaba ensombrecido, y sus pómulos, ojos y frente ardían.

—Conozco bien las reglas, mortal. No te metas ni conmigo ni con mi amante, ¿entendido?

Kal rodó sobre las manos y rodillas. Le costó levantar la cabeza, pero cuando lo consiguió, miró a Perséfone.

—Ayúdame —gritó.

—No le hables, mortal.

Hades puso su bota contra el costado del hombre y lo empujó hacia el suelo. Cayó sobre una de las serpientes, que contraatacó mordiéndole su carne de nuevo. Kal chilló.

Perséfone ni siquiera parpadeó.

¿Qué le pasaba? Debería parar todo esto. Pero una parte de ella pensaba que Kal se lo merecía.

Hades se giró hacia Perséfone. Ella encontró su mirada, incapaz de distinguir sus pensamientos a través de su expresión.

—¿Sigo castigándolo? —preguntó Hades.

Perséfone miró fijamente a Hades y luego a Kal. Se dirigió hacia él y se arrodilló. La cara ensangrentada del mortal ahora estaba manchada de lágrimas.

—¿Le quedarán cicatrices en la cara? —le preguntó a Hades.

—Si lo deseas, sí.

—Lo deseo.

Kal gimoteó.

—Shhh… —Perséfone canturreó—. Podría ser peor. Estoy tentada a enviarte al Tártaro.

Ante esas palabras el mortal se quedó callado y luego ella prosiguió.

—Mañana quiero que llames a Demetri y le digas que te equivocaste. No quieres esa exclusiva, y nunca, nunca, me vuelvas a decir qué tengo que escribir. ¿Tenemos un acuerdo?

Asintió con la cabeza, temblando.

Perséfone sonrió.

—Bien.

Se levantó y se giró hacia Hades.

—Puede vivir —dijo.

El dios le sostuvo la mirada durante un largo rato y luego miró a Kal.

—Vete.

Un segundo después, el hombre y las serpientes habían desaparecido, y Perséfone se quedó a solas con Hades. A pesar de la distancia, la rabia se interpuso entre ellos como un sólido muro de piedra.

Antes de que él pudiera decir nada, Perséfone habló.

—¡Lo has arruinado todo!

Parecía sorprendido, y rápidamente se puso en modo defensivo, moviéndose hacia ella.

—¿*Yo* lo he arruinado todo? Te he salvado de cometer un gran error. ¿En qué estabas pensando al venir aquí?

—Intentaba salvar a mi amiga y Kal me estaba ofreciendo una vía para hacerlo, no como tú.

—¿Estabas dispuesta a destapar *nuestra* vida privada, lo que más aprecias, a cambio de algo que solo condenaría a tu amiga?

—¿Condenaría? ¡Salvaría su vida! Eres un imbécil. ¡Me dijiste que tuviera esperanza! Dijiste que podía sobrevivir.

Ahora estaban frente a frente.

—¿No confías en mí?

—¡No! No, no confío en ti. No cuando se trata de Lexa. ¿Y qué hay sobre este lugar, Hades? Es tu club, ¿no? ¿Qué cojones?

Hades se acercó a ella y la agarró de los hombros atrayéndola hacia él.

—Nunca debías haber venido aquí. Este lugar no es para ti.

Perséfone se estremeció.

—Leuce trabaja aquí —espetó Perséfone.

—Porque es *Leuce* —dijo Hades, como si eso lo explicara todo—. Me dijiste que le devolviera su trabajo, así que la envié aquí. Tú… tú eres… diferente.

Se separó de él.

—¿Diferente?

—Creía que ya habíamos hablado de esto —dijo Hades entre dientes—. Tú significas más para mí que cualquiera, *cualquier cosa*.

—¿Y eso qué tiene que ver con ocultarme este lugar?

Hades se quedó en silencio.

—Todo lo que ocurre aquí es ilegal, ¿verdad? Los magi están aquí. ¿Qué más?

Hades intentó seguir callado.

—¿Qué más, Hades? —le exigió.

—Todo lo que siempre has temido —contestó él, y Perséfone sintió escalofríos—. Asesinos, narcotraficantes…

Perséfone sintió cómo el color se esfumaba de su cara.

—¿Por qué?

—Cree un mundo donde puedo vigilarlos.

—¿Vigilarlos haciendo qué? ¿Infringir la ley? ¿Hacer daño a la gente?

—Sí —respondió él con voz arenosa.

—¿Sí? ¿Y ya está? ¿Es todo lo que tienes que decir?

—Por ahora —dijo él. Su voz se tensó, y el pecho le subía y bajaba con su ira; pero en lugar de irse, se acercó a ella.

Ella se mantuvo firme, sin miedo, con la barbilla alzada y mirándolo fijamente.

—¿Quién te ha traído aquí? —preguntó él.

—Un taxi.

—¿Te crees que no lo voy a descubrir?

—Tengo libre albedrío. *Escogí* venir aquí por voluntad propia.

—Una elección que no puede quedar impune —dijo él, y se acercó a ella.

Instintivamente, Perséfone apartó sus manos.

Sus ojos brillaron.

—¿Me estás diciendo que no?

Ella sabía que si decía que no, él pararía, pero no podía negar que quería ver su castigo. Eso significaría un intenso placer y sería

violento, despiadado y primario, y ella necesitaba liberarse.

Sacudió la cabeza una vez, y luego Hades la giró de cara a la pared de espejos. La utilizó para aguantarse mientras él la inclinaba hacia delante y lo miraba por el reflejo. Le separó las piernas y le levantó la falda, tenía los ojos hambrientos.

Su mano le rozó la piel y luego le dio un cachete en el culo. Ella gritó, más de sorpresa que de dolor, y Hades levantó la mirada, encontrándose con la de ella en el espejo, antes de bajarle la ropa interior hasta los tobillos y ayudar a quitársela. Su centro se tensó, esperando mientras él la guardaba en el bolsillo.

Soltó un jadeo cuando su mano se introdujo entre sus muslos. Arqueó la espalda mientras sus dedos la provocaban. Se derretía por él, ni siquiera necesitaba los preliminares.

—Estás tan jodidamente mojada. ¿Cuánto tiempo llevas así? —Las palabras de Hades fueron un siseo.

Cuando quiso responder se le atascó un gemido en la garganta.

—Desde que llegué aquí —dijo ella—. Te quería en la pista de baile. Quería que te manifestaras desde la oscuridad, pero no estabas allí.

—Ahora estoy aquí —dijo él, y se inclinó para besarle el hombro, la espalda, y luego su culo. Mientras tanto, su dedo entró más profundo mientras su otra mano acariciaba su clítoris en círculos suaves y desesperados. Apenas podía respirar, concentrándose en la sensación de él dentro de ella, en la necesidad de sentirlo.

—Hades —le suplicó—. *Por favor*.

Se retiró, y Perséfone lanzó un grito de frustración. Empezó a girarse hacia él. Se sentía rabiosa. Necesitaba liberarse y si él no se lo ofrecía, lo perseguiría ella misma.

Pero las manos de Hades se aferraron a sus caderas.

—Quédate —le ordenó, y ella lo miró a través del espejo.

Él ofreció una sonrisa diabólica.

—No sería un castigo si te diera lo que quieres cuando lo exiges.

—No finjas que no me quieres —dijo Perséfone levantando la barbilla.

—Oh, no estoy fingiendo —dijo mientras se bajaba la cremallera de los pantalones. Se sacó la polla y la penetró por detrás. A Perséfone se le cortó la respiración. ¿Era posible que Hades fuera más grueso? Un sonido gutural escapó de su garganta mientras él la embestía una y otra vez.

Al principio fue como si Hades no estuviera seguro de qué tocar. Sus manos se agarraron a sus pechos, su estómago, sus caderas. Luego envolvió un puñado de su largo cabello alrededor de la mano como si

fuera una venda y tiró de su cabeza hacia atrás para poder besar su boca. Cuando la soltó, sus embestidas se volvieron lánguidas, y ella lo sintió en el fondo de su estómago.

—Esto es para nosotros —dijo él—. No compartirás esto con nadie más.

Todo lo que Perséfone pudo conseguir emitir fue un quejido jadeante. Sintió la intensidad de sus palabras como sintió la crudeza de su sexo dentro de ella. La sujetaba con un brazo por el estómago, y ella le clavaba las uñas en la piel.

—Hay cosas que son sagradas para mí. —La respiración de Hades se volvió irregular, pero siguió hablando, sus palabras se entrelazaban con los gemidos de Perséfone—. Esto es sagrado para mí. Tú eres sagrada para mí. ¿Lo entiendes?

Perséfone asintió, el sudor le corría por la frente y juntó las cejas en una expresión dura. Apenas podía mantener la cordura.

—Dilo —le ordenó—. Di que lo entiendes.

—Sí —gimió—. Sí, joder. ¡Lo entiendo! ¡Haz que me corra, Hades!

El dios la giró para estar de frente a él y la besó, presionándola contra el espejo, saboreando su boca antes de levantarla y penetrarla de nuevo.

Perséfone gimió, enredando los dedos en el pelo de Hades, y cuando él se apartó, sus ojos brillaron.

—Nunca he amado a nadie como te amo a ti. —Lo dijo como si se estuviera confesando—. No puedo expresarlo con palabras, no hay ninguna que se acerque a expresar lo que siento.

Perséfone se aferró más a él y se inclinó hacia sus labios.

—Entonces no utilices las palabras —dijo.

Sus labios se encontraron y se deslizaron hasta el suelo. Las rodillas de Perséfone estaban dobladas, presionadas contra el duro suelo de mármol mientras estaba a horcajadas sobre Hades, pero ni siquiera se dio cuenta, estaba demasiado concentrada en el placer que se acumulaba en su interior. Entrelazó sus dedos con los de Hades y guio sus brazos por encima de su cabeza, meciéndose contra él.

—Joder —maldijo Hades, liberándose de su agarre. Agarró sus caderas y la ayudó a moverse más rápido, más fuerte.

Se sostuvieron la mirada hasta que el placer fue demasiado. Perséfone echó la cabeza hacia atrás mientras se corría, y Hades lo hizo poco después.

Perséfone se desplomó sobre su pecho, sin aliento y saciada, reconfortada por la sensación de los brazos de Hades a su alrededor. Durante un largo rato no hablaron, no hasta que sus respiraciones se estabilizaron y sus corazones no estuvieron tan acelerados.

Hades rompió el silencio.

—Cásate conmigo.

Perséfone se enderezó. Hades aún estaba duro dentro de ella y el movimiento hizo que sus ojos brillaran como el carbón.

—¿Qué?

Era imposible que lo hubiera oído bien.

—Cásate conmigo, Perséfone. Sé mi reina. Di que te quedarás conmigo. Para siempre.

Hablaba en serio, y ella estaba… confundida. No por su amor a Hades, sino por otras muchas cosas.

—Hades… yo… —No sabía qué decir—. Tú estabas enfadado conmigo.

Él se encogió de hombros.

—Y ahora no lo estoy.

—¿Y quieres casarte conmigo?

—Sí.

Perséfone se puso de pie, tambaleándose mientras sus piernas luchaban por mantenerla en pie. Hades extendió sus manos para ayudarla a estabilizarse, pero ella las rechazó.

—No puedo casarme contigo, Hades —respondió con lágrimas en los ojos—. Yo… no te conozco.

Hades frunció las cejas.

—Me conoces.

—No te conozco —dijo mientras señalaba sus alrededores—. Me has estado ocultando este lugar.

Hades bajó la barbilla y entrecerró los ojos.

—Perséfone, he vivido una eternidad. Siempre aprenderás cosas nuevas sobre mí, y deberías saber que algunas de ellas no te gustarán.

—Esto no es una de esas cosas, Hades. Este lugar es real, y existe en el presente. Contrataste a Leuce para que trabajara aquí. ¡Merecía saberlo al igual que merecía saber lo de Leuce!

Hades no dijo nada.

—¿Por qué no me lo contaste? —le preguntó.

—Porque tenía miedo —gruñó, y se calló. Sus palabras fueron furiosas, y ella se preguntó si estaba más frustrado por tener que decir algo así en voz alta o por tener esos sentimientos.

—¿Por qué?

—Obviamente por tu moral.

Se puso en pie y se alejó unos pasos. Ella no podía explicar cómo se sintieron esas palabras, pero quería discutirle que no tenía la moral muy alta, solo hacía falta ver cómo había transformado a Mente en una planta de menta y había visto a Hades torturar a un mortal.

Él suspiró.

—Quería tiempo para pensar en cómo enseñarte mis pecados. Explicarte sus raíces. Pero, en cambio, parece que todo el mundo quiere hacerlo por mí.

Perséfone parpadeó, y su frustración de repente había desaparecido. En su lugar, sintió tristeza. No esperaba que Hades tuviera inseguridades respecto a esto, y mucho menos que se frustrara cuando otros le quitaban la oportunidad de contárselo a ella, y tampoco estaba segura de que esa hubiera sido la intención de Leuce.

Su expresión se relajó y dio un paso hacia él.

—Lo siento, Hades.

Hades la miró confundido.

—¿Por qué te estás disculpando?

—Supongo que… por todo —dijo ella—. Por venir aquí…, por decirte que no.

—No pasa nada. Te estoy pidiendo demasiado ahora mismo —dijo —. Con lo de Lexa y tu trabajo. Esta noche has pasado por mucho, te he mostrado un lado de mí que no habías visto antes.

—¿No estás… enfadado?

Hades se pensó las palabras antes de decirlas.

—¿Quisiera que hubieras dicho que sí? Por supuesto.

Perséfone dejó caer los hombros.

—Es que yo… no estoy preparada.

—Lo sé.

Le besó la frente y cuando sus labios rozaron su piel, Perséfone rompió a llorar.

Hades le limpió las lágrimas.

—Cuéntamelo.

—Lo he arruinado todo.

Enterró su cara en su pecho.

—Shhh —la calmó—. No has arruinado nada, cariño. Has sido sincera contigo misma y conmigo. Es todo lo que pido.

—¿Cómo vas a querer casarte conmigo ahora? ¿Después de decirte que no?

—Siempre voy a querer casarme contigo porque siempre voy a quererte como mi esposa y reina.

La promesa en su voz la consoló, y esperaba que cuando se lo volviera a pedir, esa vez estuviera lista.

—¿Vas a enseñarme más de este lugar? —preguntó, enjugándose las lágrimas de la cara.

—¿Más de Iniquidad?

—Sí.

Hades emitió una queja.
—¿Tengo elección?
—Si alguna vez voy a ser tu reina, no.

XV

UNA RED DE SECRETOS

Al parecer, había algo más en Iniquidad que su experiencia como cliente en la pista de baile. Servía como lugar de encuentro para las familias criminales de Nueva Atenas, sociedades secretas, bandas y criminales independientes. Su guarida estaba en el sótano del edificio y solo se podía entrar con una antigua moneda llamada óbolo.

Perséfone miró a Hades.

—Veo que has readaptado la idea de pagar para entrar en el Inframundo.

Él se rio en voz baja, pero no dijo nada mientras la guiaba por un largo y oscuro pasillo. Llegaron a una espaciosa habitación iluminada únicamente por la luz que se filtraba a través de una pared de ventanas. Perséfone se acercó y descubrió que la *suite* daba a una sala de estar informal. Había un bar y varias mesas y sillas más pequeñas. La gente estaba sentada alrededor, jugando a las cartas y charlando, bebiendo y fumando, llenando ceniceros de cristal hasta arriba de colillas.

Perséfone tocó el cristal.

—¿Pueden vernos?

—No —dijo Hades.

—¿Así que los espías desde aquí arriba? —preguntó, mirando al dios que se había quedado atrás en la sombra.

—Puedes llamarlo espiar si quieres —dijo.

Ella estudió a las personas de abajo y vio una cara familiar.

—Esa es Néfele Rella —dijo Perséfone, sorprendida al ver la *madame* y propietaria del distrito del placer, literalmente un barrio entero de burdeles. Era hermosa, una mortal de mediana edad. Tenía el pelo oscuro, y llevaba lentejuelas y plumas. Entre los dedos índice y corazón tenía una boquilla de jade. Perséfone nunca había visto a

nadie con tanto *glamour* mientas fumaba.

Néfele a menudo salía en las noticias, defendía a los trabajadores sexuales, abogando por unas condicionas más seguras y castigos más severos para los delitos cometidos contra ellos.

—Está en deuda conmigo —dijo él.

—¿Y eso?

—Le presté el dinero para que empezara su primer burdel.

Perséfone no sabía cómo sentirse sobre eso.

—¿Por qué?

—Era una oportunidad de negocio —dijo él con toda franqueza—. A cambio del dinero tengo participación en su empresa y puedo garantizar la seguridad de sus señoritas de compañía.

Perséfone no había esperado que Hades dijera esa última parte, pero en verdad no la sorprendía. Hades era protector de las mujeres.

—¿Quién más está aquí abajo? —preguntó ella.

Sintió al dios del Inframundo a su lado y lo miró mientras él escudriñaba la multitud de abajo. Señaló una pequeña mesa redonda en una esquina oscura donde dos hombres estaban jugando a las cartas.

—Esos son Leónidas Nasso y Damianos Vitalis. Son multimillonarios y los jefes de las familias criminales rivales.

—¿Nasso? —preguntó Perséfone—. Quieres decir… ¿el propietario de la cadena Nasso Pizzeria?

—El mismo —le confirmó Hades—. Los Vitalis también son dueños de restaurantes, pero se ganan la vida con la pesca.

Perséfone también reconoció ese nombre del mercado pesquero de Vitalis. Eran unos de los más antiguos e importantes mayoristas de pescado del país.

—Si son rivales, ¿por qué están jugando a las cartas?

—Este es territorio neutral. Hacer daño a otra persona aquí es ilegal.

—¿Supongo que tú eres una excepción a esa regla? —preguntó, enarcando una ceja.

Había torturado a Kal.

—Siempre soy la excepción, Perséfone.

—Esa gente —dijo Perséfone—. Son la élite de Nueva Atenas.

Hades asintió.

—Son los ricos y los poderosos, pero lo son gracias a mí.

Perséfone entendió lo que Hades le dijo, y en vez de sorprenderse sintió curiosidad, lo que la desconcertó.

Hades señaló también a Alexis Nicolo, jugador profesional, a Helene Hallas, falsificadora de arte, y a Barak Petra, un sicario.

—¿Sicario? ¿Quieres decir que le pagan para *matar* a gente?

Hades no honró su pregunta con una respuesta, lo cual era bastante justo, pero ella ya se la sabía, y de alguna manera, la confirmación solo lo haría peor.

Negó con la cabeza.

—No lo entiendo. ¿Cómo puedes preocuparte de salvar a las almas de una terrible existencia en el más allá cuando a estos… *criminales* les ofreces un lugar para reunirse?

—No todos son criminales —dijo él—. No vivo bajo una falsa ilusión, Perséfone. Sé que no puedo salvar a todas las almas, pero al menos en Iniquidad se asegura que los que operan en los bajos fondos de la sociedad sigan un código de conducta.

—¿Cómo es posible que el asesinato forme parte de un código de conducta?

—El asesinato no es parte del código de conducta —dijo—. A menos que se rompa el código.

Se giró para encarar a Hades.

—No todos podemos ser buenos, pero si tenemos que ser malos, debería servir para algo.

Ella entrecerró los ojos, sin estar segura de cómo sentirse con todo esto. Hades era literalmente un jefe de la mafia.

—No espero que lo entiendas. Hay muchas razones por las que lo que hago. Iniquidad no es diferente. Tengo una red de los hombres y mujeres más peligrosos atados con una cuerda. Podría acabar con todos ellos de un tirón. Y lo saben, así que hacen lo que pueden para complacerme.

Perséfone se estremeció. Era extraño darse cuenta de que Hades no era poderoso solo por el control que tenía sobre su magia. Era poderoso por los tratos que había hecho, y esto lo demostraba.

—¿Quieres decir todos menos Kal Starvos?

Hades se encogió de hombros.

—Ya te dije que era cuestión de tiempo antes de que alguien intentara chantajearte.

—Nunca dijiste nada sobre chantajes —contraatacó Perséfone—. ¿Qué tiene Kal contra ti?

—Nada —dijo Hades—. Simplemente desea tener control sobre mí, como todos los mortales.

No sería la primera vez que un mortal habría intentado obtener alguna forma de control sobre Hades. Cada vez que entraban en el Nevernight para hacer un trato, era un intento de mandar al dios de los muertos.

—¿Me tienes miedo? —le preguntó tras un momento de silencio.

La pregunta le sorprendió. Sabía que nacía del miedo, sin embargo, cuando lo miró, su expresión no revelaba nada de sus pensamientos.

—No —respondió rápidamente—. Pero es mucho que asimilar.

Y el claro ejemplo de por qué no se podía casar con él.

Aún no.

¿Cómo podía pensar en pedirle que fuera su esposa —su reina— cuando ella no tenía ni idea de todo esto? ¿No era un imperio que ella también heredaría?

Hades miró hacia otro lado, su garganta se estrechó mientras tragaba cualquier malestar que se hubiera colado en su conciencia.

—Te lo contaré todo.

No tenía ninguna duda. Ella se aseguraría de que fuera así. Tenía tantas preguntas. Quería conocer a cada persona que entraba al club, de qué negocios eran dueños y cuánto del mundo controlaba Hades.

Parte de ella quería preguntarle qué pensaba que ella habría hecho cuando hubiera descubierto lo de Iniquidad, pero era obvio que él pensaba que lo habría dejado.

—Creo que ya he escuchado suficiente esta noche —respondió Perséfone—. Preferiría irme a casa.

—¿Quieres que te lleve Antoni?

Sonrió un poco. Se dio cuenta de que él pensaba que quería volver a su apartamento.

—Puedes llevarme tú —dijo—. Al fin y al cabo, vamos al mismo sitio.

Hades crispó los labios y le pasó un brazo por la cintura, atrayéndola hacia él antes de teletransportarse al Inframundo.

Perséfone no podía dormir.

Estaba quieta, abrazada contra el calor de Hades, y agonizaba. No por lo que había descubierto sobre el dios de los muertos, sino por lo que Kal había dicho sobre Lexa.

«¿Hubieras venido si pensaras que Lexa sobreviviría?».

Por supuesto que Kal tenía razón. Perséfone no podía negar que había ido a Iniquidad en busca de una cura para las heridas de Lexa, y lo había hecho por miedo a que su amiga no se recuperara. Por miedo a que, aunque lo hiciera, no fuera la misma.

Cerró los ojos con dolor y salió de la habitación de Hades.

Los pasillos del palacio estaban tranquilos e iluminados por la luz del cielo nocturno. Hades no había logrado capturar el brillo del sol, pero había conseguido la luna.

Perséfone atajó por el comedor y entró en la cocina. Nunca había

estado en esa parte del palacio. Hades siempre hacía que les trajeran la comida a la mesa o a la biblioteca, al despacho o al dormitorio.

Al encender la luz se encontró con una moderna e impecable cocina. Los armarios eran blancos, las encimeras de mármol, negras y los electrodomésticos, de acero inoxidable. Caminó descalza por el frío suelo y empezó a rebuscar por los armarios lo que necesitaba: sartenes, cuencos y varios utensilios.

Esa fue la parte fácil.

Lo difícil sería encontrar los ingredientes para hornear algo.

Cualquier cosa.

Acabó reuniendo suficientes ingredientes para hacer un simple pastel de vainilla con glaseado. Le llevó unos cuantos minutos entender cómo funcionaba el horno. El que tenía en su apartamento era mucho más viejo y tenía mandos, no botones.

Mientras el horno se estaba precalentando, se puso manos a la obra concentrándose en su tarea. La repostería la relajaba. Tal vez le gustaba tanto porque se sentía como la alquimia, midiendo cada ingrediente a la perfección, creando algo que embrujaría los sentidos.

Por no mencionar que siempre la hacía evadirse, pero tan pronto como puso el pastel en el horno, una abrumadora sensación de temor le robó la tranquilidad. Desesperada por detenerlo, se puso a limpiar. Aunque la cocina de Hades tenía un lavavajillas, fregó cada objeto a mano, lo enjuagó, secó y lo volvió a colocar en los armarios. Después, se centró en limpiar el acero inoxidable que había dejado lleno de huellas.

Cuando acabó, el único indicio de que alguien había utilizado la cocina era el olor de su pastel horneándose.

El temporizador del horno le indicaba que aún le quedaban quince minutos. Quince minutos para estar a solas con sus pensamientos intrusivos.

Se puso su música con la esperanza de que le proporcionara la distracción que necesitaba. Hizo clic en las primeras canciones que tenían un tono oscuro y frío. Esas canciones le recordaban a Lexa, las letras se mezclaban con sus pensamientos y le traían a la memoria momentos que no quería recordar. Cuantas más canciones pasaba, más se daba cuenta de que no importaba cómo sonara la música, todo le recordaba a Lexa.

La apagó y de repente se sintió agotada. Tenía los ojos arenosos y le pesaban las extremidades. Se dejó caer al suelo, con el cuerpo iluminado por la luz del horno, y se llevó las rodillas al pecho.

—¿No podías dormir?

El sonido de la voz de Hades la sobresaltó. Se giró y vio que estaba

en la puerta, con los robustos brazos cruzados sobre su pecho desnudo. Un trozo de tela de color negro colgaba de sus caderas y su pelo se acumulaba en capas oscuras alrededor de su cara. Tenía un aspecto somnoliento y hermoso.

—No —dijo—. Espero no haberte despertado.

—Tú no me has despertado —dijo él—. Pero tu ausencia, sí.

—Lo siento.

Le sonrió con ternura.

—No lo sientas, sobre todo si estás horneando algo.

Hades cruzó la cocina hacia ella. Pensó que la levantaría y se la llevaría a la cama con el pastel aún en el horno, pero se sorprendió cuando se sentó a su lado en el suelo.

Perséfone se quedó mirándolo. La forma en que los músculos se le marcaban sobre la superficie de la piel, la sombra de la barba incipiente que le adornaba la mandíbula, la curva completa de los labios. Era extremadamente hermoso, inimaginablemente poderoso, y le pertenecía a ella.

—Sabes que puedo ayudarte a dormir —dijo él.

Lo sabía porque ya lo había hecho antes.

—El pastel no está listo —susurró. No porque quisiera estar callada, pero su voz, con el agotamiento, no tenía más fuerza.

—Nunca dejaría que se quemara —contestó Hades.

Tras un rato él se movió, y Perséfone apoyó la cabeza contra su pecho. La piel de Hades era cálida, su aroma mezclándose con la vainilla en el aire la embriagó, y a pesar de lo mucho que quería ver todo esto hasta el final, se quedó dormida en sus brazos en el suelo de la cocina.

XVI

AL LÍMITE

De camino al trabajo a la mañana siguiente, Perséfone llamó a Eliska para preguntarle sobre el estado de Lexa. La verdad era que estaba evitando a Jaison desde sus odiosas palabras después de la operación de Lexa y sus comentarios sobre Hades. Ya era bastante duro aceptar que Hades no podía ayudar, y más aún con Jaison cuestionando su amor.

La madre de Lexa sonó agotada al teléfono cuando le dijo que sus constantes vitales no habían cambiado. Todo aquello parecía una pesadilla, y cuanto más duraba, más pensaba Perséfone en que quizás tendría que vivir sin Lexa.

Después de anoche, eso parecía más bien una posibilidad.

—¡Buenos días, Perséfone! —dijo Helena mientras Perséfone salía del ascensor. Su expresión alegre se desvaneció rápidamente—. ¿Va todo bien?

Su pregunta hizo que Perséfone se sintiera extrañamente violenta.

—No —espetó.

Su estómago de repente se llenó de culpa mientras se dirigía a su escritorio. Más tarde se disculparía con Helena, pero ahora mismo necesitaba tranquilizarse.

Apenas había llegado cuando Demetri salió de su despacho.

—Perséfone, ¿tienes un momento?

Su cólera volvió a aflorar inconscientemente y sin haberlo pedido. Debería decirle que no, preguntarle si le dejaba más tiempo para instalarse, pero siguió a su jefe hacia su despacho.

—Tengo buenas noticias —dijo Demetri, sentándose detrás de su escritorio.

Perséfone ya sabía qué iba a decirle, pero esperó, mirándolo con más indiferencia de la que jamás había sentido en su vida. Era la

primera vez desde que él le había dado el ultimátum que se daba cuenta de lo mucho le había afectado todo esto.

—Kal ha decidido no obligarte a escribir la exclusiva.

Perséfone no reaccionó. Demetri la miró dudando.

—¿Qué pasa? Pensaba que te alegrarías.

—Pensaste mal —dijo ella—. El daño ya está hecho.

—Perséfone.

Odiaba la manera en la que su jefe decía su nombre, como si pensara que estaba siendo irracional.

—No seas así —le pidió Demetri.

—¿Así como? ¿Que critique tus tonterías?

—Si fueran tonterías, hubieras dimitido cuando te di el ultimátum. Por mucho que hagas ver que no necesitas este trabajo, sé que no es así. Es la única manera en la que puedes destacar de Hades.

Perséfone se estremeció. Esas palabras le escocieron.

Demetri suspiró. Su frustración era obvia.

—Lo siento. No tendría que haber dicho eso.

—¿Por qué no? —Ella rio con amargura—. Es la verdad.

—Solo porque ahora mismo sea verdad no quiere decir que lo sea para siempre. Si alguien puede conseguir renombre en este campo, eres tú, Perséfone.

—Los cumplidos no te llevarán a ninguna parte, Demetri.

Él rio ariscamente.

—¿Alguna vez me ganaré tu perdón?

—Perdón, sí. Confianza, no.

—Supongo que me lo merezco.

Demetri dejó caer la mirada sobre sus dedos que se movían con nerviosismo.

—Sabes que lo hice porque no tenía elección.

—Estoy segura de que tenías elección, al igual que yo.

Asintió con la cabeza, pero sus ojos eran distantes, como si estuviera recordando algo que sucedió hace tiempo. Después siguió hablando.

—Kal no es Hades, pero es poderoso. Yo… —Hizo una pausa para aclararse la garganta—. Fui en busca de su ayuda.

Perséfone se dio cuenta de que Demetri sabía que Kal era un magi.

—¿En qué sentido?

—Una pócima de amor.

Perséfone lo miró confundida.

—No… no lo entiendo.

Demetri alzó las cejas y se encontró con la mirada de Perséfone.

—En la universidad conocí a un hombre llamado Luca. Se convirtió

en mi mejor amigo, y yo estaba perdidamente enamorado de él. Una noche decidí confesarle cómo me sentía. Mis sentimientos no fueron correspondidos…, pero… no podía imaginarme una vida sin él.

«¿Así que le diste una pócima de amor?».

Le consternó que Demetri hubiera recurrido a tales medidas. Una pócima de amor era algo serio. Había una razón por la que su elaboración y distribución eran ilegales: hacía desaparecer la capacidad de elección a la persona que la recibía.

—No fue mi mejor momento —admitió Demetri—. Si tuviera que volver a hacerlo, lo dejaría ir.

—Tienes que deshacerlo —dijo Perséfone.

Demetri abrió los ojos de par en par. Claramente no había esperado esa respuesta.

—¿Deshacerlo?

—O contarle lo que hiciste —le insistió Perséfone—. Demetri… *te equivocaste*.

—No te lo he contado para que me digas cómo debo arreglarlo —dijo con la cara cada vez más roja—. Te lo he contado para que entiendas por qué te presioné.

—Lo sé, pero Demetri… si de verdad amaras…

—No —espetó Demetri, y Perséfone cerró la boca. Respiró hondo —. Esta conversación se ha terminado.

—Demetri…

—Si oigo una palabra de lo que te he contado, te despediré, Perséfone. Es una promesa.

Perséfone apretó los labios y se levantó aturdida. Se detuvo antes de salir del despacho.

—No eres mejor que Apolo.

Demetri soltó una risa fría y arisca.

—Creo que es la primera vez que alguien me compara con un dios.

—No es un cumplido —respondió Perséfone.

Sabía que no era necesario remarcarlo. Demetri estaba al tanto de la gravedad de su comparación. Apolo y Demetri, en esencia, habían tomado las mismas decisiones cuando se trataba de las personas que se suponía que amaban, y los resultados eran devastadores para los mortales.

Salió del despacho de Demetri y recogió sus cosas.

—Ah y esto… ¿Perséfone? —Helena la llamó mientras pasaba por el escritorio e iba hacia el ascensor.

No se detuvo.

—¿Perséfone?

Helena se acercó a ella.

—¿Qué, Helena? —espetó.

—¿Estás…?

—Por favor, no me preguntes si estoy bien.

Helena apretó los labios y vaciló, atascándose con sus palabras.

—Esto… Ha llegado esto para ti.

Le tendió un sobre blanco a Perséfone.

—¿Quién…?

No le dio tiempo a terminar la frase cuando Helena volvió a su escritorio.

Perséfone suspiró. No culpaba a la chica por prácticamente huir de ella. Ahora tenía dos razones para disculparse, pero tendría que hacerlo más tarde porque quería irse.

Entró en el ascensor y abrió el sobre. Dentro había una carta escrita a mano.

Querida Perséfone:

Veo que no te gustó la rosa. Tal vez encuentres futuros regalos más aceptables.

—Tu admirador

Era la primera vez que pensaba en la rosa desde que llegó a su escritorio hace unos días. Seguía allí, marchita y olvidada tras el accidente de Lexa. Asumió que se la había dado Hades, pero ahora se dio cuenta de que no era de él. Tendría que decirle a Helena que no aceptara más regalos ni sobres sin nombre.

De repente se sintió inquieta. Perséfone aplastó la carta con las manos y la tiró al salir del ascensor.

Llamó a un taxi y se dirigió al hospital para visitar a Lexa.

Nunca se acostumbraría a este lugar. Solo con acercarse le entraba ansiedad, un sentimiento que se agudizó cuando llegó a la segunda planta y caminó por el pasillo hacia la habitación de Lexa. Se detuvo de repente al ver a Eliska y Adam hablando con el médico.

—A estas alturas es algo que podéis considerar —decía el médico.

Los padres de Lexa parecían angustiados. Perséfone se agachó detrás de un soporte de ordenador para escucharlos.

—¿Cuánto le queda? ¿Cuánto le quedará cuando la desenchufen del respirador? —Oyó que decía Adam.

—En verdad depende de ella. Podría fallecer en cuestión de segundos o días.

A Perséfone se le removió el estómago.

—Por supuesto es decisión suya —dijo el médico—. Les daré algo de tiempo para pensar. Si tienen cualquier pregunta, no duden en consultarme.

Perséfone se dio la vuelta y corrió por el pasillo hacia el baño. A

duras penas llegó al váter antes de vomitar, y cuando pensó que no saldría nada más, volvió a vomitar.

Le llevó más tiempo de lo esperado recomponerse, y para cuando llegó a la habitación de Lexa, Eliska estaba sola. Levantó la mirada cuando Perséfone entró, y sonrió.

—Hola, Perséfone —dijo.

—Hola, señora Sideris. Espero no molestarte. Debería haberte avisado de que vendría.

—No pasa nada, querida. —Eliska se estiró—. Si vas a quedarte por aquí un rato, creo que voy a ir a pasear…

Perséfone logró asentir y sonreír levemente. Cuando Eliska se fue, se sentó en la cama de Lexa y le cogió la mano con cuidado. Lexa tenía la piel magullada por las vías y había perdido color por la cinta adhesiva que utilizaban para sujetar los tubos que iban hacia su cuerpo.

Perséfone notó la carga de la culpa sobre sus hombros. Había fracasado en encontrar una cura para las heridas de Lexa. El respirador le llenaba los pulmones de aire, mantenía su cuerpo en funcionamiento, y los padres de Lexa querían desconectarla.

Era el peor miedo de Perséfone hecho realidad.

«¿Qué tendría de terrible verla entrar en el Inframundo?».

Era una pregunta que debía tener una respuesta sencilla, pero era más complicado que eso; y tras la propuesta de Hades, sus pensamientos intrusivos quedaron expuestos. ¿Y si ella y Hades *no* estaban destinados a estar juntos para siempre? ¿Y si perdía el acceso al Inframundo y a las almas? Eso significaba que también perdería el contacto con Lexa.

Cierto es que incluso cuando ella y Hades rompieron, el dios de los muertos conservó su favor. En cualquier momento podía ir al Inframundo y visitar las almas, pero no lo hizo. Solo la idea de bajar era demasiado dolorosa y la llenaba de preocupación. Eso no cambiaría si rompían de nuevo.

—No sé si puedes oírme —dijo Perséfone—, pero tengo mucho que contarte.

Mientras sostenía la mano de Lexa, se lanzó a hacer un resumen de todo lo que le había pasado.

Le habló del ultimátum de Kal.

—Te lo tendría que haber contado cuando pasó. —Hizo una pausa y soltó una risita—. Estoy segura de que me hubieras dicho que dimitiera, que me fuera y empezara mi propio periódico o algo así.

Le explicó lo del trato de Hades con Apolo y cómo frustró su plan de reunirse sin ella. Le habló de Iniquidad y de todo lo que aprendió

sobre Hades.

Mientras hablaba tenía los ojos llorosos.

—Y luego me pidió que me casara con él, y dije que no. Puedo escucharte preguntándome que en qué estaba pensando, y la verdad es que no lo sé. —Hizo una pausa y sacudió la cabeza—. Solo sé que no importa cuánto lo quiera, ahora mismo no puedo casarme con él.

La única respuesta que obtuvo fue el sonido del respirador de Lexa. Nunca se había sentido tan sola.

—Lexa. —A Perséfone le tembló la boca, y unas enormes lágrimas le nublaron la vista. Le besó la mano a su mejor amiga y susurró—: *Te necesito*.

De repente el olor a flores silvestres impregnó el aire, olía a cítricos amargos y menta. Perséfone se puso rígida y se recompuso tan rápido como pudo.

—Madre.

Se encogió al hablar. Era obvio que había estado llorando. No se giró para mirar a Deméter.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Me he enterado de lo de Lexa —dijo—. He venido a ver si estabas bien.

Su amiga llevaba dos semanas en el hospital. Si a Deméter le hubiera preocupado de verdad, se habría presentado antes.

—Estoy bien.

Sintió que su madre se acercaba.

—¿Hades no la va a ayudar?

Perséfone volvió a tensarse. Odiaba esa pregunta. La odiaba porque mucha gente asumía que Hades *iba* a ayudar. La odiaba porque se había permitido creer que ella sería una excepción a su norma. La odiaba porque él era la razón por la que tenía que decir que no.

—Dijo que no era posible —susurró.

Soltó la mano de Lexa y se giró para mirar a su madre. La diosa había aparecido en su forma mortal y llevaba un vestido amarillo hecho a medida. Su pelo dorado estaba recogido en una apretada cola de caballo con un bucle al final.

—¿Por qué estás aquí realmente? —preguntó Perséfone.

—¿Tan difícil es creer que estoy preocupada por ti?

—Sí.

—Siempre he tenido en mente tu mejor interés, incluso aunque te niegues a verlo.

Perséfone puso los ojos en blanco.

—No vamos a tener esta conversación, madre. He tomado mi decisión.

—¿Cómo vas a vivir tu vida al lado del dios que ha dejado que tu mejor amiga muera?

Perséfone se estremeció. Pensó en los hilos que escondía en su piel y en las vidas que había intercambiado. Mentiría si no admitiera que se había preguntado por qué no elegiría intercambiar el alma de Lexa por otra.

Perséfone entrecerró los ojos, de repente recelosa.

—Si descubro que tú has tenido algo que ver con esto…

—¿Qué? —la provocó Deméter—. Continúa.

—Nunca te perdonaré.

Deméter sonrió con frialdad.

—Hija, para que esa amenaza funcione, primero debería querer tu perdón.

Perséfone ignoró el dolor de las palabras de Deméter.

—No le he hecho daño a Lexa. Dadas las circunstancias, creo que deberías considerar lo siguiente: ¿puede realmente la hija de la primavera ser la novia de la muerte? ¿Puedes estar al lado del dios que ha dejado morir a tu amiga?

La verdad era que Perséfone no lo sabía, y eso la hacía sentir culpable y enfadada. Apretó los puños.

—Cállate —dijo a regañadientes.

—Deberías canalizar tu ira contra las Moiras —dijo Deméter—. Son ellas las que te han quitado a tu amiga.

Perséfone ofreció una risa sarcástica.

—¿Como lo hiciste tú? ¿Cómo te salió eso a ti?

Deméter entrecerró los ojos.

—Eso aún está por ver.

Perséfone le dio la espalda a su madre y miró a Lexa. Verla de esta manera era lo más duro que había experimentado nunca, y cada vez que cruzaba la puerta del hospital iba a peor.

—Hades no es el único dios que puede ayudarte. Apolo es el dios de la curación.

Perséfone se quedó paralizada.

—Aunque por supuesto después de escribir ese atroz artículo sobre él, es posible que hayas arruinado cualquier oportunidad que pudieras tener de pedir su ayuda.

—Si has venido a defenderle, no te voy a escuchar. Apolo hirió a mi amiga y a muchos otros más.

—¿Crees que cualquier dios es inocente? —Hizo una pausa para reírse, y el sonido fue escalofriante—. Hija, ni siquiera tú puedes escapar de nuestra corrupción. Es lo que conlleva el poder.

—¿El qué? ¿Ser mala persona?

—No, la libertad de hacer lo que quieras. No puedes decirme que, si tuvieras la oportunidad, desafiarías a las Moiras para salvar a tu amiga.

—Esas decisiones tienen consecuencias, madre.

—¿Desde cuándo? Dime el impacto que tus artículos han tenido en los dioses, Perséfone. Escribiste sobre Hades, y acabó con una amante. Escribiste sobre Apolo, y aun así le aman. —Hizo una pausa para reír —. ¿Consecuencias para los dioses? No, hija, no hay ninguna.

—Estás equivocada. Los dioses siempre requieren un favor, y los favores significan consecuencias.

—Tienes suerte de ser una diosa. Lucha con las mismas armas, Perséfone, y deja de lloriquear por esta mortal.

Su madre desapareció, pero el olor de su magia permaneció e hizo que Perséfone sintiera náuseas.

O tal vez sentía náuseas ante el pensamiento de pedirle ayuda a Apolo.

No podía hacerlo. ¿Cómo podría pedirle ayuda al dios al que había criticado y proclamado su odio? Eso sería traicionar a Hades y a Sibila; sería traicionarse a sí misma.

Cuando Eliska volvió, Perséfone se preparó para irse y le besó la frente a Lexa.

—Aún no la desconectéis del respirador —le dijo a su madre.

Los ojos de Eliska, que ya estaban enrojecidos, empezaron a lagrimear. Perséfone estaba segura de que su paseo había sido una excusa para salir y llorar.

—Perséfone —dijo Eliska con la boca temblando—. No…, no podemos dejar que siga sufriendo.

«Ni siquiera está ahí», quería decir. «Está en el limbo».

—Sé que es duro. Ni Adam ni yo hemos pensado qué hacer aún, pero tan pronto como lo hagamos, te lo haré saber.

Perséfone salió de la UCI aturdida. Se sintió como el día en que se enteró de que Lexa había tenido un accidente. Era un fantasma, congelada en el tiempo, viendo cómo el mundo continuaba.

Se dirigió al ascensor, distraída. Estaba tan perdida en sus propios pensamientos que casi no se dio cuenta de que Tánatos estaba apoyado en una pared de la sala de espera. Bajo las luces fluorescentes su pelo rubio parecía incoloro y sus alas negras desentonaban entre las paredes estériles y las sillas rígidas.

Perséfone supo que él no esperaba verla allí porque cuando captó su mirada, sus llamativos ojos azules se abrieron de par en par, sorprendidos.

Intentó controlar los latidos de su corazón.

«Puede haber muchas razones por las que esté en el hospital. Lexa no es la única que está en la UCI», se dijo a sí misma. «Tal vez esté aquí por otra persona».

Se acercó a él y consiguió sacar una sonrisa.

—Tánatos, ¿qué haces aquí?

—Lady Perséfone —dijo, e hizo una reverencia—. Estoy… trabajando.

Perséfone intentó no encogerse. Tánatos no podía evitar ser el dios de la muerte, pero de alguna manera era diferente hablar con él en el Inframundo. Cuando estaba allí, no se había parado a pensar en cuál era su propósito. Aquí, en el mundo de los mortales, con su amiga en soporte vital, estaba muy claro. Rompía la conexión entre las almas y sus cuerpos. Destrozaba familias. La destrozaría a *ella*.

—¿Quieres decir *segando*?

—Aún no —dijo. Su media sonrisa era encantadora, y le daba ganas de vomitar—. Se te ve…

—¿Cansada? —respondió. No sería la primera vez que lo escuchaba hoy.

—Iba a decir bien.

Podía sentir la magia de Tánatos al filo de su piel, persuadiéndola de que se calmara. Normalmente se tomaría eso como un signo de su naturaleza bondadosa, pero hoy no. Hoy se sentía como una distracción.

—No quiero tu magia, Tánatos. —Sus palabras fueron duras. Estaba frustrada, estaba asustada, y su presencia la hacía sentir incómoda.

No creía que el dios pudiera verse más pálido, pero palideció todavía más. Le llevó un momento darse cuenta de que el brillo de sus ojos había desaparecido. Había herido sus sentimientos.

—¿Qué estás haciendo aquí en realidad, Tánatos? —le preguntó.

—Te he dicho…

—Que estás trabajando. Quiero saber a quién has venido a llevarte. —Le tembló la voz al hacer la pregunta.

El dios apretó los labios en señal de desafío.

—No puedo decírtelo —respondió.

Hubo un silencio y luego Perséfone dijo las palabras que sabía que Tánatos se vería obligado a obedecer porque Hades se lo había mandado.

—Te lo ordeno.

Los ojos de Tánatos brillaron como si todo esto le causara dolor físico. Frunció las cejas sobre sus ojos desesperados, y susurró su nombre casi de manera entrecortada.

—*Perséfone.*

—No dejaré que te la lleves.

—Si hubiera otra manera…

—*Hay* otra manera, y eso implica que te vayas. —Lo empujó un poco—. Vete.

Al principio habló en voz baja, sin querer llamar la atención, pero cuando él no se movió, volvió a decirlo, y esta vez con firmeza, rechinando los dientes.

—¡He dicho que te vayas!

Lo empujó más fuerte, y él levantó las manos, retrocediendo.

—No es algo que puedas prevenir, Perséfone. Mi trabajo está ligado a las Moiras. Una vez que corten su hilo tengo que cobrar su vida.

Odiaba esas palabras y la hicieron estallar de una manera que nunca había imaginado.

—¡Vete! —gritó—. ¡Vete! ¡Vete! ¡Vete!

Tánatos se desvaneció y Perséfone de repente se vio rodeada de enfermeras y un guardia de seguridad. Le hicieron preguntas y le dieron indicaciones, pero las palabras llenaron su cabeza hasta reventar.

«Señorita, ¿va todo bien?».

«Tal vez deberías sentarte».

«Voy a por agua».

El dolor se formó en la parte delantera de su cabeza. A pesar de que la enfermera intentó llevarla a una silla, se liberó.

—Necesito ver a Lexa —dijo, pero cuando intentó volver a la UCI, el guardia de seguridad le bloqueó el paso.

—Tienes que escuchar a las enfermeras —dijo.

—Pero mi amiga…

—Iré a ver cómo está tu amiga —dijo él.

Perséfone quería protestar. *No había tiempo.* ¿Y si Tánatos se había teletransportado a su habitación y se la había llevado al Inframundo? De repente las puertas se abrieron desde dentro y Perséfone aprovechó la oportunidad. Empujó al guardia y salió corriendo hacia la habitación de Lexa. Luego desapareció rápidamente.

Ser teletransportada a otro reino sin previo aviso se sentía como estar en el vacío. De repente, le era más difícil respirar, su cuerpo parecía haberse quedado seco y sus oídos estallaron dolorosamente. Los síntomas duraron unos segundos antes de que el olor de la magia de Hades la abrumara y le quemara la nariz como escarcha.

Cuando sus ojos se acostumbraron a la oscuridad, se dio cuenta de que había aterrizado en la sala del trono de Hades. A pesar de la difusa luz que se filtraba por las ventanas inclinadas, estaba siempre oscura. Hades estaba sentado en su trono, una lisa pieza de obsidiana

que era a la vez artística y monstruosa. No podía ver nada del dios salvo un corte en su hermosa cara, iluminado por una luz roja.

Podía adivinar por qué Hades la había traído aquí; para evitar que interfiriera en el trabajo de Tánatos, para sermonearla una vez más sobre cómo no podía decidir por la vida de Lexa, pero no quería escucharlo.

Intentó reunir su magia y teletransportarse, pero sabía que era en vano. Hades era mucho más liberal en revocar cualquier derecho que ella tenía de dejar el Inframundo cuando él estaba enfadado.

Y estaba enfadado.

Podía sentir su frustración. Crecía entre ellos haciendo el aire tangible.

—¡No puedes simplemente *sacarme* del mundo de los mortales cuando te apetezca! —le gritó.

—Tienes suerte de que te haya sacado yo y no las Furias.

El tono de su voz se hizo más profundo y la puso en tensión. Aun así, quería luchar.

—¡Llévame de vuelta, Hades!

—No.

Un dolor punzante surgió del hombro de Perséfone, de su costado y de sus gemelos. Unas espinas brotaron de su piel y el dolor le hizo arrodillarse ante Hades. El dios se levantó del trono, iluminado al completo por la luz roja. Parecía absolutamente horrorizado y se dirigió hacia ella con una gracia depredadora.

—¡Para! —le ordenó mientras él se acercaba—. ¡No te acerques más!

No quería que él viera el mal estado de sus heridas.

Él no obedeció.

Se arrodilló a su lado.

—Joder, Perséfone. ¿Cuánto tiempo lleva tu magia manifestándose de esta manera?

Perséfone no respondió.

—¿Nunca escuchas? —preguntó.

Hades se rio sin ganas.

—Podría decirte lo mismo.

Ignoró su comentario y se concentró en respirar a través del dolor de sus heridas. Su magia se había manifestado así en varias ocasiones, pero posiblemente esta había sido la peor. Hades le puso las manos en el hombro, en el costado y luego en los gemelos, curándole las heridas. Cuando acabó, se sentó sobre los talones con las manos cubiertas de sangre.

—¿Durante cuánto tiempo me lo has ocultado?

—He estado un poco distraída, por si no lo habías notado —dijo—. ¿Qué quieres, Hades?

Los ojos de Hades destellearon, y su preocupación por ella rápidamente se convirtió en ira.

—Tu comportamiento con Tánatos ha sido atroz. Te disculparás.

—¿Por qué debería? —espetó—. ¡Iba a llevarse a Lexa! Y aún peor, intentó ocultármelo.

—Estaba haciendo su trabajo, Perséfone.

—¡Matar a mi amiga no es un trabajo! ¡Es *asesinato*!

—¡Sabes que no es asesinato! —Su voz era dura—. Mantenerla viva para tu propio beneficio no es bondad. Está sufriendo, y *tú* lo estás prolongando.

Se estremeció, pero se recompuso.

—No, *tú* lo estás prolongando. Podrías curarla, pero has optado por no ayudarme.

—¿Quieres que negocie con las Moiras para que ella pueda sobrevivir? ¿Para que puedas tener la muerte de otra persona en tu conciencia? El asesinato no es propio de ti, diosa.

Ella le intentó dar una bofetada, pero Hades le agarró la muñeca y la atrajo contra él, besándola hasta que quedó sometida a sus brazos, hasta que lo único que pudo hacer fue llorar.

—No sé cómo perder a alguien, Hades —sollozó en su pecho.

Tomó su cara entre las manos intentando limpiarle las lágrimas.

—Lo sé —contestó—. Pero huir de eso no ayuda, Perséfone. Simplemente estás retrasando lo inevitable.

—Hades, por favor. ¿Y si fuera yo?

La soltó tan rápido que casi perdió la compostura.

—Me niego a considerar tal pensamiento.

—No puedes decirme que no romperías toda ley divina que exista por mí.

Perséfone había notado antes la profundidad de los ojos de Hades —como si hubiera miles de vidas reflejadas en ellos—, pero no era nada como lo que veía ahora. Hubo un destello de maldad, un momento en el que juró poder ver todas las cosas violentas que él había hecho. No dudaba de lo que él sería capaz de hacer para salvarla.

—No te equivoques, milady, quemaría este mundo por ti, pero es una carga que estoy dispuesto a llevar. ¿Tú puedes decir lo mismo?

Tras esa pregunta algo cambió en Hades, y tan rápido como pareció abrir todas sus heridas, las cerró. Sus ojos se apagaron y su expresión se volvió pasiva.

—Te daré un día más para que puedas despedirte de Lexa —dijo—.

Es lo único que te puedo conceder. Deberías estar agradecida de lo que te estoy ofreciendo.

El dios desapareció.

Sola en la sala del trono, Perséfone esperaba sentirse abrumada por la realidad de que, en las próximas veinticuatro horas, Lexa estaría muerta.

En cambio, sintió una extraña sensación de determinación.

«¿Consecuencias para los dioses?», pensó. «No hay ninguna».

Se puso de pie y se teletransportó a su apartamento. Sibila estaba recostada en el sofá y abrió los ojos de par en par cuando Perséfone apareció ensangrentada y magullada por su magia.

El oráculo se sentó.

—Perséfone, ¿estás…?

—Estoy bien —dijo rápidamente—. Necesito tu ayuda. ¿Por dónde sale Apolo los jueves por la noche?

XVII

EL DISTRITO DEL PLACER

Perséfone recorrió las estrechas calles adoquinadas del distrito del placer, pasando por tiendas tapadera y burdeles con nombres como Hetera, Pornai y Kapsoura. Los pasillos estaban a rebosar de gente. Algunos habían venido a disfrutar de los placeres del distrito y se reconocían por las máscaras que llevaban para ocultar su identidad. También estaban los que habían venido a dar placer: mujeres vestidas de encaje y hombres en *topless*. Bailaban entre la multitud provocando con boas de pluma y chocolate a potenciales clientes. Sus cuerpos brillaban por los aceites que olían a jazmín y vainilla. Las luces se entrecruzaban en lo alto dando al lugar un extraño resplandor rojo.

Resulta que aquí era donde Apolo pasaba los jueves por la noche.

—Estará en Erotas —había dicho Sibila—. Tiene una *suite* en la tercera planta.

La diosa de la primavera comprobó una vez más que la máscara que Sibila le había prestado no se había soltado, con la paranoia de que expusiera su identidad. Era pesada y de color negro. Solo tenía que llevarla hasta que llegara a Erotas. Una vez dentro, se les prometía el anonimato a todos los clientes.

Sabía que tenía elección, pero eso no entraba dentro de sus planes. Su madre tenía razón. ¿Por qué no pedirle a Apolo que curara a su amiga? Era un trato que estaba dispuesta a hacer, así que se dirigió hacia Erotas.

Podía verlo desde la distancia, un gigantesco falo espejado en el límite del distrito del placer. Al ser uno de los burdeles más caros y lujosos, tenía la mejor vista del océano. Cuando tenía la puerta a la vista, se quitó el abrigo y la máscara. Por debajo, llevaba un sencillo vestido negro y unos tacones negros de tiras. Era el atuendo que llevaban las mujeres que servían en Erotas, y si Perséfone tenía suerte,

se mezclaría lo suficiente para encontrar a Apolo.

Se sorprendió al ver que el interior del burdel estaba decorado de una manera más tradicional. La entrada era redonda y estaba iluminada por una gran araña de cristal. Las paredes eran rojas, decoradas con espejos y apliques ornamentados, y no había nadie a la vista mientras cruzaba por el suelo de mármol hacia una recargada escalera de princesa que conducía al segundo piso.

«Bastante fácil», pensó Perséfone mientras su mano tocaba la barandilla de hierro forjado.

—¿A dónde vas?

Perséfone se quedó helada y se giró para encontrarse a una mujer mayor vestida de color carmesí. Era bonita, delgada y tenía el pelo blanco. Supuso que tenía que ser la *madame* —o gerente— del burdel.

—Tengo un cliente —dijo Perséfone—. Me espera. Arriba.

—Mientes —dijo la mujer.

Perséfone palideció.

—Ninguna de las chicas ha ido arriba aún —prosiguió la mujer—. ¡Ven!

Perséfone vaciló, pero bajó las escaleras. La mujer estudió a Perséfone mientras se acercaba, intentando situarla.

—¿Cómo te llamas? —preguntó, entrecerrando los ojos.

—K-Kora —consiguió decir Perséfone.

—Eres nueva —dijo la mujer, y luego tocó la cara de Perséfone, como si estuviera inspeccionándola en busca de imperfecciones—. Sí, alcanzarás un alto precio.

—¿Un alto precio? —Perséfone frunció las cejas.

—Supongo que por eso te ibas. ¿Estás nerviosa por la subasta?

«¿Subasta?».

Perséfone asintió.

—No te preocupes, querida. Ven.

La *madame* pasó su brazo por el de Perséfone y la llevó a una sala debajo de la escalera. Dentro, había mujeres y hombres de todas las edades y tamaños vestidos de negro. Perséfone se preguntó por qué era el color elegido, ya que todos parecían estar en un funeral.

Cuando la *madame* y Perséfone entraron, un hombre que llevaba un paño rojo alrededor de la cintura y una máscara del mismo color se acercó con una bandeja de plata. La *madame* cogió una copa de champán y se la pasó a Perséfone.

—Bebe —dijo—. Te calmará los nervios.

Perséfone tomó un sorbo, era dulce y suave.

—Ve a relacionarte y charlar. La puja empezará pronto.

La *madame* se fue, y cuando Perséfone estuvo a solas, se le acercó

una mujer de oscuros rizos y largas pestañas. Sus labios eran de un rojo brillante y su piel de un vivo tono marrón.

—No te había visto antes —dijo—. Soy Ismena.

—Kora —dijo Perséfone—. Esto… ¿me puedes decir qué está pasando?

Ismena se rio un poco, casi como si pensara que Perséfone estaba bromeando.

—¿Es que te han sacado de la calle solamente porque eres bonita?

Perséfone abrió mucho los ojos.

—¿Hacen eso?

—Da igual —dijo Ismena—. Es una subasta. Te asignan un número y te llevan a una habitación, como un tipo de auditorio donde esperas hasta que te llamen por tu número. Después, subes al escenario y simplemente te quedas ahí de pie hasta que te dicen que te vayas.

—¿Y después?

—Te llevan a la habitación de tu postor.

Perséfone sintió ardor en el estómago.

—¿Cómo te has metido en este trabajo, por cierto? —preguntó Ismena—. No pareces nada preparada.

Perséfone se rio y dijo lo único que pudo.

—A veces no hay más elección. ¿Y qué hay de ti?

La mujer se encogió de hombros.

—Es dinero que viene bien y la mayoría de las veces esos hombres no quieren sexo. Solo quieren hablar.

Eso era bueno, porque era todo lo que Perséfone había venido a buscar: hablar y un trato.

La mujer de carmesí regresó y dio una palmada llamando la atención de todos.

—Es hora, señoras y señores.

Perséfone siguió a Ismena. Entraron en una sala adyacente donde se habían dispuesto una serie de sillas. Cuando entraron, les asignaron unos números y tomaron asiento. Uno a uno, la *madame* llamó a los hombres y mujeres y, al desaparecer en la oscuridad, a Perséfone se le aceleraba el corazón. Se preguntó qué haría Hades si descubriera que estaba a punto de subastarse al mejor postor en un burdel.

Luego se le vino a la cabeza otro pensamiento. ¿Y si no podía encontrar a Apolo?

Esperó una eternidad hasta que todos los de la sala se habían ido menos ella.

La *madame* entró.

—Es tu turno, Kora.

Perséfone se levantó y siguió a la mujer en las sombras. La dirigió a

un escenario redondo. No podía ver nada más allá, pero sabía que había gente esparcida por la oscuridad porque podía sentirlos. Un torrente de emociones la golpeó. Sintió una intensa soledad y anhelo. En el fondo, había una nota de diversión. Miró hacia la oscuridad y ofreció una media sonrisa suave.

—Estoy aquí por ti, Apolo.

La *madame* apareció desde las sombras, tan rápido como un rayo, y la agarró de la muñeca.

—¡Cómo te atreves! Se supone que esta subasta es anónima.

Una voz restalló a través de un intercomunicador.

—No le dejes un cardenal, *madame* Selene, o te enfrentarás a la ira de Hades.

«Y ahí se fue el anonimato».

La mujer inhaló bruscamente y la soltó, abriendo los ojos de par en par.

—¿Eres Perséfone?

La voz de Apolo volvió a sonar a través del intercomunicador.

—Acompañadla a mi *suite*.

Perséfone se volvió hacia la *madame*, expectante. Tardó un momento en moverse. La mujer parecía estar congelada, mirando a Perséfone como si estuviera muerta. Después de un momento se aclaró la garganta e inclinó la cabeza.

—Por aquí, milady.

La *madame* condujo a Perséfone fuera de la habitación hacia un ascensor de espejos. Cuando las puertas se cerraron, *madame* Selene miró a Perséfone a través del reflejo.

—¿Por qué has dejado que te tratara como a una de mis chicas?

Perséfone se encogió de hombros.

—Tenía curiosidad. No te preocupes, si todos los presentes esta noche guardan mi secreto, me aseguraré de que Hades nunca descubra que me has puesto las manos encima. ¿Entendido?

—Por supuesto.

Madame Selene sacó una llave y la introdujo en el panel pulsando el botón del tercer piso. Estuvieron un rato en silencio.

—¿Has venido a negociar con él? —preguntó la *madame*.

A Perséfone se le aceleró el corazón.

—¿Por qué negociaría con Apolo?

—Porque estás desesperada.

Perséfone miró fijamente a la mujer.

—Veo la desesperación cada día, mi amor. Si buscas acabar con ella, Apolo no es la respuesta, créeme.

Perséfone tensó la mandíbula.

—¿Recuerdas mi promesa de antes, *madame*? Pues harías bien en callarte.

La mujer sonrió con satisfacción y Perséfone pensó que insinuaba su maldad.

—Mis disculpas, milady.

El ascensor se detuvo y Perséfone entró en un salón bien amueblado y lujoso. La habitación estaba cubierta de sofisticadas telas, alfombras texturizadas y fabulosas obras de arte.

Perséfone se sintió nerviosa y pensó que el dios de la música podría aparecer de la nada para asustarla, pero al rodear la sala de estar, encontró a Apolo en una habitación adyacente. Estaba desnudo, relajándose en una gigantesca bañera. Cuando la vio, el dios se estiró, descansando sus pies y colocando sus brazos sobre el borde de la bañera.

—Ah, lady Perséfone —dijo—. Un verdadero placer.

—Apolo —saludó.

—¡Ven, únete a mí!

—¿No acabas de advertirle a *madame* Selene sobre la ira de Hades? Si me tocas, te cortará las pelotas y te las dará de comer.

Apolo se rio, como si disfrutara de la imagen que Perséfone acababa de darle.

—¿Me vas a negar lo que me corresponde? Después de todo te he comprado y pagado por ti.

—Entonces esa es tu pérdida —contestó ella.

Apolo se rio, entornando sus profundos ojos violeta.

De repente, las puertas del ascensor se volvieron a abrir y tres ninfas entraron en la habitación. Iban vestidas con relucientes enaguas. Una llevaba un cuenco, otra una bandeja con varias botellas y la última, una pila de toallas.

—Pon los aceites en la bañera. Ya he esperado bastante —espetó Apolo cuando se acercaron.

La ninfa con la bandeja no pareció inquietarse por la grosería del dios. Sus movimientos eran tranquilos y precisos. Dejó la bandeja, eligió una botella y midió el aceite con el tapón. Cuando la ninfa acabó, la otra esparció pétalos de rosa en la bañera de Apolo, y la última enrolló una toalla y la colocó bajo su cabeza. Una vez las ninfas terminaron, salieron de la habitación sin hacer ruido.

—¿Ha sido Sibila quien te ha dicho dónde podías encontrarme?

Perséfone lo fulminó con la mirada.

—Así que te acuerdas de su nombre.

Anteriormente se había negado a decirlo.

El dios puso los ojos en blanco.

—Me acuerdo de los nombres de todos mis oráculos, todos mis amantes, todos mis enemigos.

—¿Y no son todos lo mismo? —lo desafió Perséfone.

El dios la miró fijamente con dureza.

—Deberías tener más cuidado con tus palabras, sobre todo si has venido a pedir ayuda.

—¿Cómo sabes que he venido a por ayuda?

—¿Me equivoco?

Perséfone se quedó en silencio, y el dios se rio.

—Así que cuéntame, lady Perséfone, ¿qué es eso que quieres que tu amante no te haya ofrecido ya libremente?

Vida.

De repente, Perséfone sintió una oleada de calor a través de su cuerpo.

Odiaba estar ahí. Odiaba que hubiera tenido que acudir a Apolo en busca de ayuda. Odiaba que él supiera que estaba ahí porque Hades no podía darle lo que ella quería.

—Necesito que cures a mi amiga —dijo Perséfone. Las palabras se sintieron como espinas en su lengua. Sabía que no debía decirlas ni pedirle a Apolo que desafiara a las Moiras…, pero ahí estaba.

Apolo la miró fijamente durante un largo rato y luego echó la cabeza hacia atrás, riendo. Perséfone despreciaba ese sonido. El tono era apagado, lleno de falsa diversión. Pero cuando el dios la volvió a mirar, le centelleaban los ojos.

—¿Y por qué debería ayudar a la periodista que difamó mi nombre?

A Perséfone le temblaron las manos y apretó los puños para que el dios no se diera cuenta. Tras un pequeño silencio, habló.

—Porque estoy dispuesta a negociar.

Eso llamó la atención de Apolo. Se incorporó y se puso de pie en la bañera, completamente desnudo.

—¿Estás dispuesta a negociar conmigo? —preguntó.

Perséfone giró la cabeza, tragando saliva con fuerza. Sinceramente, ver a Apolo desnudo no era diferente a ver las estatuas del Jardín de los Dioses en la Universidad de Nueva Atenas, pero era distinto verlo en vivo en vez de en piedra.

—Sí, Apolo. Eso es lo que he dicho.

El agua chapoteó, y sin mirar, supo que había salido de la bañera.

—Esta… *amiga* debe ser muy importante para ti.

—Lo es todo.

—Eso parece —dijo Apolo con un tono de diversión en su voz—. Especialmente si estás dispuesta a desafiar a Hades y negociar

conmigo.

Perséfone miró a Apolo. Este no había hecho nada por cubrirse.

—¿Me vas a ayudar o no? No he venido aquí para tener una conversación cortés.

—¿A esto lo llamas cortés? —se burló el dios.

Perséfone apretó los puños con fuerza y Apolo entrecerró los ojos. Se preguntó si él podía notar que estaba perdiendo el control de su *glamour*.

—Ruégamelo —dijo—. De rodillas.

Perséfone estaba asqueada.

—Nunca.

—Entonces no te ayudaré.

—¡Espera! —gritó cuando Apolo estaba dándose la vuelta.

Apolo se detuvo, enarcó una ceja, y esperó.

Perséfone se esforzó por tratar de mantener su ira bajo control mientras se arrodillaba en el suelo, y cuando habló, le tembló la voz.

—*Por favor.*

—No.

Apolo comenzó a alejarse justo cuando, sin previo aviso, unas enredaderas brotaron del suelo, atrapándolo.

—Bueno, bueno, bueno… estás llena de sorpresas —dijo el dios.

—*He dicho por favor.*

Su voz era veneno. Lo torturaría y obtendría un inmenso placer de ello.

—Eres una diosa. ¡Una diosa haciéndose pasar por una mortal! —Apolo ignoró su súplica, sus ojos brillaban de emoción—. Nadie lo sabe, ¿verdad?

Eso no era exactamente cierto, pero en lugar de contestar, surgieron espinas de las enredaderas que sujetaban a Apolo. Las afiladas astillas brotaron cerca de su cara y de su polla, callándolo.

—Creo recordar que estábamos en medio de una conversación —dijo ella—, que implicaba salvar a mi amiga.

Apolo centró su mirada en Perséfone y luego intentó romper las enredaderas que lo sujetaban. Tras varios intentos, se rindió, jadeando.

—¿De qué están *hechas*?

Perséfone parpadeó, no lo sabía. Pero le sorprendió que Apolo no hubiera sido capaz de romper su magia. Tal vez su ira y odio hacia el dios tenía algo que ver con su fuerza.

Apolo la miró con ojos curiosos.

—Eres una criaturita poderosa.

—No soy una criatura.

—Sí que lo eres. Eres una *sanguijuela*, has chupado la diversión de mi noche.

—Eres tú el que lo está haciendo difícil.

—Apenas pensé que eras capaz de… —Se miró a sí mismo, y por poco no le atravesó la cara una enorme espina.

—¿De derrotarte? —le facilitó Perséfone.

—Inmovilizarme —le corrigió, y ese brillo travieso volvió a aparecer en sus ojos—. ¿Estoy en lo cierto al adivinar que esta es una de las partes favoritas de Hades?

—No estoy aquí para hablar de Hades.

—Por supuesto. Porque de ser así, tendríamos que hablar de lo obvio. No sabe que estás aquí, ¿verdad?

—¿Por qué todo el mundo me pregunta lo mismo? —se quejó—. No tengo que pedirle permiso para estar aquí.

Apolo encorvó los labios.

—Tal vez no, pero estoy seguro de que se sentirá completamente traicionado cuando descubra que has venido en busca de mi ayuda. Después de todo, la última vez ofreció un favor propio para salvarte de mí.

Perséfone ignoró el remordimiento.

—Esa fue la elección de Hades. Yo también he hecho una. Te propongo un trato, Apolo. Tú curas a mi amiga y yo… Yo…

Bueno, no estaba segura de qué hacer.

—Harás lo que yo quiera.

Odiaba lo interesado que parecía ante la idea de una petición abierta.

—No todo lo que quieras —dijo Perséfone—. No haré nada que haga daño a Hades.

—Oh, pero ya lo estás haciendo, pequeña diosa. —Hizo una pausa —. Vale. Negociaré contigo, pero solo porque esto me va a entretener.

Esperó. Quería conocer los términos de su acuerdo.

—No puedo pensar con esta espina en mi cara.

Pensó en decirle que lidiara con ello, pero decidió que debía ser un poco complaciente. Cuando se trataba de este trato, estaba a su merced.

Hizo desaparecer su magia y Apolo se estiró, aún desnudo.

—¿Es mucho pedirte que te vistas? —preguntó.

—Sí. Y ahora, ¿qué quiero de ti?

El dios consideró la pregunta mientras caminaba hacia la esquina de la habitación para coger una bata de flores. Le dio la espalda mientras se la ponía. No hizo nada para atársela, por lo que quedó abierta dejando al descubierto su desnudez. Perséfone puso los ojos en

blanco.

—Quiero que salgas conmigo.

—¿Qué? —Perséfone creía que estaba bromeando, pero la cara de Apolo le decía que no era así.

—Serás mi… *amiga*. Saldremos de fiesta juntos, iremos a eventos juntos, vendrás a mi ático…

—¿Quieres que pasemos tiempo juntos? —Algo parecía no estar bien en todo esto—. ¿Hasta cuándo?

—¿Cuánto vale la vida de tu amiga?

Perséfone no iba a contestarle.

—¿Y si nos odiamos? —Porque estaba segura de que cuando esto acabara lo odiaría aún más.

Apolo se encogió de hombros.

—Te sorprenderías de lo que puedo soportar.

Nunca había querido poner los ojos en blanco tanto ante una persona.

—¿Qué implica *ser tu amiga*? —preguntó.

—Alguien te ha enseñado bien —dijo él.

—No voy a acostarme contigo. No haré daño a la gente por ti. Y tampoco utilizaré mis poderes por ti.

—¿Algo más?

—Si no consigues curarla, se acaba el trato.

Apolo parecía pensar que eso era particularmente divertido.

—¿Si no consigo curarla? Pequeña diosa, ¿sabes a cuántos sanadores he engendrado?

—No quiero saber nada de esa parte de tu vida, Apolo.

—¿Ya has acabado con tus peticiones?

—Seis meses —dijo Perséfone—. Solo lo haré durante seis meses.

El dios se quedó en silencio mientras sopesaba su propuesta.

—Trato hecho —dijo al fin.

—¿Trato hecho? —No pudo evitar preguntarlo. No había esperado que aceptara los seis meses.

Apolo se rio entre dientes.

—¿Es tan difícil creer que te ayudaré?

—No me estás ayudando porque tengas un corazón de oro —replicó Perséfone—. Me ayudas porque de alguna manera extraña te beneficia.

Apolo se enfurruñó.

—No me insultes… Puedo rescindir mi oferta.

—¡No! —dijo ella rápidamente, y se le enrojeció el rostro. No de vergüenza, sino de enfado—. Lo siento.

El dios se quedó mirándola.

—Realmente te preocupas por tu amiga. Pero tengo que preguntártelo, ¿qué tan malo es que muera? Eres la amante de Hades. No es como si no la pudieras ver en el Inframundo.

Perséfone dudó en hablar y Apolo empezó a reírse.

—Dudas de tu relación con el Rico, ¿eh?

—Yo solo… —tartamudeó, sin saber cómo reconocer lo que Apolo estaba diciendo.

Pensó en las palabras de su madre: «Dadas las circunstancias, creo que deberías considerar lo siguiente: ¿puede realmente la hija de la primavera ser la novia de la muerte?». Era una pregunta que no iba a responder. ¿Podría existir al lado de Hades, el dios que dejaría morir a su mejor amiga? ¿Podría gobernar un mundo que era responsable del insoportable dolor que sentía?

—No puedo ser la diosa que él quiere.

Apolo resopló.

Perséfone lo fulminó con la mirada.

—¿Qué?

El dios enarcó las cejas.

—Suena como si pensaras que quiere algo más aparte de ti, que no es lo que yo presencié cuando fui a castigarte al Inframundo.

Perséfone cruzó los brazos sobre el pecho.

—¿Y tú qué sabrás, Apolo?

No le gustó lo serio que el dios se vio de repente.

—Más de lo que nunca podrías imaginar, pequeña diosa.

Sintió la verdad en esas palabras. Quería hacerle más preguntas —¿qué había presenciado realmente cuando fue al Inframundo?—, pero no quería que Apolo supiera que tenía curiosidad.

—Tú solo… cura a mi amiga, Apolo.

—Como desees, diosa. —Extendió la mano—. ¿A dónde vamos?

—Asclepio —dijo—. Segunda planta, UCI.

—Ah, sí…, el nombre de mi hijo. ¿Sabías que Hades se quejó tanto de su habilidad que mi padre lo mató?

—¿Su habilidad?

—Podía devolver la vida a los muertos —dijo Apolo—. Imagino que Hades lo llevó al Tártaro por eso.

Apolo tomó su mano y la atracción de su magia le revolvió el estómago. Olía a madera y eucalipto.

De repente estaban en la oscura habitación de Lexa, que olía a rancio. Sus padres estaban durmiendo en la esquina. El aire era pegajoso y caliente. Perséfone miró a Apolo, sorprendida al ver que tenía el rostro demacrado y serio.

—Ya veo por qué estabas desesperada por negociar —dijo—. Ya

casi se ha ido.

Ese comentario fue una afirmación de que Perséfone había tomado la decisión correcta, y como si Apolo hubiera oído ese pensamiento, encontró su mirada.

—¿Estás segura de que quieres esto?

—Sí.

Su voz era un susurro en la oscuridad, y un segundo después, el dios de la música sostenía un arco y una flecha. El arma era etérea, brillaba y resplandecía en la sombra de la habitación. Era extraño ver a un dios vestido con una bata de flores sosteniendo un arma tan majestuosa.

Apolo ensartó la flecha, las venas de su brazo se hincharon mientras tiraba de la cuerda, y la soltó sin hacer ruido. La flecha dio en el centro del pecho de Lexa y se desvaneció en una lluvia de brillante magia.

Le siguió el silencio.

Y no ocurrió nada.

—No ha funcionado —dijo Perséfone que ya tenía una sensación de terror ante la idea.

—Lo hará —dijo Apolo—. Mañana la desconectarán del respirador y se despertará y respirará por sí misma. Será un milagro viviente. Exactamente lo que querías.

Por alguna razón, esas palabras dejaron un sabor horrible en la boca de Perséfone. Volvió a mirar a Lexa, tan inmóvil como un cadáver.

—Nos vemos—dijo él—. Tus obligaciones empezarán pronto.

Y luego se desvaneció.

Y en la ruidosa UCI, Perséfone se preguntaba qué había hecho.

XVIII

LAS FURIAS

Perséfone llegó al hospital con Sibila dos horas más tarde. Estaba demasiado ansiosa para mantenerse alejada. No era que no confiara en los poderes curativos de Apolo, pero no podía quitarse de encima la sensación de que algo estaba a punto de ir terriblemente mal. Podía sentirlo como una oscuridad tangible que se acumulaba detrás de ella ganando velocidad, profundidad y peso.

¿Estaría Lexa lo suficientemente curada para cuando la desconectaran del respirador? ¿Intervendría Hades? ¿Qué pasaría cuando descubriera que había hecho un trato con Apolo? ¿Vería su decisión como una traición?

La culpa le produjo náuseas y mareos, y mientras se dirigía al ascensor con Sibila, le preocupaba que tuviera otro ataque de pánico. Se preguntó si el oráculo sentía su confusión, especialmente cuando miró en su dirección.

—¿Lo has hecho? —preguntó Sibila.

Perséfone no miró al oráculo. Mantuvo su mirada fija en el número rojo que cambiaba de planta en planta.

—Sí.

—¿Qué has ofrecido a cambio?

Había esperado poder mantener en secreto su trato el mayor tiempo posible. No quería saber lo que su amiga realmente pensaba de su elección.

—Tiempo.

Perséfone aún no había entendido del todo qué estaba aceptando cuando Apolo le había pedido su compañía, pero la duda ya le estaba calando los huesos. En las horas posteriores a su salida del hospital había repasado los términos de su acuerdo. Estaba segura de que algo se le escapaba, y que era solo cuestión de tiempo que Apolo le pidiera

que hiciera algo que no podría rechazar.

«Si Lexa está viva, habrá valido la pena», pensó.

Eso esperaba.

Cuando llegaron a la segunda planta, Jaison ya estaba ahí, sentado con los ojos cerrados en la misma silla de madera que había ocupado desde el accidente. Cuando se acercaron a él, se despertó y las miró.

—Hola —dijo Perséfone con la mayor delicadeza posible—. ¿Cómo estás?

Jaison se encogió de hombros. El blanco de sus ojos estaba amarillo, y su piel, pálida.

—¿Cuándo nos dirán algo? —preguntó Sibila.

—Tienen pensado desconectarla del soporte vital a las nueve. —Su voz sonaba apagada.

Perséfone y Sibila intercambiaron una mirada. Jaison se inclinó hacia delante y se frotó la cara con energía antes de ponerse de pie.

—Voy a por café.

Se fue y Perséfone lo observó hasta que desapareció. No era de extrañar que los mortales rogaran a Hades que les devolvieran a sus seres queridos. La amenaza de la muerte se llevaba más de una vida. El pensamiento la hizo llorar. ¿Cómo se suponía que tendría que gobernar un reino que causaba tanto dolor y que traía sufrimiento a los vivos?

—No lo sabe, ¿verdad? —preguntó Sibila.

Perséfone negó con la cabeza. Jaison aún creía que hoy iba a perder a Lexa.

—Nadie tiene que saberlo —dijo—. Deja que piensen que es un milagro.

Las dos se sentaron y esperaron. Jaison volvió con una taza de café humeante y se sentó al lado de Perséfone. No hablaron, lo que a ella ya le parecía bien. Estaba perdida en sus pensamientos, incapaz de centrarse en una sola cosa. Cuanto más se prolongaba el silencio, más crecía su ansiedad.

En algún momento, la familia de Lexa comenzó a llegar. Pronto, fueron conducidos a una habitación más grande donde habían trasladado a su amiga. Los padres de Lexa eran los que estaban más cerca de ella, luego Jaison, y varias tías, tíos y amigos de su ciudad natal, Jonia. Cada persona de la habitación se acercó a ella y se despidieron, tocándola, cogiéndole la mano o besándole la cara.

Cuando fue el turno de Perséfone, tomó la mano de Lexa y le dio un beso en su fría piel.

—Por favor… Por favor despierta.

No rezó a nadie más que a la magia de Apolo, y, para sorpresa de

Perséfone, Lexa le apretó la mano. Levantó la vista y se encontró con los ojos de Jaison, pero por su expresión no parecía haberse dado cuenta de lo que había pasado.

—Me ha apretado la mano. —La voz de Perséfone era aguda, desconocida para sus oídos, pero estaba experimentando una oleada de adrenalina.

—¿Qué? —Jaison miró a Lexa y le sujetó la otra mano.

—Lexa, Lexa, cariño. Si puedes oírme, ¡apriétame la mano!

Después de eso, hubo un frenesí de actividad. Sacaron de la habitación a todo el mundo menos a los padres de Lexa y llamaron a los médicos para que comprobaran sus signos vitales. Un rato después, el padre de Lexa fue a la sala de espera para decirles a todos que su cuerpo se había curado lo suficiente en las últimas doce horas como para soportar la actividad de soporte vital.

—Es un milagro —dijo con los ojos empañados de lágrimas—. Un milagro.

Perséfone también tenía los ojos llorosos y le temblaba el cuerpo. ¡Su sacrificio había valido la pena! Lexa había vuelto.

—Lo has conseguido —susurró Sibila, y las dos se abrazaron.

Fue entonces cuando Perséfone se dio cuenta de que Jaison estaba apartado del resto. Se acercó, vacilante.

—¿Estás bien? —preguntó.

—Sí —dijo Jaison. Se sorbió la nariz y se frotó los ojos. Tras un momento, la abrazó, liberando su respiración en un duro jadeo—. Gracias, Perséfone.

Su expresión de gratitud parecía fuera de lugar dado lo que Perséfone había hecho, así que, en vez de hablar, se quedó en silencio, abrazándolo más fuerte.

Se quedaron un rato en la sala de espera, hablando y riendo. Había una sensación extraña pero esperanzadora, como si el sol estuviera intentando brillar a través de espesas nubes negras. En algún momento, Perséfone decidió que era hora de escabullirse. Necesitaba ducharse y unas horas de sueño. Se despidió de Jaison, Sibila, la familia de Lexa y se fue.

Consiguió salir antes de que se le erizara el vello de la nuca cuando un aterrador siseo que venía de arriba le llamó la atención. Vio a tres mujeres sobrevolando el cielo con sus alas negras y coriáceas. Sus extremidades eran pálidas y negras serpientes se enroscaban alrededor de sus cuerpos. Tenían el pelo oscuro y flotaba alrededor de ellas como si estuvieran bajo el agua. Cada una llevaba una corona de agujas que parecían espadas negras.

Eran Furias, diosas de la venganza, y solo aparecían cuando alguien

rompía la ley divina.

—Perséfone, hija de Deméter.

Hablaron al unísono, y sus voces resonaban en su mente como el siseo de una serpiente.

—*Mierda.*

—Has roto una ley sagrada del Inframundo y, por lo tanto, debes ser castigada.

Sintió un escalofrío de miedo por toda la columna vertebral. No había tenido en cuenta que su decisión de ayudar a Lexa sería castigada por las tres diosas.

De repente, había serpientes reptando por sus pies. Perséfone dio un salto.

—¡Oh, no! ¡Mierda, mierda, mierda!

Intentó salir del charco de serpientes, pero se apresuraron en rodearla, reptando por sus piernas, torso y hombros. Sus escamas eran resbaladizas y ásperas, y la apretaban como cuerdas. Un débil susurro llegó a sus oídos: *castigar, castigar, castigar*. Entonces una de las serpientes le hundió los colmillos en el hombro.

Perséfone gritó. El dolor era agudo y el veneno le quemaba. De repente, se congeló. Su grito se secó en su garganta y sus piernas no respondían. Intentó moverse, pero se cayó golpeando el cemento con fuerza. Su cuerpo se sentía como si se estuviera haciendo pedazos, y de pronto todo se tornó oscuro y estaba levitando.

Apareció en el suelo del Nevernight.

Se sorprendió cuando vio que Apolo cayó de bruces junto a ella. El dios gimió y rodó sobre su espalda. Perséfone recuperó el movimiento de sus extremidades y empezó a levantarse cuando vio a Hades de pie sobre ella como una nube oscura. Había una intensa furia en sus ojos, y ella sintió que la desollaba viva con su mirada. Nunca había sentido miedo frente a él, ni siquiera después de publicar su historia sobre Apolo, pero ahora se le instaló pesado y frío en el estómago.

¿Era esto lo que se sentía al presentarse frente a Hades, rey del Inframundo, juez y castigador?

—Putas Furias —dijo Apolo mientras se ponía de pie, sacudiéndose. Perséfone miró al dios, que ahora vio a Hades—. Podrías actualizarte a algo más moderno para imponer el orden natural, Hades. Preferiría que me llevara un musculoso hombre a un trío de diosas albinas y una serpiente.

—Creía que teníamos un trato, Apolo —dijo Hades entre dientes.

Perséfone se maravilló de cómo su amante podía parecer tan calmado y aun así infundir en su voz una furia tranquila. Lo sintió en el aire, y se posó sobre su piel, poniéndole la piel de gallina.

—¿Te refieres al trato donde yo me mantengo alejado de tu diosa a cambio de un favor?

Hades no dijo nada. Apolo conocía el trato.

—Y hubiera sido más que complaciente, pero tu pequeña amante se presentó en Erotas pidiendo mi ayuda. Mientras estaba en medio de un baño, debería añadir.

—No deberías —gruñó Perséfone.

—Puede ser muy persuasiva cuando está enfadada —prosiguió, ignorándola—. La magia ayudó.

Apolo no necesitaba decir esto último; Hades sabía lo que pasaba cuando se enfadaba: perdía el control.

—Nunca dijiste que era una diosa. No es de extrañar que la robaras tan rápido.

«¿Por qué todo el mundo dice eso?», se preguntó.

—Difícilmente podía negar su petición, sobre todo porque tenía espinas afiladas apuntando a mis partes bajas.

Perséfone quería vomitar, pero miró a Hades y notó que, a pesar de la ira que nublaba su rostro, parecía estar un poco orgulloso.

—Así que hicimos un acuerdo. Un *trato*, como te gusta llamarlo.

Los ojos de Hades se oscurecieron.

—Me pidió que curara a su amiguita y, a cambio, me da… *compañía*.

—No hagas que suene asqueroso, Apolo —espetó Perséfone.

—¿Asqueroso?

—Todo lo que sale de tu boca suena como una insinuación sexual.

—¡No!

—Sí que lo hace.

—¡Basta! —La voz de Hades restalló como un látigo, y cuando Perséfone lo miró, vio fuego en sus ojos. Aunque se había dirigido a Apolo, su mirada seguía fija en ella, y sintió que desgarraba todas sus capas, exponiendo el miedo puro y real que sentía por debajo—. Si ya no necesitas a mi diosa, me gustaría hablar con ella. A solas.

—Toda tuya —dijo Apolo, que tuvo el sentido común de evaporarse y no decir nada más.

Perséfone se quedó quieta, mirando fijamente a Hades. El silencio en el Nevernight era tangible. Le pesaba sobre los hombros y le presionaba los oídos, y cuando su voz estalló de furia, quemando el silencio, prometía dolor. Ya podía sentir cómo se le rompía el corazón.

—¿Qué has hecho?

—He salvado a Lexa.

—¿Eso es lo que crees? —Echaba humo. Podía ver jirones de su *glamour* saliendo de él como si fuera humo. Nunca lo había visto

perder el control de su magia.

—Iba a morir…

—¡Estaba *escogiendo* morir! —gruñó Hades, y avanzó hacia ella. Su *glamour* se desvaneció y se detuvo frente a Perséfone despojado de su forma mortal. Parecía llenar la habitación, un infierno, extendiendo su calor, ondeando su ira, y con los ojos encendidos—. Y en lugar de honrarla con su deseo, interviniste. Y todo porque le temes al dolor.

—*Le temo al dolor* —espetó—. ¿Te vas a burlar de mí como te burlas de todos los mortales?

—No hay punto de comparación. Al menos los mortales tienen suficiente valor para enfrentarse a ello.

Se estremeció, y su ira se encendió, un dolor abrasador surgió por todas partes mientras las espinas brotaban de su piel.

—*Perséfone.*

Se acercó a ella, pero dio un paso hacia atrás. El movimiento fue doloroso e inspiró entre dientes.

—¡Si te importara, hubieras estado ahí!

—¡Estaba!

—Ni una sola vez viniste conmigo al hospital cuando tenía que ver cómo mi mejor amiga yacía inconsciente. Nunca estuviste a mi lado cuando le cogía de la mano. Podrías haberme avisado de cuándo Tánatos empezaría a aparecer. Podrías haberme dicho que estaba… *escogiendo* morir. Pero no lo hiciste. Me lo escondiste todo, como si fuera un puto secreto. *No estabas ahí.*

Por primera vez desde que las Furias la arrojaron delante de él, parecía sorprendido.

—No sabía que me querías ahí —dijo como perdido.

—¿Por qué no habría querido? —preguntó, y hubo un giro en su voz, una nota de su tristeza que no podía esconder.

—En el hospital no soy demasiado bienvenido, Perséfone.

—¿Esta es tu excusa?

—¿Y cuál es la tuya? —preguntó él—. Nunca me dijiste…

—No debería *decirte* que estuvieras ahí para mí cuando mi amiga se está muriendo. En cambio, tú actúas como si fuera… tan normal como respirar.

—Porque la muerte siempre ha sido mi existencia —espetó, cada vez más y más frustrado.

—Ese es *tu* problema. Has sido el dios del Inframundo durante tanto tiempo que te has olvidado de lo que realmente es estar al borde de perder a alguien. ¡Y en cambio, te pasas todo el tiempo juzgando a los mortales por su miedo a tu reino, su miedo a la muerte, su miedo a perder a quien aman!

Estaba un poco sorprendida por las palabras que salían de su boca. A decir verdad, no se había dado cuenta de lo enfadada que estaba hasta ese mismo momento.

—Así que estabas enfadada conmigo —dijo—. Y una vez más, en lugar de venir a mí, decidiste castigarme buscando la ayuda de Apolo.

Escupió el nombre del dios haciendo evidente su odio.

—No *intentaba* castigarte. Ya no sentía que fueras una opción cuando decidí acudir a Apolo.

Hades entrecerró los ojos.

—Después de todo lo que hice para protegerte de él…

—No te lo pedí —espetó ella.

—No, supongo que no lo hiciste. Nunca has agradecido mi ayuda, especialmente cuando no era lo que querías oír.

Sonaba tan implacable que ella se estremeció.

—No es justo.

—¿No lo es? Te ofrecí una égida e insististe en que no necesitas una escolta, y sin embargo, de camino al trabajo te abordan constantemente. Apenas aceptas que Antoni te lleve, y ahora solo lo haces porque no quieres herir sus sentimientos. Y luego, cuando te ofrezco *consuelo*, cuando *intento* entender tu sufrimiento por el dolor de Lexa, no es suficiente.

—¿*Tu consuelo*? —estalló—. ¿Qué consuelo? Cuando acudí a ti rogándote que salvaras a Lexa, te ofreciste a dejar que llorara su muerte. ¿Qué se suponía que tenía que hacer? ¿Permanecer de brazos cruzados y verla morir cuando sabía que podía evitarlo?

—*Sí* —gruñó Hades—. Eso es exactamente lo que tenías que hacer. ¡No estás por encima de la ley de mi reino, Perséfone!

Claramente no lo estaba. Las Furias habían ido a por ella.

—No veo por qué importa su muerte. Cada día vienes al Inframundo. ¡Hubieras vuelto a ver a Lexa!

—Porque no es lo mismo —espetó ella.

—¿Qué significa eso?

Lo miró fijamente con los brazos cruzados sobre el pecho. ¿Cómo iba a explicarlo? Lexa había sido su primera amiga, su *mejor* amiga, y justo cuando pensaba que tenía su vida en orden, conoció a Hades y le puso su mundo patas arriba. Lexa era lo único que la ataba a su antigua vida, ¿y ahora Hades también quería quitársela?

Lo que llevaba al problema de verdad, y dolía decirlo, porque admitía su mayor miedo.

—¿Qué pasa si tú y yo… —hizo una pausa, incapaz de pronunciar las palabras—… si las Moiras deciden deshacer nuestro futuro? No quiero estar tan perdida en ti, tan anclada en el Inframundo que no

sepa cómo existir después.

Hades entrecerró los ojos, pero cuando habló su voz sonaba desolada.

—Estoy empezando a pensar que tal vez no quieres estar en esta relación.

Esas palabras hicieron que sintiera que su pecho se hacía pedazos.

—No es lo que quería decir.

—¿Y entonces qué querías decir?

Ella se encogió de hombros, y por primera vez, sintió lágrimas en sus ojos.

—No lo sé. Solo que… justo cuando estaba empezando a descubrir quién era, llegaste tú y lo jodiste todo. No sé quién se supone que debo ser. No sé…

—Lo que quieres —dijo él.

—Eso no es verdad —le debatió—. Te deseo. Te am…

—No digas que me amas —la volvió a interrumpir—. No puedo… Ahora mismo no puedo oírlo.

El silencio que siguió la hizo sentir aún más desesperanzada. Sentía su cara húmeda, y se tocó la mejilla, limpiándose las lágrimas.

—Pensaba que me amabas —susurró.

—Y lo hago —dijo él, mirando fijamente al suelo—. Pero creo que pude haberlo entendido mal.

—¿El qué?

—A las Moiras —dijo amargamente—. Llevo esperándote tanto tiempo, que he ignorado el hecho de que raramente tejen finales felices.

—No quieres decir eso —dijo ella.

—Sí quiero. Pronto descubrirás el porqué.

Hades recobró su *glamour* y se enderezó la corbata; sus ojos estaban desprovistos de emoción. ¿Cómo podía recuperarse tan rápido cuando ella sentía que sus entrañas estaban destruidas? Luego, como si no tuviera ya el corazón roto, sus palabras de despedida le llegaron frías como el hielo e inquietantes.

—Deberías saber que tus acciones han condenado a Lexa a un destino peor que la muerte.

XIX

DIOSA DE LA PRIMAVERA

Perséfone se derrumbó en lágrimas de soledad. Al caer al suelo, las espinas que brotaban de su piel se partieron y ella gritó de dolor.

—Oh, mi amor. —Perséfone sintió la mano de Hécate en su espalda. No miró a la diosa. Sollozaba en sus manos cubiertas de sangre.

—Lo he estropeado todo, Hécate.

—Shhh —la tranquilizó la diosa—. Ven, ponte de pie.

Hécate levantó a Perséfone con cuidado de no tocar las espinas que brotaban de su cuerpo y la teletransportó a su cabaña. Sentó a Perséfone, colocó las manos sobre las espinas que le habían roto la piel y comenzó a cantar. De las palmas de sus manos emanó calor. Perséfone vio como las púas empezaban a hacerse más pequeñas hasta que nada de la dolencia fue palpable.

Cuando las heridas se curaron, Hécate le limpió la sangre y se sentó frente a Perséfone.

—¿Qué ha pasado?

Perséfone rompió a llorar de nuevo con la culpa y la agonía enfrentadas en su mente. Le contó todo a Hécate, la conversación que había escuchado sobre desconectar a Lexa del soporte vital, la visita de su madre y su excursión al distrito del placer.

—Cuando llegó el momento de perderla… no pude. —Se atragantó en un sollozo. Hécate extendió la mano y cubrió la de Perséfone—. Y mi madre solo lo empeoró. Puede que no haya consecuencias para los dioses, pero sí las hay para mí.

—Siempre hay consecuencias. La diferencia entre tú y otros dioses es que a ti te importan.

Perséfone se quedó en silencio un momento, y luego repitió lo que Hades le había dicho.

—He condenado a Lexa a un destino peor que la muerte. —Hizo una pausa—. Yo solo la quería conmigo.

—¿Por qué te aferras al reino mortal?

Perséfone miró a Hécate.

—Porque es donde pertenezco.

—¿De verdad? —preguntó—. ¿Y qué hay del Inframundo?

Cuando Perséfone no respondió, Hécate sacudió la cabeza.

—Querida, estás intentando ser alguien que no eres.

—¿Qué quieres decir? Lo único que he intentado hacer es ser yo misma.

Y eso había sido más difícil de lo que nunca hubiera imaginado.

—¿Ah si? —preguntó—. Porque la persona sentada frente a mí no se corresponde con la que veo debajo.

—¿Y a quién ves debajo? —preguntó Perséfone. Su voz rozaba el sarcasmo.

—La diosa de la primavera —contestó—. La futura reina del Inframundo, esposa de Hades.

Esas palabras le dieron escalofríos.

—Te estás aferrando a una vida que ya no te sirve. Un trabajo que te castiga por tus relaciones, una amistad que podría haber florecido en el Inframundo, una madre que te ha enseñado a ser una prisionera.

Perséfone se enfadó ante esas palabras.

—Y si necesitas más pruebas de que estás negándote a ti misma, mira en cómo tu magia se está manifestando. Si no aprendes a quererte, tus poderes te destrozarán.

Perséfone se sentía confundida.

—¿Qué quieres decir Hécate? ¿Que debería dejar mi vida en el mundo de los mortales?

Hécate suspiró.

—Piensas en extremos —dijo Hécate—. Tú eres o una diosa o una mortal, vives o en el Inframundo o en el mundo de los mortales. ¿No lo quieres todo, Perséfone?

—Sí —dijo con frustración—. Por supuesto que lo quiero todo, ¡pero no dejan de decirme que *no puedo*!

Una lenta sonrisa se dibujó en el rostro de Hécate.

—Crea la vida que tú quieres, Perséfone, y deja de escuchar a los demás.

Perséfone parpadeó, asimilando las palabras de Hécate.

«Crea la vida que tú quieres».

Hasta ese momento, creía saber qué tipo de vida quería, pero ahora se estaba dando cuenta de que las cosas habían cambiado desde que conoció a Hades. A pesar de su lucha por aceptarse y entender su

poder, él había cambiado algo dentro de ella. Con él, llegaron nuevos deseos, nuevas esperanzas, nuevos sueños, y no había manera de alcanzarlos sin dejar ir los antiguos.

Tragó con fuerza con los ojos llorosos.

—Lo he fastidiado, Hécate —dijo.

—Como todos hacemos —contestó la diosa, levantándose—. Y como todos lo haremos. Ahora vamos a canalizar parte de ese dolor y limpiar el desastre que has dejado en la arboleda. Considéralo una práctica.

Perséfone no le discutió, se encontraba extrañamente motivada.

Las dos salieron de la cabaña de Hécate y se dirigieron hacia la arboleda. Perséfone supo que estaban cerca porque podía oler la fruta podrida; una terrible mezcla de azúcar y descomposición.

—El objetivo es recoger todos los trozos muertos y convertirlos en granadas maduras —dijo Hécate.

—¿Cómo lo hago?

—De la misma manera que lo destrozaste, excepto que quieres controlar cuánto poder utilizas.

Perséfone no estaba segura de poder hacerlo, pero se acordó de la vez que estuvo con Hades y cómo le enseñó a concentrarse en su poder. Ese recuerdo le provocó un dolor en el pecho de una manera que nunca creyó posible.

«La magia es equilibrio: un poco de control, un poco de pasión. Así es como funciona el mundo».

—Imagínate la granada entera, de un delicioso color carmesí.

La voz de Hécate se desvaneció mientras Perséfone se concentraba en su tarea.

«Cierra los ojos», escuchó que Hades le susurraba al oído, y obedeció mientras se le entrecortaba la respiración en la garganta. Podría jurar que sintió el roce de su mejilla contra la de ella.

Siguió susurrando: «Dime qué sientes».

«Calor», pensó.

«Concéntrate en eso».

Al igual que antes, comenzó en su estómago y lo alimentó, torturada por los pensamientos de Hades.

«¿Dónde sientes calor?».

—En todas partes —susurró, y se imaginó todo ese calor en sus manos, la energía crecía con tanto brillo que a duras penas podía mirarlo, era como tener el sol o una estrella moribunda en las palmas de las manos.

«Abre los ojos, Perséfone».

Podía jurar que su aliento le acariciaba la piel.

Los abrió y en sus manos vio la resplandeciente imagen de una granada. Respiró profunda y deliberadamente, llevó sus manos hacia la tierra y, al hacerlo, pedazos de carne podrida se levantaron del suelo y se apilaron. En poco tiempo, la arboleda olía a fruta fresca y madura, y varias granadas enteras y rojas yacían a sus pies.

Cuando miró a Hécate, la diosa estaba claramente sorprendida.

—Muy bien, mi amor —dijo.

Perséfone habría sonreído, pero descubrió que su éxito en restaurar las granadas fue eclipsado por una aguda tristeza. Hizo que el mundo le pesara y su cuerpo se sentía lento. Parpadeó rápidamente con la esperanza de poder mantener las lágrimas a raya.

No estaba segura si Hécate podía sentir su confusión, pero la diosa la distrajo rápidamente.

—Ven, tal y como te prometí, voy a enseñarte a hacer veneno.

Las diosas regresaron a la cabaña y Perséfone se sentó al lado de Hécate, quien había recogido y empaquetado diversas variedades de plantas.

—¿Qué es todo esto?

—Lo típico. Cicuta, dafne, belladona, oronja verde, trompeta de ángel, curare…

La diosa explicó qué partes de cada planta eran letales y cuánto habría que utilizar de cada una para matar a un objetivo. También parecía deleitarse en explicar *cómo* mataba la planta.

—¿Qué le haría el veneno a un dios? —preguntó Perséfone.

Un asomo de sonrisa apareció en los labios de la diosa.

—¿Piensas en envenenar a Apolo?

Perséfone sintió cómo se le enrojecían las mejillas.

—¡N-no!

Hécate se rio en voz baja.

—No te sientas culpable por contemplar el asesinato, querida. La mayoría de los dioses han hecho cosas peores.

Perséfone sabía que eso era cierto.

—El veneno apenas tendría impacto alguno en Apolo, excepto que se pondría muy enfermo, lo que sería igual de divertido. Hablando de no haber consecuencias…

Perséfone se rio y se guardó esa información para más tarde.

Estuvieron un rato machacando hojas y aceites en poderosos brebajes hasta que a Perséfone le dolieron las manos de utilizar el mortero y los ojos le escocían por el fuerte aroma de las plantas. En un momento dado, empezó a frotarse los ojos, cuando Hécate la sujetó por la muñeca.

Perséfone se sobresaltó por la sorpresa. No sabía que Hécate podía

moverse tan deprisa.

—No lo hagas.

Hécate condujo a Perséfone a una pila. Se lavaron las manos y luego se dirigieron a los Campos Asfódelos.

—He acabado tu vestido para el Solsticio de Verano —dijo Hécate.

A Perséfone se le revolvió el estómago. Sabía qué estaba intentando hacer la diosa. Ya había encargado una nueva corona para que Perséfone la llevara para la ocasión. Estaba intentando convertirla en una especie de reina, y con la reciente pelea con Hades, eso le provocaba ansiedad.

Cuando Perséfone y Hécate llegaron, las almas se arremolinaron. No estaba segura de por qué, pero su emoción, bondad y clara devoción, la hicieron llorar. Tal vez tenía algo que ver con su conversación con Hécate. Siempre supo que las almas del Inframundo la consideraban una diosa. Más que eso, la aceptaron inmediatamente como parte de su mundo e insinuaron su potencial para convertirse en reina del Inframundo, y todo lo que ella había hecho era resistirse.

Tenía miedo.

Miedo de que de alguna manera los decepcionara. Como había decepcionado a su madre. Como había decepcionado a Hades.

Respiró hondo, tragando con fuerza esa gran emoción que sentía en su garganta, y fingió que todo estaba bien. Ayudó a ultimar las decisiones para la celebración del solsticio, probó muestras de varias comidas, aprobó la decoración y jugó con los niños antes de volver al mundo de los mortales.

Cuando llegó a casa se derrumbó.

Sibila no le hizo ninguna pregunta. Lo más probable era que ya hubiera adivinado qué había pasado. El oráculo solo la abrazó mientras ella lloraba hasta que se quedó dormida.

Antes de ir al trabajo al día siguiente, Perséfone se pasó por el hospital y se encontró con que Lexa estaba dormida.

—Se despertó brevemente —dijo Eliska—. Pero estaba muy confundida. El médico le dio un sedante.

—¿Confundida?

La ansiedad de Perséfone se disparó haciendo que el estómago se le revolviera.

—Creen que es psicosis temporal —explicó—. Es normal en pacientes que han estado en la UCI.

Psicosis. Temporal.

Su alivio fue inmediato. Probablemente era demasiado esperar que Lexa se recuperara. Aun así, Perséfone había dejado crecer sus esperanzas. Había pensado que la magia divina funcionaría de manera

diferente a la medicina tradicional. Que cuando Apolo hablaba de milagros, significaba saltarse también la recuperación.

—Perséfone, ¿estás bien? —preguntó Eliska.

La diosa cruzó la mirada con la mortal y asintió.

—Sí, estoy bien. ¿Me… enviarás un mensaje cuando Lexa despierte?

—Por supuesto, querida. —Hizo una pausa, estudiándola. Fuera lo que fuera lo que Eliska estuviera viendo en la expresión de Perséfone, la hizo sospechar, porque volvió a preguntar—: ¿Estás segura de que estás bien?

«No», pensó Perséfone. «Mi mundo entero se está desmoronando».

Asintió con la cabeza.

—Sí, solo… cansada. —Se sintió tonta al decir eso. Eliska también estaba cansada.

—Lo entiendo. Prometo escribirte tan pronto como Lexa se despierte.

Se acercó a Perséfone y la abrazó con fuerza.

—Estoy muy agradecida de que Lexa tenga una amiga como tú.

Perséfone tragó con fuerza y las lágrimas se asomaron en sus ojos. Las palabras de Hades volvieron a resonarle en la mente: «Deberías saber que tus acciones han condenado a Lexa a un destino peor que la muerte».

Esas palabras se habían pegado a ella como una sanguijuela sedienta de sangre. Le provocaban dolor en la cabeza y en el corazón. Le daban ganas de gritar.

«No soy una buena amiga. No soy una buena amante. No soy una buena diosa».

El trabajo fue incómodo.

Perséfone no se sentía a gusto al lado de Demetri desde que descubrió el trato que había hecho con Kal Stavros. Se dio cuenta de que ella había hecho casi lo mismo, pero de alguna manera su situación parecía diferente.

O más bien se decía a sí misma que era diferente.

Para empeorar las cosas, Demetri le asignó tareas de baja categoría, como hacer fotocopias, verificar el trabajo de otros compañeros e investigar una ley de privacidad para él. Le había enviado la lista de tareas en un correo electrónico con la fecha límite al final de ese día, lo que quería decir que no podía trabajar en ninguna de las historias que tenía en cola.

Llamó a la puerta de Demetri, que estaba abierta.

—¿Tienes un momento? —preguntó cuando levantó la vista de su *tablet*.

—La verdad es que no —dijo—. ¿En otro momento?

—Es por la lista de tareas.

Demetri se quitó las gafas y la miró fijamente.

—Son tres cosas, Perséfone. No puede ser tan difícil.

Su comentario la puso nerviosa.

—No lo es —espetó—. Pero tengo otras historias…

—Hoy no —la cortó—. Hoy tienes tres cosas que acabar antes de las cinco.

Perséfone apretó los dientes con tanta fuerza que pensó que se le rompería la mandíbula.

—Cierra la puerta al salir.

La cerró de un portazo. Probablemente no era la mejor jugada, pero peor hubiera sido dejarlo lleno de agujeros de las espinas que quería lanzarle. Tomó aire varias veces y decidió que lo mejor sería cumplir con las tareas que Demetri le había asignado.

Cuando acabó, pudo revisar la información que había recabado durante las últimas semanas, intentando decidir su próxima historia.

Tenía varias opciones disponibles y un millón de líneas de investigación, pero la información que más la atraía siempre incluía a su madre. La diosa de la cosecha debería ser rebautizada como la diosa del castigo divino porque definitivamente era una aficionada a la tortura, y sus métodos eran despiadados; a menudo obligaba a los mortales a morirse de hambre o los maldecía con un hambre insaciable. A veces, cuando estaba realmente enfadada, provocaba escasez de alimentos, matando a poblaciones enteras.

«Mi madre es la peor», pensó Perséfone.

Cuando llegó la hora del almuerzo, Perséfone se entretuvo pensando en escribir sobre Deméter. Podía ver el titular en letras negras y gruesas: «La maternal diosa de la cosecha priva de alimentos a poblaciones enteras».

Luego se encogió, imaginándose las consecuencias.

Era bastante probable que Deméter se vengara de la única manera que Perséfone se podía imaginar: revelar que en verdad era su hija.

Con ese pensamiento, Perséfone se fue de la Acrópolis y se encontró con Sibila en el Café Miteco para comer.

Su mente era un caos e iba en todas direcciones. Pensaba en la recuperación de Lexa y en la ira de Hades, lo que hacía que le costara centrarse en lo que le estaba diciendo el oráculo y a su vez eso la hacía sentirse culpable porque Sibila tenía buenas noticias.

—Esta semana me han ofrecido un trabajo —estaba diciendo, lo

que llamó la atención de Perséfone—. En la Fundación Ciprés.

A Perséfone se le iluminó la cara.

—¡Oh, Sibila! Me alegro tanto por ti.

—Debería agradecértelo —dijo—. Seguro que tú eres la razón por la que me han escogido.

Perséfone negó con la cabeza.

—Hades sabe reconocer el talento cuando lo ve.

La oráculo no parecía tan segura.

Perséfone no podía explicar por qué, pero su emoción por Sibila disminuyó rápidamente, y se le instaló una sensación de opresión en el pecho. Era una mezcla de sentimientos. Culpa, desesperanza y un montón de pensamientos no expresados.

—Tengo que pasar tiempo con Apolo —dijo de repente.

Sibila miró fijamente a Perséfone.

—Ese es el trato —explicó Perséfone—. Solo… quería que lo supieras.

—Me alegra que me lo hayas contado —respondió, y Perséfone no pudo evitar pensar que estaba siendo demasiado amable, demasiado comprensiva.

—¿Te acuerdas en la gala, cuando me dijiste que mis colores y los de Hades estaban…?

Se le entrecortó la voz, y la pregunta se le quedó en la punta de la lengua. Sibila la estaba escrutando con la mirada y Perséfone apretó los labios con fuerza. No estaba segura de si era porque estaba intentando evitar decir algo de lo que se arrepentiría, o si estaba tratando de no sonreír. En cualquier caso, Perséfone se lo preguntó.

—¿Aún están… enredados?

—Sí —dijo en voz baja—. Ojalá pudieras verlo. Es hermoso, sensual y caótico.

Perséfone se rio sin ganas.

—Lo caótico está bien.

Sibila sonrió.

—Bueno, ya dije que era un embrollo.

Perséfone le dirigió una mirada inquisitiva.

—Es lo que ocurre cuando dos personas poderosas se conocen.

—¿Discordancia? —preguntó Perséfone.

—Y pasión y felicidad. —Sibila ahora tenía una gran sonrisa.

Perséfone desvió la mirada. Definitivamente ella y Hades tenían todo eso, ¿sería posible recuperarlo? ¿Después de todo lo que ella había hecho?

Sibila puso una mano sobre la de Perséfone.

—Siempre estuviste destinada a la grandeza, Perséfone, pero llegar

hasta ahí será la guerra.

Perséfone se estremeció.

—No una guerra literal, ¿verdad?

Sibila no le respondió.

Se marcharon en direcciones opuestas, Perséfone al trabajo y Sibila al hospital a visitar a Lexa. Perséfone no sabía nada de Eliska, así que asumió que su mejor amiga aún tenía que despertarse. Ese pensamiento la inquietaba. ¿Quería decir que la magia de Apolo no había funcionado? Apartó esos pensamientos. Apolo era un dios antiguo y tenía mucha experiencia con su magia.

«Lexa aún se está curando. Está cansada», se dijo Perséfone. «Necesita descansar».

Cogió un atajo para llegar a la Acrópolis. Estaba acostumbrada a evitar la atención de los periodistas y los rabiosos fans de los divinos, y eso significaba no pasar por las calles principales y elegir los estrechos callejones. Aunque no eran tan agradables como las aceras bien ajardinadas de Nueva Atenas, había aprendido que era la manera más fácil de llegar a donde quería en el menor tiempo posible. Había menos gente, y a los que se encontró no parecía importarles que estuviera ahí. Precisamente por eso se dio cuenta de que había un gato blanco con unos grandes ojos verdes que la seguía.

Supo por sus gestos —extrañamente humanos y atentos— que la criatura era una cambiaformas. Los cambiaformas no utilizaban *glamour* para enmascarar la apariencia. Su biología les permitía cambiar de aspecto, lo que quería decir que Perséfone no podía ver lo que eran bajo su forma animal.

Perséfone siguió caminado durante un rato fingiendo que no se había dado cuenta de que el gato vagaba con ella por los callejones. Cuando estuvo lo suficientemente fuera de vista de cualquier curioso, se detuvo. El gato pareció sorprenderse y también se detuvo.

Luego, como si se acordara de que era un gato, la criatura empezó a lamerse la pata.

«Qué asco», pensó Perséfone. «El suelo no está limpio».

—Transfórmate —le ordenó.

Si como sospechaba, lo había enviado Hades, el cambiaformas no tendría otra opción que exponerse. A pesar de ello, el gato intentó huir. Claramente no esperaba que Perséfone se enfrentara a él.

A mitad de la carrera, su cuerpo se enderezó y creció, transformándose en una mujer delgada que ahora se había quedado quieta. Era alta e iba vestida con una armadura dorada. Su pelo oscuro estaba recogido en una trenza y caía sobre su hombro hasta la cintura. Perséfone observó que llevaba varias armas adheridas a su cuerpo:

una larga espada en la cadera, un juego de cuchillos cruzados en la espalda y una daga alrededor de su muslo desnudo.

Era una *égida* y una amazona, una hija de Ares criada para la brutalidad y la guerra. Se arrodilló sobre una pierna, presionando una mano en el pecho.

—Milady —dijo.

—No lo hagas. —La voz de Perséfone fue severa, y la guerrera se encontró con su mirada y se levantó—. ¿Te ha enviado Hades?

—Es un honor serviros, milady.

—Yo no lo he pedido —dijo Perséfone.

—Lord Hades se preocupa por vos. Os mantendré a salvo.

Realmente odiaba la forma en que esas palabras hacían florecer la esperanza en su pecho.

—No necesito que me mantengas a salvo. Puedo cuidar de mí misma. He vivido en el mundo mortal durante años y, créeme, si una amazona viene a rescatarme, solo me hará las cosas más difíciles.

La mujer levantó la cabeza, desafiante.

—Haré lo que me ordene lord Hades.

—Entonces hablaré con lord Hades —contestó Perséfone, y giró sobre sus talones.

—*Por favor.*

Perséfone se detuvo por el temblor en la voz de la amazona. Se giró para encarar a la mujer.

—No debería esperar que os importara, pero necesito esto. Necesito este cargo. Necesito este honor.

—¿Por qué? —Perséfone sentía verdadera curiosidad, pero no le gustaba el cambio que inspiraba en la amazona.

La mujer se miró los pies y dejó caer los hombros. Fuera cual fuera su motivo, era una carga.

—No quiero exponer mi vergüenza —dijo después.

Siguió un tenso silencio.

—¿Cómo te llamas? —preguntó Perséfone.

La mujer parecía desconcertada.

—Podéis llamarme Égida, milady.

—Preferiría llamarte por tu nombre —respondió Perséfone—. Al igual que prefiero que me llames Perséfone.

—Lord Hades…

—La verdad es que me gustaría que el personal de Hades dejara de decirme lo que le gusta y lo que no. Claramente, él no ha tomado esa consideración por mí.

Se arrepintió de ese arrebato.

Pero la mujer sonrió.

—No pasa nada. —Hizo una pausa—. Me llamo Zofie.

—Zofie. —Perséfone dijo su nombre—. Si tanto significa para ti, no te voy a despedir.

Pero tendría una charla con Hades… Cuando decidiera volver a hablarle.

—Gracias…, Perséfone.

—Voy tarde —dijo, y comenzó a retroceder, y entonces señaló lo que la mujer llevaba puesto—. Luego hablaremos de la armadura.

Zofie avanzó.

—Lord Hades dijo que no os perdiera de vista.

Perséfone puso los ojos en blanco.

—No puedo llevarte a mi oficina, Zofie… No así vestida *o* como un gato.

—No me importa esperar fuera —se ofreció.

Perséfone suspiró.

—De acuerdo. Ya hablaremos de eso más tarde también.

Perséfone salió del callejón y su nueva égida la siguió. Tenía muchas preguntas para la mujer. Concretamente, de dónde era y por qué era tan importante para ella mantener esa posición. Perséfone no se había podido negar cuando vio la mirada de Zofie porque la había reconocido. Era la desesperanza.

Se preguntó si el dios de los muertos había escogido a esa égida estratégicamente, sabiendo que Perséfone no podría privar a Zofie de su sueño.

XX

COMPETICIÓN

Perséfone decidió ocuparse primero de la armadura de Zofie.

Al salir del trabajo, la amazona caminó junto a ella hacia el Lexus de Hades y entró de un salto.

—Al The Pearl, Antoni.

Se preguntó si Afrodita estaría en la *boutique*. Como Zofie era empleada de Hades y le había asignado custodiar a Perséfone en el mundo de los mortales, no le importaría que le cargara ropa, zapatos y accesorios a su cuenta.

Y si lo hacía, bueno, era su culpa por desautorizarla.

Antoni echó una ojeada por el espejo retrovisor.

—Veo que has conocido a Zofie —dijo.

—No me digas que ya lo sabías, Antoni.

El cíclope agachó un poco la cabeza, como para esconderse de la frustración de Perséfone.

—Creo que era inevitable, milady.

Perséfone no respondió. Miró por la ventana mientras pasaban por delante de edificios de mármol blanco, iglesias estoicas y apartamentos coloridos hasta que llegaron a la tienda de Afrodita. Perséfone cogió a Zofie, que protestó con un gran quejido.

—Shhh —le ordenó—. Nadie deja que un gato entre en una tienda por voluntad propia.

Salió de la limusina y entró en la tienda.

—No sabía que te iban las gatitas —dijo Afrodita, que se apareció tan pronto como Perséfone sentó al gato en el suelo.

La diosa iba un poco más tapada de lo normal, llevaba un vestido de seda color champán con estampado de flores. Tenía tirantes finos, le llegaba hasta la mitad de los gemelos y parecía más un camisón que algo que llevar en público, pero Perséfone estaba descubriendo que

ese era el *modus operandi* de Afrodita.

—Transfórmate —le ordenó Perséfone y Zofie se convirtió en humana de nuevo.

Afrodita entrecerró los ojos.

—Una hija de Ares —dijo—. No me sorprende.

Perséfone la miró confundida.

—¿Qué quieres decir?

—Hades solo te asignaría lo mejor para protegerte.

Zofie inclinó la cabeza.

—Es un honor que lo digáis, lady Afrodita.

La diosa del amor ofreció una media sonrisa, pero no era amable.

—Por supuesto. Todo el mundo sabe que las amazonas son despiadadas, agresivas y tienen mucha sed de sangre. Sois todas como vuestro padre.

Zofie se puso rígida a su lado y Perséfone se preguntó por qué la diosa tenía la necesidad de ser tan cruel.

—Afrodita, esperaba poder comprarle un nuevo armario a mi égida —dijo Perséfone rápidamente—. Necesito que pase desapercibida si va a… *protegerme*.

Era duro para Perséfone decir esa palabra. No quería necesitar protección. Quería protegerse a sí misma, pero ahora mismo, después de lo que había pasado hace unos días, era probable que se acabara haciendo pedazos a sí misma.

—¿Cuál es el problema? ¿La moda de los tiempos de guerra es demasiado ostentosa para ti?

Perséfone le dirigió a Afrodita una mirada aburrida mientras empezaba a sacar la ropa de los estantes y se la daba a los dependientes.

—¿Qué colores te gustan, Zofie? —preguntó Perséfone.

—No lo sé —dijo—. Nunca lo he pensado.

Perséfone hizo una pausa y la miró.

—¿Nunca lo has pensado?

—Somos guerreras, lady Perséfone.

—Eso no quiere decir que no puedas disfrutar de la moda —comentó Perséfone, y se rio para sí misma. Sonaba como Lexa.

Cuando los brazos de los dependientes estuvieron abarrotados de ropa, Perséfone acompañó a Zofie a uno de los probadores y se sentó. Afrodita ganduleaba cerca.

—¿Cómo va tu vida amorosa? —preguntó Afrodita.

—¿Por qué siempre me preguntas lo mismo?

Esa pregunta la frustraba por razones obvias. No había visto a Hades desde su pelea, y desde entonces se había atormentado sobre el

estado de su relación.

—Nunca antes te lo había preguntado. Normalmente puedo olerlo.

Perséfone puso los ojos en blanco, aún repugnada por las inusuales habilidades de Afrodita.

—Entonces supongo que ya tienes tu respuesta.

Perséfone no miró a Afrodita. Miraba fijamente la cortina por donde Zofie había desaparecido.

—Puede que no estés teniendo sexo, pero aún lo amas —dijo Afrodita.

—Pues claro que amo a Hades.

Nadie necesitaba magia para verlo.

—¿Se lo has dicho?

—Lo intenté —dijo.

«No digas que me amas».

Afrodita se quedó en silencio durante un largo rato.

—Nunca le he dicho a nadie en serio que lo amaba —dijo.

—¿Y qué hay de Hefesto?

—Nunca le he dicho que lo amaba.

Hubo una pausa incómoda.

—¿Es porque lo amas de verdad? —preguntó Perséfone.

Afrodita no contestó y Zofie escogió ese momento para salir del probador con un vestido azul entallado que la hacía lucir notablemente bronceada y acentuaba su condición física.

—¡Oh, Zofie! Estás preciosa.

La amazona se puso roja y se colocó delante del espejo, alisando la tela con las manos.

—No es muy cómodo para luchar —comentó, intentando sacar los pies y agacharse.

—Oh, cariño. Si a esta edad no puedes luchar con tacones y un vestido entallado, ¿cómo puedes llamarte una guerrera? —preguntó la diosa del amor.

Perséfone no sabía decir si Afrodita lo decía en serio o no. Era fácil para un inmortal decir algo así. Los dioses eran prácticamente invencibles.

—Esperemos que no tengas una razón para luchar mientras me proteges —dijo Perséfone.

Zofie volvió a desaparecer por la cortina. Se probó varios conjuntos; prefería los pantalones de traje a las faldas y los vestidos. Perséfone consiguió convencer a la amazona de que se comprara un vestido que llegaba hasta el suelo del mismo azul del primero que se probó, argumentando que, si la guerrera iba a ser su égida, tendría que acudir a eventos formales.

Cuando acabaron las compras, Perséfone y Zofie se quedaron fuera de la tienda de Afrodita.

—¿Tienes casa? —preguntó Perséfone.

—Mi casa está en Terme —contestó Zofie.

Eso estaba al norte y a varios cientos de kilómetros.

—¿Tienes donde quedarte aquí en Nueva Atenas?

Zofie parecía confundida.

—Debo ir a donde vos vayáis, Perséfone.

Tuvo un pensamiento.

—¿Dónde te habrías quedado si no te hubiera descubierto?

—Fuera —dijo.

—¡Zofie!

—No pasa nada, milady, soy fuerte.

—De eso no tengo ninguna duda. Pero no voy a dejar que duermas fuera, seas un gato u otra cosa. Por ahora puedes dormir en el sofá.

Ya volverían a organizar cómo dormirían cuando Lexa volviera a casa. Por ahora, Sibila se había quedado con la cama de Lexa y no era probable que Perséfone durmiera en el Inframundo durante las próximas semanas.

—No puedo dormir —dijo Zofie.

—¿Qué quieres decir?

—No necesito dormir. ¿Quién os vigilará si no estoy despierta?

—Zofie, todo este tiempo he sobrevivido sin que me raptaran. Estoy segura de que no me pasará nada.

Pero cuando esas palabras salieron de su boca, sintió que una magia extraña se apoderaba de ella y el familiar tirón de ser absorbida por el vacío.

Alguien la estaba obligando a teletransportarse.

—Zofie…

La amazona abrió los ojos de par en par y lo último que vio antes de desvanecerse fue la mirada decidida de Zofie mientras la alcanzaba.

Un segundo después, Perséfone fue lanzada al medio de una multitud que gritaba. El aire era brumoso y pegajoso. Olía a tabaco y a sudor.

—¡Aquí estás! —Apolo le rodeó el cuello y la apretó contra él. Estaba sudado y vestía de forma informal con un polo y vaqueros.

—¿Qué mierda es esta, Apolo? —le exigió Perséfone, apartándose salvajemente, pero el dios la agarró fuerte, arrastrándola a través de la multitud hacia un pequeño escenario en la parte delantera de la habitación—. Tenemos un trato, diosa —le susurró al oído.

Odiaba sentir su aliento en su piel. Debería haber esperado que Apolo la raptara en cualquier momento. Era una parte del trato que se

había olvidado aclarar, y ahora se arrepentía.

Fue empujada bajo unas brillantes luces. La cegaron y hacían que todo el lugar pareciera más oscuro, así que era difícil decir cuánta gente había en la multitud frente a ella.

Apolo cogió el micrófono.

—¡Gente, aquí está Perséfone Rosi! Seguramente la conoceréis como la amante de Hades, ¡pero esta noche será nuestra jurado y verduga! —gritó.

La gente estalló en abucheos y vítores.

Apolo devolvió el micrófono a su soporte y alcanzó el brazo de Perséfone. Ella retrocedió, pero el dios le puso la mano en la espalda y la guio hacia una silla a un lado del escenario.

—Deja de tocarme, Apolo —dijo entre dientes.

—Deja de actuar como si no te gustara —respondió el dios.

—No me gustas. Que me gustaras no era parte del trato —espetó.

Los ojos de Apolo centellearon.

—No me opongo a terminar nuestro acuerdo, Perséfone, si puedes vivir con la muerte de tu amiga.

Perséfone lo fulminó con la mirada y se sentó. Apolo sonrió.

—Buena chica. Ahora vas a quedarte aquí sentada con una sonrisa en esa bonita cara y vas a juzgar esta competición por mí, ¿lo entiendes?

Apolo le dio una palmadita en la cara. Quería patearle las pelotas, pero se contuvo, agarrándose a los brazos de su silla. Cuando el dios se volvió hacia la multitud, empezaron a corear su nombre. El dios los alentó moviendo los brazos en el aire.

—Señoras y señores del Lira, tenemos a un contrincante entre nosotros.

El público abucheó y Perséfone se sintió aliviada porque por fin sabía dónde estaba. El Lira era un local en Nueva Atenas donde actuaban músicos de todo tipo. Estaba en el distrito de las artes, en las afueras de la ciudad.

—¡Un sátiro que dice ser mejor músico que yo!

Se escucharon más abucheos del público.

—¿Y sabéis qué le digo a eso? ¡Demuéstralo!

Se alejó del micrófono con el rostro inundado por la luz del escenario.

—¡Traed al contrincante!

Hubo una interrupción y Perséfone miró mientras la multitud se separaba. Dos hombres corpulentos arrastraban a un sátiro. Era joven, y su cabello rubio era un nido de rizos. Tenía la mandíbula apretada y el pecho le subía y bajaba rápidamente, delatando su miedo, pero

tenía los negros ojos entrecerrados y fijos sobre Apolo, con un odio que Perséfone podía sentir.

—¡Sátiro! Tu arrogancia será castigada.

La multitud gritó con entusiasmo y Apolo hizo un gesto para que trajeran al joven. Lo empujaron hacia el escenario y tropezó, cayendo de rodillas. Perséfone vio como Apolo invocaba un instrumento de la nada. Parecía una especie de flauta, y cuando el sátiro lo vio, abrió mucho los ojos. Claramente era importante para él.

Apolo se lo lanzó y el sátiro lo atrapó contra su pecho.

—Tócalo —le ordenó el dios—. Muéstranos tus talentos, Marsias.

Por un momento, el chico pareció aún más asustado al escuchar que su nombre salía de los labios del dios, y entonces Perséfone lo vio ponerse de pie con expresión decidida.

Marsias se puso la flauta en los labios y empezó a tocar. Al principio, Perséfone apenas podía oír la música que creaba por el revuelo de la multitud. No podía evitar pensar que parecían estar bajo algún tipo de hechizo, pero poco a poco se fueron quedando en silencio. Perséfone observó a Apolo, y se fijó en cómo apretaba los puños y en la tensión de sus hombros. Claramente no esperaba que el sátiro fuera tan bueno.

Su música era hermosa, dulce e iba *in crescendo* llenando toda la habitación, filtrándose en los poros y entrelazándose con la sangre. De alguna manera, sabía exactamente cómo dirigirse a cada emoción oscura, cada recuerdo doloroso, y hacia el final, Perséfone estaba llorando.

La multitud estaba callada, y Perséfone no sabía decir si estaban anonadados o si Apolo, con su magia, estaba evitando que reaccionaran, así que ella empezó a aplaudir y lentamente, el resto se fueron uniendo, silbando, vitoreando y coreando el nombre del sátiro. Apolo se puso colorado y le lanzó una mirada amenazadora a Perséfone y al joven antes de invocar su propio instrumento, una lira.

Mientras rasgueaba, surgía una bonita melodía y cada nota parecía durar más que la anterior. Era un sonido extraño y etéreo, uno que no calmaba, sino que exigía atención. Perséfone se sintió como si estuviera al borde de su asiento y no podía entender por qué. ¿Tenía miedo de Apolo? ¿O estaba esperando a que la música se transformara en algo más?

Cuando terminó, la multitud estalló en aplausos.

Perséfone sintió como si una mano invisible le hubiera agarrado el corazón y luego lo hubiera soltado. Se hundió en su silla respirando profundamente.

Apolo hizo una reverencia a la multitud y luego se volvió hacia

Perséfone.

—¡Y ahora demos la bienvenida a nuestra hermosa jueza! —Sonrió, pero su mirada era amenazadora.

Le hizo gestos para que se uniera a él bajo el foco. Se acercó y se encogió cuando le rodeó la cintura con el brazo.

—Perséfone, hermosa *diosa* que eres, dinos quién es el ganador de la competición de esta noche. Marsias. —Hizo una pausa para que la gente abucheara; la hipnosis anterior que habían experimentado al escuchar su música ya había desaparecido—. O yo, el *dios* de la música.

El público vitoreó y Apolo le puso el micrófono en la cara. Podía sentir cómo el corazón le latía con fuerza y el sudor le goteaba por la frente. Odiaba esas luces; eran demasiado brillantes y calientes.

Primero miró a Apolo y luego a Marsias, que parecía bastante asustado por lo que ella pudiera decir.

Habló con los labios rozando el duro metal del micrófono.

—Marsias.

Y entonces se desató el infierno.

El público gritó en señal de protesta y algunos se abalanzaron sobre el escenario. Al mismo tiempo, los corpulentos hombres que habían llevado al sátiro al escenario volvieron a agarrarlo y lo obligaron a ponerse de rodillas.

—¡No! ¡No, por favor! —Era la primera vez que el joven hablaba. Con sus oscuros ojos desesperados, le suplicó—: ¡Retráctate! Lord Apolo, me equivoqué al hablar en contra de tu talento. ¡Eres superior!

Sus súplicas cayeron en saco roto porque Apolo solo tenía ojos para Perséfone.

—¿Te atreves a desafiarme? —dijo entre dientes. Tenía la mandíbula tan tensa que le estallaron las venas del cuello.

—No hay letra pequeña, Apolo. Marsias ha sido mejor que tú.

A ella nunca le gustó la música de Apolo.

La furia del dios pronto se convirtió en diversión y en su rostro se dibujó una sonrisa malvada. El repentino cambio en su comportamiento le heló la sangre.

—Jurado, jueza y verduga, Perséfone.

Se giró hacia la multitud.

—Ya habéis escuchado el veredicto de Perséfone —le gritó al micrófono—. Marsias es el *ganador*.

El público seguía enfadado. Gritaron obscenidades y lanzaron cosas al escenario. Perséfone se escondió detrás de Apolo.

—Cuidado —les advirtió—. Hades la protege.

A Perséfone le extrañó que dijera eso, pensaba que preferiría que la

insultaran, pero ante el aviso, la multitud se calmó.

—Aunque Marsias sea el ganador, sigue siendo culpable de arrogancia. ¿Cómo lo castigamos?

—¡Colguémosle! —chilló alguien.

—¡Destripémoslo! —dijo otro.

—¡Despellejémoslo! —gritaron varios.

Los vítores eran más fuertes entonces.

—¡Que así sea! —Apolo dejó el micrófono en su sitio y se giró hacia Marsias, que luchaba en los brazos de los hombres que lo sujetaban.

—¡Apolo, no puedes decirlo en serio! —Perséfone se acercó a él, y el dios la empujó a un lado.

—La arrogancia es la perdición de la humanidad y debería ser castigada —dijo—. Yo seré el castigador.

—¡Es un crío! —le discutió—. Si él es culpable de arrogancia, tú también lo eres. ¿Tienes el orgullo tan herido como para dejarlo vivir?

Apolo apretó los puños.

—Su muerte está en tus manos, Perséfone.

La diosa saltó frente a él, bloqueándole a Marsias de la vista.

—No lo vas a tocar. ¡No lo vas a herir! —Estaba desesperada y le asustaba que pudiera perder el control. Podía sentir su magia palpitando, haciendo que su piel hormigueara y su pelo se erizara.

Apolo rio.

—¿Y cómo vas a detenerme?

La magia de Apolo la envolvía y la asfixiaba con su olor a laurel. Perséfone lo miró con furia.

—Ahora —se volvió hacia Marsias—, vamos a despellejarlo.

Perséfone sintió náuseas.

«Esto no puede estar pasando».

Apolo invocó una cuchilla afilada de la nada. Su filo brillaba bajo las luces ardientes.

Perséfone luchó por liberarse, pero cuanto más se resistía, más fuerte se sentía la magia de Apolo.

Observó, con los ojos muy abiertos y aterrorizada cómo Apolo se arrodillaba ante el sátiro y presionaba la cuchilla contra su mejilla.

Cuando vio que la sangre le goteaba por la cara, perdió el control.

—¡Detente! —gritó a pleno pulmón.

La magia huyó de su cuerpo. Era una sensación extraña, como si estuviera saliendo por todos sus poros, boca y ojos. Quemaba como si le estuviera desgarrando la piel y la cegaba como si fuera luz pura.

Cuando la sensación se desvaneció, se sorprendió al ver que todo el mundo estaba congelado: Apolo, sus hombres, el público, todos excepto Marsias.

El sátiro miraba fijamente a Perséfone con el rostro pálido y manchado de carmesí de la herida que Apolo le había hecho.

—E-eres una diosa.

Perséfone corrió hacia él e intentó apartar al hombre del brazo del sátiro, pero lo agarraba con mucha fuerza. Frenética, buscó otra opción. No sabía cuánto aguantaría su magia. Ni siquiera estaba segura de cómo había podido congelar toda la sala.

Entonces sus ojos se dirigieron a la cuchilla que Apolo sostenía a centímetros de la cara de Marsias. La cogió y el resbaladizo mango se le escurrió de las manos. Respiró profundamente un par de veces antes de cortar los dedos del hombre para que Marsias pudiera liberarse.

—Corre —dijo.

—¡Me encontrará! —le discutió, frotándose el brazo.

—Te prometo que no irá a por ti —dijo—. ¡Vete!

El sátiro obedeció.

Esperó a que se perdiera de vista para volverse hacia Apolo y darle una fuerte patada en las pelotas.

Liberarse de la agresividad fue suficiente y toda la sala volvió a cobrar vida.

—¡Hija de puta! —El hombre que estaba detrás de ella rugió, agarrándose la mano en el pecho, mientras Apolo se había desplomado en el suelo y ahora se arrastraba.

Perséfone se alzó imponente sobre él.

—Nunca *jamás* vuelvas a ponerme en esa situación. —La voz de Perséfone temblaba de ira. Apolo respiró con fuerza, mirándola fijamente—. Puede que tengamos un acuerdo, pero no me vas a utilizar. Que te follen.

Salió del edificio con una sonrisa en la cara.

XXI

TRAICIÓN

Cuando Perséfone volvió a casa, se encontró a Sibila, Zofie y Antoni en la sala de estar.

—¡Oh, gracias a los dioses! —dijo Sibila, corriendo a abrazarla—. ¿Estás bien?

—Estoy bien —dijo Perséfone. La verdad era que hacía mucho que no se sentía tan bien.

—¿Dónde estabas? —le exigió Zofie.

—En el Lira. Apolo decidió que hoy era el día que iba a aprovecharse de nuestro trato —dijo Perséfone.

Zofie abrió los ojos de par en par.

—¿Tienes un trato con Apolo?

Perséfone no respondió. Se dirigió a la sala de estar y se sentó en el sofá, de repente se sintió agotada. Los tres la siguieron.

—¿Le has dicho a Hades que me habían raptado?

Antoni se frotó la nuca y se sonrojó. No hacía falta que contestara; sabía que el cíclope lo había hecho.

Perséfone suspiró.

—Alguien debería decirle que estoy bien para que no destruya el mundo.

Antoni y Zofie intercambiaron una mirada.

—Lo haré yo —dijo Antoni—. Me alegro de que estés bien, Perséfone.

Sonrió al cíclope. Cuando se hubo marchado, Sibila se sentó al lado de Perséfone.

—¿Qué te ha obligado hacer?

Perséfone les explicó a Sibila y Zofie lo que había pasado, pero no mencionó el incidente de que los había congelado a todos en la habitación y que le había cortado el dedo a alguien. Aunque decidió

que sí quería que supieran que le había dado una patada a Apolo en las pelotas. Sibila se rio. Zofie intentó esconder su diversión, probablemente por miedo a las represalias.

—No creo que me obligue a juzgar otro concurso en un futuro próximo —dijo—. O que me rapte de la calle.

Hubo un largo silencio.

—¿Alguna novedad de Lexa? —le preguntó a Sibila.

El oráculo negó con la cabeza.

—Aún estaba dormida cuando la he visitado.

Más silencio. Un extraño cansancio pareció asentarse sobre las tres al mismo tiempo, y Perséfone suspiró.

—Me voy a la cama. Os veo mañana.

Se dieron las buenas noches y Perséfone se dirigió a su habitación. Se detuvo al abrir la puerta abrumada por el olor de Hades. Su corazón empezó a latir con más fuerza, y su piel estaba caliente. Se sintió tonta, emocionada y a la vez ansiosa ante la posibilidad de verlo y hablar con él.

Cerró la puerta.

—¿Cuánto tiempo llevas aquí? —dijo.

—No mucho. —Su voz procedía de la oscuridad. Había un trasfondo ronco en su tono. Ella sabía que estaba intentando contener sus emociones. Podía sentirlas, furiosas a su alrededor: la ira, el miedo, la lujuria y el anhelo.

Las absorbería todas si eso significara estar cerca de él.

—¿Sabes qué ha pasado? —le preguntó.

—Sí, lo he escuchado.

—¿Estás enfadado? —susurró esas palabras y se dio cuenta de que su respuesta le daba miedo.

—Sí —dijo—. Pero no contigo.

Hasta ese momento él había mantenido su distancia, pero luego ella sintió su energía alcanzando la de él. Sus manos encontraron sus brazos, sus hombros y luego su cara. Ella inhaló bruscamente ante su roce.

—No podía sentirte —dijo—. No podía encontrarte.

Perséfone colocó las manos sobre las de él.

—Estoy aquí, Hades. Estoy bien.

Pensó que quizá la besaría, pero en su lugar, la soltó y encendió la luz. Le quemó los ojos.

—Nunca sabrás lo difícil que es esto para mí.

—Me imagino que tan difícil como lo fue para mí tratar con Mente y Leuce. —Los ojos de Hades se oscurecieron—. Excepto que Apolo nunca ha sido mi amante.

Hades la miró con recelo. Lo estaba provocando, pero necesitaba ver sus emociones, ver que a él le importaba.

—No has estado en el Inframundo.

Perséfone cruzó los brazos sobre el pecho.

—He estado ocupada —dijo.

«Y enfadada y asustada».

—Las almas te echan de menos, Perséfone —dijo Hades por fin. Ella lo miró, sin saber a dónde quería llegar. ¿La echaba de menos?—. No las castigues a ellas porque estés enfadada conmigo.

—No me sermonees, Hades. No tienes ni idea por lo que he pasado.

—Pues claro que no. Eso significaría que tendrías que hablar conmigo.

Ella lo fulminó con la mirada.

—¿Te refieres a como tú hablas conmigo? No soy la única con problemas de comunicación, Hades.

—No he venido aquí para discutir contigo —dijo él—. O *sermonearte*. He venido a ver si estabas bien.

—¿Y por qué? Antoni ya te lo hubiera dicho.

—Tenía que venir —dijo, y desvió la mirada, apretando la mandíbula—. Tenía que verte con mis propios ojos.

Ella podía sentir lo que no había dicho. Las emociones que crecían entre ellos estaban cargadas con desesperación y miedo, ¿pero por qué no lo estaba *diciendo*?

—Hades, yo…

Dio un paso hacia él. No estaba segura de qué iba a decir. ¿Quizás un «lo siento»? Esas palabras, sin embargo, no parecían suficientes y no tuvo la oportunidad de pensar en algo más antes de que Hades hablara.

—Debería irme. Llego tarde a una reunión.

Se desvaneció y Perséfone exhaló, recostándose sobre la puerta. Su cuerpo de repente se sintió pesado, y su cabeza se llenó de pensamientos tormentosos.

«No pudo alejarse de ti lo suficientemente rápido», pensó.

La tristeza se le acumuló en el pecho, dolorosa y candente. Fue a la ducha y se quedó bajo el caliente chorro hasta que salió helado. Cuando acabó, se fue a la cama.

Echaba de menos a Hades.

Su consuelo.

Su conversación.

Su roce.

Su coqueteo.

Su pasión.

Echaba de menos todo de él.

Gimió y se puso de lado.

Era curioso cómo podía escuchar la voz de Lexa en su cabeza.

«¿Por qué no le has pedido que se quede?».

«No me ha dado la oportunidad. De todas maneras, estaba ocupado».

«¿Al menos has intentado detenerlo?».

«No».

Habían estado discutiendo. ¿Qué habrían hecho si se hubiera quedado?

«Tener sexo de reconciliación muy apasionado», comentó Lexa en su cabeza.

Consiguió sonreír a pesar de las lágrimas que se agolpaban en los ojos. Por un momento, sus pensamientos entraron en bucle. ¿Cómo había llegado hasta ahí? Había roto su relación con su madre y había terminado un trato con Hades para entrar en otro con Apolo. Su mejor amiga estaba en el hospital, su futuro aún era incierto y a Perséfone en verdad no le había gustado su trabajo desde el ultimátum de Demetri.

«¿Qué cojones estás haciendo, Perséfone?», susurró en voz alta.

«Lo mejor que puedes», escuchó a Lexa responder antes de que cayera en un profundo sueño.

Sin nuevas de Lexa por parte de Eliska, Perséfone se fue directamente al trabajo. Antoni se detuvo frente a la Acrópolis y miró por el espejo retrovisor.

—¿Quieres que te escolte?

Perséfone miraba por la ventana cuando se lo preguntó, y su voz la llenó de temor. No porque le estuviera pidiendo escoltarla, sino porque tenía que salir del coche. Había intentado aceptar a la multitud que gritaba, pero hoy no tenía ganas de fingir.

Estaba triste.

Miró al cíclope.

—No, pero gracias, Antoni.

Además, Zofie estaba en alguna parte allí fuera, observando. Si las cosas se descontrolaban, la égida intervendría.

Perséfone salió del Lexus y pasó por delante de la multitud de fans gritando y periodistas.

—¡Perséfone! ¡Perséfone!

Mantuvo la cabeza gacha, caminando con determinación hacia la Acrópolis.

—¡Perséfone! ¿Has visto el *Delfos*?

—¿Conoces a la mujer con quien Hades fue visto anoche?

Sus pasos flaquearon y se detuvo buscando en la multitud la persona que había hecho la pregunta, cuando sus ojos se posaron sobre una revista que uno de los mortales sostenía. En la portada de *El oráculo de Delfos* había una foto de Hades y Leuce cogidos de la mano. El título le gritaba: «Hades sale con una misteriosa mujer».

Caminó hacia el mortal y le arrancó la revista de las manos. Todo a su alrededor de repente parecía distante. El ruido se ahogó en sus oídos.

«Llego tarde a una reunión». Escuchó la voz de Hades en su cabeza.

«Tarde para tener una aventura», pensó amargamente. «Dioses, soy tan estúpida».

¿Estaba tan enfadado con ella que había buscado consuelo en Leuce? Y además tan públicamente. Debe querer torturarla. Hace meses, nunca se habría permitido se fotografiado, pero de golpe, aparecía en la primera página del *Delfos*.

Pero no solo se sentía traicionada por Hades. Se sentía traicionada por Leuce. Después de todo lo que había hecho por ayudar a la ninfa, ¿así era como se lo pagaba?

Perséfone entró en el edificio con la revista agarrada en el puño. Helena levantó la mirada cuando salió del ascensor y por primera vez desde que había empezado en el *Diario de Nueva Atenas*, no le preguntó a Perséfone si estaba bien.

La diosa guardó sus cosas, incluyendo la revista. No estaba segura de por qué quería quedársela, tal vez para tirársela a la cara de Hades cuando lo volviera a ver. Tal vez porque le gustaba la tortura.

Encendió su ordenador y se hizo un café, su mente era un torbellino de tantas emociones que no se podía concentrar y se sentía sofocada. Un rato estaba enfadada y al otro apenas podía mantener las lágrimas a raya.

En algún momento intentó razonar la situación.

«Quizás todo ha sido un malentendido».

Sabía que los medios de comunicación podían engañar. Una foto contaba solo parte de la historia.

Volvió a sacar la revista y estudió la fotografía. Hades y Leuce parecían decididos y tenían la expresión seria.

«Porque saben que los han pillado», pensó.

¿Qué explicación le daría Hades? ¿Quería siquiera escucharla?

Se le hizo un nudo en el estómago y sentía la parte de atrás de la garganta hinchada.

Iba a vomitar.

Cuando se levantó, vio delante cierto alboroto, y Perséfone miró a tiempo para ver a Hades dando zancadas hacia ella. Parecía enfadado, decidido, y solo tenía ojos para ella.

—Tienes que irte —dijo ella inmediatamente.

Estaba montando una escena. Todo el mundo en el trabajo había dejado de hacer lo que estuvieran haciendo para mirarlos.

—Tenemos que hablar —dijo él.

Su olor la golpeó con fuerza, pero su presencia aún más. Era un ejecutivo de la muerte, bien vestido, guapo e inquietante.

—No.

—¿Así que te lo crees? ¿El artículo?

—Pensaba que tenías una reunión —dijo.

—La tenía —dijo él.

—¿Y convenientemente omitiste el hecho de que era con Leuce?

—No era con Leuce, Perséfone.

—Ahora mismo no quiero escucharlo. Tienes que irte —dijo, y se apartó de su escritorio. Empezó a caminar hacia el ascensor para acompañarlo.

—¿Cuándo vamos a hablar de esto? —preguntó él.

—¿Qué hay que hablar? Te he pedido que fueras sincero conmigo cuando estés con Leuce. No lo has sido.

Apretó el botón para llamar el ascensor.

—Vine a verte inmediatamente después de ver a Leuce en su casa —dijo—. Pero no me sentía bien despertándote. Cuando ayer te vi, parecías agotada.

Perséfone se volvió hacia él, con los ojos brillantes.

—*Estoy* agotada, Hades. Estoy *cansada* de ti y *harta* de tus excusas. —Señaló las puertas del ascensor mientras se abrían—. Vete.

Hades la miró fijamente, y sin previo aviso, la agarró de la cintura y la empujó dentro del ascensor. Su magia se extendió y ella sabía que estaba evitando que alguien entrara o utilizara el ascensor.

—¡Déjame ir, Hades! —Se contoneó contra él y la apretó más contra la pared—. Me estás avergonzando. ¿Por qué tenías que hacerlo ahora?

—Porque sabía que sacarías conclusiones precipitadas.

Ella lo miró con furia, pero su expresión era igual de feroz.

—No me estoy follando a Leuce.

—¡Hay otras maneras de ponerme los cuernos, Hades! —Le empujó el pecho, pero el dios no se movió. Era robusto, una montaña inamovible y frustrante.

—¡No estoy haciendo ninguna de ellas!

Ella le miró fijamente el pecho e intentó no llorar.

—Perséfone. —Hades dijo su nombre y ella cerró los ojos ante la desesperación en su voz—. Perséfone, por favor.

—Déjame ir, Hades.

Él estuvo callado durante un largo momento.

—Si ahora no me vas a escuchar, ¿vas a dejar que te lo explique más tarde?

—Ya te lo diré —susurró con la voz cargada de emoción.

—Perséfone. —Se estiró para rozar su mejilla, y ella se apartó.

Seguía sin mirarlo, lo que significaba que no vio la expresión de su cara antes de desvanecerse.

Cuando se fue, las puertas del ascensor se abrieron y Perséfone se encontró a toda la redacción reunida ante las puertas.

—¿Qué coño estáis mirando? —espetó.

—Perséfone. —Demetri estaba al frente del grupo y señaló su despacho con el pulgar—. Ven un momento.

Obedeció sus indicaciones a regañadientes y lo siguió. Cuando la puerta del despacho se cerró, su jefe se sentó a su lado en vez de detrás del escritorio.

—No tienes que explicarme qué está pasando —dijo—. Pero en el trabajo no puedes actuar de esta manera.

—¿De qué manera?

—El ascensor; la blasfemia —dijo.

—Lo del ascensor no ha sido mi culpa…

No quería ni imaginarse lo que la gente debía pensar sobre lo del ascensor. Era como revivir la escena del comedor.

Demetri levantó la mano.

—Mira, esta mañana he visto el *Delfos*. Sé que estás pasando por algunas cosas. ¿Por qué no te tomas el resto del día libre?

—No, estoy bien. Necesito distraerme —dijo.

—Perséfone, no. Necesitas lidiar con tus problemas. Lo digo en serio. Vete.

Perséfone obedeció, sintiéndose aturdida mientras salía del despacho de Demetri. Recogió sus cosas y se dirigió al primer piso. Se paró cuando vio que la multitud esperaba fuera. No podía enfrentarse a ellos o volver a discutir lo que salía en la revista, así que volvió a entrar al ascensor y fue al sótano.

Encontró a Pirítoo en la sala de mantenimiento. Estaba sentado en su escritorio, distraído con algo que tenía delante.

—Hola —dijo Perséfone.

Pirítoo tuvo que mirar dos veces. Claramente no había esperado verla en la puerta de su despacho. Rápidamente cubrió en lo que estaba trabajando y Perséfone se puso de puntillas, curiosa.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó.

—Oh, nada —dijo, y se puso de pie torpemente—. ¿Puedo ayudarte?

Parecía nervioso, alisándose el uniforme con las manos, así que ella sonrió.

—Necesito ayuda —dijo—. ¿Puedes sacarme de aquí?

—C-claro —dijo—. ¿Quieres el vehículo de huida otra vez?

—No es mi método de escape preferido, pero si es la única opción…

Él sonrió, ahora más tranquilo.

Se preguntó qué lo había tenido en vilo.

—Puede que tenga algo mejor.

Pirítoo cogió sus llaves, apagó la luz y cerró antes de conducirla a una puerta sin distintivo al final del pasillo.

Era la entrada a un túnel subterráneo.

Ella lo miró fijamente.

—¿Hiciste que me metiera en un contenedor cuando sabías que esto existía?

Pirítoo rio.

—Pero entonces no tenía la llave.

—Oh —dijo—. Bueno, en ese caso…

—Vamos. —Le hizo un gesto para que entrara y Pirítoo cerró la puerta tras ellos. El túnel era de cemento, hacía frío y estaba iluminado por un riel de luz que hacía que todo pareciera de color verde pálido.

—¿A dónde lleva esto?

—Al Olive & Owl Gastropub, en la plaza Monastiraki.

Los túneles peatonales eran comunes en Nueva Atenas, pero Perséfone nunca había estado en ninguno.

—¿Hay alguna razón por la que no esté abierto al público?

—Probablemente porque los ejecutivos de la Acrópolis no quieren compartirlo.

«Ah. Eso tiene sentido».

—Hoy sales pronto del trabajo —observó Pirítoo.

—Necesito un día de salud mental —dijo Perséfone.

No quería explicarle lo que salía en la revista, o que Hades había ido a su trabajo y montado una escena. Por suerte, Pirítoo no la presionó. Asintió con la cabeza.

—Lo entiendo —dijo.

Caminaron en silencio durante un rato.

—¿En qué estabas trabajando antes? —preguntó Perséfone.

—Una lista —contestó—. Solo… unos suministros que necesito.

Pensó en preguntarle qué tipo de suministros, pero no parecía interesado en hablar de ello. La verdad era que parecía tan distraído como ella.

Al fin llegaron al final del túnel y Pirítoo abrió la puerta.

—Gracias, Pirítoo. Te debo una.

Él negó con la cabeza.

—¿Es que no has aprendido nada de deber a la gente?

Esas palabras la golpearon con fuerza y su pregunta le hizo reflexionar, pero el mortal cambió rápidamente de tema.

—Ve con cuidado, Sef.

Cerró la puerta y oyó el clic de la cerradura al otro lado.

Perséfone se abrió paso a través del Olive & Owl Gastropub y salió a la plaza Monastiraki, un patio cubierto de piedra con varios *pubs*, cafeterías y una gran iglesia. Mientras estuvo en el túnel, las nubes se habían espesado y una ligera niebla flotaba en el aire, cubriéndolo todo en una resbaladiza capa de lluvia. Metió las manos en los bolsillos de su vestido y se dirigió a su apartamento.

De camino, Perséfone recibió un mensaje de Eliska. Lexa estaba despierta. Cambió de dirección y fue hacia el hospital.

No estaba segura de qué esperar de su reencuentro con Lexa, pero cuando puso los ojos en su mejor amiga, sabía que sus expectativas habían sido demasiado altas.

Lexa parecía agotada. Estaba pálida y tenía ojeras. Sus labios estaban agrietados y su pelo oscuro estaba enredado, con algunos mechones pegados a la cara.

Y luego estaban sus ojos.

A diferencia de su cuerpo, no habían vuelto a la vida, y cuando se encontró con la mirada de Perséfone, no había ninguna pizca de reconocimiento. Aun así, logró sonreír, a pesar de sentir algo oscuro en el fondo de su mente.

«Algo va mal».

—Hola, Lex —dijo Perséfone en voz baja, acercándose a la cama.

Lexa estaba confundida y cuando habló, su voz era baja y áspera.

—¿Por qué estoy aquí?

Perséfone dudó y miró a Eliska buscando una respuesta.

—Lleva diciendo eso desde que ha despertado —le explicó—. El médico dice que es parte de la psicosis.

—¿Por qué estoy aquí? —repitió Lexa.

Eliska fue con ella, se sentó al borde de la cama y le cogió la mano.

—Tuviste un accidente, amor —respondió—. Estabas muy herida.

Lexa miró a su madre, pero era como si tampoco la reconociera.

—No, *¿por qué estoy aquí?* —La pregunta de Lexa fue más agresiva

y sus ojos se desenfocaron—. ¡No debería estar aquí!

Perséfone pudo sentir cómo el color desaparecía de su cara.

Sabía a qué se estaba refiriendo Lexa. No estaba preguntando por qué estaba en el hospital; estaba preguntando por qué estaba en el mundo de los mortales.

Eliska miró a Perséfone y vio la desesperación en sus ojos. Una cosa era tener a Lexa de vuelta, pero otra era tratar con las secuelas y el impacto de su trauma.

—Voy a por la enfermera —dijo Eliska—. Así tendrás un poco de tiempo a solas con ella.

—No tendría que estar aquí —repitió Lexa cuando su madre salió de la habitación.

Perséfone se sentó al final de la cama.

—Lexa —la diosa la llamó por su nombre.

Le llevó un momento, pero finalmente levantó la cabeza y se encontró con la mirada de Perséfone.

—Tú no te acuerdas.

Los ojos de Lexa brillaban con lágrimas.

—Era feliz—dijo.

—Sí, eras feliz —dijo Perséfone, la esperanza estaba creciendo en su pecho. Quizá estaba recordando—. Eras la persona más feliz que conocía, y estabas enamorada.

Eso le hizo pensar a Lexa.

—No. —Negó con la cabeza—. Era feliz en el Inframundo.

Perséfone se quedó atónita. Era lo último que había esperado que dijera.

—¿Por qué estoy aquí? —Lexa preguntó una y otra vez—. ¿Por qué estoy aquí? ¿Por qué estoy aquí? ¿Por qué estoy aquí?

Su voz se hizo más fuerte y empezó a moverse, agitando la cama.

—Lexa, tranquilízate.

—¿Por qué estoy aquí? —chilló.

Perséfone se levantó.

—Lexa…

La puerta de la habitación se abrió de golpe y Eliska y dos enfermeras corrieron para contenerla. Lexa gritaba; era un sonido que nunca había escuchado hacer a su amiga. Se alejó de la escena hasta llegar a la puerta, y luego salió.

Los gritos de Lexa persiguieron a Perséfone hasta que entró al ascensor. Esperó hasta que las puertas se cerraron para romper a llorar.

—¿Estás contenta con el resultado?

Perséfone se giró para mirar a Apolo.

Iba vestido con un traje gris y una camisa blanca abotonada, su oscuro pelo era una perfecta maraña de rizos. Se veía hermoso y frío al mismo tiempo.

—¡Tú! —Perséfone avanzó hacia él. Apolo alzó una ceja afilada y no se movió. Odiaba que pareciera que no le tenía miedo—. ¡Dijiste que la curarías!

—La curé. Obviamente. Está despierta.

—¡No sé qué persona es esa, pero no es Lexa!

Apolo se encogió de hombros y su desestimación enfureció tanto a Perséfone que varias enredaderas empezaron a brotar de su piel. Ni siquiera sintió dolor.

Apolo puso cara de asco.

—Controla tu ira. Lo estás dejando todo hecho un desastre.

—Ya no hay trato, Apolo.

—Me temo que no es así —dijo. De repente parecía mucho más alto e imponente que antes cuando se enderezó y descruzó los brazos—. Me pediste que la curara, y eso hice. Lo que no te diste cuenta es que no solo su cuerpo estaba roto, también su alma, y me temo que eso es territorio de tu amante, no el mío.

Era como si le estuvieran diciendo que Lexa iba a morir de nuevo.

No sabía mucho sobre las almas, no sabía lo que significaba tener un alma rota.

Pero podía imaginárselo.

Significaba que ya nunca podría tener a la Lexa que conocía antes del accidente.

Significaba que nada volvería a ser como antes.

Significaba que había hecho un trato con Apolo para nada.

Era esto a lo que Hades se había referido.

«Tus acciones han condenado a Lexa a un destino peor que la muerte».

Perséfone tardó un momento en concentrarse.

—Eres el peor.

Giró sobre sus talones y cuando se abrieron las puertas salió del ascensor. Apolo la siguió de cerca.

—Que no hayas reconocido los errores en tu acuerdo no me hace una mala persona.

—No, todo lo demás que haces te *hace* ser una mala persona.

—Ni siquiera me conoces —afirmó.

—Tus actos hablan alto y claro, Apolo. Vi todo lo que tenía que ver en el Lira.

—Siempre hay dos lados de la historia, muñeca.

—Entonces, por favor, cuéntame tu lado —espetó.

—No necesito darte explicaciones.

—¿Entonces porque sigues hablando?

—Vale, me callaré.

—Bien.

Hubo un silencio mientras cruzaban la planta principal del hospital y salían del edificio, luego Apolo volvió a hablar.

—¡Estás intentando distraerme de mi propósito!

—Pensaba que no hablabas —se quejó ella, y luego preguntó—: ¿Qué propósito?

—He venido a citarte —dijo—. Para una cita.

—Primero, no citas a nadie para una cita —dijo—. Segundo, tú y yo no estamos saliendo. Pediste compañía. Y ya está.

—Los amigos quedan todo el tiempo —afirmó.

—No somos amigos.

—Durante seis meses, sí. Es lo que acordaste, nena.

Perséfone lo fulminó con la mirada.

—No me llames eso.

—No te estoy diciendo nada malo.

—¿Muñeca? ¿Nena?

Apolo sonrió.

—Son apodos. Estoy intentando encontrar el que mejor te vaya.

—No quiero un apodo. Quiero que me llamen por *mi* nombre.

Hermes le había dado un apodo, y ella hasta había llegado a considerarlo entrañable.

—Qué pena. Es parte del trato, nena.

—No lo es —dijo.

—Te lo saltaste; estaba en la letra pequeña.

Perséfone sabía que sus ojos brillaban de un verde intenso.

—No es una opción Apolo —lo cortó—. Me llamarás Perséfone y nada más. Si quiero que te dirijas a mí de otra manera, te lo diré.

Apolo tenía mucho que aprender sobre respetar los deseos de la gente. Se dio cuenta de que movió la mandíbula y se preguntó qué haría a continuación.

—Vale —dijo entre dientes—. Pero esta noche vendrás conmigo. Las Siete Musas. Allí a las diez.

—Hoy no es una buena noche, Apolo.

Necesitaba ir al Inframundo y escuchar la explicación de Hades de por qué había estado con Leuce. Además, necesitaba acabar las preparaciones para la celebración del solsticio de verano de mañana por la noche.

—No te he preguntado si te iba bien —respondió el dios—. Te estoy diciendo que te prepares. Tenemos un evento.

XXII

LAS SIETE MUSAS

Perséfone estaba en su vestidor buscando algo que ponerse. Emitió un quejido.

—¿Qué se supone que debo llevar a Las Siete Musas?

—Déjame ayudarte —dijo Hermes. Le cogió el sitio a Perséfone y evaluó su vestuario—. Sabes que Apolo se enfadará cuando me presente contigo.

Perséfone lo había llamado tan pronto como llegó a casa. Cuando dijo su nombre, apareció al instante.

—¿A quién tengo que matar, Sefi? —preguntó sin rodeos.

—A tu hermano —respondió.

—Ohh. ¿Puedo posponerlo?

Ella le había dado otra opción: acompañarla esa noche.

—Nunca dijo que tuviera que ir sola.

Apolo fue rápido en decirle en qué había fallado Perséfone al aceptar su trato, así que ella haría lo mismo. No tenía ningún interés en estar a solas con el dios de la música.

Hermes asomó la cabeza desde el armario de Perséfone.

—¿Sabe Hades que vamos a salir?

—¿Por qué todo el mundo me lo pregunta? —se quejó Perséfone—. No tiene por qué saber cada movimiento que hago.

Hermes enarcó las cejas.

—¿Te has picado? Solo te lo he preguntado en caso de que haya alguna posibilidad de que hoy te lo encuentres.

—¿Y qué tiene eso que ver con lo que me ponga?

—Tiene mucho que ver —dijo Hermes, y volvió a desaparecer en el armario. Después de un momento, reapareció—. Creo que deberías ponerte esto.

Sostenía un vestido que parecía un mosaico de bordados en oro

estratégicamente colocados y unidos por aire.

—¿De dónde lo has sacado? —preguntó, porque sabía que ella no tenía nada parecido.

Hermes sonrió.

—¿No te gustaría saberlo?

Perséfone entrecerró los ojos.

—¿Lo has robado?

Probablemente Hermes se había teletransportado mientras estaba en el armario.

—Póntelo y no preguntes —dijo, dejándolo en la cama.

—No puedo ponerme eso, Hermes.

—¿Por qué no?

—Porque parecerá que… ¡no estoy llevando nada!

—No. Parecerá que estás llevando bordados en oro estratégicamente colocados.

Lo fulminó con la mirada.

—¿Te has perdido la parte en la que tengo que ir con Apolo?

—¿Te has perdido la parte en la que he preguntado por Hades?

—Se va a enfadar.

—Tú quieres que Hades se enfade. No me mientas, Sefi. Estás deseando tener un buen sexo de reconciliación cuando hagáis las paces. —Hermes le puso el vestido en las manos—. Ahora, cámbiate.

Perséfone se fue hacia el baño.

Había una parte de ella que quería poner celoso a Hades, sobre todo después de lo de Leuce.

Se puso el vestido. Estaba un poco sorprendida por lo bien que le quedaba y salió para enseñárselo a Hermes. El dios silbó.

—¡Ese es el vestido!

—A ver si lo entiendo. ¿Quieres que lleve esto en caso de que esta noche me encuentre con Hades?

Hermes se encogió de hombros.

—Siempre existe esa posibilidad, pero si no lo ves, habrá fotografías.

—No puedo llevar esto —dijo Perséfone.

Empezó a dirigirse hacia el baño para cambiarse, pero cuando se giró, Hermes le estaba bloqueando la puerta.

—Mira, necesitas enseñarle a Hades lo que se está perdiendo.

—¿Y si Apolo se piensa que llevo esto para él?

Hermes resopló y Perséfone lo miró con furia.

—Vale, vale. Mira, Apolo es muchas cosas, pero sabe que perteneces a Hades. Puede que flirtee contigo, pero no va a intentar hacer nada. A pesar de lo que pienses, él sabe cuándo está en peligro

de perder sus pelotas.

—Si ese fuera el caso, no habría hecho un acuerdo conmigo.

—Sefi, conozco a Apolo desde hace mucho tiempo. Es muchas cosas, egoísta y egocéntrico y maleducado, pero también se siente solo.

—Bueno, quizás si no fuera tan egoísta y egocéntrico y *maleducado*, no estaría solo.

—Lo que quiero decir es que él quiere una amiga. Y sí, es un poco patético que tenga que hacer tratos para tener amigos, pero por si no te has dado cuenta, Apolo no sabe nada sobre relaciones auténticas. Por eso fastidia a todos sus amantes.

—Ni siquiera intenta mejorar.

—Porque no tiene que hacerlo. Es un dios.

—Eso no es una excusa.

—Y, sin embargo, sigue siendo una excusa.

—Tú no eres como él.

—No, ¿pero alguna vez has pensado que soy parte de la minoría? La mayoría de los divinos son como Apolo. Simplemente tuvo mala suerte de encontrarse con tu ira.

—Haces que suene como si hubiera hecho algo mal.

—¿Te sientes culpable?

—No. Claro que no. Apolo necesitaba responder por su comportamiento.

—¿Y cómo te ha ido?

Mal.

—No estoy juzgando lo que hiciste. Lo que quiero decir es que no es la manera de conseguir que Apolo te escuche.

—¿Y entonces qué sugieres?

El dios se encogió de hombros.

—Solo… sé su amiga.

Perséfone quería reírse. Apolo no le caía bien. Había herido a gente; específicamente a Sibila. La había engañado, había curado a Lexa a pesar de saber que su alma seguía rota. ¿Cómo se suponía que iba a ser amiga de alguien así?

—Las personas como Apolo están rotas, Sefi —añadió Hermes como si le hubiera leído el pensamiento.

—Apolo no es una persona.

—Y aun así, como todos nosotros, tiene defectos humanos. —Hermes dio una palmada y cambió de tema—. A ver, ¿qué voy a ponerme yo?

Decidió ir vestido todo de blanco: camisa de seda, vaqueros y zapatos brillantes. Justo cuando estaban a punto de salir, Zofie

irrumpió en la habitación.

—¿A dónde creéis que vais? —exigió.

—¿Cómo sabías que nos íbamos? —preguntó Perséfone. Cuando llegó a casa le había dicho a Zofie que se iba a la cama.

—Estaba escuchando detrás de la puerta —dijo la amazona.

—Vale, vamos a tener que poner reglas en cuanto a eso —dijo Perséfone.

—Y vamos a llegar tarde. —Hermes cogió a Perséfone de la mano —. Así que si no te importa…

Zofie desenfundó su espada.

—¡Suéltala o siente mi ira!

Hermes rio.

—¿De dónde la has sacado?

Perséfone suspiró.

—Zofie, guarda eso.

—Adondequiera que vayáis, yo también debo ir, lady Perséfone. — Le lanzó una mirada asesina a Hermes—. Para protegeros.

Hermes seguía riéndose.

—¿Sabe que soy un dios, no?

Perséfone le dio un codazo.

—Ayuda a Zofie a encontrar algo que ponerse. Se viene con nosotros.

Cuando aparecieron fuera de Las Siete Musas, la gente gritó sus nombres.

Perséfone fulminó a Hermes con la mirada mientras dos centauros los llevaban dentro.

—¿Tenías que hacerle saber al mundo que estábamos aquí, no?

Él ofreció una sonrisa burlona.

—¿Cómo si no se supone que Hades va a saber lo de tu vestido?

Le volvió a dar otro codazo.

—¡Ay! Esta noche estás agresiva, Sefi. Solo estoy intentando ayudarte.

Apenas habían llegado al interior, cuando Apolo les bloqueó el camino. El dios miró a Hermes con furia.

—¿Qué haces aquí?

—Me han invitado —dijo el dios del engaño.

La mirada de Apolo se desvió hacia Zofie.

—¿Una amazona?

Zofie lo miró y Perséfone tuvo la sensación de que la amazona no lo había perdonado por raptarla.

—Es mi égida —dijo Perséfone—. Se llama Zofie. —Apolo frunció el ceño y Perséfone sonrió mientras decía—: Nunca dijiste que no pudiera traer amigos.

El dios puso los ojos en blanco y suspiró.

—Venid, tengo un reservado.

Apolo se giró y los tres lo siguieron.

Perséfone observó que el dios de la música había escogido unos pantalones de cuero negros y una camisa de malla como su atuendo. Debajo de la malla se atisbaban los contornos de sus músculos. Esculpido y atlético. De nuevo, se encontró comparándolo con Hades. Hades, cuyo cuerpo parecía estar construido para destruir, con anchos hombros y grandes músculos.

La mesa de Apolo era más bien un *lounge*. Había sofás blancos a cada lado y cortinas blancas y finas proporcionaban la sensación de privacidad. El aire estaba nublado por el humo y los láseres; algo de lo que no escapaban, ni siquiera en su reservado.

El dios de la música se dejó caer dramáticamente sobre uno de los sofás, con los brazos extendidos sobre el respaldo y una pierna descansando en un cojín.

Perséfone, Hermes y Zofie se sentaron uno al lado del otro. La diosa se sentía incómoda con su revelador vestido y se sentó con la espalda recta y las manos sobre las rodillas.

—¿Cuánto hace que os conocéis? —Apolo enarcó una blanquecina ceja, mirando entre ella y su hermano. Parecía frustrado.

—Oh, somos amigos desde siempre —dijo Hermes, y luego bebió un chupito de lo que fuera que había en la mesa—. Mmm, deberías probarlo.

Intentó darle a Zofie una de las bebidas, pero la mirada de la amazona se lo hizo reconsiderar.

—Da igual —dijo, y bebió otro chupito.

—Quiere decir desde hace seis meses —dijo Perséfone—. Hermes y yo nos conocemos desde hace seis meses.

—Siete —le corrigió el dios del engaño—. La saqué de un río y me enviaron a la otra punta del Inframundo por eso. —Miró a Perséfone —. Ahí fue cuando supe que Hades estaba enamorado de ti, por cierto.

Perséfone miró hacia otro lado y un incómodo silencio se posó entre ellos, o tal vez Perséfone se sentía fuera de lugar porque Hermes empezó a reírse a su lado.

—¿Te acuerdas cuando servías a los mortales, Apolo? —preguntó.

Apolo no parecía divertirse.

—Bueno, ¿quién le enseñó a Pandora a ser curiosa, Hermes?

El dios del engaño lo miró con odio.

—¿Por qué todo el mundo saca siempre ese tema?

—Se podría decir que eres responsable de todo el mal del mundo. —Una sonrisa se dibujó en los labios de Apolo. La verdad es que era… encantadora.

—¿De todo modos, quién puso el mal en una caja? —preguntó Perséfone—. Parece estúpido.

Los hermanos intercambiaron una mirada.

—Nuestro padre.

Perséfone puso los ojos en blanco.

El poder no sustituía la inteligencia.

Tras un par de chupitos, Hermes arrastró a Perséfone y a Zofie a la pista de baile. La música tenía un ritmo electrónico y vibraba a través de ella. Durante un rato bailaron juntos. Incluso Zofie, que había estado nerviosa, se soltó y se dejó llevar por el mar de cuerpos.

Perséfone se contoneaba y bailaba al ritmo de Hermes hasta que la atención del dios se dirigió hacia un apuesto hombre que se acercó por detrás.

Perséfone lo alentó, pero se encontró cara a cara con Apolo. No estaba bailando, sino que estaba de pie en medio de la multitud, mirándola fijamente.

—¿Así que tenías miedo de estar a solas conmigo? —preguntó Apolo.

—No tengo miedo de estar a solas contigo, solo no *quería* estar sola contigo.

—¿Por qué?

—¿Por qué? —preguntó, perpleja por la pregunta—. ¿Es que no entiendes por lo que me hiciste pasar la otra noche? ¡Casi matas a un *crío*!

—Dijo calumnias…

—Este no es el mundo antiguo, Apolo. La gente va a estar en desacuerdo contigo y vas a tener que lidiar con ello. Por el amor de Dios, ni siquiera me gusta tu música.

Perséfone abrió los ojos de par en par. ¿De verdad acababa de decir eso en voz alta?

Apolo apretó los labios con fuerza.

—¿Quieres un chupito? —preguntó tras un momento.

—¿Vas a echarle veneno?

Volvió a ofrecerle esa sonrisa torcida.

Salieron de la pista de baile, fueron hacia el bar y pidieron una ronda. Apolo se bebió su chupito de un trago y con un golpe dejó el vaso en la barra y miró a Perséfone.

—Bueno, ¿cómo se ha tomado tu amante lo de nuestro trato?

Perséfone miró el vaso vacío.

—No muy bien. Supongo que no puedo culparlo. —Le había prometido muchas cosas a Hades y lo había decepcionado—. Creo que me odia —dijo con una voz tan baja que pensó que Apolo no la habría escuchado.

—Hades no te odia —dijo Apolo casi como una burla—. No hay odio dentro de él.

—Tú no viste la manera en que me miró.

—¿Te refieres a que estaba roto? —preguntó Apolo—. Creo que ya lo entiendo, Perséfone.

Ella parpadeó.

—Él solo está herido y frustrado. Todos tenemos cosas que nos importan, cosas que valoramos por encima de otras. Hades valora la confianza. Valora el proceso de ganarse la confianza. Y siente que ha fracasado.

Perséfone frunció el ceño.

—¿Cómo lo sabes?

—Los olímpicos tenemos una larga historia. Nos conocemos de una manera que te daría escalofríos, por dentro y por fuera.

Perséfone se estremeció.

—Hades no se siente digno de tu confianza. Necesita que creas en él, que encuentres fuerza en él.

Perséfone frunció el ceño. Sabía que a Hades le resultaba difícil sentirse digno de la adoración de su pueblo, pero nunca pensó que tendría la misma dificultad para sentirse digno de su amor.

¿Qué le había pasado a lo largo de sus muchas vidas?

—¿Qué te pasó a ti? —le preguntó a Apolo—. Nadie hace lo que tú haces sin ningún… tipo de trauma.

Apolo tardó en hablar, pero finalmente respondió.

—Fue un príncipe espartano. Jacinto. Era hermoso. Admirado y perseguido por varios dioses, pero me escogió a mí —tragó saliva—. Me escogió a mí. —Hizo una pausa antes de continuar—. Cazábamos y escalábamos montañas juntos. Le enseñé a utilizar el arco y la lira. Un día le estaba enseñando a lanzar el disco. —El lanzamiento de disco era uno de los deportes de los Juegos Panhelénicos. Consistía en lanzar un disco de metal pesado—. A Jacinto le gustaba desafiarme y quería competir. Sabía que no se lo negaría, ni la oportunidad de ganar. Lancé yo primero. No pensé en la fuerza del lanzamiento. Fue a coger el disco, pero había demasiado poder detrás de mi lanzamiento, rebotó en el suelo y le golpeó la cabeza. —El pecho de Apolo se hinchó con una profunda inhalación—. Intenté salvarle. Soy el puto dios de la curación. Debería haber sido capaz de curarlo, pero cada

vez que mi magia trabajaba para cerrarle la herida, se volvía a abrir. Lo tuve en brazos hasta que murió. —Ahora la voz le temblaba—. Después de eso odié a Hades durante mucho tiempo. Lo culpé por lo que las Moiras me habían quitado. Lo culpé por no dejarme ver a Jacinto. Yo… hice algunas cosas imperdonables después de su muerte. Es por eso por lo que Hades me odia y, la verdad, no lo culpo.

—Apolo —susurró Perséfone. Con indecisión le puso una mano en el brazo—. Siento mucho tu pérdida.

El dios se encogió de hombros.

—Fue hace mucho tiempo.

—Eso no hace que sea menos doloroso.

Aunque eso no excusaba las acciones de Apolo, Perséfone lo entendía un poco mejor. Se había roto hacía mucho, mucho tiempo, y desde entonces, había estado buscando formas de sentirse completo.

—¡Otra ronda! —Llamó al camarero, que se apresuró en servirles. Apolo le pasó un chupito a Perséfone—. Salud.

Las cosas se volvieron borrosas tras el último chupito. A Perséfone la cabeza le daba vueltas, arrastraba las palabras y todo era divertido. Bailó con Apolo hasta que le dolieron los pies, hasta que las luces le quemaron los ojos, hasta que el sudor le bajó por la piel. Cuando el sudor se volvió frío, de repente no se sintió bien, y se tropezó, chocando contra algo duro.

—Oh, hola, Hermes.

El dios frunció el ceño.

—¿Estás bien?

Respondió vomitando en el suelo.

Su siguiente momento de lucidez fue cuando se vio tumbada en el sofá del reservado de Apolo, con un Hades borroso proyectando una sombra sobre ella.

Parecía impasible y eso le dolió más de lo que ella esperaba.

—¿Por qué lo has llamado? —le preguntó a Hermes—. Me odia.

—La culpa es de Zofie —dijo Hermes.

Hades se arrodilló a su lado.

—¿Puedes ponerte de pie? Preferiría no tener que sacarte en brazos.

Otro golpe.

Se sentó.

Hades intentó darle agua, pero ella la rechazó.

—Si no quieres que te vean conmigo, ¿por qué no te teletransportas?

—Si nos teletransporto, puede que vomites. Me han dicho que esta noche ya lo has hecho.

No sonaba contento.

Se puso de pie. Le llevó un momento que el mundo dejara de dar vueltas y se balanceó hacia Hades, quién la agarró rápidamente.

La sensación de él contra su piel era como una experiencia sexual. Le hizo estremecerse hasta la médula. La encendió. Le dieron ganas de gemir su nombre.

Estaba siendo ridícula.

Se apartó de él.

—Vamos.

Marcó el camino hacia el exterior, donde el Lexus negro de Hades esperaba. Antoni le dirigió su sonrisa torcida cuando la vio.

—Milady.

—Antoni —dijo mientras pasaba por delante de él.

Se subió a la parte trasera del coche de Hades con las manos y rodillas. Hades la seguía de cerca. Lo sabía porque podía olerlo: especias, ceniza y pecado.

Nunca había pensado en el olor del pecado, pero ahora sabía cómo era: seductor y sexual. Le llenaba los pulmones y encendía su sangre.

De camino a casa estuvieron en silencio, el aire estaba lleno de emociones enfrentadas. Perséfone estaba ocupada construyendo un muro contra lo que fuera que Hades estaba sintiendo, algo oscuro. Podía sentir cómo se retorcía hacia ella, como los zarcillos de su magia.

Cuando llegaron al Nevernight se sintió tan aliviada que abrió la puerta del coche antes de que Antoni se levantara de su asiento. Al salir, no alcanzó el bordillo y se cayó, golpeando el cemento con la rodilla.

—¡Milady! —gritó Antoni. Fue a agarrarla del brazo, pero ella se apartó.

—Estoy bien.

Se dio la vuelta y se sentó. Su rodilla era un desastre y había trozos de tierra pegados en la sangre. Hades estaba de pie junto a Antoni, y ambos la miraban fijamente.

—No pasa nada. Ni siquiera lo noto.

Intentó ponerse de pie, pero tenía la cabeza bastante nublada y era consciente de que arrastraba algunas palabras. Odiaba encontrarse en ese estado.

Dejó ir un largo suspiro.

—¿Sabéis qué? Creo que voy a quedarme aquí sentada durante un rato.

Hades no dijo nada, pero esta vez la tomó en brazos y la llevó al Nevernight.

El club estaba vacío, lo que le hizo pensar que era más tarde de lo que creía. Había esperado que él se teletransportara al Inframundo, pero en cambio la llevó por las escaleras, a través de la pista, hacia el bar. La sentó en el borde de la barra. Se giró y empezó a trabajar.

—¿Qué estás haciendo?

Hades le dio un vaso de agua.

—Bebe.

Lo hizo, esta vez tenía sed.

Mientras bebía, Hades se quitó la chaqueta y le llenó otro vaso de agua. Le limpió su rodilla herida, lavando la tierra y sangre. Después la cubrió con la mano y su calor la curó.

—Gracias —murmuró.

Hades dio un paso atrás y se apoyó sobre la encimera frente a ella. Tenía que admitir que no le gustaba la distancia. Era como si él aún dominara su corazón y lo estirara mientras se movía.

—¿Me estás castigando? —preguntó Hades.

—¿Qué?

—Esto —dijo, señalándola—. ¿Esa ropa, Apolo, la bebida?

Perséfone frunció el ceño y se miró el vestido.

—¿No te gusta mi ropa?

Él la miró fijamente y por alguna razón eso la enfureció. Se apartó de la encimera y se levantó el vestido hasta las caderas.

—¿Qué estás haciendo? —preguntó Hades. Sus ojos brillaban, pero no podía decir si estaba divertido o excitado.

—Quitarme el vestido.

—Eso puedo verlo. ¿Por qué?

—Porque no te gusta.

—No he dicho que no me gustara —respondió.

Aun así, no la detuvo.

Se quitó el vestido. Estaba desnuda frente a él.

Hades le recorrió el cuerpo con la mirada.

Dioses.

Todo su cuerpo se estremeció, como si su piel fuera una colección de nervios expuestos. Sus dedos ansiaban tocar, dar placer; ya fuera a ella o a él, en verdad no le importaba.

—¿Por qué no llevas nada bajo ese vestido?

—No podía —dijo—. ¿No lo has visto?

Hades desencajó la mandíbula.

—Voy a matar a Apolo —dijo entre dientes.

—¿Por qué?

—Por diversión. —Su voz era ronca, y Perséfone soltó una risita.

—Estás celoso.

—No me provoques, Perséfone.

—No es que Apolo lo supiera —dijo, mirando cómo Hades bebía directamente de una botella de *whisky* que había cogido de la pared—. Fue Hermes quien lo sugirió.

La botella se hizo añicos. Un momento estaba entera en las manos de Hades y al otro el vidrio y el alcohol cubrían el suelo a los pies de Hades.

—Me cago en la puta.

Perséfone no estaba segura de si la blasfemia había sido por lo que había dicho de Hermes o por el *whisky* que acababa de malgastar.

—¿Estás bien? —preguntó en voz baja.

—Perdóname si estoy un poco al límite. Me he visto obligado a la castidad.

Perséfone puso los ojos en blanco.

—Nadie ha dicho que no puedas follarme.

—Cuidado, diosa. —Su voz retumbó, profunda y aterradora. Era la voz que utilizaba cuando castigaba—. No sabes lo que estás pidiendo.

—Creo que sé lo que estoy pidiendo, Hades. No es como si nunca hubiéramos tenido sexo.

Él no se movió, pero inclinó un poco la cabeza y su cuerpo se tensó, sabía que lo que estaba a punto de preguntar haría que su cuerpo se estremeciera.

—¿Estás excitada?

Lo estaba, él lo sabía, y su control la estaba enfadando. Inclinó la cabeza y lo desafió.

—¿Por qué no vienes y lo descubres?

Esperó. El pecho de Hades subió y bajó rápidamente, sus nudillos se volvieron blancos mientras agarraba la encimera detrás de él. Cuando no se movió, decidió que sacaría el tema de Apolo, se lo merecía.

—¿Por qué no dejaste que Apolo viera a Jacinto tras su muerte?

—Sabes cómo matar una erección, cariño, lo reconozco.

El dios se volvió hacia el surtido de bebidas y encontró otra botella. Perséfone cruzó los brazos sobre el pecho, el zumbido del alcohol estaba desapareciendo. De repente ya no tenía ganas de estar desnuda. Cogió la chaqueta de Hades. Al ponérsela la envolvió por completo.

—Dijo que te culpaba de su muerte.

—Lo hizo. —La respuesta de Hades fue corta—. Al igual que tú me culpaste por el accidente de Lexa.

—Nunca dije que te culpara —le contestó.

—Me culpaste porque no pude ayudar. Apolo hizo lo mismo.

Perséfone apretó los labios y cogió aire.

—No estoy… intentando pelearme contigo. Solo quiero conocer tu

versión.

Hades se lo pensó mientras tomaba un trago de la botella. Perséfone no podía decir qué era, pero no era *whisky*.

—Apolo no me pidió ver a su amante —dijo—. Me pidió morir.

Perséfone abrió los ojos de par en par. Eso no era lo que había esperado que Hades dijera.

—Por supuesto fue una petición que no podía, no quería, conceder.

—No lo entiendo. Apolo sabe que no puede morir. Es inmortal. Incluso si lo hirieras…

—Quería que lo arrojaran al Tártaro. Que los titanes lo hicieran pedazos. Es la única manera de matar a un dios. —Perséfone sintió escalofríos—. Por supuesto, estaba enfadado, y se vengó de la única forma que conoce: se acostó con Leuce.

Las cosas empezaban a encajar.

—¿Por qué no me lo contaste? —le preguntó Perséfone.

—Tiendo a querer olvidar esa parte de mi vida, Perséfone.

—Pero yo… yo no habría…

—Ya has roto una promesa que hiciste. Dudo que mi historia de traición te hubiera impedido buscar la ayuda de Apolo.

No sabía qué decir a eso; sus palabras eran duras pero justificadas. Se encogió y se abrazó un poco más fuerte. No estaba segura de si Hades se había dado cuenta de su reacción o si decidió que esta conversación había terminado, pero se apartó del bar.

—Probablemente estés cansada. Puedo llevarte al Inframundo o Antoni te acompañará a casa.

Lo estudió durante un largo rato.

—¿Qué quieres tú?

Lo que en realidad estaba preguntando era: «¿quieres que me quede?»

—No es una decisión que tenga que tomar yo.

Ella miró hacia otro lado, tragándose un nudo en la garganta, pero la voz de Hades la atrajo de nuevo.

—Pero ya que me lo has preguntado… siempre te quiero conmigo. Incluso cuando estoy enfadado.

—Entonces iré contigo.

Él la acercó con su brazo alrededor de la cintura. Se agarró a sus bíceps mientras sus partes se tocaban y se miraron. Quería besarlo, no le costaría mucho. Estaban tan cerca, pero dudaba; había vomitado y aún se sentía asquerosa. Por si fuera poco, Hades no se acercó, y el dolor que tiraba de sus rasgos la mantenía congelada e hizo de tripas corazón.

Aún le quedaba una noche entera durmiendo a su lado.

Eso iba a ser duro.

XXIII

LA CELEBRACIÓN DEL SOLSTICIO

Perséfone se despertó sola.

Ignoró la forma en la que su pecho se tensó mientras se levantaba para prepararse.

Una vez vestida, encontró a Hécate en el salón de baile del palacio, estaba dando indicaciones a las almas, ninfas y démones en sus tareas mientras se preparaban para la celebración del solsticio de esa noche.

Cuando Perséfone llegó, Hécate sonrió y varias voces estallaron a la vez.

—¡Milady, has llegado!

En la habitación había tanta emoción y energía que Perséfone tenía que quitarse de encima el mal humor.

—Espero que no llevéis mucho tiempo esperando —dijo.

—Estaba terminando de asignar tareas —dijo Hécate.

—Genial. ¿Qué puedo hacer?

Perséfone vio duda en el rostro de Hécate.

—Deberías supervisar.

Perséfone frunció el ceño.

—Me gustaría ayudar —dijo, y miró a las personas reunidas en la sala—. Seguro que a alguno de vosotros les vendría bien un par de manos extra.

Primero se encontró con el silencio, pero luego Yuri habló.

—Por supuesto, milady. ¡Estaríamos encantados de que nos ayudaras con los arreglos florales!

Perséfone sonrió.

—Gracias, Yuri. Eso me encantaría.

Por no mencionar que necesitaba una distracción, cualquier cosa para no pensar en las últimas semanas.

—¡A trabajar! —dijo Hécate en voz alta, y la multitud se dispersó.

Perséfone se puso a trabajar con un grupo en el salón de baile, haciendo arreglos florales, guirnaldas y coronas con las flores que las almas habían recogido de los jardines del Inframundo.

—Estás más callada de lo normal —dijo Hécate, que se había unido a Perséfone. Estaba cortando las hojas de los racimos mientras Perséfone las colocaba en una gran urna.

—¿Lo estoy?

Había estado tan absorta en su trabajo que no había prestado mucha atención a lo que ocurría a su alrededor.

—No solo hoy —dijo Hécate—. Llevas días sin venir al Inframundo.

Perséfone se quedó de piedra por un momento, y luego continuó con su proyecto. No sabía qué decir… ¿Se suponía que tenía que disculparse? Los ojos se le empañaron de lágrimas, y antes de que se diera cuenta, Hécate la estaba llevando fuera del salón de baile, luego por el pasillo hasta la biblioteca de Hades.

—¿Qué pasa, cariño? —preguntó Hécate, ayudó a Perséfone a sentarse y se puso de rodillas ante ella.

—Lo he estropeado todo.

—Estoy segura de que no es nada que no se pueda arreglar.

—Estoy segura de que no —dijo Perséfone—. He cometido tantos errores, Hécate. He destrozado la vida de mi mejor amiga, he negociado con un dios horrible y he sacrificado mi relación con Hades.

—Eso es mucho. —Las palabras de Hécate hicieron que Perséfone se sintiera aún más triste—. Pero creo que no es cierto.

—Pues claro que es cierto —miró fijamente a Hécate, confundida por la diosa.

—¿Atropellaste a Lexa? —preguntó Hécate.

Perséfone negó con la cabeza.

—No has arruinado la vida de tu amiga —dijo—. Lo hizo el mortal que conducía ese coche.

—Pero ella no es la misma…

—Claro que no es la misma. Incluso si se hubiera recuperado sin la magia de Apolo, no hubiera sido ella misma. Has negociado con un dios, sí. ¿Es horrible? —Hécate se encogió de hombros—. Si alguien puede ayudar a Apolo a ser más compasivo, eres tú, Perséfone.

No estaba segura de eso, pero tras descubrir el pasado de Apolo, sabía que quería hacer algo por él. Tal vez, si ella era amable con él, aprendería a ser amable con otros.

—Compasión o no, no cambia lo que Hades piensa ahora de mí. No confía en mí, ni tampoco cree que yo confíe en él.

—Hades confía en ti —dijo Hécate—. Te dio su corazón.

—Estoy segura de que se arrepiente de esa decisión.

—No puedes estar segura de nada a menos que le preguntes, Perséfone. Es más injusto asumir que conoces los sentimientos de Hades.

Perséfone pensó en esas palabras. Ayer le hubiera querido preguntar muchas cosas, pero el miedo y la vergüenza se lo impidieron.

—Y tengo la sensación de que nuestro oscuro gobernante no ha sido del todo justo contigo.

Perséfone no estaba segura de si «justo» era la palabra correcta.

—Ha sido sincero sobre lo muy enfadado que está conmigo.

—Lo que probablemente sea el motivo por el que quieres evitarlo. Yo lo haría. A nadie le gusta Hades cuando está enfadado.

Perséfone soltó una risita.

—Lo que quiero decir es que los dos tenéis mucho que aprender de esto. Si queréis que esta relación funcione, tenéis que ser sinceros. No importa si las palabras duelen, son importantes.

Y ella tenía muchas palabras.

—No te preocupes, querida —Hécate se puso de pie, e hizo que Perséfone la acompañara—. Todo irá bien.

Antes de que salieran de la biblioteca, Perséfone se detuvo.

—Hécate, ¿sabes cómo encontrar un alma en el Inframundo?

Ella sonrió.

—No, pero conozco a alguien que sí.

Perséfone y Hécate volvieron al salón de baile y terminaron los arreglos florales. Después fueron a las cocinas donde Milan, un demon, y varias almas que habían sido chefs en sus anteriores vidas, trabajaban en el banquete del solsticio. Milan insistió en que probaran un surtido de mermeladas, conservas, uvas, higos, granadas, moras, peras y dátiles. Había embutidos y una variedad de quesos, galletas saladas y hierbas frescas.

—Milady Perséfone… ¿tienes por casualidad la receta de ese pan dulce que hiciste? —preguntó Milan.

Le llevó un momento entender a qué se refería Milan.

—Oh, ¿te refieres al pastel?

—Fuera lo que fuera, estaba delicioso —dijo Hécate—. Y casi empieza una guerra.

Perséfone rio. Había horneado el pastel, lo dejó reposar durante la noche y se había olvidado completamente de él.

—Es muy fácil, Milan. Te enseño.

El demon sonrió y Perséfone se pasó el resto de la tarde horneando en la cocina hasta que Hécate se la llevó para que se preparara para

las festividades.

Se prepararon en el dormitorio de Hades. Las ninfas de Hécate, las lámpades, peinaron el pelo de Perséfone en delicados rizos y luego trenzaron algunas partes al estilo *half-up*. El maquillaje era más oscuro de lo normal. Una brillante sombra negra y el grueso delineado hacía que sus ojos parecieran más amplios y abiertos; el color también iluminaba sus iris. Los labios color burdeos completaban el *look*.

Mientras se miraba en el espejo, recordó las tardes que ella y Lexa pasaban preparándose para eventos. Perséfone no había crecido entre mortales, así que cuando llegó a la Universidad de Nueva Atenas, no tenía experiencia ni en maquillaje o moda. Lexa se lo había enseñado todo, se le daba muy bien.

«Se le da muy bien», se corrigió Perséfone.

Lexa *estaba* viva.

Excepto que Perséfone sentía que Lexa se había ido. La persona que estaba en esa habitación de hospital se veía como su mejor amiga, pero no actuaba como ella.

Perséfone sintió cómo le lloraban los ojos, cogió aire, y miró hacia el techo. Las lámpades percibieron su angustia y le acariciaron la cara y el pelo.

—Estoy bien —susurró—. Solo que estoy pensando en algo triste.

—Tal vez esto te haga olvidarlo —dijo Hécate al entrar en la habitación.

Perséfone se giró en su asiento mientras la diosa de la brujería se acercaba con una gran caja blanca. Dentro había un hermoso vestido. Era negro con detalles dorados. El escote era palabra de honor y las mangas eran largas, pero estaban abiertas, dando la impresión de una capa.

—Oh, Hécate. Es precioso —dijo Perséfone dando vueltas frente al espejo al ponérselo.

El vestido no era la única sorpresa que Hécate tenía preparada. Se colocó detrás de Perséfone y se movió como si le estuviera colocando algo sobre la cabeza. Mientras lo hacía, apareció una corona entre sus manos. Era de hierro y puntiaguda, y resplandecía con una obsidiana brillante, perlas negras y diamantes. En la cabeza de Perséfone parecía un halo oscuro encendido contra su radiante pelo.

—Estás preciosa —dijo Hécate.

—Gracias —dijo Perséfone entrecortadamente.

No se reconocía en el espejo, y no estaba segura de qué era diferente: ¿la corona, el vestido, el maquillaje o algo más? En el último mes habían pasado muchas cosas y sentía el peso de todo ello sobre sus hombros, en su pecho, y cómo se le asentaba en el estómago.

—¿Ha llegado Hades?

—Estoy segura de que vendrá más tarde.

Perséfone se encontró con la mirada de su amiga en el espejo. Quería a Hades. Ni siquiera tenían que hablar; solo quería su presencia para sentirse cómoda.

—Ven, las almas tienen una sorpresa para ti.

Hécate cogió la mano de Perséfone y salieron de la habitación de Hades. Las lámpades las siguieron y corrieron para colocarse en su lugar.

El palacio estaba decorado por todas partes. Los ramos de flores que Perséfone y los demás habían confeccionado traían color a la oscuridad. Las mesas para el banquete estaban repletas de comida e iluminadas por las velas. Los olores le hacían la boca agua. Las puertas francesas del salón de baile estaban abiertas y conducían al patio, donde ardía una hoguera y las almas habían preparado un palo de mayo.

Cuando Perséfone salió, las almas, démones y ninfas aplaudieron.

Yuri corrió hacia ella y tomó sus manos.

—¡Perséfone! Ven, ¡los niños te han preparado una sorpresa!

Yuri la condujo fuera del patio de piedra hacia la hierba mullida donde las lámpades se habían reunido en un círculo. Las almas las seguían por detrás.

Perséfone se sorprendió cuando Yuri la llevó hacia un trono que había en la parte superior del círculo. A diferencia del de Hades, era una silla de oro. El metal había sido moldeado en forma de flores, y los cojines eran blancos.

—Yuri, yo no soy…

—Puede que no seas reina de título, pero las almas te llaman su reina.

—Eso no significa que deba llevar una corona o sentarme en un trono en el Inframundo.

—Hazlo por ellas, Perséfone —le suplicó—. Es parte de la sorpresa.

—Vale —dijo Perséfone, asintiendo con la cabeza—. Por las almas.

Se sentó y Yuri dio una palmada de emoción.

Después de un momento, los niños del Inframundo aparecieron desde la oscuridad, deambulando hacia el círculo de luz, vestidos con ropas coloridas. Empezaron su actuación dando golpes con los pies y las palmas al unísono. El efecto era musical y el ritmo aumentaba a medida que avanzaban. Rápidamente, las voces se unieron a las palmadas y zapateados y empezaron a moverse, creando diferentes líneas y formas con sus cuerpos. Al final de la actuación, Perséfone estaba aplaudiendo y sonreía tanto que le dolía la cara.

Los niños sonrieron e hicieron una reverencia ante los aplausos.

Entonces empezó a sonar una flauta y los niños empezaron a cantar, las voces subiendo y bajando en una evocadora melodía. La canción que cantaban era sobre el cuento del Lete, el río del olvido, y hablaba de una mujer que bebió de sus aguas y olvidó al amor de su vida. Cuando la canción acabó, a Perséfone se le hizo un nudo en la garganta. Se puso de pie mientras aplaudía y los niños corrieron hacia ella, abrazándole las piernas.

—Gracias —les dijo—. ¡Habéis estado maravillosos!

Tras la actuación de los niños empezó el verdadero festival y los residentes se dispersaron. Algunos bailaban y tocaban instrumentos y otros jugaban a juegos: carreras, lanzamiento de disco y concurso de salto. Un grupo se dirigió al interior del salón de baile para comer y los niños se reunieron alrededor del palo de mayo.

—¡Perséfone! —Leuce se acercó y le rodeó el cuello con los brazos, con una copa de vino en la mano.

—Leuce, me alegra que hayas podido venir.

La ninfa retrocedió.

—Gracias por invitarme. Esto es realmente asombroso. Nunca había visto el Inframundo tan vivo. Bebe —dijo, tendiéndole a Perséfone la copa de vino que llevaba—. El vino sabe a fresas y verano.

Leuce se giró y desapareció entre la multitud de almas.

—Bueno, pero si pareces la reina del Inframundo —dijo Hermes, apareciendo de la nada.

—¡Hermes! —lo rodeó con los brazos—. ¡Estoy tan contenta de que estés aquí!

Perséfone sonrió al dios del engaño. Iba vestido como un antiguo dios, con una armadura de oro y una falda de cuero. Sus sandalias envolvían sus fuertes gemelos, una diadema de laurel coronaba su cabeza y sus alas de plumas blancas cubrían su cuerpo como una exuberante capa.

—No me lo perdería por nada del mundo, Sefi —dijo y luego le guiñó el ojo mientras sostenía una botella de vino que había robado del salón de baile—. El vino ayuda. ¿Dónde está tu melancólico amante? Espero que no estuviera demasiado enfadado contigo.

Al mencionar a Hades, Perséfone recordó que el dios del Inframundo aún no había dado señales de vida. Frunció el ceño.

—No estoy segura de dónde está. Se fue antes de que me despertara.

—Oh-oh. No me lo digas, Sefi. ¿No hubo sexo de reconciliación?

¿Cuándo hablar de sexo se había convertido en una conversación normal entre ella y Hermes?

—No.

—Lo siento, Sefi —dijo Hermes, y luego le sirvió más vino—. Bebe, preciosa. Vas a necesitarlo.

Pero a Perséfone no le apetecía beber y Hermes se distrajo pronto.

—¡Némesis! —gritó Hermes cuando vio a la diosa de la retribución divina y la venganza—. ¡Tengo que ajustar cuentas contigo!

Perséfone intentó no reírse. Escuchar a Hermes utilizar expresiones mortales era divertidísimo. Empezó a girarse cuando se percató de la presencia de Apolo. Estaba segura de que acababa de llegar, de otra forma habría sentido su amenazadora presencia antes. Su presencia cargaba el aire.

Llevaba una túnica roja que se abrochaba con detalles dorados. Nunca antes había visto sus cuernos, pero esa noche los exhibía al completo. Tenía cuatro en total, dos a cada lado de la cara, enroscados. Casi lo hacían parecer como un casco usado durante la batalla.

Le sonrió y se acercó.

—Hasta donde sé, era yo el que debía citarte —dijo él.

—No te he citado —dijo Perséfone—, te he invitado. No tenías por qué venir.

Apolo tensó la mandíbula.

—Pero me alegro de que hayas venido —añadió, y el dios alzó las cejas—. Ven, me gustaría presentarte a alguien.

Llevó a Apolo hacia fuera, donde estaba el palo de mayo y los muertos bailaban. A Perséfone le llevó un momento, pero finalmente lo encontró con una multitud de almas. Jacinto, el joven al que Apolo amaba. Era musculoso y hermoso, con una ringlera de pelo dorado. Cuando sonreía, le brillaban los dientes; cuando reía, sonaba como música. Supo cuando Apolo lo vio, porque el dios se tensó a su lado.

—Ve con él, Apolo —dijo.

Él dudó y se puso pálido.

—¿Se acuerda…?

—Aún te quiere —dijo ella—. Y te ha perdonado.

Se sorprendió cuando Apolo la miró con una expresión seria.

—¿Por qué?

Ella parpadeó.

—¿Qué?

—¿Por qué harías esto por mí? —preguntó—. Te he tratado mal.

—Todo el mundo se merece bondad, Apolo.

«Sobre todo los que hacen daño a los demás», pensó, pero no lo dijo.

—Ve —lo animó—. No tienes mucho tiempo y tienes que

aprovecharlo al máximo.

Seguía mirándola fijamente, como si no pudiera entenderla.

Tras un momento, se volvió y respiró hondo, colocó bien los hombros y se dirigió hacia Jacinto. La joven alma tuvo que mirar dos veces y su expresión se fundió en un *shock* cuando vio que el dios de la música se acercaba. Dejó su bebida y le rodeó el cuello con los brazos, atrayéndolo hacia sí. Cuando sus labios se encontraron, Perséfone sintió una punzada en el pecho, un recordatorio de lo mucho que extrañaba a Hades.

Sacudió la cabeza y salió del patio hacia los jardines. Esperaba poder pasar unos minutos a solas, pero se topó con una figura oscura que la sobresaltó.

—Tánatos —dijo entrecortadamente mientras se le calmaban las pulsaciones—. Me has asustado.

—Lo siento. No era mi intención.

Perséfone frunció el ceño. No había visto al dios de los muertos desde que le había gritado en el hospital. Podía sentir el cambio en el aire entre ellos. Antes era amistoso; ahora, delicado.

—¿Qué estás haciendo aquí fuera?

—Disfrutando de la fiesta —respondió. Mientras hablaba no la miraba, sus ojos estaban fijos en el palo de mayo, iluminado por la luz de las ninfas.

—¿Por qué no te unes a ellos? —preguntó ella.

La sonrisa de Tánatos era triste.

—No estoy hecho para la alegría, milady.

Ella frunció el ceño.

—Por favor, Tánatos, llámame Perséfone.

Él inclinó la cabeza.

—Vale. Lo siento.

—No, *yo lo siento* —dijo ella—. No hay excusa por cómo te traté. Apenas puedo… creerlo.

—No pasa nada, Perséfone. Estoy acostumbrado.

Ella hizo una mueca de dolor.

—Me duele saberlo. Me gustaría que no fuera así, te mereces algo mejor, especialmente de una amiga.

Tánatos se encontró con su mirada y sonrió.

—Gracias, Perséfone.

Permanecieron juntos durante un rato, viendo cómo los habitantes del Inframundo hacían las celebraciones.

En algún momento Perséfone entró en el palacio. Deambuló de habitación en habitación en busca de Hades. Cuanto más tiempo pasaba sin su presencia, más se frustraba. ¿Cómo podía no asistir a

una celebración en su propio reino? No solo era importante para su gente, era importante para ella. Había ayudado a planearla, y él sabía que tendría lugar hoy. *¿Qué lo retenía?*

Cuando la fiesta se acercaba a su fin, seguía sin haber señales de Hades. Lo esperó despierta ya que era incapaz de descansar.

Y esperó.

Y esperó.

Eran casi las cinco de la mañana cuando regresó. Su presencia le era familiar y al contrario de otras veces en las que él le había inspirado necesidad, ahora sintió frío.

Cuando Hades entró en la habitación ella se volvió para mirarlo. Su oscura mirada la evaluó de pies a cabeza. No se había quitado la corona que Ian le había hecho, ni el vestido que Hécate había confeccionado. Hades no comentó nada sobre su conjunto.

—No creía que estarías despierta.

—¿Dónde has estado?

—Tenía que ocuparme de algunas cosas.

Perséfone apretó las manos en un puño.

—¿Esas cosas son más importantes que tu reino?

Hades frunció el ceño.

—Estás enfadada porque no he ido a tu fiesta.

«Así que no se había olvidado».

—Sí, estoy enfadada. Deberías haber estado ahí.

—Los muertos lo celebran todo, Perséfone. No me perderé la próxima.

—Si esa es tu opinión, preferiría que no vinieras.

A Hades pareció sorprenderle su comentario.

—¿Entonces qué quieres de mí?

—No me importa una mierda lo mucho que hagan celebraciones. Lo que es importante para ellos debería serlo para ti. Lo que es importante para mí debería serlo para ti.

—Perséfone…

—No —lo interrumpió—. Entiendo que no sepas lo que no te cuento, pero espero que estés al tanto de lo que organizo y que muestres interés, no solo por mí, sino por tu gente. No me preguntaste ni una sola vez por la celebración del solsticio, ni siquiera después de que te pidiera permiso para hacerla en el patio.

—Lo siento.

—No lo sientes —espetó—. Solo lo estás diciendo para tenerme contenta y lo *odio*. ¿Es por esto por lo que quieres una reina? ¿Para no ir a esos eventos?

—No, te quería a *ti* —dijo él con un ligero toque de frustración en

su voz—. Y por eso deseaba hacerte mi reina. No hay segundas intenciones.

Pero a ella no se le escapó que acababa de hablar en pasado.

Entrecerró los ojos.

—Mira, Hades. Si ya no… quieres esto, tengo que saberlo.

Hades sacudió la cabeza y la miró fijamente.

—¿Qué?

Obviamente lo que estaba diciendo no tenía sentido.

—Si no me quieres, si no crees que puedas perdonarme, no creo que debamos tener una relación. Al diablo con las Moiras.

Desde que entró en la habitación, era la primera vez que Hades se movía.

Avanzó con decisión hacia ella.

—Nunca he dicho que no te quisiera —dijo mientras se acercaba a ella—. Pensaba que ayer lo dejé claro.

Ella puso los ojos en blanco.

—¿Así que quieres follarme? Eso no significa que quieras una relación de verdad. No significa que volverás a confiar en mí.

Hades se detuvo a centímetros de ella y entrecerró los ojos.

—Déjame ser totalmente claro. Sí, quiero follarte. Pero más importante: te amo, profundamente, infinitamente. Si hoy te marcharas, seguiría amándote. Siempre te amaré. Eso es lo que es el destino, Perséfone. A la mierda los hilos y los colores… y a la mierda tus dudas.

Mientras hablaba se inclinó más hacia ella, su cara estaba ahora a milímetros de la de ella.

—No tengo dudas —dijo—. ¡Tengo miedo, idiota!

—¿De qué? ¿De lo que he hecho?

—¡No es sobre ti! Dioses, Hades. Tú más que nadie deberías entenderlo.

Ella giró la cabeza, incapaz de mirarlo.

Tras un momento, Hades volvió a hablar, ahora con insistencia.

—Cuéntamelo.

A Perséfone le tembló la boca.

—Toda mi vida he anhelado el amor —dijo—. Ansiaba la aceptación porque mi madre me lo ponía delante como si fuera algo que tuviera que ganarme. Si cumplía sus expectativas, me lo ganaba; si no lo hacía, me lo quitaba. Tú quieres una reina, una diosa, una amante. No puedo ser lo que quieres. ¡No puedo… cumplir las… *expectativas* que tienes de mí!

Había algo liberador en decir todo eso en voz alta. De repente se sintió más ligera, como si hubiera soltado una gran roca que había

estado cargando a su espalda.

—Perséfone… —Hades le presionó la barbilla con los dedos. Ella se encontró con su mirada—. ¿En qué piensas cuando piensas en una reina?

Perséfone frunció el ceño y sacudió la cabeza.

—No lo sé —admitió—. Sé lo que me gustaría ver en una reina.

—Entonces, ¿qué te gustaría ver en una reina?

—Alguien amable… compasiva… que está *presente*.

Hades le acarició los labios con el pulgar.

—¿Y no crees que eres todo eso?

Ella no respondió.

—No te estoy pidiendo que seas una reina. Te estoy pidiendo que seas tú misma. Te estoy pidiendo que te cases conmigo. El título viene con nuestro matrimonio. No cambia nada.

Perséfone tragó saliva.

—¿Me estás pidiendo otra vez que me case contigo?

—¿Lo harás?

La respiración se le atascó en la garganta. No podía responder. Durante las últimas semanas, ella y Hades no habían estado exactamente en términos de conversación. Tenían demasiado que resolver. Se le empañaron los ojos, y las lágrimas se deslizaron por su cara. Hades las enjugó.

—Cariño, no tienes que responder ahora. Tenemos tiempo… una eternidad.

Sus labios se encontraron. Fue un beso obsceno y violento y desesperado. Perséfone se sintió febril y frenética. La adrenalina la hizo valiente y le metió la mano dentro de los pantalones, trabajando su polla. Hades gimió, rozándole el labio inferior con los dientes mientras se apartaba para explorar su mandíbula y cuello y pechos.

Pareció aturdido cuando ella lo apartó. Durante un momento estuvieron así, respirando con dificultad, calientes y húmedos y salvajes. Entonces Perséfone le puso una mano en el pecho y lo empujó hacia atrás, hasta que la parte posterior de sus rodillas golpeó la cama.

—Siéntate —le ordenó, quitándose la corona y dejándola a un lado.

Hades obedeció y ella le sostuvo la mirada mientras se arrodillaba. Los ojos del dios brillaban como la obsidiana.

—Pareces una jodida reina —dijo.

Perséfone crispó la comisura de la boca.

—Soy tu reina.

Envolvió su mano alrededor de su longitud y lo acarició de raíz a punta, moviendo el pulgar ligeramente sobre la punta de la polla.

—*Perséfone* —gruñó su nombre y ella lo tomó en su boca.

Hades gimió, enredándole los dedos en el pelo. Lo tomó profundamente, hasta el fondo de la garganta y luego lo llevó al lado de la mejilla. Se detuvo para lamerlo y chuparlo, deleitándose con su sabor.

—Sí —siseó él.

Ella podía sentir cómo crecía, palpitante, y cuando se corrió, bebió de él como si nunca hubiera probado nada tan dulce. Hades la puso totalmente sobre sus pies; la besó, la poseyó y la paralizó. Dejó su vestido en un charco en el suelo y la guio hasta su cama, despojándose de su propia ropa antes de cubrir su cuerpo.

Era cálido y firme, y se ajustaba a ella como si estuviera hecho para cada una de sus curvas. Mientras se cernía sobre ella, ella se acercó y enredó un trozo de su sedoso pelo alrededor del dedo.

—¿Por qué quieres casarte?

Hades enarcó una ceja; la pregunta claramente le divertía.

—¿No has soñado siempre con el matrimonio?

—No —dijo, y estaba siendo sincera.

Nunca había considerado realmente la posibilidad de casarse con alguien. Su madre se aseguró de que no conociera a nadie durante los primeros dieciocho años de su vida, y una vez fue libre, se concentró tanto en la universidad y en conseguir un trabajo que no había pensado mucho en relaciones.

—No has respondido a mi pregunta. ¿Por qué es importante el matrimonio para ti?

—No lo sé —respondió él con sinceridad—. Se volvió importante cuando te conocí.

Perséfone le sostuvo la mirada y separó las piernas, rodeándole la cintura con ellas. Podía sentir la punta de su polla presionando contra su entrada. Hades se hundió en ella con un gemido. Ella jadeó, agarrándose a sus brazos. El comienzo era algo dulce… Hades inclinándose para besarla, dejando que su frente descansara sobre la de ella, y respirando su aliento. Luego todo cambió. Las embestidas de Hades se volvieron insistentes y dejó caer la cabeza sobre el pliegue de su cuello, rozándole y mordiéndole la piel con los dientes.

—Tan jodidamente dulce —siseó Hades, mirándola a los ojos—. Tómame más profundo, cariño.

No estaba segura de que fuera posible; ya podía sentirlo en el fondo de su estómago. Hades entrelazó los brazos bajo sus rodillas y la levantó ligeramente. El placer la atravesó y arrastró las uñas por la piel de Hades.

—¡Más fuerte! —le ordenó.

Se introdujo en ella, bombeando sus caderas. Se apretó con fuerza contra él, su orgasmo crecía en su interior, arañando su camino hacia la superficie.

—Córrete, cariño.

Con su permiso, llegó al clímax, y mientras ella se relajaba de su euforia, Hades gimió, echando la cabeza hacia atrás, se estremeció.

Después, se acostaron juntos en la cama, besándose y tocándose y respirando entrecortadamente.

—Dioses, te he echado de menos —dijo Perséfone, apoyada sobre Hades con la cabeza sobre su pecho.

Hades se rio y se miraron. Después de un rato en silencio, Perséfone habló en voz baja.

—Me ibas a contar lo de Leuce.

—Mmm. Sí —dijo, y tras un momento la puso encima de él—. Tuve una reunión con Ilias en mi restaurante. No sabía que Leuce estaba ahí. Salió corriendo detrás de mí cuando salía y me cogió de la mano. Una vieja costumbre.

Perséfone lo fulminó con la mirada y Hades le puso un dedo sobre sus labios fruncidos.

—Me aparté de un tirón y seguí caminando. Me estaba pidiendo un nuevo trabajo.

—¿Y ya está?

—Eso me temo.

Se desplomó sobre él.

—Me siento como una idiota.

Hades la rodeó con los brazos.

—Todos nos ponemos celosos. Me gusta cuando te pones celosa… excepto cuando pienso que podrías dejarme.

Se levantó de nuevo, ahora a horcajadas sobre él.

—Estaba enfadada, sí, pero… nunca se me ha pasado por la cabeza dejarte.

Tras un momento, Hades se sentó con ella en su regazo.

—Te amo. Incluso si las Moiras deshicieran nuestro destino, encontraría una manera de volver a ti —dijo Hades.

Perséfone le rodeó el cuello con los brazos.

—¿Crees que pueden oírte? —se burló.

—Si lo hacen, deberían tomárselo como una amenaza.

Perséfone rio y volvieron a abrazarse.

Más tarde, mientas se dormía, no podía evitar pensar en las Moiras.

¿Realmente desharían su destino con Hades?

La ausencia de Hades sacó a Perséfone del sueño.

Se sentó, sujetando las sábanas contra su pecho. El fuego ardía y todavía estaba oscuro en el Inframundo.

«Algo no va bien», pensó.

Salió de la cama, se puso su bata y salió al jardín. Hades tenía la costumbre de pasear por la noche y sentarse bajo las estrellas y las glicinas. Caminó a lo largo del jardín y llegó al extremo donde desembocaba en un campo de flores. Desde aquí, podía ver las luces de los Campos Asfódelos y el tenue fuego del Tártaro.

«Quizás haya ido ahí», pensó.

Se adentró en el campo.

Una cálida brisa transportaba el olor a ceniza y hacía crujir la hierba a su alrededor. Era casi lo suficientemente ruidoso como para ahogar el sonido de los pasos de Cerbero, Tifón y Ortro, pero Perséfone oyó sus jadeos y se giró a tiempo para ver a los tres dóberman irrumpiendo en la hierba.

—Oh, mis dulces niños —les dio una palmadita a cada uno en la cabeza—. ¿Habéis visto a vuestro papá?

Los tres gimieron. Asumió que eso era un sí.

—¿Me llevaréis hasta él?

Los tres condujeron a Perséfone a través del campo hacia un bosque enmarañado. Nunca antes había estado ahí y supuso que se trataba de una nueva adición al Inframundo. El reino de Hades cambiaba constantemente y ella sospechaba que era para hacer más difícil que la gente entrara y saliera.

El bosque parecía no tener fin, profundo y oscuro. Las ramas de los árboles se entrelazaban, creando un arco en lo alto, y aunque estaban pelados, las lámpades descansaban allí, iluminando el camino como si fuera un cielo estrellado.

Los perros mantuvieron los hocicos en el suelo y sorprendieron a Perséfone cuando salieron huyendo del camino hacia más allá el bosque.

«¿Realmente Hades estaría tan dentro de estos bosques?».

Ella continuó, las ninfas le iluminaban el camino, hasta que los perdió de vista y ya no podía escuchar a Cerbero, Tifón y Ortro.

Un jadeo atrajo su atención. Venía de detrás de ella y aumentó su frecuencia.

Perséfone se movió hacia el sonido. El corazón le martilleaba en el pecho y el aire de repente se sentía pesado y sólido.

No tardó en verlos en un claro: Hades y Leuce enredados con tanta fuerza como las ramas de los árboles y las ninfas iluminándolos mientras hacían el amor.

PARTE III

«El camino al paraíso comienza en el Infierno».
—Dante Alighieri

XXIV

LOCURA

Durante un horripilante segundo, Perséfone no pudo moverse.

Estaba congelada, paralizada.

Las piernas le temblaban y le dolía el pecho de una manera que nunca había creído posible. Era como si su *shock* se hubiera convertido en un monstruo y estuviera abriéndose camino hacia el exterior.

Entonces un sonido espantoso escapó de su boca.

Los dos se quedaron helados y se giraron en su dirección. Hades se apartó de Leuce y la ninfa cayó al suelo, no estaba preparada para su movimiento brusco.

—Perséfone…

Apenas pudo oír su nombre por encima del estruendo en sus oídos. Su poder se agitó dentro de ella, le hervía la sangre, y se precipitó hacia la superficie de su piel.

Todo se volvió rojo.

Lo destruiría. La destruiría. Destruiría este mundo.

Perséfone gritó con toda su rabia y todo a su alrededor comenzó a marchitarse. Los árboles se pudrieron ante sus ojos, las hojas se secaron y cayeron, la hierba se puso amarilla y se debilitó hasta que toda la tierra a su alrededor quedó estéril.

Despojaría de vida el mundo de Hades como él la había despojado de felicidad.

Leuce huyó y Hades se acercó a Perséfone. Al acercarse, ella sintió de nuevo el devastador golpe de su traición.

—¡Perséfone!

—¡No digas mi nombre!

Su voz sonaba diferente, gutural. Su poder ardía en sus manos y lo alimentó con su angustia. El suelo bajo sus pies empezó a retumbar.

—¡Perséfone, escúchame!

Lo había escuchado. Lo había escuchado y le había creído.

«Te amo, profundamente, infinitamente».

Ya no estaba escuchando.

Él dio un paso hacia ella.

—¡No! —Cuando habló, la tierra entre ellos se separó y se abrió un enorme abismo.

Hades abrió los ojos de par en par.

—¡Perséfone, por favor! —Sonaba desesperado, pero era de esperar.

Estaba destruyendo su reino.

Gritó, con furia y violencia, su magia como fuego contra su piel. No sabía lo que estaba haciendo, pero algo le hizo juntar las manos y sintió toda la magia concentrándose en ellas. El poder golpeó a Hades y le hizo volar hacia atrás, hacia el paisaje desolado.

Aterrizó sobre sus pies y dejó caer su *glamour*. Era una aparición de la muerte, oscura y amenazante.

«Así es como se veía en el campo de batalla», pensó, y por un momento el corazón de Perséfone latió más fuerte con el miedo de que él pudiera derrotarla.

Las sombras se desprendieron de su forma y corrieron hacia ella. Estaba intentando refrenarla y ese pensamiento envió una explosión de furia a través de ella.

Volvió a gritar y su magia se desprendió, congelando las sombras igual que había congelado a todos en el Lira.

Siguió un silencio ensordecedor y ella se encontró con su mirada antes de enviar las sombras de Hades hacia él con una ráfaga de su propia magia.

Hades alzó un brazo y las sombras se deshicieron en cenizas.

—¡Para! —le ordenó—. Perséfone, esto es una locura.

¿Locura? Ella le enseñaría lo que era la locura.

—¿Quemarías el mundo por mí? —preguntó, recordando las palabras que él había usado cuando ella le había hablado de Apolo, recordando lo ferviente que había sido cuando le dijo que no volviera a pronunciar el nombre del dios en la habitación que compartían. *Su habitación*. El poder se acumuló en sus manos—. Yo lo destruiré por ti.

Hades abrió mucho los ojos justo cuando un terrible crujido llenó el aire. Unas enormes raíces partieron el cielo y se precipitaron hacia la tierra. Estaba atrayendo la vida del mundo de los mortales hacia el Inframundo.

Las raíces golpearon el suelo con una explosión ensordecedora, sacudiendo la tierra y destruyendo montañas.

—¡Hécate! —La voz de Hades era poderosa y resonó cuando llamó

a la diosa de la magia. Ella apareció al instante, manifestándose junto a Hades.

Con su poder, lucharon juntos contra el de Perséfone y cuando más raíces amenazaron atravesar el Inframundo, las detuvieron en el aire.

—¿Qué ha pasado? —gritó Hécate.

—No lo sé. Sentí su angustia y vine tan pronto como pude.

La respuesta de Hades la enfureció.

«¿Sentir mi angustia? ¡La ha visto! ¿Por qué actúa como si él no fuera el traidor aquí?».

La rabia de Perséfone continuó. Luchó con fuerza contra Hades y Hécate. Juntos, su magia era como un peso imposible. Cuanto más la empujaba, más agotada se sentía, pero no solo era agotamiento físico.

Por dentro, la rabia se estaba convirtiendo en desesperación.

Por dentro, estaba rota.

—Querida. —Era como si Hécate estuviera a su lado, hablándole al oído aunque estuviera al otro lado del claro—. Cuéntamelo.

A Perséfone se le empañó la vista por las lágrimas y sacudió la cabeza.

—Perséfone, cuéntame qué ha pasado.

Cuando el recuerdo de lo que había desencadenado su terror brotó a la superficie, las lágrimas se deslizaron por su rostro involuntariamente. Si Perséfone hubiera podido, lo habría reprimido durante el resto de su vida, pero ante las palabras de Hécate, revivió el terror de descubrir a Hades dentro de Leuce. Al recordar el placer en el rostro de la ninfa le dieron ganas de vomitar.

Esta vez, en lugar de inspirar la ira que alimentaba su poder, el recuerdo la agotó. Se sentía voluble por dentro, derrotada y enferma. El poder que corría por su cuerpo se apagó, y ella se tambaleó. Hécate la atrapó en sus brazos justo cuando vomitó.

La diosa la ayudó a sentarse en el suelo lentamente y Perséfone descansó en sus brazos. Le apartó el pelo de la cara, tranquilizándola.

—No era real, querida, mi amor, mi dulce niña.

Perséfone sollozó y volvió la cabeza hacia el pecho de Hécate.

—No puedo dejar de verlo. No puedo vivir con ello.

—Shhh. Lo harás, querida. Descansa.

Entonces la oscuridad la abrazó.

Perséfone se despertó en la *suite* de la reina, su cara se sentía hinchada y le dolía la cabeza. Las mantas afelpadas envolvían su débil cuerpo y una brillante luz se colaba por las ventanas. Le llevó un momento recordar cómo había llegado ahí, pero los recuerdos volvieron pronto

e inundaron su mente como una pesadilla viviente. Las lágrimas se formaron en sus ojos y se deslizaron por un lado de su cara.

—No llores, mi dulce niña —dijo Hécate.

Perséfone giró la cabeza y se encontró a la diosa sentada al lado de su cama. Perséfone se frotó los ojos, intentando hacer desaparecer las lágrimas, pero solo consiguió sollozar con más fuerza.

Hécate le cogió una mano.

—Respira, querida. Lo que viste no era real.

Perséfone respiró hondo varias veces y miró a su amiga.

—¿Qué quieres decir?

—Caminaste por el Bosque de la Desesperanza, Perséfone. Lo que viste fue una manifestación de tu peor miedo.

Perséfone se quedó callada por un momento, tratando de comprender lo que Hécate le estaba diciendo, pero el terror de esos recuerdos estaba incrustado en su mente.

Hécate suspiró.

—Y veo que el hechizo aún no se ha ido.

—¿Hechizo?

—Creemos que así es como acabaste en el bosque —dijo.

—¿Crees que alguien me ha hechizado? —Perséfone frunció el ceño —. ¿Quién?

La diosa ofreció una pequeña sonrisa, pero no había nada de humor en ella.

—Hades está en ello.

Perséfone se estremeció. Al recordar su apariencia en el bosque después de que ella lo hubiera drenado de vida podía imaginar lo que eso significaba. Sin embargo, no podía evitar esperar que encontrara a quienquiera que lo hubiera hecho, porque lo que había visto anoche era una tortura.

Perséfone se sentó y se apoyó en el cabezal, la cabeza le daba vueltas.

—¿Por qué tendría Hades un sitio tan horrible en el Inframundo?

—Bueno, es una extensión del Tártaro —dijo Hécate—. Y tú no debías estar ahí.

Perséfone apartó las sábanas y trató de levantarse, pero se sentía muy débil.

—Me gustaría salir fuera —dijo.

Hécate la ayudó a levantarse y salieron al exterior. Era tarde, y Perséfone se sintió aliviada cuando salió al balcón y vio que el Inframundo estaba frondoso y verde.

De repente se sintió inquieta.

—¡Las almas! ¿Yo…?

Había utilizado tanto poder; había hecho temblar el suelo y agrietado el cielo sin pensar en la gente a la que podría haber herido.

—Están todos bien, Perséfone —le aseguró Hécate—. Hades ha restablecido el orden.

Perséfone cerró los ojos y dejó ir un largo suspiro.

«Gracias a los dioses», pensó.

Entraron en el jardín y encontraron un lugar para sentarse bajo la púrpura glicina.

—Demostraste un gran poder en el bosque, Perséfone —dijo Hécate. No pudo descifrar el tono, pero sintió una mezcla de admiración y miedo.

Miró a la diosa.

—¿Tienes… miedo?

—No tengo miedo de ti —dijo—. Tengo miedo *por* ti.

Perséfone frunció el ceño y Hécate suspiró, mirándose las manos.

—Era un miedo que tenía desde que te conocí, que serías poderosa… terriblemente poderosa.

Perséfone sacudió la cabeza.

—Yo… no lo entiendo. No soy…

—Detuviste la magia de Hades. *Utilizaste* su magia contra él, Perséfone. Es un dios antiguo, con práctica. Si los olímpicos lo descubren…

—¿Si lo descubren…? —le instó cuando la voz de Hécate se desvaneció.

Ahora era el turno de la otra mujer de sacudir la cabeza.

—Supongo que podría pasar cualquier cosa. Podrían querer que te convirtieras en una olímpica o…

—¿O?

—Podrían verte como una amenaza.

Perséfone no pudo evitar reírse, pero la mirada a Hécate le dijo lo seria que estaba siendo la diosa sobre este asunto.

—Eso es ridículo, Hécate. Apenas puedo controlar mi poder y aparentemente no puedo mantener mi fuerza.

—Estás aprendiendo a controlarlo y la fuerza viene con la práctica —dijo Hécate—. Acuérdate de mis palabras, Perséfone, vas a convertirte en una de las diosas más poderosas de nuestros tiempos.

Perséfone no rio.

Después de eso estuvieron en silencio durante un rato, y al cabo de poco Hécate se levantó para partir.

—Tengo que irme. Le prometí a Yuri que tomaríamos el té. No pensé que te apetecería.

Perséfone sonrió. La diosa tenía razón, no le apetecía. Estaba

agotada y todavía inquieta por los acontecimientos de la noche anterior.

Hécate se inclinó hacia delante y besó el pelo de Perséfone antes de marcharse.

Una vez sola, los pensamientos de Perséfone volvieron a Hades. Pensaba que había manifestado su peor miedo cuando casi perdió a Lexa, sin considerar que la traición de Hades podría ser igual de horrible. A pesar de la explicación de Hécate sobre lo que había visto en el Bosque de la Desesperanza, aún sentía un dolor inconmensurable cuando pensaba en él y Leuce juntos.

Suspiró y se puso de pie, recorrió el jardín de Hades y se detuvo cuando el dios apareció a la vista desde la dirección opuesta. Estaba en su forma divina, su fuerte complexión envuelta en una túnica, y su largo pelo recogido en un moño desordenado. Sus cuernos eran como cortes negros que se elevaban hacia el cielo. Parecía agotado y pálido y hermoso.

Contuvo la respiración ante su presencia, sintiendo como si hubiera océanos entre ellos.

—¿Estás bien? —preguntó él.

Esa pregunta siempre la hacía sentir mejor, pero esa vez la encendió. En un solo momento sintió tanto por él que apenas podía darle sentido a todo, al amor, al deseo y a la compasión.

—Lo estaré —respondió.

Hades la miró durante un largo rato.

—¿Puedo acompañarte en tu paseo? —le preguntó.

—Es tu reino —contestó.

Hades frunció el ceño, pero no dijo nada y, cuando ella avanzó, él se puso a su lado. No se cogieron de la mano ni caminaron del brazo, pero de vez en cuando sus dedos se rozaban y la sensación era electrizante. Cada centímetro de su piel se sentía como un nervio expuesto. Era tan extraño. Después de todo por lo que habían pasado durante los últimos días, su cuerpo seguía respondiendo a él como si nada de eso hubiera pasado.

Se preguntó si Hades sentiría lo mismo y luego notó que tenía los puños cerrados a los lados.

Se tomó eso como una confirmación.

Caminaron en silencio hasta que llegaron al límite del jardín, donde Perséfone había estado anoche antes de adentrarse en el Bosque de la Desesperanza. Finalmente, Hades se giró hacia ella y habló.

—Perséfone. Yo… no sé lo que viste, pero tienes que saber, *debes saber*, que no era real.

Sonaba tan roto, tan desesperado por que ella lo entendiera.

—¿Te digo lo que vi? —susurró las palabras, y aunque no se sentía enfadada, ella también quería que él lo entendiera—. Os vi a ti y a Leuce juntos. La abrazabas y te movías dentro de ella, como si estuvieras hambriento. —Se estremeció mientras hablaba, y sus uñas se le clavaron en la palma de la mano—. Ella te daba placer. Saber que fue tu amante era una cosa; verlo fue… devastador.

Cerró los ojos ante esa pesadilla y las lágrimas empezaron a caerle por la cara.

—Y yo quería destruir todo lo que amabas. Quería que me vieras destruir tu mundo. Quería destruirte *a ti*.

—Perséfone —Hades susurró su nombre y luego ella sintió sus dedos bajo la barbilla. Le levantó la cabeza y ella abrió los ojos—. Tienes que saber que eso no fue real.

—Se sentía real.

Hades deslizó los dedos por su piel, recogiéndole las lágrimas.

—Si pudiera, lo borraría de tu recuerdo.

—Puedes —dijo ella, acercándose—. Bésame.

Hades la besó. Tentó sus labios con la lengua antes de adentrarse en su boca y enrollarla con la de él. Su boca era salvaje y agresiva, y tenía un sabor ahumado y dulce, y mientras él exploraba, las manos de ella buscaban, corriendo por los planos de su duro estómago y agarrando su polla a través de la túnica.

Un gemido antinatural escapó de la boca del dios y él se apartó, clavando su mirada en la de ella.

—Ayúdame a olvidar lo que vi en el bosque —le pidió, respirando con dificultad—. Bésame. Ámame. *Arruíname*.

Chocaron, desgarrando las ropas del otro hasta que ambos se quedaron desnudos bajo el pálido cielo del Inframundo. Sus labios colisionaron, las lenguas se saborearon y los alientos se mezclaron. Hades le acarició la nuca con una mano y la otra bajó por el vientre hasta el nido de rizos entre sus muslos. Perséfone gimió cuando sus dedos se hundieron en su carne caliente. Por un momento, se perdió en el placer de él, en la necesidad de su centro.

Cuando Perséfone ya no podía estar de pie, Hades se arrodilló con ella. Ella se acomodó, envuelta en su túnica, mientras él se sentaba sobre los talones, mirando su cuerpo desnudo, los ojos como el fuego del Tártaro.

—Preciosa —dijo—. Si pudiera nos mantendría en este momento para siempre, contigo abierta de piernas ante mí.

—¿Y por qué no adelantar a cuando estés dentro de mí? —preguntó.

Hades sonrió.

—¿Ansiosa, cariño?

—Siempre.

Le dio un beso en el interior de la rodilla y luego arrastró los labios por sus muslos hasta que su boca se cerró sobre su hendidura, jugó con su lengua antes de separarle los labios y atravesarlos. Ella se revolvió contra él y Hades le empujó las rodillas hacia abajo, abriéndola más. Podía sentir que se apretaba alrededor de él, su excitación era tal que casi dolía.

Perséfone se corrió jadeando su nombre, enredando los dedos en su pelo y tirando de él para que subiese por su cuerpo y poder besarlo. Sus labios chocaron contra los de ella, recorrieron su cuello y luego sus pechos, su lengua giró sobre los pezones, convirtiéndolos en rocas sólidas.

—No existe mayor tortura que sentir tu angustia —dijo—. Sabía que de alguna manera yo era el responsable, y no podía hacer nada.

Ella apretó los dedos sobre sus labios hinchados.

—Sí que puedes hacer algo.

Se inclinó en busca de la polla dura como el acero de Hades que se presionaba contra su pierna. Lo guio hacia su centro. Se unieron salvajemente. Las caderas de Hades se clavaron en las suyas cuando su polla le separó la carne, y ella se deleitó en el dolor de él llenándola y haciéndose más grande. Echó la cabeza hacia atrás, golpeando el suelo, y se arqueó contra él, un grito gutural escapó de su boca.

Hades se inclinó para besar sus labios y capturar el sonido. Ella no podía encontrar un lugar para sus manos. Sus dedos se aferraron a su túnica de seda, a la hierba y luego a sus brazos.

—¡Joder!

Tal vez había soltado la blasfemia porque ella le había roto la piel, no estaba segura, pero de todas maneras, él le inmovilizó las muñecas sobre la cabeza. Sus ojos eran salvajes y distraídos, y su ritmo aumentó a medida que llegaba al orgasmo, embistiendo dentro de ella más fuerte que nunca.

Hades se desplomó sobre Perséfone con la cabeza apoyada en el pliegue del hombro. Estaban empapados de sudor y sus respiraciones eran duros jadeos. Al cabo de un momento, Hades se levantó sobre los codos y le apartó el pelo de la cara a Perséfone.

—¿Estás bien?

—Sí —susurró.

—¿Te he…? —vaciló—. ¿Te he hecho daño?

Ella sonrió ante esa pregunta porque nunca se había sentido mejor.

—No.

Le tocó la cara, trazando sus cejas, su nariz, sus labios hinchados

por los besos.

—Te amo —susurró.

Una leve sonrisa se dibujó en los labios de Hades.

—No estaba seguro de si volvería a escuchar esas palabras.

La confesión de Hades le dolió en el corazón.

Empezó a notar los ojos humedecidos.

—Nunca dejé de hacerlo.

—Shhh, cariño. —La mirada de Hades era tierna—. Nunca perdí la fe.

Pero *ella* sí, y ese pensamiento casi la destruyó.

Hades la tomó en brazos y la llevó a su cama. Allí la besó, sacándola de su oscuridad. Le separó las piernas con la rodilla y, justo cuando se preparaba para consumirla una vez más, alguien golpeó la puerta.

Perséfone se quedó helada, pero para su sorpresa, Hades le indicó a la persona de la puerta que entrara.

—¡Hades!

El dios se apartó de ella y se sentó en la cama con el pecho desnudo. Perséfone se sentó a su lado, sujetando las sábanas contra su pecho mientras Hermes entraba en el dormitorio.

—Hola, Sefi —dijo, dedicándole una tímida sonrisa.

—*Hermes* —Hades llamó su atención.

—Ah, sí —dijo—. He encontrado a la ninfa Leuce.

—Tráela —le exigió Hades.

Perséfone le dirigió una mirada inquisitiva cuando Leuce apareció en el centro de la habitación. Hacía tiempo que Perséfone no veía a la ninfa y parecía agotada y asustada. Tenía los ojos muy abiertos y su cuerpo entero temblaba. Cuando su mirada cayó sobre Hades y Perséfone, un horrible sollozo estalló de su garganta.

—Por favor…

—Silencio —le ordenó Hades, y fue como si Leuce hubiera perdido su capacidad de emitir cualquier sonido—. Le vas a contar a Perséfone la verdad. ¿Fuiste tú quien la enviaste al Bosque de la Desesperanza?

Mientras Leuce asentía, las lágrimas se derramaban por su rostro.

«El vino», entendió Perséfone.

«¡Bebe! El vino sabe a fresas y sol». El instinto de Perséfone era el de sentirse traicionada, pero algo le parecía… raro.

—¿Por qué? —preguntó.

—Para separaros —contestó.

No hubo ningún indicio de maldad en su voz, y Perséfone lo encontró extraño. Si realmente era lo que quería la ninfa, ¿por qué se mostraba tan… arrepentida? Se movió, acercándose al extremo de la

cama.

—¿Por qué? —preguntó Perséfone.

Leuce abrió los ojos de par en par y sacudió la cabeza, negándose a hablar.

—Responderás —dijo Hades.

Perséfone no creía que Leuce pudiera llorar más alto, pero lo hizo, y esta vez la ninfa cayó sobre las rodillas.

—Me matará.

—¿Quién?

—Tu madre —dijo Hades.

La revelación no debería haber sorprendido a Perséfone, pero lo hizo.

—¿Es eso cierto? —preguntó, girándose hacia Leuce.

—Mentí cuando dije que no recordaba quién me había devuelto a la vida —admitió—. Pero tenía miedo. Deméter me recordaba una y otra vez que me lo quitaría todo si no la obedecía. Lo siento mucho, Perséfone. —Leuce ocultó el rostro—. Fuiste tan amable conmigo, y yo te he traicionado.

Perséfone se sujetó las sábanas a su alrededor y se levantó de la cama, ignorando el hecho de que dejó a Hades desnudo en la habitación. Se acercó y se arrodilló ante Leuce.

—No te culpo por temer a mi madre —dijo Perséfone, y, mientras hablaba, Leuce la miró fijamente—. Yo también la temí durante mucho tiempo. No dejaré que te haga daño, Leuce.

La ninfa se derrumbó sobre Perséfone y la diosa la sostuvo durante un largo rato hasta que pudo recomponerse.

—Hermes —dijo Perséfone—. ¿Llevarías a Leuce a mi *suite*? Creo que necesita descansar un poco.

—Sí, *milady*. —Hizo una reverencia demasiado exagerada y soltó una risita.

Cuando se fueron, Perséfone se volvió hacia Hades, que tenía una peculiar mirada en su rostro.

—¿Qué?

Él sacudió la cabeza, con una creciente sonrisa.

—Solo te estoy admirando.

Ella se distrajo temporalmente con su comentario.

—Supongo que deberíamos llamar a mi madre al Inframundo.

Hades enarcó las cejas. Estaba claro que no había esperado que dijera eso.

—¿La llamamos ahora? —preguntó—. Quizá deberíamos hacer el amor para que no tenga motivos para sospechar que su plan ha funcionado.

—*¡Hades!* —le reprendió Perséfone, pero también sonrió.

XXV

JUNTANDO PIEZAS

Horas más tarde, Hades, Perséfone y Leuce estaban reunidos en la sala del trono. Tanto Hades como Perséfone estaban en su forma divina, sentados uno al lado del otro, Hades en su trono de obsidiana y Perséfone en el de oro y marfil. Leuce estaba junto a Perséfone, temblando.

—Va a arremeter —dijo Leuce—. Estoy segura.

—Oh, lo espero —respondió Perséfone y miró a la ninfa—. Es mi madre.

—Hermes ha vuelto —observó Hades.

Había enviado al dios a buscar a la diosa de la cosecha, una tarea que Hermes no había estado dispuesto a aceptar.

«Creo que lo que quieres es que me desfigure la cara —había dicho Hermes—. Me arrancará la cabeza cuando le diga que le ordenas que se persone en el Inframundo».

«Entonces no le digas que Hades la ha mandado a buscar —había contestado Perséfone—. Dile que lo ordené yo».

Hermes había sonreído, al igual que Perséfone lo hacía ahora.

Nunca se había sentido tan empoderada, y no podía explicar por qué. Quizá tuviera algo que ver con lo que Hades había dicho la noche de la celebración del solsticio, que la amaba por quien era, y que eran esas cualidades las que quería en su reina.

Eso significaba que podía ser ella misma sin sacrificios y el primer paso para eso sería tratar con su madre.

Hermes acompañó a Deméter a la habitación, y a pesar de la seria expresión que su madre intentaba mantener, Perséfone reconoció la mirada de desprecio en su rostro cuando los vio sentados uno al lado del otro en un oscuro abismo como miembros de la realeza.

Tenía los labios apretados y la mirada dura. Cuando llegó al centro

de la habitación se detuvo.

—¿De qué va esto? —exigió Deméter con la voz teñida de furia.

—Mi amiga me ha dicho que la has amenazado —dijo Perséfone. Si Deméter no iba a fingir cortesía, Perséfone tampoco.

Deméter miró a la ninfa y luego a Perséfone.

—¿Creerías a la puta de tu amante antes que a mí?

—Eso ha sido cruel —dijo Perséfone con firmeza—. Discúlpate.

—No voy a hacer tal…

—He dicho «discúlpate» —le ordenó Perséfone, y Deméter fue obligada a ponerse de rodillas, el mármol de debajo de ella se resquebrajó con la fuerza de su caída. Perséfone no quería utilizar tanta fuerza, pero el resultado tuvo el efecto deseado.

Deméter abrió los ojos con sorpresa. No había esperado que su propia hija la arrojara al suelo. Su expresión rápidamente se convirtió en una mirada de furia y su ira llenó la habitación.

—Así que… —Le temblaba la voz—. ¿Así es como va a ser?

Perséfone no dijo nada. Deméter había escogido ese camino con sus propias acciones.

—Podrías acabar con tu humillación —dijo Perséfone—. Solo… discúlpate.

Esas palabras eran como declarar la guerra.

—Nunca. —La palabra salió de los labios de Deméter como un suspiro tembloroso.

Una onda expansiva del poder de Deméter se precipitó a través de la sala del trono mientras la diosa intentaba levantarse. La oleada de fuerza tomó a Perséfone por sorpresa durante un momento, y su propia magia se apresuró a sofocarla.

Miró a Hades. Podía sentir su poder a su alrededor, al borde del suyo, al acecho.

Perséfone se levantó y bajó los pocos escalones que la separaban de su madre. A medida que se acercaba, el suelo bajo Deméter seguía agrietándose y desmoronándose. Finalmente, Deméter se rindió, su poder menguó, y alzó la vista hacia su hija.

—Veo que has aprendido algo de control, hija.

Perséfone podría haber sonreído, pero descubrió que cuando miraba a su madre todo lo que sentía era rencor. Era como una maldición que fluía a través de su cuerpo, bañándolo todo en oscuridad.

—Lo único que tenías que hacer era decir que lo sentías —dijo Perséfone con fiereza. Se dio cuenta de que ya no estaban hablando de Leuce—. Nos podríamos haber tenido la una a la otra.

—No cuando estás con él —espetó Deméter.

Perséfone miró fijamente a su madre durante un momento.

—Me das pena. Prefieres estar sola a aceptar algo que temes.

Deméter frunció el ceño ante su hija.

—Lo estás abandonando todo por *él*.

—No, madre, Hades es solo una de las muchas cosas que gané cuando abandoné tu prisión. —Liberó a Deméter de su magia, pero la diosa tembló visiblemente y no se levantó—. Mírame una vez más, madre, porque no me volverás a ver.

Perséfone esperó ver la ira en los ojos de su madre. En cambio, brillaban con orgullo y una inquietante sonrisa curvó sus labios.

—Mi flor… eres más parecida a mí de lo que crees.

Perséfone apretó los dedos en puños y Deméter desapareció.

Hubo un instante de silencio y luego Leuce fue hacia ella y la abrazó.

—Gracias, Perséfone.

Cuando la ninfa se separó, Perséfone sonrió, manteniendo la compostura. Por dentro estaba temblando. Conocía demasiado bien la mirada en el rostro de su madre.

La guerra estaba cerca.

Perséfone sentía cómo su ansiedad crecía a medida que se acercaba al hospital. Hacía varios días que no visitaba a Lexa. Mayoritariamente se debía a que Lexa seguía luchando contra los delirios; o, mejor dicho, lo que los médicos llamaban delirios. Perséfone conocía la verdad de su psicosis. Su alma luchaba por comprender qué estaba haciendo en el mundo de los mortales.

La culpa le provocaba náuseas.

Había sido egoísta. Ahora lo sabía, pero esa comprensión llegó tarde.

Perséfone se dirigió a la cuarta planta, el ala general donde la habían trasladado después de quitarle el respirador, y se encontró con Eliska saliendo de la habitación de Lexa.

—Oh, Perséfone. Me alegra verte aquí. Justo iba a por un café. ¿Quieres algo?

—No, gracias, señora Sideris.

Eliska volvió a mirar a la habitación.

—Hoy tiene un buen día —dijo Eliska—. Entra, vuelvo enseguida.

Perséfone entró en la habitación. La televisión estaba encendida y las cortinas corridas. Lexa estaba sentada en la cama, pero se la veía débil. Tenía los hombros caídos y la cabeza inclinada hacia un lado. Era como si estuviera dormida, pero tenía los ojos abiertos y parecía

estar mirando fijamente la pared.

—Hola —dijo Perséfone en voz baja. Se sentó cerca de la cama de Lexa—. ¿Cómo estás?

Lexa siguió con la mirada fija.

Estaba quieta.

Quieta.

—¿Lex? —Perséfone rozó la mano de Lexa, y esta se estremeció, pero el toque había llamado su atención. Excepto que ahora que Lexa la estaba mirando, se sentía… inquieta. La mujer tenía el cuerpo y la cara de su mejor amiga, pero los ojos no le pertenecían.

Tenía los ojos vacíos, apagados, sin vida.

Tenía la sensación de que acababa de tocar a un extraño.

—¿Esto es el Tártaro? —preguntó Lexa. Su voz era ronca, como si estuviera oxidada por no utilizarla.

Perséfone frunció el ceño.

—¿Qué?

—¿Este es mi castigo?

Perséfone no la entendía. ¿Cómo podía pensar que su condena eterna sería el Tártaro?

—Lexa, estás en el mundo de los mortales. Has… vuelto.

Observó cómo Lexa cerraba los ojos, y cuando los volvió a abrir, Perséfone sintió que miraba a su mejor amiga por primera vez desde que se había despertado.

—Pasas todo tu tiempo en el Inframundo y aun así no sabes nada de la muerte. —Lexa estuvo en silencio un momento—. Sentía… *paz*. —Exhaló, como si la palabra le produjera placer, y continuó—: Mi cuerpo se aferra a la paz de la muerte, busca su sencillez. En cambio, me veo obligada a existir en un mundo complicado y lleno de angustia. No puedo seguir el ritmo. No quiero seguir el ritmo.

Lexa miró en dirección a Perséfone.

—La muerte no habría cambiado nada para nosotras, Sef —susurró Lexa—. ¿Volver? Eso lo cambia todo.

De camino a casa del hospital, las palabras de despedida de Lexa le pesaban. La atemorizaban, y su mente se convirtió en un caos al intentar adivinar su significado. ¿Qué es lo que realmente cambiaba para Lexa y su vida haber vuelto?

Perséfone tenía la sensación de que ya sabía la respuesta, aunque le asustaba reconocerla. La verdad era que Lexa no había querido volver, pero Perséfone la había obligado. Ahora ella tenía otra pregunta: ¿cómo vivían las almas que habían experimentado tal serenidad en un

mundo sin tal promesa?

Perséfone se sirvió una copa de vino cuando alguien llamó a la puerta. No le hacía gracia abrir la puerta cuando estaba sola en casa, así que lo ignoró, pensando que quienquiera que estuviera allí se iría.

Pero no lo hicieron.

Los golpes se volvieron exagerados. Perséfone se acercó, con el corazón martilleándole en el pecho. Se asomó por la ventana y gritó.

—¡Apolo! —chilló. El dios tenía la cara contra el cristal. Abrió la puerta de golpe—. ¿Por qué estás llamando?

—Estoy practicando eso de respetar los límites —dijo Apolo—. ¿No es esto una costumbre mortal?

Perséfone se habría reído, pero la había asustado.

—Creo que prefería cuando te aparecías donde no se te quería.

Para su sorpresa, él sonrió.

—Cuidado con lo que deseas, Sef.

Pensó en corregirle, pero dejó pasar el apodo. Al menos no la había llamado «nena».

—¿Qué estás haciendo aquí?

—He venido a traerte esto —dijo, y sacó algo de detrás de su espalda. Era una pequeña lira dorada.

Perséfone cogió el instrumento.

—Es preciosa. —Lo miró a sus ojos violetas—. ¿Por qué?

—Para darte las gracias.

Ella sonrió.

—Creo que es la primera vez que me das las gracias.

—Es la primera vez que me has dado un motivo para hacerlo —la provocó, y luego señaló el instrumento con la cabeza—. Puedo enseñarte a tocarla… si quieres.

—Me gustaría.

Tras un instante, se puso serio de nuevo, tensó la mandíbula y sus ojos se endurecieron.

—Siento mucho lo de Lexa, Perséfone. Si significa algo para ti, que sepas… que no sabía que su alma estaba rota cuando la curé.

Perséfone se miró los pies.

Ella tampoco lo había sabido, no había sabido lo que significaría para Lexa o sus seres queridos.

—Gracias —dijo, mirándolo de nuevo—. ¿Quieres pasar y tomar vino?

—No —dijo rápidamente, y luego rio—. Me gustaría conservar mis pelotas, gracias.

A Perséfone no le extrañaría que Hades se apareciera sin previo aviso. Aun así, incluso con la oferta, Apolo no se fue.

—Hay algo más.

Perséfone esperó.

—Me gustaría terminar nuestro contrato —dijo finalmente el dios.

Perséfone abrió los ojos de par en par.

—¿Qué?

El dios sonrió con arrepentimiento.

—Estoy intentando cambiar.

—Ya lo veo —dijo ella, y se detuvo—. Pero prefiero mantener mis tratos, y si mis cálculos son correctos, aún nos quedan cinco meses y cuatro días.

Apreciaba el hecho de que Apolo intentara ser diferente, y sabía que cambiar llevaba tiempo. Quería pasar los próximos meses observándolo, guiándolo. Confiaba en que pudiera cambiar con ella, ¿pero y con otras personas? No estaba tan segura.

Apolo enarcó una ceja y la desafió.

—¿Café, mañana? ¿A las dos?

—¿Es una exigencia o una petición?

—¿Ambas?

—Vale, pero yo escojo el sitio.

Perséfone juró que durante un momento vio duda en los ojos de Apolo, una reacción instintiva a discrepar y tomar el control, pero luego se suavizaron.

—Vale. Te veo mañana.

Y se fue.

XXVI

SERENIDAD

Dos semanas más tarde, Lexa salió del hospital. Su apartamento parecía más pequeño con seis personas dentro, y todas adulaban a Lexa. Eliska y Adam hicieron la compra y llenaron la despensa a rebosar; Jaison había traído más de sus cosas al dormitorio de Lexa y rápidamente se responsabilizó de sus medicamentos. Sibila, Perséfone y Zofie se quedaron atrás, observando cómo se desarrollaba todo, sin saber qué hacer.

Perséfone no estaba segura de qué era lo peor: el hecho de que Lexa pareciera estar completamente ajena a la situación o que sus padres y Jaison ignoraran lo diferente que estaba. Pasaba largos ratos durmiendo y cuando no estaba dormida, se quedaba mirando la pared fijamente. Cuando le preguntabas directamente, se quedaba mirando a la persona que hablaba hasta que se repetía, y, a veces, ni siquiera entonces contestaba.

—No es la misma —había dicho Perséfone una noche después de preguntarle a Lexa si quería unirse a ellas para ver *Titanes después del anochecer*. No era su programa favorito, pero se acordaba de cómo su mejor amiga se iluminaba cuando hablaba de los detalles esenciales del drama antiguo.

«No», le había respondido Lexa en voz baja sin ni siquiera mirarla.

Cuando Perséfone había hablado en la cocina, había estado mayoritariamente hablando consigo misma. Era su propio intento de procesar el duelo. Lexa podría no haber muerto, pero la habían perdido igualmente.

—La atropelló un maldito coche —espetó Jaison—. No se va a recuperar.

Perséfone parpadeó, sorprendida por su enfado.

—Lo sé. No pretendía…

—Tal vez si no estuvieras tan envuelta en tus propios problemas, lo verías.

Volvió a la habitación de Lexa sin decir nada más.

—Solo está disgustado —dijo Sibila—. Sabe que no es la misma.

—Ese mortal os ha hecho daño —dijo Zofie—. ¿Queréis que lo mate?

—¿Qué? Zofie, no. No puedes ir matando a la gente que te disgusta.

La égida se encogió de hombros.

—De donde yo soy, sí puedes.

—Recuérdame que esconda todas tus armas —dijo Perséfone.

La tensión se mantuvo durante toda la semana siguiente. Perséfone se sintió aliviada de tener una escapada al Inframundo, pero se aseguró de llamar a Lexa cada día; se convirtió en una nueva rutina, una nueva normalidad. Despertarse, comprobar el estado de Lexa, trabajar, comprobar el estado de Lexa, Inframundo.

Durante semanas la rutina siguió así, hasta que una mañana, cuando volvía del Inframundo, Perséfone entró en la cocina y se paró en seco.

Lexa estaba haciendo café.

Llevaba su pijama, el pelo recogido en un moño desordenado, y cuando miró a Perséfone, sonrió. Parecía… normal.

—Buenos días —cantó.

—B-buenos días —dijo Perséfone, un poco recelosa.

—Pensé que querrías un poco de café.

—Sí —dijo Perséfone, y soltó una carcajada—. Me encanta el café.

Lexa rio, le llenó una taza y la empujó hacia ella.

—Lo sé.

Perséfone agarró la taza. Durante un momento no pudo moverse. Se quedó allí, mirando torpemente a Lexa.

Se aclaró la garganta.

—Yo… será mejor que vaya a prepararme para el trabajo —dijo, reacia a irse, con miedo de que, si lo hacía, todo se volvería un sueño.

Lexa volvió a ofrecer una tímida sonrisa.

—Qué suerte —dijo—. Me gustaría poder volver a trabajar.

—Pronto lo harás.

Perséfone volvió a su habitación. Mientras lo hacía, dio un sorbo al café que Lexa le había hecho, pero lo escupió de nuevo en la taza. Estaba cargado, amargo y espeso.

No era como el café que Lexa preparaba antes del accidente.

«Lo está intentando», pensó Perséfone. «Eso es lo único que importa».

Se bebería un millón de tazas como esa si eso significaba que Lexa

se estaba curando.

Perséfone se preparó para el trabajo. Odiaba cómo había cambiado la perspectiva de su trabajo. Antes le hacía ilusión pasar los días en el *Diario de Nueva Atenas*. Ahora le daba pavor, y no tenía nada que ver con la multitud que esperaba fuera para verla; sino su jefe. Demetri continuamente le daba mucho trabajo para evitar que trabajara en otras historias. Decidió que si hoy volvía a hacerlo, se enfrentaría a él.

—¡Hola, Perséfone! —la saludó Helena cuando salió del ascensor.

—Hola, Helena —dijo Perséfone sonriendo a la chica. Probablemente ella era la única cosa que disfrutaba de su trabajo.

Cruzó la oficina y antes de que llegara a su escritorio, Demetri salió de su despacho y le tendió una pila de papeles.

—Las necrológicas —dijo.

Cuando Perséfone no las cogió, él las dejó en su escritorio.

—Tienes que estar tomándome el pelo, Demetri. Soy una periodista *de investigación*.

—Y hoy vas a editar las necrológicas —dijo.

Se giró y volvió a su despacho.

Ella lo siguió.

—Desde que Kal canceló la exclusiva me has dado tareas insignificantes. —«Desde que descubrí lo de tu jodida poción de amor», quería decirle—. ¿Fue a cambio de esto?

—Escribiste un artículo que nos dio publicidad negativa y dañó tu reputación. ¿Qué esperabas?

—Se le llama periodismo, Demetri, y esperaba que tú me defendieras.

—Mira, Perséfone, no te ofendas, pero cuando se trata de salvar mi culo o salvar el tuyo, escojo el mío.

Perséfone asintió.

—Te vas a arrepentir, Demetri.

—¿Me estás amenazando?

—No —dijo—. Te estoy ofreciendo un vistazo al futuro.

—Haznos un favor, Perséfone. Deja de enviar a tu dios tras tus problemas.

—¿Crees que Hades será el que te desmantele? —preguntó Perséfone, dando pasos pausados hacia el mortal.

Demetri se tensó, nervioso por lo que vio en su rostro.

Ella sacudió la cabeza.

—No. Yo desentrañaré tu destino.

Una vez pronunciada la profecía, Perséfone giró sobre sus tacones y salió de la oficina de Demetri.

A la mañana siguiente Lexa estaba en la cocina haciendo más café. Era el mismo lodo quemado y espeso que había hecho el día antes, pero a Perséfone no le importó. Aceptó la bebida y se sentó en la barra.

—¿Estás bien? —preguntó Lexa.

A Perséfone le sorprendió tanto la pregunta que se quemó los labios al intentar sorber el café.

—Perdona, ¿qué?

—¿Estás bien?

Perséfone dejó su taza.

—Debería ser yo la que te hiciera esa pregunta. —Suspiró—. Supongo que no me apetece ir al trabajo.

Le explicó lo que le pasó el día anterior.

—Cuando empecé ahí, estaba tan… contenta. Estaba lista para descubrir la verdad, para dar una plataforma a los que no tienen voz. En cambio, me hacen hacer fotocopias, editar necrológicas e inventar predicciones.

—Creo que es hora de que abras tu propio diario —dijo Lexa.

Perséfone sacudió la cabeza.

—¿Cómo?

Lexa se encogió de hombros.

—No lo sé, ¿pero cómo de difícil puede ser? Simplemente haz lo que ya haces, da voz a los oprimidos.

Perséfone repiqueteó la encimera con las uñas, pensando en la propuesta de Lexa. Era algo sobre lo que antes había bromeado, pero no era algo gracioso. Ahora se sentía como una posibilidad real. Pensó en todos los motivos por los que el periodismo la había atraído —quería descubrir la verdad, servir justicia, hablar por los que no tienen voz—, todas las cosas que podría hacer ella sola, sin Demetri ni Kal.

—Gracias, Lex. Eres genial. Espero que lo sepas.

Lexa sonrió y se centró en la encimera un momento.

—Quizá… podríamos salir algún día —sugirió—. Como… antes. Te despejará la mente.

Perséfone sonrió.

—Eso me gustaría.

Por primera vez en mucho tiempo, Perséfone sintió que podría ser capaz de sanar la culpa que sentía por toda esta terrible experiencia.

—Lo siento, Lex —dijo Perséfone. Nunca le había pedido perdón por lo que había hecho, por el trato con Apolo.

—Lo sé —dijo Lexa—. Pero te perdono.

Cuando Perséfone llegó a casa del trabajo, se encontró con Sibila

arreglándose en su habitación. Se había rizado el pelo, maquillado y llevaba un bonito vestido de flores.

—Espero que no te importe —dijo Sibila—. Necesitaba un sitio donde arreglarme y Lexa está en la ducha.

—No, claro que no —dijo Perséfone—. Solo he venido a casa para ver cómo estaba. ¿Cómo va?

Sibila asintió.

—Mejor.

—¿Vas a… salir?

El oráculo se ruborizó.

—Tengo una cita.

Perséfone sonrió, se alegraba por ella.

—¿Con quién?

—Aro —dijo en voz baja.

Antes de que Sibila se convirtiera de manera oficial en un oráculo, los tres habían sido inseparables. Perséfone se alegraba de que se volvieran a reunir.

—¿Cuándo empezó?

Sibila se encogió de hombros.

—Siempre hemos sido amigos, y después de que Apolo me despidiera… volvimos a hablar.

Perséfone sonrió.

—Oh, tía. Me alegro tanto.

—Gracias, Sef.

Perséfone se sintió mal por no despedirse de Lexa, pero le envió un mensaje para decirle que regresaría por la mañana y luego se teletransportó al Inframundo, apareciendo en la biblioteca. Tenía la intención de acomodarse al lado de la chimenea y leer. En cambio, se encontró a Hades esperándola.

—¿Qué llevas puesto? —Perséfone soltó una risa tonta.

Llevaba puesta una camiseta negra, vaqueros y lo que parecía ser unas botas de lluvia. Solo lo había visto así de informal una vez, cuando fue a su casa a hornear galletas.

—Tengo una sorpresa para ti.

—Esos pantalones definitivamente son una sorpresa.

Él sonrió con satisfacción.

—Ven.

Le tendió la mano y ella se la cogió, enredando los dedos mientras la guiaba hacia el exterior. Delante del palacio esperaban dos grandes caballos negros. Eran majestuosos, les brillaba el pelaje y tenían las crines trenzadas.

—¡Oh! —Perséfone se llevó una mano a la boca—. Son preciosos.

Los caballos resoplaron y piafaron. Hades rio.

—Dicen que gracias. ¿Te gustaría montar?

—Sí —respondió al instante—. Pero… nunca…

—Yo te enseñaré —dijo.

Hades la guio hacia el caballo.

—Este es Alastor —dijo.

—Alastor —susurró su nombre y le acarició el hocico—. Eres magnífico.

El otro caballo relinchó.

—Cuidado, Aethon se pondrá celoso.

Perséfone rio.

—Oh, los dos sois magníficos.

—Cuidado —dijo Hades—. Podría ponerme celoso.

Hades le pasó las riendas a Perséfone y le indicó que pusiera el pie en el estribo y se sentara en la silla de montar con mucho cuidado. Le dio más instrucciones: hunde tu peso, inclínate hacia atrás, mantén las piernas firmes.

—Si les hablas, mis corceles te escucharán, diles que se detengan, y se detendrán. Diles que vayan más despacio, e irán más despacio.

—¿Les has enseñado? —preguntó.

—Sí —dijo mientras montaba a Aethon—. No te preocupes, Alastor sabe a quién lleva. Cuidará de ti.

Empezaron a paso de tortuga, pero a Perséfone no le importó. Salían a pasear a menudo, pero se limitaban a ir por los jardines y su arboleda, y había algo refrescante en ver el Inframundo de esta manera. Alastor y Aethon trotaban uno al lado del otro, y Hades la llevó a un nuevo territorio, a través de campos de altramuces púrpuras y rosas, bordeados por montañas oscuras.

—¿Cada cuánto… cambias el Inframundo? —preguntó.

Hades crispó una comisura de la boca.

—Me imaginaba que algún día me lo preguntarías.

—¿Y bien?

—Cuando me apetece —dijo.

Ella rio.

—Tal vez cuando mi magia no dé tanto miedo, lo probaré.

—Cariño, nada me gustaría más.

Llegaron al final del campo de altramuces y continuaron por un estrecho camino entre las montañas. Al otro lado, un bosque esmeralda florecía. Hades se mantuvo cerca de la pared rocosa de la montaña. El sonido del agua corriendo despertó el interés de Perséfone. Fue entonces cuando Hades se detuvo y bajó del caballo.

Se acercó a ella y la ayudó a bajar, sus manos no abandonaron la

cintura de la diosa.

—Hoy estás preciosa —dijo—. ¿Ya te lo había dicho?

Ella sonrió abiertamente.

—Aún no. Dímelo otra vez.

Él sonrió y la besó.

—Eres preciosa, cariño.

La cogió de la mano y la condujo a través de una línea de árboles. Al otro lado había una cascada que se desprendía de las rocas montañosas y formaba un resplandeciente lago. Tenía un millón de tonos azules y el agua era cristalina.

—Hades —susurró—. Es hermoso.

Cuando lo miró, su mirada ardía, excitada e intensa. Una oleada de sensaciones la estremeció y se volvió hacia él.

No hablaron, solo se dirigieron bajo unos árboles.

Hades la exploró tranquilo y Perséfone absorbió cada segundo. Todo era lento: los lánguidos besos, las caricias de ensueño. Cuando entró en ella, se detuvo y se acercó a sus labios. Había algo extremadamente salvaje en ese beso, aunque fue ligero y persistente.

Cuando abrió los ojos, lo encontró mirándola fijamente, inmóvil y grande dentro de ella.

Alzó una mano y le acarició el rostro.

—Cásate conmigo —dijo él.

Ella sonrió.

—Sí.

Entonces se movió dentro de ella, la fricción aumentó tan lentamente como se movía y, a pesar del ritmo que marcaba, a Perséfone se le aceleró la respiración. Se agarró a sus hombros, clavándole las uñas en la piel, perdida en las sensaciones que él le provocaba en todo su cuerpo.

Amaba esa sensación. Lo amaba a él.

Se corrió con fuerza, pero en silencio.

—Cariño —susurró Hades. Le besó la cara, enjugándole las lágrimas—. ¿Por qué lloras?

Ella sacudió la cabeza.

—No lo sé.

Lo sentía todo tan intensamente, cada emoción era como una lanza dentro de ella. Su amor por Hades era casi inaguantable. Su felicidad era casi dolorosa.

Hades la levantó y la llevó al lago donde se limpiaron bajo la cascada.

Después volvieron al palacio.

Una vez dentro, Perséfone seguía luchando con sus sentimientos.

Eran tan poderosos, tan intensos. Estaba tan profundamente enamorada que dolía.

Era un nuevo nivel de amor. Un nivel en el que había entrado como su prometida, como su futura esposa y reina.

Ese pensamiento le hizo sentir una cálida sensación en el pecho, una sensación que no duró cuando vio a Tánatos esperando su llegada. Miró a Hades. Tenía la cara petrificada, los labios apretados y los ojos serios.

«Algo va mal».

Intentó no sacar conclusiones precipitadas, pero dadas las últimas semanas, era difícil.

Hades desmontó y ayudó a Perséfone a bajar.

—Tánatos —dijo Hades.

—Milord —asintió, y sus ojos azules se encontraron con los de Perséfone—. Milady.

El dios de la muerte abrió la boca para hablar, pero no salieron palabras. Volvió a intentarlo.

—No sé cómo contároslo.

Perséfone juró que se le ralentizaron los latidos del corazón, y de repente le costaba mucho respirar. Al contrario que antes, Tánatos ni siquiera trató de calmarla con su magia.

—Es Lexa…

Perséfone ya estaba llorando. Los brazos de Hades la sujetaron con fuerza, como preparándose para su derrumbe.

—Se ha ido.

XXVII

EMPODERAMIENTO

Perséfone sentía un extraño pitido en los oídos, y de repente se sintió alejada del mundo que la rodeaba, como si estuviera observando las cosas desde el interior de una esfera. No podía sentir nada, un terrible contraste con la anterior intensidad de sus emociones. Incluso no sentía el roce de Hades contra su piel.

—Perséfone. —Hades dijo su nombre, pero sonaba distante. No podía mirarlo porque sus ojos no se enfocaban—. Perséfone.

Finalmente Hades le colocó las manos en la cara y la obligó a mirarlo. Cuando miró fijamente a esos ojos negros, rompió a llorar.

Hades la atrajo hacia él mientras ella temblaba y sollozaba.

—Cariño —Hades la calmó acariciándole la espalda—, no tenemos mucho tiempo.

A duras penas lo oyó, pero sintió como su magia la envolvía. Se teletransportaron hasta la orilla del Estigia. Se separó. Tenía la cara empapada y la presión que se había acumulado en su nariz y detrás de sus ojos le provocaba dolor de cabeza.

—Hades, ¿qué estamos…?

La pregunta murió en sus labios cuando vislumbró la barca de Caronte cruzando el negro río. La criatura prendía como una antorcha contra el paisaje apagado. Detrás de él, sentada con las rodillas pegadas al pecho, estaba Lexa.

Estaba pálida pero no tenía miedo, y cuando Perséfone la vio, se le escapó un fuerte sollozo. Se llevó una mano a la boca para reprimirlo.

Caronte atracó la barca y ayudó a Lexa a ponerse en pie. Cuando pisó el muelle, Lexa abrazó a Perséfone con tanta fuerza que pensó que se le romperían los huesos.

Lloraron juntas.

—Lo siento, Sef —susurró Lexa.

Perséfone se separó y la miró. Era extraño ver sus ojos azules en el Inframundo. Bajo ese cielo apagado brillaban y… eran vivaces.

—No lo entiendo —dijo Perséfone—. Pensaba que estabas… mejor.

El dolor se reflejó en los ojos de Lexa.

—Yo… lo intenté.

Perséfone se tragó un fuerte nudo en la garganta, y entonces se le ocurrió un pensamiento horrible. Se giró hacia Hades, alarmada y asustada.

—¿Dónde va a ir?

Hades parecía tan afligido como Lexa.

—Sef —susurró Lexa, llamando su atención—. Todo va a ir bien.

Pero las cosas no irían bien.

Perséfone entendía ahora qué había pasado.

Lexa se había quitado su propia vida. Se había suicidado. Bebería del Lete, lo que significaba que lo olvidaría todo, incluida su amistad.

—¿Por qué? —A Perséfone le tembló la voz.

Lexa sacudió la cabeza, como si no tuviera explicación.

«Tus acciones han condenado a Lexa a un destino peor que la muerte».

—Yo he provocado esto —se lamentó Perséfone.

Había negociado para curar a Lexa, obligó a su alma rota a ocupar un cuerpo que no quería, a una vida que había terminado. Al hacerlo, había destinado a su mejor amiga a otro final devastador.

—Perséfone —dijo Lexa, cogiéndole sus temblorosas manos—. Ha sido mi elección. Siento que haya tenido que ser de esta manera, pero mi tiempo en el mundo de los mortales había acabado. Conseguí lo que tenía que hacer.

—¿Qué era?

Lexa sonrió.

—Empoderarte.

Eso hizo que Perséfone llorara aún más fuerte, y se volvieron a abrazar.

No se separaron hasta que llegó Tánatos, marcando el final de su reencuentro.

—¿Estás lista? —preguntó él. Su magia era calmante, reconfortante, y por primera vez en mucho tiempo, Perséfone estaba agradecida por ello.

—¿Dó-dónde voy? —Era la primera vez desde que había llegado que Lexa parecía insegura.

Tánatos miró a Hades.

—Beberás del Lete —le explicó—. Y luego Tánatos te llevará a los Campos Elíseos para que te cures.

Perséfone había intentado imaginar durante tanto tiempo un mundo en el que Lexa no existía, y ahora se daba cuenta de que había llegado el momento; era el principio de ese mundo.

—Te visitaré todos los días —le prometió—. Hasta que volvamos a ser mejores amigas.

—Lo sé. —A Lexa se le quebró la voz.

Perséfone cerró los ojos, intentando memorizar la sensación de los abrazos de su mejor amiga, su calor, la sensación de sus manos en su espalda.

—Te quiero —susurró Perséfone.

—Yo también te quiero.

Cuando se separaron, Tánatos cogió a Lexa de la mano y Perséfone miró cómo caminaban por el camino de piedra hacia el Lete. En algún momento, ella y Hades volvieron al palacio. La animó a que descansara, cosa que hizo, quedándose profundamente dormida en la comodidad de la cama de Hades.

Cuando se despertó, no recordaba haberse quedado dormida. Se levantó, agotada, y fue en busca de Hades. Lo encontró de pie frente al fuego en su estudio. Tenía las manos detrás de la espalda, la luz de las llamas se reflejaba en su rostro, haciendo que se viera serio y estricto. Parecía muy concentrado, pero cuando entró en la habitación, se puso rígido.

La culpa la golpeó, y ella supo que él esperaba su ira, que lo culpara.

—¿Estás bien? —le preguntó cuando él no se giró.

—Sí —dijo—. ¿Y tú?

—Sí —dijo ella, y era verdad. A pesar de que sabía que Lexa estaba muerta, de que sabía que había bebido del Lete, se encontraba mejor.

Perséfone se acercó a él.

—Hades. —Esperó a que él se volviera hacia ella—. Gracias por hoy.

Él le ofreció una pequeña sonrisa y volvió a dirigir la mirada hacia el fuego.

—No ha sido nada.

Se acercó a él y le puso una mano en el brazo. Primero su mirada se posó en el brazo y luego se encontró con la de ella.

—Lo ha sido todo.

Se giró hacia ella completamente y sus labios se encontraron. Se besaron durante un rato, y pronto Hades la llevó al suelo, entrando en ella con un movimiento suave y decidido.

—Tenías razón —susurró Perséfone. Se refería al final de Lexa. El aliento se le atascó en la garganta; enredó los dedos en su pelo.

—No quería tener razón.

—Tendría que haberte escuchado —dijo, y gimió mientras una oleada de placer la sacudía.

—Shhh —Hades la acalló—. No más palabras sobre lo que tendrías que haber hecho. Lo hecho, hecho está, no hay nada más que hacer sino avanzar.

Cuando el primer orgasmo le sacudió el cuerpo, Hades la agarró con fuerza.

—Mi reina —siseó.

—*Hades* —gimió su nombre.

Se deleitaron en la sensación del otro, su conexión se hizo cada vez más intensa hasta que se fusionaron en una pila de piel, sudor y sexo.

En algún momento, Hades se levantó con Perséfone y la trasladó ante el fuego. Ella descansó sobre su espalda y Hades, sobre su lado.

—Voy a dejar el *Diario de Nueva Atenas* —dijo.

El dios enarcó una ceja.

—¿Y eso?

—Quiero empezar una comunidad *online* y un blog. Lo voy a llamar *La defensora*, será un lugar para los que no tienen voz.

—Parece que lo has pensado mucho.

Ella sonrió. Estaba siguiendo los consejos de Hécate y Lexa. Estaba modulando su propia vida, tomando el control.

—Lo he hecho.

Él le colocó los dedos bajo la barbilla.

—¿Qué necesitas de mí?

—Tu apoyo —dijo.

—Lo tienes.

—Y me gustaría contratar a Leuce como ayudante.

—Seguro que le encantará.

—Y… necesito tu permiso —añadió tímidamente.

—¿Eh?

—Quiero que la primera historia sea nuestra historia. Quiero contarle al mundo cómo me enamoré de ti. Quiero ser la primera en anunciar nuestro compromiso.

Kal y Demetri habían intentado arrebatárselo, pero ahora lo veía como un camino hacia el empoderamiento.

—Mmm. —Hades fingía que lo pensaba, lo sabía por la mirada en sus ojos. Estaba en parte divertido y en parte admirándola—. Acepto bajo una condición.

—¿Cuál?

—Yo también quiero contarle al mundo cómo me enamoré de ti.

Al principio la besó lentamente, su lengua recorrió dulcemente la

de ella y luego hizo el beso más intenso.

Se enredaron y volvieron a perderse en el calor del otro.

El funeral de Lexa tuvo lugar tres días después de su muerte.

Perséfone no había tenido tiempo de visitar a Lexa en los Campos Elíseos desde que llegó al Inframundo, así que ver su cuerpo, consagrado y pálido, adornado con una corona y monedas, la hizo llorar.

Hades asistió al funeral y mantuvo un brazo protector alrededor de ella. Era una de las primeras veces que aparecían en público y su presencia no solo había atraído una multitud, sino que había inspirado muchos sentimientos en la sala. Ella podía sentirlos como si fueran volutas: curiosidad, ira y tristeza. Esos mortales obviamente se preguntaban por qué Hades había dejado que Lexa muriera, se preguntaban cómo Perséfone podía estar a su lado. Hace tiempo ella se había preguntado lo mismo, y ahora ese pensamiento le producía un inmenso dolor.

Hades la miró, acariciándole la mejilla.

—Nunca podrás hacerles entender —le dijo como si hubiera adivinado sus pensamientos.

Ella frunció el ceño.

—No quiero que piensen mal de ti.

Él le ofreció una pequeña sonrisa entristecida.

—Odio que eso te moleste. ¿Ayuda que te diga que la única opinión que me importa es la tuya?

—No.

Después del funeral se pasaron los días siguientes limpiando su habitación y empaquetando las cosas en cajas para que sus padres las guardaran. Fue un día extraño, y dejó a Sibila, Zofie y Perséfone sintiéndose inquietas en su propio apartamento.

—Creo que tendríamos que mudarnos —dijo Sibila.

—Sí —dijo Zofie—. Esta casa huele a… muerte.

Las dos miraron a la amazona.

—¿Perséfone? —dijo Sibila—. ¿Qué piensas?

Abrió la boca pero la volvió a cerrar.

—Me he… prometido —soltó.

Sibila y Zofie chillaron de la emoción y Perséfone rio.

Durante el fin de semana, Perséfone contrató a Leuce para que la ayudara con su nuevo negocio. Se reunieron en The Coffee House y trabajaron juntas con un *vanilla latte*.

—He llamado a todos los medios de comunicación de tu lista —dijo

Leuce—. Todos han aceptado publicar tu historia. El *Delfos* ha dicho que lo publicarán en primera página.

—Genial —sonrió Perséfone.

Le había pedido a Leuce que llamara en frío a varios diarios y revistas para anunciar su nueva aventura empresarial, y su compromiso con Hades. Era un movimiento estratégico que automáticamente garantizaría lectores a su blog, donde compartiría la historia de cómo conoció y se enamoró del dios de los muertos.

Eso también enfurecería a su madre. Perséfone sabía que Deméter prestaba atención a las noticias por todas las veces que había regañado a su hija por escribir sobre dioses.

—Algunos han pedido entrevistas —continuó Leuce—. Les he dicho que no estarías disponible durante las próximas dos semanas. Los he apuntado en un documento. Me ha llevado una eternidad, ¿cómo utilizas este… teclado… tan fácilmente?

Perséfone rio.

—Ya aprenderás, Leuce.

Sibila se unió a ellas más tarde. Perséfone le había asignado que creara una página web que transmitiera sencillez y poder, y los resultados fueron impresionantes. Las palabras «La defensora» aparecían en la parte superior de la página en un rico tono púrpura.

Sibila también le mostró un cronograma de cómo evolucionaría la página web a medida que fueran añadiendo contenido, páginas de salud de todo tipo, arte y cultura.

Ver la web avivó la emoción de Perséfone. Ahora todo lo que tenía que hacer era concentrarse en su artículo de bienvenida.

Era raro volver al principio de su relación con Hades porque su mentalidad en aquel momento había sido muy diferente. Había sido insegura y desconfiada, y sin embargo, había deseado aventura. Poco sabía que su deseo la llevaría a un ineludible contrato con el dios de los muertos, un trato que se convertiría en amor.

«Me ayudó a entender que el poder viene de la confianza, de la creencia en tu propio valor. Soy una diosa».

Sintió esas palabras en lo más profundo de su alma.

El lunes por la mañana, al apretar el botón de «publicar» en su artículo, Perséfone estaba sentada entre Leuce y Sibila en The Coffee House. Sonrió cuando leyó las letras en negrita de la página principal de su web: «Mi viaje de amor hacia el dios de los muertos».

Las dos chillaron y abrazaron a Perséfone.

—Esto es solo el principio —dijo. Se sentía orgullosa, empoderada

y libre.

Perséfone dejó a Leuce con una lista de tareas pendientes mientras ella y Sibila recogían sus cosas y se dirigían a sus respectivos trabajos. Hacía mucho tiempo que Perséfone no estaba tan emocionada por volver a la Acrópolis, ya que no volvería a ir.

—¡Buenos días, Helena!

La chica joven parecía sorprendida.

—¡Buenos días, Perséfone! —tartamudeó.

La diosa fue directamente hacia el despacho de Demetri. Él la miró; la luz de su *tablet* se reflejaba en sus gafas, ocultando su expresión.

Durante un momento, ninguno habló.

—Dimites.

—Dimito.

Hablaron al mismo tiempo.

Demetri sonrió, y eso la alarmó.

—No puedo decir que esté sorprendido. He visto tu anuncio. Has hablado con todos los medios de comunicación —dijo con una sonrisa irónica—. Bueno, menos con el *Diario de Nueva Atenas*.

Se reclinó en su silla.

—Felicidades. —Parecía sincero.

—Gracias —contestó.

—*La defensora*. Te pega. ¿Seguirás escribiendo sobre dioses?

Ella alzó la barbilla. Sabía lo que en realidad quería preguntar: «¿Escribirás sobre mí?».

—Si es una injusticia, la divulgaré —dijo.

Había prometido que desmantelaría a Kal y desentrañaría el *Diario de Nueva Atenas* y a los dioses que estaban obligados a cumplir sus promesas.

Él asintió.

—Entonces te deseo todo lo mejor.

Perséfone salió del despacho de Demetri, volvió a su escritorio y lo metió todo en una caja. Fue un proceso extraño teniendo en cuenta que sentía que había hecho de ese espacio su hogar. Ahora se marchaba, pero por cosas mejores.

—¿A dónde vas? —preguntó Helena, levantando la mirada de su escritorio cuando Perséfone iba hacia el ascensor.

Sonrió a la joven rubia.

—He dimitido, Helena.

—Llévame contigo.

Perséfone abrió los ojos de par en par.

—Helena…

—Trabajaré para ti gratis —dijo—. Por favor, Perséfone. No quiero

quedarme sin ti.

Cuando las puertas del ascensor se abrieron, ella sonrió.

—Venga, ven.

Helena chilló, cogió su bolso y se unió a Perséfone en el ascensor. Cuando llegaron al primer piso, Perséfone le dio la caja a Helena.

—¿Puedes esperarme? Tengo que despedirme de alguien.

—Ah, sí, claro —dijo Helena.

Perséfone se dirigió al sótano en busca de Pirítoo. Su oficina estaba vacía. Echó un vistazo a su escritorio y entre pilas de órdenes de trabajo y herramientas, vio un cuaderno. Recordó el día que lo sorprendió en su oficina para preguntarle si podía volver a ayudarla a escapar y lo protector que había parecido con la información que contenía, y sin embargo, ahora estaba abierto, con una letra diminuta garabateada en las páginas.

No lo hubiera leído de no ser porque vio su nombre en la página.

La curiosidad la invadió y empezó a leer.

Fecha: 02/07

Hoy llevaba una camiseta blanca y una falda a rayas blancas y negras. El pelo recogido. La camiseta era de corte bajo y le podía ver cómo le crecían los pechos cuando respiraba.

A Perséfone se le heló la sangre.

«¿Qué cojones es esto?».

Pasó la página. Había una nueva descripción de su atuendo para el siguiente día: un vestido rosa entallado y tacones blancos.

Tiene las piernas torneadas. Me entraron ganas de levantarle la falda, abrirla bien y follarla. Ella me dejaría.

Más abajo, había escrito:

Hoy había otro artículo sobre ella y Hades en las noticias. Cada puto día alguien me recuerda que ella está con él. No lo amará por mucho tiempo. Él es un dios, y destruyen todo lo que aman. Yo me aseguraré de ello.

Luego encontró la lista:

Cinta americana

Cuerda

Somníferos

Condones

Perséfone tuvo una sensación agria en la garganta. Aquel día que interrumpió a Pirítoo, cuando había estado tan nervioso, había estado trabajando en una lista.

—¿Qué estás haciendo?

Perséfone apartó la mano del diario. Dirigió su cabeza hacia la puerta, donde ahora estaba Pirítoo, bloqueando su salida. Su mirada

era dura y le heló la sangre.

Perséfone abrió la boca para hablar pero no pudo encontrar las palabras. Su corazón le latía tan rápido que se le iba a salir del pecho, y una fina capa de sudor se deslizaba por su frente.

—Pirítoo —dijo entrecortadamente—, he venido a despedirme.

—¿De verdad? —preguntó—. Porque parecía que estabas husmeando.

—No —susurró, sacudiendo la cabeza.

Hubo un breve momento en el que ninguno de los dos habló, y entonces Perséfone cogió el objeto más cercano y pesado, una linterna que había sobre el escritorio de Pirítoo, y se la lanzó a la cabeza. Cuando él esquivó el golpe, ella intentó pasar corriendo, pero él la alcanzó y le clavó las uñas en la piel.

—¡Déjame ir! —gritó.

Su magia emanó con fuerza y las enredaderas brotaron entre ellos.

Perséfone apenas tuvo tiempo de manifestar su sorpresa cuando Pirítoo habló.

—¡Duerme!

Perséfone obedeció y se sumió en la oscuridad.

Cuando Perséfone se despertó, se sentía como si la hubieran drogado. Tenía la vista borrosa y le dolían la cabeza y el cuello. Tenía un paño en la boca cerrada con cinta, las manos atadas a la espalda y estaba sentada en una dura silla de madera que le rebanaba los brazos.

Perséfone comenzó a forcejear, moviendo sus muñecas y piernas, pero las cuerdas solo la apretaban más. Esperaba que su magia saliera a la superficie en respuesta a su histeria, pero se mantuvo distante, tan nublada como su cabeza, lo que la desesperó aún más. Al cabo de poco, se estaba balanceando sobre la silla en un intento de liberarse.

Entonces vio su entorno y se quedó helada. Había fotos y recortes de periódicos de *ella* por todas partes. Fotos tomadas mientras caminaba por la calle, hacía recados y comía con sus amigas. Fotos de ella en casa, en pijama y durmiendo. Las imágenes eran un registro de su vida diaria. Se le revolvió el estómago y entró en pánico.

—Estás despierta.

Pirítoo apareció.

Perséfone gritó, aunque sus gritos fueron amortiguados y las lágrimas se derramaron por sus mejillas.

—¡Para, para, para! —le ordenó.

Se acercó a ella y le quitó la cinta y la mordaza de la boca.

—No pasa nada, mi amor. No te haré daño.

—¡No me llames eso! —espetó.

Pirítoo tensó la mandíbula.

—No importa —dijo—. Me amarás.

—Que te follen —escupió Perséfone.

El hombre se lanzó hacia ella, enredó sus dedos en el pelo de Perséfone y tiró de su cabeza hacia atrás. Cuando ella se encontró con su mirada, notó que el color de sus iris había cambiado de negro a dorado.

—¿Eres… un semidiós?

Una sonrisa malvada se dibujó en su cara.

—Hijo de Zeus.

—Oh, dioses, no me extraña que seas un puto asqueroso.

Le tiró del pelo con más fuerza y Perséfone aulló, arqueándose para disminuir la tensión. Buscó su magia de nuevo, y aunque la sintió más cercana, aún no pudo llamarla.

«¿Qué me ha hecho?», pensó.

La cabeza le daba vueltas y las náuseas le revolvían el estómago.

—Desagradecida —siseó—. Te he estado *protegiendo*.

—Me estás haciendo *daño*.

—¿Crees que esto es dolor? —preguntó, pero la soltó—. Dolor es ver a la mujer que amas enamorarse de otro.

Perséfone se concentró en su magia. Brotó en su interior, lenta y constante.

—Pirítoo, no me conoces. ¿Cómo puedes amarme? —preguntó.

—¡Te amo! ¿No te lo he demostrado? ¿Los corazones, las notas, las flores?

—Eso no es amor. Si me amaras, no me habrías traído aquí.

—Te he traído aquí porque te amo, ¿es que no lo ves? Hay gente que quiere separarnos.

—¿Como Hades? Te aseguro que te despedazará.

—¡No digas su nombre!

—Hades me encontrará.

Pirítoo se acercó a ella, amenazante, y Perséfone cerró los ojos. Cuando no la tocó, los abrió y se encontró con que la miraba fijamente.

—¿Por qué él?

Perséfone buscó una respuesta, una que lo aplacara, que lo hiciera desaparecer.

—Porque las Moiras lo ordenan —respondió.

Él palideció, y por un momento, pensó que podría haber tenido éxito, pero entonces él apretó los dientes.

—¡Mientes! —siseó.

Se arrodilló ante ella.

—¿Por qué él? ¿Es por el sexo?

Perséfone se tensó y apretó las piernas cuando Pirítoo puso sus manos a ambos lados de la silla.

—Dime qué te gusta que te haga; yo puedo hacerlo mejor.

—¡No me toques, joder! —gritó Perséfone e intentó alejarse de él, pero sus talones no se agarraban al suelo.

Los dedos de Pirítoo se clavaron en su piel y le separó las piernas.

Ella buscó su magia de nuevo: estaba cerca, tan cerca.

—¡No!

—Te gustará. Lo prometo. Cuando acabe ni siquiera pensarás en él.

No, solo desearía estar muerta.

—¡He dicho que no!

Gritó y su magia finalmente salió a la superficie, rompiendo la extraña barrera que había nublado su mente. Espinas brotaron del suelo a su alrededor. Crearon una jaula, protegiendo a Perséfone de los avances de Pirítoo, cortándolo en el proceso.

Él gritó.

—¡No me alejarás de ti!

Al principio arañó la madera, intentando romper las ramas con sus propias manos. Cuando eso no funcionó, desapareció y volvió con un cuchillo, atravesando la barrera de espinas.

Perséfone chilló y las espinas se hicieron más densas hasta que explotaron en esquirlas y astillas.

Pirítoo salió despedido hacia atrás. Aterrizó contra la pared y su cuerpo se desplomó en el suelo; una enorme estaca le atravesaba el pecho.

Estaba muerto.

Durante un rato Perséfone se quedó sentada en silencio, respirando lentamente. Entonces, de repente, una sensación atroz la golpeó, era una combinación de estupor y horror.

Había matado a alguien.

Gritó.

—¡Ayuda! ¡Que alguien me ayude, por favor! —sollozó—. ¡Hades!

Luchó por liberarse hasta que su mirada captó algo que se asomaba por encima.

—Furias —murmuró Perséfone, respirando con dificultad por su desesperado esfuerzo.

Las diosas flotaban; sus pálidos cuerpos parecían brillar en la oscuridad.

—Novia de Hades —sus voces resonaban—, ahora estás a salvo.

Humo subió en espiral y, de repente, Hades apareció en su forma

divina. Se alzaba sobre ella enorme e imponente, como un vacío de negro. Sus feroces y furiosos ojos se encontraron con los de ella, y se quedó helado. Perséfone no creía que nadie más percibiera la extraña calma que se apoderó de él cuando la miró, pero ella lo veía, podía sentirlo y sabía que, bajo esas túnicas, cada músculo estaba rígido y tenso. Pareció dudar, y ella sintió que estaba dividido entre ir hacia ella o cuidarse de Pirítoo.

Al final se giró hacia el mortal que la había raptado.

De repente se oyó un ruido, como un jadeo, mientras le devolvía la vida al semidiós.

Pirítoo empezó a respirar con dificultad, un extraño gemido salía de su garganta. No habló, pero sus ojos se abrieron de par en par cuando vio a Hades.

—Te he devuelto a la vida —dijo Hades—. Así puedo decirte que disfrutaré torturándote por el resto de tu vida eterna.

No parecía lo suficientemente lúcido como para darse cuenta de lo que le estaba diciendo Hades, pero el dios continuó de todos modos.

—De hecho, creo que te voy a mantener con vida para que puedas reflexionar sobre tu dolor.

Chasqueó los dedos y bajo los pies de Pirítoo se abrió un foso. Mientras caía al Inframundo, se escuchaban sus estridentes gritos.

Hades se giró hacia Perséfone y con un gesto rompió sus ataduras. Al acercarse, se abalanzó sobre él, la recogió en sus brazos y se volvió hacia las Furias.

—Alecto, Megera, Tisífone, ocupaos de Pirítoo.

Inclinaron la cabeza.

Las Furias desaparecieron y Hades se teletransportó al Inframundo. Perséfone se desmoronó en su dormitorio. Hades se sentó con ella acunada contra él, calmándola con palabras susurradas hasta que se le secaron las lágrimas, hasta que ya no sintió que implosionaba por dentro. Finalmente, ella se separó.

—Al baño —dijo—. Necesito arrancármelo de la piel.

La boca de Hades se endureció y Perséfone sintió como si pudiera ver su mente trabajando, decidiendo la tortura que le infligiría a Pirítoo. A pesar de ello, cuando habló, su voz era tranquila.

—Por supuesto.

Hades la acompañó a los baños y ella se despojó de sus ropas y se sumergió en el agua caliente. El vapor la envolvió y respiró el aroma de vainilla y lavanda. Se frotó la piel hasta que estuvo roja y en carne viva. Cuando acabó, salió del agua y se envolvió en una bata blanca y suave.

Hades no se había unido a ella. Se sentó a cierta distancia de la

piscina, observándola. Fue hacia él y se sentó sobre su regazo, rodeándole el cuello con los brazos. Necesitaba su consuelo, su cercanía.

—¿Cómo sabías que había desaparecido? —preguntó, acercándose a él tanto como pudo.

—Tu compañera, Helena, se preocupó cuando no volvías del sótano —dijo—. Fue a buscarte y encontró los cuadernos. —Hades la agarró más fuerte y las palabras salieron de entre sus dientes—. No sabía a quién decírselo. Para bien o para mal, se lo contó a un guardia de seguridad. Zofie había estado patrullando fuera cuando la avisaron, y se dio cuenta de que había visto a Pirítoo salir contigo, en un contenedor. Cuando me lo dijo, envié a las Furias. Había pasado tanto tiempo… —Su voz se apagó y luego tragó saliva—. No estaba seguro de qué me iba a encontrar.

—Era un semidiós —dijo ella—. Tenía poder.

Hades asintió.

—Los semidioses son peligrosos, sobre todo porque no sabemos qué poderes heredarán de sus padres divinos. ¿Qué usó Pirítoo contra ti?

—Me durmió —dijo—. Y cuando me desperté, no podía utilizar mi magia. No podía concentrarme. Mi cabeza… mi mente era un caos.

Hades frunció el ceño.

—Compulsión —respondió—. Puede tener ese efecto.

Permanecieron en silencio durante un momento.

—Cuéntame lo que ocurrió —habló por fin Hades. Había un nerviosismo en su voz que le decía que no estaba preparado, que, si le hablaba de su rapto, desataría la violencia que había en él.

—Te lo contaré si me prometes algo —dijo.

Él enarcó una ceja, esperando, y los ojos de ella se posaron en sus labios.

—Cuando lo tortures, podré unirme a ti.

—Esa es una promesa que puedo mantener.

XXVIII

LA CARICIA DE LA RUINA

Tánatos acompañó a Perséfone a su primera visita a los Campos Elíseos.

—Hoy no podrás hablar con ella —le dijo—. Tiene que acostumbrarse a los Campos Elíseos o se agobiará.

Perséfone tenía la sensación de que sabía a qué se refería: Lexa tendría que volver a beber del Lete. Y eso era lo último que quería.

—¿Cuándo estará lista? —preguntó.

Tánatos se encogió de hombros.

—Es difícil decirlo.

Sabía lo que Tánatos no decía: «Depende de lo mucho que su alma tenga que curarse».

Ese pensamiento le dolió, pero lo apartó. No podía pensar en lo que debería haber hecho. Todo lo que podía hacer era aprender de sus errores.

Se detuvieron en lo alto de una colina de los Campos Elíseos. Desde ahí, el cielo de Hades era tan brillante que casi cegaba. A su lado, Tánatos le señaló una figura en la distancia. Una mujer cuyo negro cabello prendía como una antorcha en contraste a su vestido blanco.

Era Lexa.

Los ojos le ardieron con lágrimas al ver a su mejor amiga atravesar el campo, con la mano en alto, tocando briznas de hierba alta, y aunque Perséfone no podía verle el rostro, sabía que Lexa sentía paz.

Pasaron las semanas, y Perséfone visitaba los Campos Elíseos cada día. Observaba a Lexa desde lejos hasta que un día Tánatos se acercó.

—Es hora —le dijo por fin.

Perséfone pensó que estaría preparada, que a la primera oportunidad que tuviera de reunirse con Lexa acudiría, pero cuando Tánatos le dio permiso, de repente se sintió nerviosa y más insegura

que nunca.

—¿Y si no le caigo bien? —preguntó.

—Lexa sigue siendo la misma alma del mundo de los mortales. Es cariñosa y amable. Está lista para tener una amiga.

Perséfone asintió y cogió aire. Se preparó para acercarse como si se estuviera preparando para dar un discurso en público. La ansiedad se agitó dentro de ella, haciendo que su estómago se revolviera y oprimiéndole el pecho.

Fue hacia Lexa, quien estaba sentada bajo un árbol repleto de granadas que parecía estar en llamas. Lexa llevaba un vestido blanco, y su pelo largo y negro le caía sobre los hombros. Tenía la cabeza apoyada en el tronco y los ojos cerrados, como si estuviera durmiendo.

Se veía hermosa y descansada, y Perséfone casi temía molestarla, con miedo de que cuando Lexa abriera los ojos no pudiera reconocer a la persona que había tras ellos.

Respiró profundamente.

—Hola.

Perséfone no dijo el nombre de Lexa, Tánatos dijo que de todas maneras no lo recordaba.

Lexa abrió sus familiares y deslumbrantes ojos azules y la miró. Perséfone pensó que le explotaría el pecho cuando Lexa le sonrió.

—Hola.

—¿Puedo sentarme contigo un rato? —preguntó Perséfone.

—Sí. —Lexa se movió un poco para que Perséfone se pudiera sentar y apoyarse en el tronco.

—Tú no estás muerta —dijo Lexa.

Esa observación sorprendió a Perséfone y sacudió la cabeza.

—No lo estoy.

—¿Y por qué estás aquí?

—Soy la prometida de Hades —dijo—. A menudo visito los Campos Elíseos.

Lexa soltó una risita.

—Ya lo he visto.

Eso también la sorprendió.

—¿Ah sí?

—Siempre me fijo en Tánatos —dijo, y se sonrojó.

De repente Perséfone se preguntó si las almas podrían tener enamoramientos.

—Si eres la prometida de lord Hades, entonces serás reina.

—Supongo que sí.

—Entonces tendrás una corona y un trono —dijo.

Perséfone rio. Era algo tan propio de Lexa.

—Ya tengo dos coronas.

Lexa abrió los ojos un poco.

—Tienes que traerlas —dijo—. Siempre he querido llevar una.

Perséfone frunció el ceño.

—¿Desde cuándo?

Lexa se encogió de hombros.

—Desde… que llegué aquí. ¿Habrá boda?

Perséfone suspiró.

—Sí, pero tengo que admitir que no he pensado mucho en la planificación.

Entre la muerte de Lexa y su rapto, las cosas había estado un poco agitadas.

—Serás una novia preciosa —dijo Lexa—. Una reina preciosa.

Perséfone se sonrojó.

—Gracias.

Siguieron hablando hasta bien entrada la tarde. Perséfone se hubiera quedado más tiempo, pero Hécate apareció y la llamó.

—Tengo que irme —dijo Perséfone poniéndose de pie—. Tengo que prepararme.

—¿Para qué?

—Esta noche hay una gala en el mundo de los mortales —dijo, y luego sonrió—. Te encantaría. Habrá dioses y diosas, vestidos bonitos y bailes.

Le encantaría porque era el evento en el que había estado trabajando antes del accidente. Una cena solidaria de apoyo al proyecto Alcíone que se celebraría en el Olímpico, uno de los hoteles de Hera, un edificio que Lexa siempre había admirado por su belleza y arquitectura. Y porque era donde la mayoría de los dioses se quedaban cuando visitaban Nueva Atenas.

—Tienes que volver y contármelo todo —respondió Lexa.

Perséfone sonrió.

—Por supuesto. Volveré mañana.

Cuando Perséfone regresó al palacio, Hécate y las lámpades la ayudaron a vestirse.

Hécate había escogido un vestido de noche rojo con los hombros al descubierto. La parte de arriba era de encaje, y la falda era larga y con capas de tul. A Perséfone le encantó la silueta del vestido, la hacía sentir como una reina. Las lámpades le peinaron en suaves y glamurosos rizos y le aplicaron un maquillaje natural.

—Dejaremos que tu belleza hable por sí misma —dijo Hécate mirando al reflejo de Perséfone mientras la diosa la ayudaba a

adornarse con joyas y zapatos dorados.

Sonrió.

—Gracias, Hécate.

—De nada, querida.

Hécate se fue cuando Hades apareció. Se quedó cerca de la puerta, admirándola desde lejos. Llevaba un traje negro a medida; su color característico. Llevaba el pelo peinado hacia atrás y la barba bien afeitada.

Era guapo y majestuoso, y le pertenecía a ella.

Ese pensamiento le envió una oleada de calor a través de su cuerpo.

—Estás preciosa —dijo.

—Gracias —dijo, y sonrió—. Tú también. Quiero decir… estás guapo.

Él se rio entre dientes y alargó la mano.

—¿Vamos?

La atrajo hacia él, la rodeó de la cintura con una mano y se teletransportaron a la superficie donde Antoni les esperaba fuera del Nevernight.

Mientras Perséfone se deslizaba en el asiento trasero de la limusina de Hades, se rio.

—¿Y qué es lo que te hace tanta gracia?

—Sabes que podríamos teletransportarnos directamente al Olímpico.

—He pensado que querrías vivir como una mortal cuando estuvieras en el mundo de los mortales —le respondió Hades.

—Tal vez solo tenga ganas de empezar nuestra noche juntos —dijo, mirándolo a través de sus pestañas. La tensión en la cabina se intensificó y a Hades le brillaron los ojos.

—¿Por qué esperar? —preguntó él.

Ella se movió primero, agarrándose las capas de su vestido para poder sentarse a horcajadas sobre él.

—¿Quién ha escogido este vestido? —preguntó Hades, apartando la montaña de tul que había entre ellos.

—¿No te gusta? —Hizo una mueca.

—Preferiría poder tener acceso a tu cuerpo —dijo Hades.

—¿Me estás pidiendo que me vista para el sexo?

Hades sonrió con satisfacción.

—Será nuestro secreto.

Se besaron, y las manos de Perséfone bajaron por el pecho de Hades hasta la cinturilla de sus pantalones. Se los desabrochó y liberó su sexo, acariciándolo mientras su lengua exploraba su boca.

Él gimió, y los labios de Perséfone abandonaron los suyos para

recorrerle la mandíbula y el cuello.

—Te necesito —gruñó el dios—. *Ahora*.

Estaba duro como una piedra, y a Perséfone se le cortó la respiración, anticipando lo que sentiría dentro de ella. Se levantó, guiando su polla hacia su entrada y se hundió en él.

Ambos gimieron y se movieron juntos en la oscuridad de la limusina.

—Me has arruinado —dijo Hades—. Es en lo único que pienso.

—¿En el sexo? —Ella rio, abrazándolo, amando la sensación de su aliento en su piel mientras hablaba.

—En ti —dijo. Sus manos subieron bajo el vestido hasta que le agarró las caderas—. En estar dentro de ti, sentirte alrededor de mi polla, la forma en que te tensas contra mí antes de correrte.

A Perséfone le entraron escalofríos.

—Acabas de describir el sexo, Hades.

—He descrito el sexo contigo —dijo—. Hay una diferencia.

Se rindió a él y sus labios colisionaron, con las lenguas acariciándose. El placer la recorrió y se abrazó a Hades como si fuera a derrumbarse, subiendo y bajando sobre él.

—Joder, joder, joder —blasfemó Hades mientras ella se movía, los sonidos de su acto llenaron el pequeño espacio.

Las caderas de Hades la embestían hacia arriba, acorde con sus movimientos con una velocidad frenética. Ella soltó un grito gutural y enredó los dedos en el pelo del dios.

—Córrete para mí —susurró Perséfone.

—Cariño —dijo Hades, presionó los dedos en su piel con fuerza y se corrió dentro de ella en un torrente de calor.

Perséfone se derrumbó contra él, respirando con dificultad, ambos tenían la piel resbaladiza por el sudor. Le temblaban las piernas y tenía la sensación de estar flotando.

Él gimió.

—Joder —masculló—. Soy como un puto adolescente.

Ella rio.

—¿Acaso sabes lo que es ser un adolescente?

—No —respondió—. Pero me imagino que siempre están cachondos y nunca lo bastante saciados.

Hades seguía dentro de ella… duro, mojado y preparado para más.

—Tal vez pueda ayudarte —dijo. Se levantó y comenzó a deslizarse hasta sus rodillas, con la intención de metérselo en la boca cuando él la detuvo.

—No, cariño.

Perséfone frunció el ceño.

—Pero…

—Créeme cuando digo que nada me gustaría más que te quedaras ahí abajo, pero por ahora debemos asistir a esta cena de mala muerte.

—¿Debemos? —preguntó.

—Sí —dijo, presionándole un dedo bajo la barbilla—. Créeme, no vas a querer perdértela.

Ella no estaba tan segura, pero le sostuvo la mirada mientras se levantaba y se sentaba a su lado, ajustándose las capas de su falda. Observó como Hades intentaba ocultar su excitación. Casi la hizo reír. Hasta que él la miró, y un sonido surgió de algún lugar profundo de su pecho.

—*Diosa*.

Era una advertencia, y todo su cuerpo volvió a sentirse caliente de nuevo. Ella sonrió y miró por la ventana, pero rápidamente el ensimismamiento desapareció cuando vio el mar de mortales fuera del coche. La multitud parecía extenderse durante kilómetros, y estaban apiñados, lo más cerca del coche posible.

Probablemente no debería haberla sorprendido, dada su experiencia en la Gala Olímpica, pero en aquel entonces había acudido como periodista. Esta vez, atendía como prometida de Hades.

Inhaló bruscamente y la ansiedad se apoderó de ella. No estaba segura de que pudiera acostumbrarse a eso.

El coche se detuvo y la puerta se abrió. Inmediatamente la visión se le llenó de luces destellantes. Hades salió del coche en medio de un clamor de adoración. Gritaban su nombre, le rogaban que los llevara al Inframundo, le pedían verlo en su forma divina.

Él ignoró los gritos y se giró, extendiéndole la mano a Perséfone. Ella respiró hondo, armándose de valor.

—¿Cariño?

Esa palabra la reconfortó y deslizó los dedos sobre la palma de su mano. Cuando él cerró su fuerte mano sobre la suya, le dio la seguridad que necesitaba para salir de la limusina. Cuando estuvo completamente de pie junto a Hades, se produjo el caos: las luces destellearon más rápido, como una ametralladora de luz blanca que le hacía perder la vista.

Con los dedos entrelazados, comenzaron a caminar por la alfombra roja que conducía a la entrada del Olímpico, un gran hotel que parecía una pared dorada de metal reflectante. Perséfone se sorprendió cuando vio que Zofie se unía a ellos con un vestido azul que Perséfone le había obligado a comprar para ir a eventos como los de esa noche.

—Zofie. —Perséfone abrazó a la amazona.

La chica se puso rígida.

—¿Estáis bien, Perséfone?

—Sí —respondió—. Me alegro de verte.

La amazona sonrió.

De vez en cuando les pedían que posaran para las fotografías. Hades se mostró complaciente, atrayendo a Perséfone contra él y deslizando un brazo alrededor de ella. En algún momento, juró que sintió que sus labios le tocaban el pelo.

Los llevaron a un vestíbulo con un techo de flores en vidrio soplado. Perséfone pasó varios minutos con el cuello estirado, mirando la exhibición, pero pronto la interrumpieron varias personas que se aceraban a saludarla. Algunos eran desconocidos, otros eran criminales de alto rango y miembros de Iniquidad, pero unos pocos eran amigos de Perséfone.

—¡Sibila!

No había visto a su amiga y excompañera de piso desde que se mudaron del apartamento hace una semana. Abrazó al oráculo con fuerza. La rubia llevaba un brillante vestido color champán.

—¡Estás preciosa!

—Gracias, tú también —dijo Sibila—. ¿Cómo estás?

—Bien. Muy bien —dijo Perséfone. No podía dejar de sonreír—. ¿Cómo está Aro?

Sibila se sonrojó.

—Bien. Estamos… bien.

Perséfone dejó ir un gritito cuando apareció Hermes y la abrazó con mucha fuerza. Cuando la volvió a dejar sobre sus pies, estaba frente a Apolo, quien sonrió al verla.

—Así que Sefi —dijo Hermes meneando las cejas—. He oído que Hades te ha dado el anillo.

Ella rio.

—Bueno, no… literalmente.

El dios del engaño se quedó sin aliento.

—¿Qué coño? No puedes estar prometida sin un anillo, Sefi.

—Eso no es verdad, Hermes.

—¿Y quién lo dice? Yo no habría dicho que sí hasta que no hubiera visto el pedrusco.

Perséfone puso los ojos en blanco.

—Felicidades, Sef —dijo Apolo, y Perséfone le sonrió.

Poco después los acompañaron al comedor y Perséfone se sentó en una mesa al frente de la sala, entre Hades y Sibila. A pesar de la emoción de la velada y de volver a ver a sus amigos, Perséfone no pudo evitar pensar en Lexa. Podía verla en algunas partes del evento: en la carta de vinos, la música, la decoración. Todo era glamuroso y

dramático, tal y como a ella le gustaba.

Sentía la ausencia de su amiga intensamente.

Bien entrada la cena, Katerina, la directora de la Fundación Ciprés, se puso de pie y dio la bienvenida a los asistentes. Ofreció una visión general del proyecto Alcíone y luego le pasó el resto de la presentación a Sibila.

—Soy nueva en la Fundación Ciprés —dijo—. Pero ocupo una posición muy especial. Una que ocupaba mi amiga, Lexa Sideris. Lexa era una persona hermosa, un espíritu alegre, nos iluminaba a todos. Vivía los valores del proyecto Alcíone, y es por eso por lo que en la Fundación Ciprés hemos decidido inmortalizarla. Os presentamos… el Jardín conmemorativo Lexa Sideris.

Perséfone se quedó sin aliento y Hades le cogió de la mano por debajo de la mesa.

En la pantalla detrás de Sibila había bocetos del jardín, un oasis bellamente ajardinado.

—El Jardín conmemorativo Lexa Sideris será un jardín terapéutico para los residentes de Alcíone —explicó Sibila, saltando a un resumen del significado de cada parte del jardín, explicando que las belladonas rendían homenaje a su amor por Hécate, y que la preciosa escultura de cristal en el centro del jardín representaba el alma de Lexa, una antorcha brillante que ardía para mantener la esperanza.

A Perséfone se le iba a salir el corazón del pecho.

Hades se inclinó hacia ella.

—¿Estás bien? —le susurró al oído.

—Sí —susurró, y tragó con fuerza—. Estoy perfectamente.

Tras la cena, se reunieron en el salón de baile. Hades arrastró a Perséfone a la pista de baile y se juntaron. Una mano se apoyó en la curva de su espalda; la otra la tomó de la mano. La guio por la pista con gracia y confianza, y aunque era un perfecto caballero, había algo sensual en la forma en que sus cuerpos se moldeaban.

El calor crecía en el fondo del estómago de Perséfone y no podía apartar los ojos de los de él.

—¿Cuándo planeaste el jardín? —preguntó.

—La noche que murió Lexa.

Perséfone sacudió la cabeza y se mordió el labio.

—¿Qué piensas? —preguntó Hades.

—Estoy pensando en lo mucho que te amo —respondió.

Hades sonrió, era una sonrisa preciosa, y lo sintió en lo más profundo de su pecho.

Después, la música se transformó en algo más electrónico, y Hades se despidió, animándola a que bailara con Sibila, frunciendo el ceño

cuando Hermes y Apolo se unieron a ellas. Perséfone pasó un rato con ellos, riendo y bromeando y sintiéndose mejor de lo que se había sentido en mucho tiempo. En algún momento fue en busca de Hades y acabó en un balcón que daba a toda Nueva Atenas. Desde ahí podía ver todos los lugares que habían cambiado su vida durante los últimos cuatro años: la Universidad, la Acrópolis… El Nevernight.

No llevaba mucho tiempo ahí cuando Hades se acercó.

—Aquí estás. —La abrazó por la cintura y la atrajo hacia él—. ¿Qué estás haciendo aquí fuera?

—Tomando el aire —dijo.

Él rio y ese sonido le produjo escalofríos por toda la columna vertebral. Le dio un beso en la mejilla y la estrujó con fuerza.

—Tengo algo para ti —dijo Hades, y Perséfone se volvió en sus brazos.

—¿Qué es? —preguntó con una sonrisa en la cara. Nunca había sido tan feliz.

Hades la estudió por un momento, y ella se preguntó si él estaría pensando lo mismo. Entonces, se metió la mano en el bolsillo y se puso de rodillas.

—Hades…

Quería protestar. Ya lo habían hecho. Estaban prometidos, ella no necesitaba un anillo o una proposición formal.

—Solo… déjame hacerlo —dijo, y la sonrisa en su cara le llenó el pecho—. Por favor.

Hades abrió una pequeña caja negra que reveló un anillo de oro. Era a la vez increíble y hermoso, con incrustaciones de diamantes y flores doradas. Iba a juego con la corona que Ian había hecho para ella.

Durante un minuto se quedó boquiabierta antes de cambiar su mirada hacia Hades.

—Perséfone. Te habría escogido mil veces más, al diablo con las Moiras —dijo, riéndose—. Por favor… sé mi esposa, reina junto a mí, deja que te ame para siempre.

Lágrimas brotaban de los ojos de Perséfone y ofreció una sonrisa temblorosa.

—Por supuesto —susurró—. Para siempre.

La sonrisa de Hades se hizo más grande y ahora mostraba sus dientes. Era una de sus sonrisas favoritas, una que le gustaba imaginar que era solo para ella. Deslizó el anillo en sus dedo y se puso de pie, capturando su boca en un beso que sintió en el alma.

—¿Por casualidad no habrás oído a Hermes pedir un pedrusco, no? —preguntó cuando se separaron.

Hades soltó una risita.

—Puede que haya hablado muy alto y lo haya escuchado —dijo—. Pero tienes que saber que hace tiempo que tengo este anillo.

—¿Cuánto? —preguntó.

—Vergonzosamente mucho —dijo, y luego admitió—: Desde la noche de la Gala Olímpica.

Perséfone tragó un nudo que le había subido a la garganta.

¿Cómo había tenido tanta suerte?

—Te amo —dijo él, apretando su frente contra la de ella.

—Yo también te amo.

Volvieron a besarse y cuando él se separó, Perséfone notó algo blanco revoloteando a su alrededor. Le llevó un momento darse cuenta de que era *nieve*.

A pesar de su belleza, había algo siniestro en la manera en la que caía del cielo.

Por no mencionar que era agosto.

Perséfone miró a Hades, la felicidad que había iluminado su rostro un momento antes de repente había desaparecido. Ahora parecía preocupado, sus oscuras cejas se habían fruncido sobre sus ojos ahora serios.

—Hades, ¿por qué está nevando? —murmuró Perséfone.

Hades la miró, sus ojos eran un vacío infinito, y respondió con tono solemne.

—Es el comienzo de una guerra.

NOTA DE LA AUTORA

Antes que nada, GRACIAS a todos mis maravillosos lectores. Estoy muy agradecida a todos y cada uno de vosotros.

Cuando escribí *La caricia de la oscuridad*, escribí el libro desde mi corazón. *La caricia de la ruina* no es diferente. Escribir esta secuela ha sido tan difícil como escribir el primer libro, pero sabía que había algunos temas de los que quería hablar en este libro, concretamente los mitos que rodean a Apolo y a sus amantes.

Busqué varios mitos, pero decidí seleccionar los de Apolo y Dafne, Apolo y Casandra y Apolo y Jacinto. Obviamente estos son los más conocidos y dos de ellos realmente ilustran el horrible trato de Apolo hacia sus amantes. Persiguió incansablemente a Dafne hasta que rogó que la convirtieran en un árbol y maldijo a Casandra cuando no quiso acostarse con él. Este es un problema moderno, y por eso quise desafiar a Perséfone para manejarlo.

El otro mito que sabía que quería utilizar era el mito de Apolo y Marsias —otro conocido mito que es parecido es el de Apolo y Pan—. Marsias era un sátiro que desafió a Apolo a una competición musical. Hay varias versiones del mito que tienen a Marsias y Apolo como ganadores; sin embargo, acaba con la muerte del sátiro. Pensé que esto era importante porque muestra lo inestable que Apolo puede ser, cómo está ligado a la antigüedad y cómo entra en conflicto con el mundo moderno.

Ahora voy con el mito de Pirítoo.

Sé que en la mitología, Pirítoo y Teseo son *bros* —créeme, se viene Teseo *exasperación*—. Los dos deciden que se casarán con hijas de Zeus. Teseo roba a Helena de Troya —sí, Helena, la asistente, es Helena de Troya—. Bueno, Pirítoo decide que quiere a Perséfone. Juntos, los dos se dirigen al Inframundo en un intento de raptarla. Agotados, se sientan un rato a descansar y son incapaces de volver a levantarse. Más tarde, Hércules rescatará a Teseo, pero Pirítoo se quedará. Quería incluir este mito porque, para mí, Pirítoo es un fanático realmente espeluznante y en el mundo moderno eso es exactamente lo que es.

Tal vez vea demasiado *true crime*. ¡Ja!

Por último, hablaré de la parte más dolorosa del libro: Lexa.

Cuando empecé a escribir el personaje hice una lista de «lo peor que puede pasar».

Bueno, en el número uno para Perséfone estaba perder a Lexa, pero no me podía imaginar a Perséfone entendiendo la condición mortal del dolor a menos que perdiera a alguien cercano a ella. También necesitaba perder a Lexa de la peor manera posible —es decir, traer a Lexa de vuelta, verla sufrir, y que luego que regresara al Inframundo sin recuerdos de ella— para entender por qué Hades no puede ayudar a todo el mundo. Es una gran parte del crecimiento de Perséfone, porque hasta ese momento, toma a Hades al pie de la letra. Al final del libro, puede hablar por experiencia propia por mucho que eso sea una mierda.

Por último, tengo que destacar lo que provocó toda esta idea en primer lugar: el club de Hades, Iniquidad.

Desde el principio, escribí estas notas: «Dioses en la sociedad moderna. Hades gobierna en el "Inframundo": antros de juego, mafia» y aunque solo he arañado la superficie del mundo que Hades gobierna en el mundo de los mortales, sé que será influyente en el próximo libro.

Con amor,

Scarlett